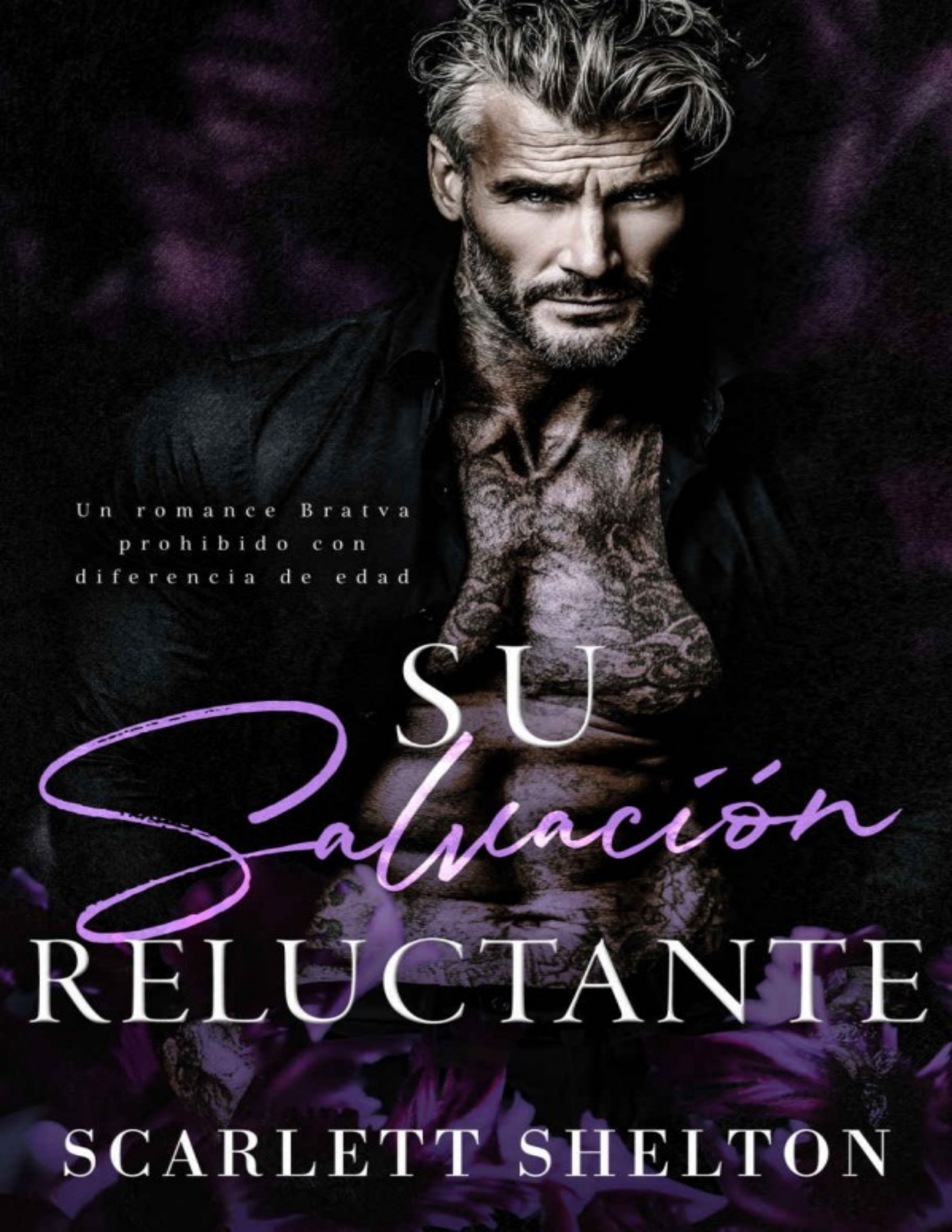

Un romance Bratva
prohibido con
diferencia de edad
SU
Salvación
RELUCTANTE
SCARLETT SHELTON

SU SALVACIÓN RELUCTANTE

SCARLETT SHELTON

Copyright © 2026 de Scarlett Shelton

Todos los derechos reservados.

No se podrá reproducir ninguna parte de este libro en forma alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, a excepción del uso de breves citas en una reseña literaria.

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

1. Mikhail
2. Claire
3. Mikhail
4. Claire
5. Mikhail
6. Claire
7. Mikhail
8. Claire
9. Mikhail
10. Claire
11. Mikhail
12. Claire
13. Mikhail
14. Claire
15. Mikhail
16. Claire
17. Mikhail
18. Claire
19. Mikhail
20. Claire
21. Mikhail
22. Claire
23. Mikhail
24. Claire
25. Mikhail
26. Claire
27. Mikhail
28. Claire
29. Mikhail
30. Claire
31. Mikhail
32. Claire

33. Mikhail
34. Claire
35. Mikhail
36. Claire
37. Mikhail
38. Claire
39. Mikhail
40. Claire

También por Scarlett Shelton

SINOPSIS

Lo conocí en medio de una tormenta de *sangre y caos.*
Un rey de la mafia desangrándose en la mesa de urgencias—
ojos fríos, un aura despiadada,
un hombre forjado en violencia y venganza.

Debería haberme alejado.
En lugar de eso, **le salvé la vida.**
Y esa única decisión me arrastró a un mundo
en el que no estaba destinada a sobrevivir.

Sus enemigos lo perseguían.
Después, persiguieron a su hija.
Y antes de que me diera cuenta de lo que pasaba…
empezaron a perseguirme a mí también.

Mikhail Orlov dice que me está protegiendo.
Pero, en su mundo, la protección se parece mucho al cautiverio—

armas, guardias, sombras que susurran mi nombre.

Se sienta en un trono construido con sangre,

y yo soy la extraña a la que se niega a dejar marchar.

Me digo a mí misma que soy demasiado blanda para esta vida—

demasiado íntegra, demasiado frágil, demasiado *buena.*

Pero ¿sabes qué pasa con los monstruos como él?

Solo temen una cosa—

perder a la mujer que ve al hombre que hay bajo la brutalidad.

¿Y la verdad que odio admitir?

En un mundo lleno de depredadores…

nunca me he sentido más segura que con él.

Nota de la autora: Un romance de mafia oscuro, emotivo, prohibido y con diferencia de edad. Sin continuará. Final feliz garantizado.

1

MIKHAIL

La llamada terminó con un clic definitivo.

Recibir la noticia de que mi hija volvería conmigo marcó el final de una era. El final de un acuerdo por el que mi hija, de la que estaba distanciado, consideraba Moscú su hogar. Habían pasado dieciséis años, y ahora ella vendría a «casa», conmigo.

Joder.

Negué lentamente con la cabeza, con la mente entumecida y dubitativa. Saber adaptarse era imprescindible en mi trabajo. Normalmente, sabía encajar los golpes.

¿Pero esto?

Hice una mueca, inquieto por el cambio.

Anya vendría *aquí*, a mi territorio, bajo mis reglas, a mi reino.

Aquello no me cuadraba. No me imaginaba que fuera a salir bien.

A la mierda todo.

Aunque la expectación por su llegada a Nueva York, donde yo reinaba como jefe de la familia Orlov, debería haberse sentido como un nuevo comienzo, mi entusiasmo tardaba en aparecer.

Ocioso y con la mente en blanco, me quedé sentado en mi despacho, mirando la pared de enfrente mientras asimilaba la noticia. La perspectiva de que mi ausente hija adolescente volviera conmigo no me producía ninguna emoción. Este edificio de última generación en el centro del distrito financiero no era su *hogar*. De eso tenía que darle las gracias a mi difunta esposa, Olga Volkov. También tenía que darle las gracias por el hecho de que ni siquiera me sentía el padre de Anya después de no haberla visto ni una sola vez en persona en toda su vida.

No había mucho que agradecer a la esposa que me había visto obligado a tomar hacía treinta y dos años. Se había opuesto al matrimonio concertado conmigo, una norma que mi padre impuso como última voluntad. Aquella proclamación que había emitido en su lecho de muerte me había encadenado a Olga, y a ella a mí. Y ella había aprovechado cada segundo entre nuestra boda y su muerte para resistirse a ser mi esposa.

Buen viaje.

Pero Anya no era alguien a quien pudiera despachar tan fácilmente.

—Todos estos años... —mascullé para mis adentros mientras giraba sin rumbo en mi silla.

Desde el momento en que mi hija nació —no, desde que fue concebida—, yo no había estado presente en su vida. Olga me visitó cuando se le pidió, me confundió con un guardia con el que quería follarse, voló a su casa para vivir con sus padres y se dio cuenta de que estaba embarazada. Así de alejado estaba yo de mi hija.

No conocí a Anya de bebé ni de niña. No la conocí en persona ni hablé con ella. Al principio me enviaron fotos y una prueba de paternidad verificada, pero, aparte de eso, Olga me desterró de la existencia de Anya.

Sus padres lo hicieron, resentidos de que su hija se hubiera visto obligada a casarse conmigo y no con Niko Popov.

Al pensar en ese cabrón escurridizo, puse los ojos en blanco. Ni entonces ni ahora tenía muchas razones para que me importara ese gilipollas. Generaciones de rivalidad y de desconfianza tampoco iban a cambiar pronto la mierda de conexión que teníamos.

Cuando tomé a Olga por esposa, no me había preocupado por cómo los Volkov querían que se casara con un miembro de la familia Popov. Y ahora no perdía el sueño por nada que tuviera que ver con Olga. Había dejado de pensar en ella desde el momento en que me abandonó la primera vez, viviendo al otro lado del país y despreciando el hecho de que yo estuviera vivo.

Ahora, sin embargo, esta noticia del regreso de Anya tenía que importar. Iba a venir a «casa», quisiera yo o no.

Dieciséis años.

Parecía toda una vida, pero no lo era. Todos esos años habían pasado con ella allí, bajo la tutela de los Volkov desde que Olga se suicidó tres días después del nacimiento de Anya. Todo ese tiempo había estado yo aquí, en la ciudad que gobernaba, llevando a la familia Orlov a nuevas cotas de poder y riqueza.

Dieciséis putos años. Y ahora se esperaba que simplemente la acogiera.

Anya era un recuerdo lejano para mí. Un pensamiento menor escondido en el fondo de mi mente. Sin embargo, pronto sería una molestia delante de mis narices.

Casi dos décadas de distancia entre nosotros habían sido sin duda llenadas de críticas, juicios e insultos. Anya no podía venir aquí por voluntad propia o con alegría. Olga no había vivido conmigo como mi esposa. La habían animado a volver a casa, ya que había cumplido con su deber al casarse conmigo.

Honestamente, para mí salió bien. No tuve que lidiar con ella y me dejó criar a nuestro primogénito. Esa era la única razón por la que podría estarle agradecido: por mi hijo. Por el mero hecho de

consumar su matrimonio conmigo, el matrimonio que nuestros padres nos impusieron, me había dado a mi hijo.

Con Andre, yo dirigía esta ciudad. En él, tenía un legado y un futuro que esperar.

¿Pero Anya?

Ella no era más que un error, trasladada a vivir con los Volkov para que pudieran envenenarla contra mí. Hasta *ahora*.

Gruñí, frotándome la cara y deseando no haber cogido esa llamada en ese momento.

Anya no sería mi legado después de los años que sus abuelos le habían contado lo horrible que yo era. Anya no contribuiría a mi éxito después de todo ese tiempo en que le habían lavado el cerebro para que me detestara, igual que Olga.

Rara vez me importaba una mierda lo que los demás pensaran de mí. Cada plan que hacía giraba en torno a cómo afectaría a mis negocios y fortalecería aún más mis fuerzas.

Anya no encajaba en nada de eso. No podía encajar en ninguna parte de mi mundo. Cualquier posibilidad de que formáramos un vínculo padre-hija se había acabado. Con lo condicionada que la habían dejado los Volkov para odiarme, ni siquiera me importaba una mierda que viniera.

Era cruel, pero cierto.

Solté otro profundo suspiro. —Me importa una mierda —mascullé—. Tengo demasiadas otras cosas en las que concentrarme.

—¿Qué es lo que te importa una mierda? —preguntó Andre mientras entraba en mi despacho, captando el final de mi comentario. Se movía con rapidez y soltura, mostrando ese atletismo natural que tenía, demostrando que nunca perdería esa confianza que le había enseñado a mostrar siempre.

Alto, fuerte y orgulloso, era mi mano derecha. Mi asesino letal y calculador que nunca dejaba de poner a la familia en primer lugar.

Él sí que me importaba una mierda. Siempre me importaría. Junto a mis sobrinos, Sergei y Roman, Andre desempeñaba un papel importante en la organización como uno de los máximos líderes de nuestra familia.

Eran en ellos en quienes confiaba. Eran ellos a quienes cuidaba. Aquellos que me importaban profundamente; a diferencia de esa mocosa amargada y distante a la que ahora tendría que aguantar.

Andre enarcó las cejas, esperando una respuesta. Exudaba poder. Inteligencia. Agallas.

No un odio malicioso, que sabía de sobra que podía esperar de la hija que nunca había conocido.

Con aquella llamada telefónica que acababa de recibir, estaba claro que los días de nuestro «club de machos» se habían acabado.

—¿Padre? —insistió Andre cuando me quedé mirándolo.

—Acabo de recibir una llamada.

Se metió las manos en los bolsillos, tranquilo mientras me devolvía la mirada. Demasiado entrenado para hacer preguntas estúpidas y demostrando su paciencia, esperó a que le explicara, sabiendo que, si era algo que necesitaba saber, se lo diría.

—Una llamada de Moscú —añadí.

Se encogió de hombros.

—Parece ser que tu hermana vuelve a vivir con nosotros.

Aquello le arrancó una reacción. Soltó una risa irónica. —¿Volver? —preguntó con sarcasmo—. ¿Cuándo ha estado aquí?

Tenía razón. Había nacido en Moscú y ninguno de los dos la conocíamos. Andre tenía casi trece años cuando ella nació. Un

nacimiento del que solo supe por fotos y una prueba de paternidad verificada.

—Viene aquí —corregí.

—¿Por qué?

—Su tío ha fallecido.

Puso los ojos en blanco. —¿Y nadie más en la puta familia Volkov puede acogerla?

—No queda nadie más. Nadie con riqueza o poder para dictar lo que debería pasar con ella. —Fue mi turno de encogerme de hombros—. Aunque no es mi culpa que la familia esté ahora en la indigencia por su pésima gestión de las finanzas, es mi hija. Ahora dependerá de mí mantenerla.

—Y apuesto a que Olga se estará revolviendo en su puta tumba —replicó.

No había cariño entre mi hijo y mi difunta esposa. Desde que él nació, ella lo había evitado. Tan pronto como dio a luz, se marchó a Moscú, dejándome que lo criara solo. Cuando se esperaba que me visitara con sus padres, evitó incluso ver a su hijo, totalmente desinteresada en él. Todo para follárseme por accidente y volver a casa una vez más, donde vivió hasta que se suicidó.

—¿La tumba de quién? —preguntó Sergei al entrar en la sala, justo a tiempo para la reunión que les había convocado. Roman entró tras él, enderezándose la corbata y con un aspecto un poco desaliñado; probablemente venía directamente de una de las bailarinas a las que le gustaba follarse.

—De Olga —dijo Andre, sin referirse nunca a su madre por otra cosa que no fuera su nombre. Nunca había sido una madre para él—. Parece que Anya se muda aquí.

Sergei frunció el ceño. Un hombre más serio que los demás, nunca parecía feliz o en paz. Esta noticia solo se sumó a su natural aire de

fastidio. —¿Por qué?

—Su tutor murió y no tiene a nadie más que la mantenga —expliqué.

—Joder. ¿Viene aquí? —Roman hizo una mueca—. ¿Qué demonios vas a hacer con ella pululando por aquí?

Me encogí de hombros. No había pensado tan a futuro, demasiado atormentado con el viejo resentimiento que afloraba cada vez que pensaba en mi esposa. En cómo me odiaba y la idea de un matrimonio en el que yo tampoco me había preocupado por entrar. Estaba dispuesto a cumplir con mi deber y sacar lo mejor de ello, pero ella no.

Todo lo que había hecho fue rehuirme y esconderse, odiarme y actuar como si yo fuera el diablo. Había abandonado a mi hijo.

Que te jodan a ti y a todo lo que has hecho. Desearle el mal no cambiaría nada ahora. Me iba a tener que tragar la molestia de mi hija, que odiaría estar aquí. Tener a una mujer entre nosotros sería un gran cambio. Intentar dar la bienvenida a alguien que no quería estar aquí me parecía un dolor de cabeza.

—Quizá pueda encontrar un tutor o una niñera o algo para mantenerla fuera de mi camino. —Suspiré, ya dispuesto a posponer los detalles de la llegada de Anya—. Tengo demasiadas otras cosas de las que preocuparme.

—Desde luego —dijo Andre—. Seguro que puedes contratar a alguien para que le haga de niñera.

Sonreí de medio lado, sin gracia y sin sorprenderme de que no le importara que un hermano entrara en su vida. Dudaba que siquiera la viera como un pariente.

—Porque tengo a dos hombres trayendo a un espía de los Giovanni mientras hablamos. —Hizo un gesto con el pulgar por encima del

hombro—. Lo encontraron cerca del almacén en el distrito cercano a los muelles.

Apreté los dientes. —¿Otro puto espía allí? —Mi ira se desvió de mi hija a la familia de la mafia italiana al instante. Estaba harto de que Roberto Giovanni jodiera en mi territorio.

—Y tengo una pista sobre dónde uno de los lugartenientes de los Popov está intentando sabotear uno de nuestros locales —dijo Sergei, cruzando los brazos como el soldado rígido y duro que era.

Así era. Trabajo, trabajo y más trabajo. Nunca terminaba y era absorbente.

¿Y se supone que debo sacar tiempo para mi hija?

¿Darle la bienvenida cuando ni siquiera querrá estar aquí?

No tenía tiempo para nada que no fuera dirigir mi imperio.

Levanté la barbilla hacia Roman, dándome cuenta de que no había informado sobre sus problemas del día. —Y tú, ¿qué? —No los microgestionaba, pero como todos teníamos nuestros apartamentos y oficinas en una misma gran manzana, siempre estábamos al día y cerca, siempre juntos como un equipo.

—Estaba, eh... —Se tiró del cuello de la camisa—. He estado ocupado con otras cosas esta mañana.

Andre rio una vez. —Por esa marca que tienes ahí —dijo, señalando el cuello de Roman—, o te ha atacado un puto monstruo o has encontrado a una mujer que hace cosas mágicas con la boca.

Puse los ojos en blanco, levantándome para ir con ellos a interrogar al idiota de los Giovanni que habían traído para el interrogatorio. —¿Ocupado, eh? —bromeé con mi sobrino el *playboy*.

Demonios, yo estaba tan ocupado con tantas cosas, con mantener este imperio funcionando entre las amenazas de los enemigos, que

ni siquiera podía contar con sacar tiempo para la llegada de mi hija, de la que estaba distanciado.

Pensar en sacar tiempo para un buen polvo o la compañía de una mujer inteligente estaría aún más abajo en mi lista de prioridades.

No tenía tiempo para nada que no fuera dirigir esta organización, y mientras me iba con los tres siguiéndome, supe que eso no iba a cambiar pronto. *Yo* no iba a cambiar pronto.

Ni hoy. Ni mañana.

Ni nunca.

Negué con la cabeza y me pregunté si alguna vez sentiría que podía simplemente ser y respirar.

2

CLAIRE

Ve a Nueva York, decían.

Los hombres gritaban y chillaban, levantando los puños mientras los enfermeros y los sanitarios hacían lo que podían por mantenerlos en las camillas.

Ve a Nueva York a ejercer la medicina. Hará maravillas por tu carrera.

Hice una mueca cuando otro paciente al que llevaban por el pasillo le lanzó un puñetazo al guardia de seguridad. No le dio en la cara porque el hombre se agachó justo a tiempo. En su lugar, el puño del hombre de la cara ensangrentada se estrelló contra la pared. Goteó *más* sangre. Pero eso no lo detuvo. Maldiciendo en ruso, se abalanzó desde la camilla —indiferente a su pierna destrozada y herida, o sin que le importara— para placar al segurata de alquiler del hospital.

—¡Necesitamos ayuda aquí!

Me estremecí ante el grito de mi colega al pasar rozándome. Se suponía que el doctor Jack Harroun era el mejor médico de urgencias de este hospital. En ese momento, mientras se precipitaba hacia la refriega, con el rostro serio por la desaprobación, parecía más bien un árbitro descontento, corriendo para separar una pelea y mandar a los jugadores al área de penalización.

—Tiene que ser luna llena —gruñó Fatima mientras se apresuraba a pasar por mi otro lado. Negando con la cabeza, la jefa de enfermeras maldijo y echó hacia atrás su larga coleta oscura mientras se unía a Jack para separar la pelea.

¿Luna llena?

No era propensa a creer en supersticiones. El caos en urgencias no era nada fuera de lo común. Pero una guerra abierta como esta en la zona de traumatología era otra cosa. No estaba causada por la maldita luna.

Fuera lo que fuese este caos, fue suficiente para dejarme clavada en el sitio durante un milisegundo, demasiado aturdida para parpadear o reaccionar ante la conmoción y la violencia. La gente venía aquí para que la ayudaran. Para que la trataran, la cosieran y la salvaran.

Yo estaba aquí para ayudar y salvar. Para poner de mi parte y ayudar a otros a recuperar el mejor estado de bienestar que pudieran tener. Estaba aquí, en Nueva York, en este hospital en concreto, porque parecía la decisión profesional más inteligente que podía tomar con mi historial. Un historial con un expediente estelar y muchos éxitos. Un historial que solo tenía gracias a todos los duros años de haberme partido el lomo trabajando y estudiando tantísimo.

¿Todo para esto*?*

Mientras lo asimilaba todo y contemplaba la escena de hombres trajeados que gritaban, amenazaban y seguían atacándose entre sí, empecé a dudar seriamente de haber venido aquí, como me habían animado a hacer durante años mis padres y colegas en el Reino Unido.

Hacía solo diez minutos, todo estaba tranquilo. Incluso podría haber dicho la temida palabra con T, esa que ningún profesional de la medicina pronuncia en voz alta por miedo a gafar la situación. Esa era una superstición en la que sí creía, porque *siempre* se cumplía. En cuanto alguien decía que las cosas estaban tranquilas, se

desataba el infierno. El campo de batalla en el que se había convertido la planta tenía que ser el resultado kármico de que alguien hubiera gritado que estaba tranquilo.

Quedarme paralizada no era para lo que me habían entrenado. Congelarme e intentar comprender cómo la ordenada y pulcra planta de urgencias había podido reducirse a esto no mejoraba nada.

Parpadeé una vez más, viendo a Fatima correr para ayudar a un hombre que parecía haber recibido un disparo en el hombro mientras intentaba sacar su pistola y apuntar a otro hombre.

—Joder… —Nadie me oiría mascullar, pero ver a mi firme y fiable jefa de enfermeras en la línea de peligro me sacó del shock. Entré en acción de inmediato, corriendo para ayudarla.

—Tranquilo, tranquilo. —Me uní a Fatima, extendiendo las manos para sujetar al hombre en su camilla y evitar que alcanzara su arma —. Relájese, señor.

Frunció el ceño, se giró para gruñirme y gritarme. Su expresión era amenazadora, una advertencia suficiente. Su tono era acalorado y violento. Pero no pude entender ni una sola palabra de lo que decía.

—Relájese —repetí, moviéndome con los técnicos de emergencias y Fatima. Jack y otros estaban ocupados con más gente. Policías y guardias de seguridad se mezclaban en la abarrotada sala de traumatología y el vestíbulo. Todas las manos eran pocas. Lo que fuera que había pasado estaba requiriendo todos los esfuerzos de cada uno de nosotros en la planta.

—Será mejor que lo sedéis —dijo el corpulento técnico de emergencias mientras seguía empujando al paciente con la herida de bala hacia el interior de urgencias.

La adrenalina corría a raudales. El pulso se me aceleró. Todos mis sentidos estaban en alerta y yo estaba concentrada y metida en faena para moverme y ayudar a restaurar el orden que correspondía a este lugar de emergencias médicas.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, corriendo junto a la camilla mientras todos empujábamos. El hombre estaba decidido a alcanzar su pistola, algo que el técnico de emergencias impidió. Pero estaba claro que uno de los hombres que hablaban italiano al otro lado de la sala era el objetivo de su ira.

—Ha estallado una bomba —respondió el técnico, frunciendo el ceño mientras la radio de su hombro crepitaba con más conversaciones—. La mitad de estos imbéciles rusos estaban dentro mientras esos tipos italianos salían corriendo del lugar. Y luego, una vez en la calle, se han tenido que poner a pelear encima de todo. —Volvió a mirar atrás, como buscando a sus compañeros.

—¿Ha resultado herido algún civil? —preguntó Fatima.

¿Civiles? Le lancé una mirada cortante mientras llevábamos al hombre sangrante a un espacio libre al fondo del pasillo. Una cortina no ofrecería ninguna protección a prueba de balas, pero andábamos escasos de huecos.

—Sí. También están llegando —respondió el técnico.

¿Civiles? Me quedé colgada con las palabras de Fatima mientras empezaba a auscultar los pulmones del hombre. Lo había dicho como si este hombre no fuera un neoyorquino corriente. ¿Un policía? Un…

Oh, joder…

¿Un criminal? ¿Un fugitivo? Mi mente corría el riesgo de perderse en demasiadas preguntas y pensamientos sobre estos hombres violentos que invadían el servicio de urgencias y atascaban los pasillos y las habitaciones con demasiada gente: individuos furiosos y heridos. Pero no podía dejar que mi imaginación se desbocara. Era hora de concentrarse, de centrarse y bloquearse en ofrecer la mejor evaluación y atención que pudiera.

Detrás de mí, la voz estentórea de Jack se alzó sobre el estruendo de los hombres que gritaban, de las enfermeras y los técnicos que

instaban a los pacientes a comportarse, y de los policías que interrogaban a quien podían.

Pasé de este hombre al siguiente con tal celeridad que el turno se convirtió en un borrón. Estaba por todas partes, dando órdenes, pidiendo cooperación y tratando de evaluar los casos más urgentes de heridas de bala, laceraciones abiertas por la explosión, conmociones cerebrales y huesos rotos.

—Llevadlo a un TAC, ya —le dije a una enfermera mientras retrocedía para salir de una habitación, quitándome los guantes solo para ir a otra y ponerme un par nuevo para evaluar a otro paciente. Fruncí el ceño, segura de que este hombre beligerante y hostil que yacía sangrando por la cara y el pecho tendría tantas o más lesiones internas por lo cerca que parecía haber estado de la explosión en el restaurante.

Sin embargo, antes de que pudiera girarme y mirar hacia el pasillo, alguien chocó conmigo y me tiró al suelo.

Aterricé con un profundo *uf*, y el impacto de la caída me dejó sin aire. Al frenar la caída con las manos en el suelo, hice una mueca e ignoré el dolor instantáneo de golpear tan inesperadamente.

¡Maldita sea!

En medio del caos del turno y la urgencia apremiante con la que todos trabajábamos, casi estuve a punto de fruncir el ceño por mi error. Que era culpa mía por no mirar por dónde iba y chocar con alguien. Nada bueno saldría de caminar sin mirar al frente.

Pero no había sido así. No había sido culpa mía. Aunque hubiera estado mirando al frente y prestando atención a por dónde iba, este hombre alto y de aspecto desaliñado con un traje me habría derribado igualmente. Sus ojos pequeños y brillantes estaban fijos en mí y sus labios se alzaron en un gruñido. De su boca salieron insultos en un idioma extranjero, pero no necesité traductor para entenderlos. Un hombre solo mira así a una mujer cuando quiere

hacerle daño. Castigarla y desahogarse. El hedor a alcohol que emanaba de él se abría paso a través del habitual olor a desinfectante. Mientras se tambaleaba para echar una pierna hacia atrás, contuve la respiración y me preparé frenéticamente para lo inevitable.

Iba a darme una patada y yo no sería lo bastante rápida para levantarme.

Todos aquellos hombres parecían tan trastornados, criminales y violentos. ¿Italianos? ¿Rusos? No sabría decirlo. Pero no parecían civiles, como había supuesto Fatima.

Este hombre no estaba bien de la cabeza, ya fuera por estar enfadado por el atentado, por seguir empeñado en sembrar el caos, o por estar tan borracho y drogado que no era consciente de su comportamiento. Lo único que importaba en este preciso instante era que me había elegido como el blanco de su furia.

Tensa ante la amenaza de que su zapato me golpeara, apreté los dientes e intenté levantarme.

Pero el golpe nunca llegó. Sí que hubo otros impactos de carne contra carne. Otro hombre de traje había acudido en mi defensa. Apareciendo de la nada en el caótico y abarrotado servicio, este hombre de hombros anchos se había apresurado a interceptar la patada. Con puñetazos y codazos hábilmente asestados, dejó al otro tipo indefenso. En lugar de insultarme arrastrando las palabras y darme una patada mientras estaba en el suelo, ahora estaba sentado en el suelo, gimiendo, sujetándose el costado y cerrando los ojos de dolor.

Exhalé de golpe, parpadeé rápidamente y luché por levantarme, por salir del suelo donde sería pisoteada o algo peor.

Dios mío. Esto es una pesadilla.

Al no poder recuperar la compostura rápidamente, me reprendí mentalmente por haber estado tan protegida del crudo crimen de

Nueva York.

—¿Está bien? —preguntó el hombre.

Su voz era cortante, pero no desagradable. Impaciente, como si tuviera demasiado que hacer. Preocupada, como si le importara un bledo si estaba herida. Parecía mayor, pero americanizado y no me confundía con un acento italiano demasiado rápido o un fuerte acento ruso.

Mientras me tendía la mano para ayudarme a levantarme del suelo, más gritos sonaron desde el otro extremo del pasillo. Mirando sus zapatos lustrados que llevaban manchas de sangre aún fresca, fruncí el ceño y desterré todos los fugaces pensamientos de gratitud de mi mente.

Estaba con ellos, de alguna manera.

Era uno de ellos, todos esos depravados que causaban tanta conmoción y violencia en mi servicio.

—Joder. —Lo gruñó, distraído por los sonidos de la pelea al otro extremo del pasillo.

—¡Doctora Donovon!

Estiré el cuello para ver a Fatima corriendo hacia mí. Con su llegada, el hombre mayor giró sobre sus talones y se lanzó en dirección a la nueva pelea.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? —Fatima se echó la coleta por encima del hombro mientras se agachaba para ayudarme.

Tomando su mano, le resté importancia al incidente y me levanté. Me sacudí los pantalones y miré con el ceño fruncido al hombre. —Estoy bien.

¡Ya! ¡Y un cuerno!

Dudaba que fuera a estar «bien» hasta que terminara este turno y estuviera en mi nuevo apartamento tomándome un trago de ginebra

para calmar los nervios. —Él chocó conmigo y ese hombre… —Arrugué la cara, girándome para ver si podía distinguir al hombre que me había salvado de la patada de un borracho. Sin embargo, no le había visto la cara, así que no tenía ni idea de qué matón trajeado era.

—¿Uno de los mafiosos? —preguntó Fatima.

Oh, joder… Abrí los ojos como platos. —¿*Mafiosos*?

Ella resopló una vez y negó con la cabeza mientras me instaba a volver al trabajo. —A veces se me olvida que vienes de otro mundo, doctora.

Mafiosos. *Oh, Dios mío…* Quería pensar que ya lo había visto todo, pero lo dudaba. Simplemente, este no era el tipo de peligro laboral al que estaba acostumbrada. *Todavía.* Caminando enérgicamente con ella, escuché qué pacientes eran más prioritarios. Asentí, quedándome a su lado para no volver a perderme entre la multitud. No era correcto querer que una compañera de trabajo me protegiera, pero no iba a arriesgarme.

Trabajamos juntas, moviéndonos de un paciente a otro, tratando de recuperar algo de orden y equilibrio. Cuando aparecieron los policías, fue *más* caótico, pero delegué en los otros adjuntos y residentes que estaban mucho más insensibilizados a este tipo de noche.

Durante horas, todos trabajamos en equipo para llevar a algunos a cirugía y a otros a cuidados intensivos. Delegar pacientes y casos hizo que todo fuera mucho más ágil después de la avalancha inicial del proceso de admisión masiva. Pero aun así, estaba conmocionada por todo. Los gritos y las peleas. No entender lo que se decía. Luego caerme y casi ser pateada.

—Ha sido una locura —comenté al final del turno. Jack y Fatima estaban en el puesto de enfermería, repasando los informes.

Jack se encogió de hombros, sin levantar la vista de su historial. —Es solo otra noche con la flor y nata de Nueva York haciendo de las

suyas —respondió con sarcasmo.

Levanté las cejas ante su tono displicente. Era un hombre clásicamente guapo y tenía una excelente reputación como médico, pero algo en su actitud hacia los sucesos de la noche me hizo dudar.

—¿Ha tratado a esos hombres antes? —pregunté, conteniéndome para no repetir la etiqueta que Fatima había usado, que eran mafiosos.

Se encogió de hombros y levantó la vista. Al verme observándolo, sonrió lentamente. —Joder, Claire. Podrías intentar quitar esa expresión de desconcierto, ¿eh? —Me dio un codazo juguetón al dejar el puesto de enfermería—. Seguro que has visto unas cuantas peleas al otro lado del charco.

—Claro. Por supuesto que sí. —También pasé un par de años en urgencias allí—. Pero…

—Es solo parte de la vida aquí. —Sacudió la cabeza, caminando conmigo por el pasillo, ahora menos concurrido y más tranquilo. Bostezó—. Esos rusos siempre causan un atasco enorme cuando buscan pelea en las calles.

—¿Los rusos? —Fruncí el ceño mientras metía las manos en los bolsillos, siguiendo fácilmente su paso rápido ya que no era tan baja. Nuestros zapatos chirriaban en el suelo mientras consideraba lo que había dicho—. Los que hablaban en ruso parecían estables. Pero los italianos parecían todos drogados y borrachos. —*Como el que casi me patea.*

—Qué va. —Me miró con el ceño fruncido—. No me he dado cuenta de que le dieran problemas a nadie.

Resoplé una risa. *Perdona, pero claro que sí.* Incapaz de quitarme la impresión de que la indiferencia de Jack sobre la violencia parecía llevar un prejuicio, me detuve en el cruce del pasillo, sin ir en su dirección.

—No te preocupes demasiado por eso, *chavala* —dijo con esa sonrisa burlona. La primera semana que estuve aquí desistí de decirle que eso era más bien un apelativo cariñoso irlandés. Podría ser un médico sabio, pero eso no significaba necesariamente que supiera la diferencia entre Gran Bretaña propiamente dicha e Irlanda.

Asentí débilmente y levanté la mano para despedirlo mientras salía y me deseaba buenas noches.

¿Que no me preocupe por eso?

Negué con la cabeza, volviendo para terminar mi turno. Puede que a él no le molestara la violencia. Puede que fuera inmune a ella.

Yo, sin embargo, carecía de la confianza de que alguna vez me parecería bien o aceptaría que tales criminales corrieran por mi servicio, haciendo amenazas y sembrando el caos.

Con luna llena o sin ella.

Nunca me rebajaría a familiarizarme con criminales de baja estofa como los que habían interrumpido mi turno esta noche.

Claro, Jack. No te preocupes por eso.

Definitivamente, era más fácil decirlo que hacerlo.

3

MIKHAIL

A pesar de haberme acostado tarde por lidiar con el atentado en el restaurante, me levanté temprano a la mañana siguiente para la llegada de mi hija. Anya estaría aquí en cualquier momento, y no me apetecía nada aguantar su actitud. Sería pésima. No querría estar aquí. Pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Ahora era, literalmente, el único familiar que le quedaba. Su último recurso.

Tampoco tenía tiempo ni paciencia para disgustarme por ello. Había aprendido lo que valía. Si no me querían, que les den. Sin embargo, con ella sería diferente, estaría obligada a estar bajo mi cuidado hasta que fuera mayor de edad.

—Al menos no ha sido *nuestro* edificio —dijo Andre mientras estaba a mi lado en el vestíbulo. Se ajustó los puños de la camisa y parecía tan desinteresado como siempre en estar ahí de pie. Una vez más, no podía culparlo.

—Cierto —repliqué con suavidad—. Pero ha estado demasiado cerca para mi gusto. —El edificio que habían bombardeado anoche no era una propiedad de los Orlov, pero estaba cerca de nuestro territorio. Demasiado cerca. Gracias al Giovanni que habíamos capturado e interrogado, o más bien, gracias a su debilidad y a su capacidad para llorar y contarnos todo lo que queríamos en cuanto lo presionamos, tuvimos el aviso para asegurarnos de que ninguno de

los ataques planeados nos afectara a nosotros o a nuestros negocios en la zona.

Los Popov habían organizado el ataque a los Giovanni, pero de alguna manera, Niko Popov estaba tergiversando los hechos para echarnos la culpa. Roberto Giovanni simplemente estaba cabreado con nosotros y con los Popov, y juró vengarse de ambos.

Era interminable. Este era el destino que me esperaba como jefe. Era el destino al que me había estado enfrentando desde que cumplí dieciocho y mis padres y mi hermano mayor, Dmitri, fueron asesinados.

Joder, también será el destino que tendrás tú cuando yo ya no esté. Solté un profundo suspiro, mirando a mi hijo y preguntándome si ese día tardaría mucho en llegar. Mantenerme sano y en forma era una de mis pasiones, sobre todo ahora que había entrado en la cincuentena este mismo año, pero el peligro acechaba a cada instante, en cada esquina y detrás de cada sombra.

Con Anya viniendo aquí, ella también estaría expuesta a todo eso. El simple hecho de ser mi hija y vivir conmigo la convertiría en un objetivo. Era una de las muchas razones por las que su llegada sería un quebradero de cabeza más, añadido a todas las demás cosas que me preocupaban.

—Ahí está —comenté cuando los coches entraron en el camino privado que llevaba a la parte delantera del edificio. Ser dueño de toda esta manzana era una medida de seguridad. También era una bendición cuando queríamos privacidad y *cierto* grado de distancia. Andre, Sergei y Roman tenían cada uno sus propios edificios, y residían en el ático de cada uno. Supuse que Anya podría tener un edificio cuando fuera mayor, pero por ahora viviría en el mío bajo la mejor seguridad.

—Ya tengo ojos —replicó Andre secamente.

—Y apuesto a que tienes el mismo entusiasmo por que esté aquí que el que ella nos mostrará.

Él resopló y puso los ojos en blanco como si todo esto fuera un aburrimiento. Una agotadora pérdida de tiempo. Quizá lo era. No estaba de humor para forzar ninguna relación entre ellos. Sería un esfuerzo inútil. Hacer campaña para deshacer todo lo que los Volkov decían de mí y de mi hijo no iba a funcionar.

—No. —Andre se metió las manos en los bolsillos y observó cómo el coche se acercaba por el camino—. Tengo *cero* entusiasmo y absolutamente ningún interés. Solo estoy aquí para «darle la bienvenida» porque me has pedido que esté presente.

Me encogí de hombros. —Como quieras.

—Igualmente, padre —replicó con sorna—. Pero de verdad espero que no te distraigas ni te molestes en hacer que le caigas bien, o que le caigamos bien. O que le guste estar aquí.

—No tengo intención de que nada ni nadie me distraiga.

Ni siquiera esa enfermera. *¿O era médica?* No sabría decirlo, ya que me había apresurado a ayudarla anoche en el hospital. Quizá Andre tenía algo de razón conmigo. Suponía que podría ser un sentimental, tener una pizca de empatía y compasión para preocuparme por los demás cuando estaban en apuros. Rara vez dejaba que las mujeres entraran en mi vida, pero no me habían criado para ser un bruto porque sí. Ese Giovanni había estado a punto de patear a esa profesional sanitaria y, a veces, una mierda así estaba simplemente fuera de lugar, sin importar las circunstancias. Mi brújula moral estaba averiada, pero apostaría a que mi hijo y mis sobrinos a veces se preguntaban si yo podía ser demasiado… blando.

Un blando de corazón. Y no solía dejar que nadie se acercara lo suficiente a mi corazón para empezar.

El coche se detuvo y el guarda se dirigió a la parte trasera para abrir la puerta como si Anya fuera de la realeza. En cierto modo, lo era.

Anya Orlov era una princesa de la mafia simplemente porque era de mi propia sangre. Sin embargo, no iba a apresurarme a mimarla o a malcriarla. Si ese era el trato al que estaba acostumbrada en Moscú, bueno, lo llevaba claro.

Mientras se abría la puerta, me enderecé y observé con el rostro inexpresivo.

Primero, una pierna salió, luego la otra. Haciendo gala de una ágil delicadeza, Anya se giró y salió del asiento trasero hasta que se irguió, alta y orgullosa, con la barbilla puntiaguda en alto. Ojos azules, tan fríos y serios. El largo cabello rubio dorado le caía sobre los hombros. Con un vestido sencillo y unos tacones discretos, nada exagerado ni demasiado elegante, parecía… casi normal.

Como podría parecerlo una adolescente que nunca ha tenido que preocuparse por el dinero.

Selecta. Equilibrada. Bien vestida y sin encorvarse.

Entonces me miró. Y joder, qué mirada tan gélida.

—Anya —la saludé simplemente con una única inclinación de cabeza a modo de reconocimiento—. Bienvenida a Nueva York.

Entornó aún más los ojos y comenzó a subir hacia nosotros en la puerta principal a pasos medidos. Con cada pisada de sus tacones, un agudo *clac* resonaba en los escalones de piedra. No corría. No deambulaba. Era una marcha firme hacia delante, como si no fuera una hija distanciada que venía a vivir con el único padre que le quedaba, sino una guerrera preparándose para ir a la guerra.

Me enorgullecía de haber inculcado a Andre un sólido sentido de la confianza en sí mismo. Pero al observar a mi hija mientras nos veíamos por primera vez, me pregunté si simplemente habían nacido con ello. Si estaban programados para tener esa confianza en sí mismos y parecer tan poderosos por ser mis hijos.

Joder, qué raro es decir eso.

Hijos.

No solo él.

Siempre había sido Andre a quien había esperado criar. Anya había estado tan distante.

Mientras subía los escalones, sin dejar que su gélida mirada se desvaneciera ni por un segundo, tenía el aspecto exacto que había imaginado. Claro, tenía fotos suyas a lo largo de los años. Sabía qué rasgos la definían como mi hija. Pero era esa actitud de mocosa malcriada, esa frialdad y ese odio y aborrecimiento instantáneos.

Tal y como me lo esperaba, joder.

Se detuvo frente a Andre y a mí. Dedicándole a él una mirada glacial, no bajó la barbilla ni una sola vez. Desafiante sin tregua. Podía admirar esa tenacidad, pero en ese momento, era una molestia para la que no tenía tiempo.

—Este es tu hermano, Andre —lo presenté.

Ella arqueó una ceja.

Ya veo de qué vas.

¿Vas a probar con la ley del hielo?

Adelante.

Como quieras.

De hecho, al elegir ese hosco mutismo como forma de protestar por haber sido obligada a venir aquí, solo me estaba facilitando la vida.

Oye, tú no quieres estar aquí y yo preferiría que te marcharas de nuevo. Hagámoslo más fácil. Ódiame y no te metas en mi camino.

Me encogí de hombros, balanceándome sobre los talones. —Martin. —Sin apartar la vista de esta mocosa hija mía, que me miraba como si yo fuera el diablo, llamé al mayordomo, que a menudo actuaba

como mi asistente personal, y solté un largo suspiro—. Muéstrele su habitación.

—¿Eso es todo? —soltó Anya con altivez—. ¿Soy una prisionera aquí?

Andre resopló y negó lentamente con la cabeza. —Sigue actuando como una mocosa malcriada y tú…

Levanté la mano, el único gesto necesario para silenciarlo. Después de lanzarle una mirada para que se callara, hizo una mueca y miró hacia un lado.

—Martin se encargará de que tengas todo lo que necesites.

—Lo que necesito es estar lo más lejos de ti que sea posible, gilipollas criminal —espetó Anya.

—No te entretengas con la ilusión de que voy a tener tiempo para tu actitud. —Dándome la vuelta rápidamente, asentí a Martin, que ya estaba allí y listo para hacer lo que le había ordenado.

Eso era suficiente como presentación y bienvenida. Si pasaban otros dieciséis años antes de que tuviera que volver a verla, estaba seguro de que a ambos nos parecería bien.

Andre se puso a mi altura, negando con la cabeza mientras nos dirigíamos a mi despacho. —Eso ha ido bien.

—Eso se ha acabado —dije—. Ahora…

—A los negocios.

Asentí. —A los negocios.

Horas más tarde, después de comer en mi despacho mucho después de la hora de la cena, sentí una leve curiosidad por saber si Anya había bajado a comer o si se había encerrado en su habitación. Le preguntaría a Martin mañana. Él se encargaría de ella en mi lugar. Cualquiera que trabajase aquí cumpliría mis órdenes y supervisaría a mi recalcitrante hija.

Lo harían porque esperaba lealtad en la organización. Al igual que todos me admiraban como su líder y jefe para proveerles, asegurar nuestra riqueza y poder, y mantenerlos a todos a salvo.

Por eso, cuando estaba en mi habitación esa noche, admirando el paisaje nocturno de la ciudad que nunca duerme, no me alarmé al ver a unos hombres colándose en la propiedad y allanándola. Enmascarados y armados, dos hombres cruzaron el tejado del edificio adyacente al mío. Se usaba más para almacenamiento y oficinas que para residencias, pero parecía que alguien había decidido usarlo como puente para llegar hasta mí.

O hasta Anya.

Permaneciendo en las sombras y espiando a los hombres que se arrastraban hacia el extremo del edificio donde estaba la suite de ella, le envié un mensaje a Sergei para que subiera y me ayudara a encargarme de esto. Pedirle a Andre que proporcionara seguridad a su hermana parecía una idea delicada. Sergei no estaba tan metido en ningún drama familiar. Entre mis sobrinos, Sergei era el más duro, el asesino, el soldado y líder que nunca dudaría ni titubearía en ayudarme.

Llegó rápidamente y observó por las ventanas como yo.

—¿Están intentando hacer rápel hasta sus ventanas? —adivinó, ya puesto al día sobre dónde se alojaba Anya.

Asentí. —Parece que puede que la hayan seguido espías desde Moscú.

Se encogió de hombros, comprobando su pistola. —O tal vez su llegada aquí ha despertado el interés de los enemigos.

—¿Qué, crees que a Niko Popov le importa una mierda que ella esté aquí? —le pregunté en la oscuridad.

—Dudo que a Roberto Giovanni le importe —respondió.

Suspiré, molesto por tener que preocuparme por enemigos pasados y presentes. Y porque muy bien podrían ser los mismos. Anya, por sí misma, no tenía ningún valor. Cuando fuera mayor, podría concertar su matrimonio, pero dudaba que lo hiciera. Ella no representaba poder en la organización Orlov. No tenía acciones ni riqueza, solo lo que yo había apartado para ella al nacer. Casarla no me daría ninguna ventaja sobre nadie porque ya estaba en la cima. Además, yo era un ejemplo vivo de que los matrimonios concertados podían ser una puta mierda. A Olga y a mí nos obligaron a casarnos y resultó ser una pérdida de tiempo.

Frotándome la mandíbula, consideré el comentario de mi sobrino. —Es muy posible que Niko Popov se esté aferrando al pasado.

Sergei asintió. —Podría ser.

—No me sorprendería que estuviera interesado en la llegada de Anya. Por cómo quería estar en mi posición. —Cuando mi padre decretó en su lecho de muerte que yo honraría un acuerdo de compromiso con los Volkov, establecido por mi abuelo, Niko se cabreó al perder una conexión fácil con Rusia a través de Olga.

—Lo que no habría sucedido de todos modos. No habría conseguido nada de los Volkov porque malgastaron todo su dinero a lo largo de los años.

Ladeé la cabeza para indicar que debíamos irnos y coger a un par de guardias para que nos ayudaran a detener a esos dos intrusos y ver por qué estaban interesados en Anya. Lo obvio estaba bastante claro. Cualquier miembro de mi familia sería un objetivo, una forma de presionarme para llegar hasta mí. Cualquier mujer que tuviera también sería un objetivo, y era la razón principal por la que solo me acostaba con mujeres sin ataduras, para asegurar que ninguna se considerara *mía*. Después del desdén y la indiferencia de mi difunta esposa, no tenía ninguna prisa por volver a tener una relación seria con una mujer. Y punto.

—Además —le recordé a mi sobrino—, ya estaba acordado que Olga se casaría conmigo. —Con su odio instantáneo y su falta de interés en estar presente como mi esposa, había descartado rápidamente cualquier plan para ampliar mis negocios en Rusia. Nunca lo necesité, diversificando mi riqueza aquí en los Estados Unidos y en el extranjero. La frialdad de Olga hizo que mi decisión de cortar lazos con los Volkov fuera mucho más fácil. No iba a intentar conseguir una ventaja cuando ellos preferían a los Popov antes que a mí.

Salimos de mi habitación y dejé que Sergei se encargara de llamar a un par de guardias para que nos ayudaran en esta pequeña misión. Aunque sentía curiosidad por saber quién estaba allanando mi propiedad y tenía la vista puesta en mi hija, me irritaba tener que remover el pasado.

El drama de Olga y los Volkov queriendo aliarse con los Popov en lugar de conmigo era agua pasada. Noticias molestas y anticuadas que ahora me importaban un carajo.

Sin embargo, Niko seguía siendo mi rival.

Y yo seguía tan cerrado como siempre a que una mujer volviera a importar en mi vida.

Al salir para mantener a Anya a salvo, sin embargo, sabía que era un hipócrita en ese sentido. Sí me preocupaba por ella por el hecho de que era mi hija, alguien con sangre Orlov.

Pero eso era todo.

No iba a apresurarme a iniciar una relación con ella. No me sentía afectado ni dolido porque a ella no le interesara tenerme como padre.

Nada de mujeres.

Tenía que ajustar esa perspectiva en lo que a ella concernía, pero en todos los demás aspectos, no me abriría para dejar que ninguna otra mujer importara a largo plazo en mi vida de nuevo.

Una vez fue suficiente.

Sin embargo, era frustrante que alguien pareciera reacio a dejar atrás el pasado. Que alguien apuntara a mi otra conexión con Olga e intentara entrar en mi casa.

—¿Listos? —preguntó Sergei en la puerta que conducía al acceso del tejado para que pudiéramos tender una emboscada a esos dos hombres.

Yo estaba listo para centrarme en los negocios. No en mi hija. No en *ninguna* mujer.

Haciendo un gesto con la mano hacia delante para proceder, aunque Sergei se lo estaba preguntando a los guardias y no a mí, solté un profundo suspiro y avancé.

A ver de qué va toda esta mierda.

Anya no se estaba ganando mi afecto con su actitud.

Aun así, que me aspen si alguien intentaba llevársela o hacerle daño mientras yo estuviera aquí.

4

CLAIRE

Muchos de los pacientes que habían llegado tras la explosión en el restaurante seguían en el hospital al día siguiente. Las víctimas de quemaduras permanecerían en cuidados intensivos durante un tiempo. Sin embargo, varios hombres cabezotas se marcharon en contra del consejo médico.

Fatima se encogió de hombros en el puesto de enfermería mientras nos poníamos al día sobre los pacientes y lo que había que hacer a continuación, qué pruebas y diagnósticos eran necesarios para el seguimiento. —Oye, no voy a llorar cuando gente como *esa* quiera largarse de aquí. —Resopló con ese agotamiento y fastidio específicos que solo las enfermeras veteranas con muchos años de servicio podían ganarse a pulso—. Repartiría altas voluntarias como si fueran caramelos en Halloween.

Le eché una mirada que esperaba que transmitiera una mezcla de paciencia, diversión, compasión y una ligera consternación. Se esperaba que todos nosotros, desde los auxiliares de enfermería y los enfermeros de base hasta los médicos adjuntos y los residentes, atendiéramos sin juzgar. Sin embargo, como lo que había presenciado y experimentado la noche anterior, algunas personas eran mucho más difíciles de tratar.

—Lo sé, lo sé. —Fatima dejó su tableta en el mostrador y suspiró—. No debería juzgar...

—Pero lo haces.

Asintió y sonrió. —Joder, es difícil no hacerlo. A mafiosos como esos les parece que pueden ser los amos de la calle con sus matones y sus ejércitos. —Otro resoplido exasperado escapó de sus labios—. ¿Quieren tirotearse entre ellos y luego no les importa que saturen este sitio? La gente normal y corriente también necesita atención de urgencia.

—Por supuesto que sí. —Aunque las diferencias entre las «industrias» sanitarias del Reino Unido y de Estados Unidos eran harina de otro costal, en el fondo todo era igual. Era lo mismo que un conductor ebrio, que merecía los mismos cuidados que las víctimas del accidente de coche que él mismo había provocado. Uno causaba daño voluntariamente y esperaba que lo cuidaran, mientras que otros eran inocentes atrapados en el embrollo que también necesitaban ayuda.

—Pero esos gilipollas... —murmuró, negando con la cabeza—. Ya he tenido bastante de ellos por una buena temporada.

Podía ver lo harta que estaba. Con curiosidad y dándome cuenta de que podía sacarle información, dejé mi tableta y me volví completamente hacia ella. —¿Son de verdad «mafiosos»? —pregunté.

Sonrió ampliamente; sus dientes, de un blanco brillante, contrastaban con su piel oscura. —Ay, Claire... —Me dio una palmadita en la mano, casi maternal—. Eres tan inocente e ingenua.

Fruncí el ceño, odiando esa afirmación. —Quizá no esté muy familiarizada con el mundo del crimen endémico de esta ciudad, pero...

—No, no. —Negó con la cabeza, todavía amable y sonriendo—. No es solo eso. Seguro que en tu tierra has tenido tu propia clase de violencia. Joder, cualquier ciudad grande en la faz de la tierra tiene sus tipos malos.

Me crucé de brazos. —¿Entonces qué?

—Es que eres tan... —Entrecerró los ojos, como si me estuviera escudriñando e intentara averiguar cómo describirme con precisión. Levantó las manos para encuadrarme y sonrió más ampliamente—. No sé. Delicada.

Alcé las cejas. —Anoche sujeté las dos mitades del fémur de un hombre mientras no uno, sino tres técnicos de planta casi se desmayaban al ver semejante fractura abierta.

Rio suavemente. —Vale. Te reconozco el mérito. Tienes agallas. Tienes el estómago que hace falta para este trabajo. Pero es algo clínico. Tienes esas agallas cuando se aplican aquí, en el hospital. Fuera de aquí, seguro que eres, bueno, más inocente. Demasiado buena, pura y delicada. Es simplemente tu personalidad, la vibra que me transmites.

Me quedé con la boca abierta. —¿Delicada? —No estaba segura de por qué me lo estaba tomando como un insulto. Pero así era.

—Quizá demasiado refinada. —Se encogió de hombros, haciendo una pequeña mueca—. Solo es mi opinión, pero...

—No. No. Sigue. —No debería haberme importado, pero me importaba. ¿Quién no quería saber qué imagen daba en el trabajo?

—Una niña buena. Recatada y correcta e intacta por el lado más duro de la vida.

Puse cara de póquer. —¿El lado más duro de la vida? He visto a pacientes entrar en parada y morir en la mesa de operaciones. He tenido que dar noticias horribles y duras a los familiares. He...

—Lo sé. —Levantó una mano. Ante una llamada de auxilio al fondo del pasillo, ambas nos movimos, pero siguió hablando mientras caminábamos—. Pero todo eso es aquí. En horas de trabajo. Solo digo que *tú*, como persona, pareces un poco estirada y correcta.

Como si nunca hubieras aprendido cómo la gente corriente intenta salir adelante en esto que llamamos vida.

Se adelantó para ayudar al otro médico con un paciente que estaba convulsionando. No pudimos hablar mientras ayudábamos, pero una vez que la situación estuvo bajo control, volví a captar su atención cerca del puesto de enfermería.

—Escucha, doctora —suspiró—. No te estoy criticando. Me pediste mi opinión y te la he dado.

Asintiendo mientras caminaba con ella, me aclaré la garganta. —Lo he hecho. Y agradezco tu honestidad. Entiendo por qué podrías pensar que soy... así.

—Bueno, por lo que parece, eres del club de los niños de papá. —Sonrió, y eso quitó el aguijón de sus palabras.

Tenía razón, de todos modos. Había tenido la bendición de nacer en una familia rica. Antes de que mis padres fallecieran en un accidente de coche hacía solo unos meses, no me había faltado de nada. Tuve lo mejor que una niña podría desear. Se me concedió la seguridad de estudiar sin ninguna otra responsabilidad que me frenara. Mi padre era juez, mi madre, catedrática. Sí que venía de un entorno de élite, pero imaginaba que mi orgullo y mi corrección tendrían que adaptarse mientras aprendía a vivir sin mi familia.

—No me *malcriaron* —repliqué con un poco más de vehemencia de la que pretendía—. Pero no me sorprende tu valoración de mí.

—¿Ves? Hasta hablas con finura.

Puse los ojos en blanco y ella sonrió más ampliamente.

—Pero estos hombres de anoche —pregunté, centrando mi curiosidad en el presente— y los que siguen aquí.

Asintió. —¿Qué pasa con ellos?

—¿Son de verdad criminales? —pregunté.

—Sí. Que no salga de aquí, pero los rusos son de una de esas Bratvas. Los otros son de una familia de la mafia italiana. —Se encogió de hombros—. Pero oye, no es nada del otro mundo. Ocúpate de tus asuntos, no hagas demasiadas preguntas y limítate a tratar a los pacientes.

—No tengo miedo —admití, contenta de tenerla como compañera con la que hablar—, solo intento entenderlo todo.

Soltó una risa ahogada. —No lo hagas. Cuanto menos sepas, mejor. No es un grupo con el que te convenga relacionarte.

—¡Oh, no, por supuesto que no!

Sonrió ante mi exabrupto.

—Pero... —Hice una mueca y miré más abajo en el pasillo, donde Jack estaba hablando con uno de los hombres trajeados de aspecto siniestro—. Me pregunto si todo el mundo aquí tiene el mismo enfoque.

Enarcando una ceja, con la intriga a flor de piel, siguió mi línea de visión. —Oh.

—¿Lo ves? —Me acerqué más a ella para susurrar—. Anoche me di cuenta de que a Jack no le importaba realmente que estuvieran aquí.

—Bueno, recibimos a muchos de ellos de vez en cuando. —Fatima suspiró y se frotó la cara—. Con toda la violencia que causan o de la que son víctimas, sí, todos esos mafiosos son clientes frecuentes por aquí. —Observó conmigo cómo Jack reía y sonreía con uno de los italianos. El pelo engominado hacia atrás y los tatuajes en la mano del hombre lo marcaban como a los demás—. Y Jack ha nacido y se ha criado aquí, en la Gran Manzana. No se va a alterar por ello.

—No estoy sugiriendo que no se altere.

Me frunció el ceño. —¿Qué estás insinuando?

No estaba segura de cómo expresarlo. Un sexto sentido, una simple sensación molesta en el estómago, me aguijoneaba la conciencia. —No lo sé. Parece que es amigable con ellos.

Fatima resopló. —Bah. Así es Jack. Es un auténtico encanto por aquí. —Cogió su tableta para consultar la ficha de otro paciente y se alejó —. Él es así. —Dedicándome una sonrisa tonta, retrocedió un poco más—. Me sorprende que no haya subido aún la potencia de su encanto contigo. Tenemos una apuesta en la planta sobre cuánto tardará en intentar meterse en tus bragas.

Puse los ojos en blanco. Podría pensar que era ingenua e ignorante sobre el mundo del crimen en Nueva York, pero no iba a salirse con la suya acusándome de ser ignorante sobre el cotilleo del hospital. Los médicos y las enfermeras siempre eran propensos a las intrigas amorosas, y eso era universalmente cierto.

Jack había sido bastante encantador en mi primer mes de trabajo aquí. Todos habían sido acogedores, en realidad, contentos de incorporar a una médica consumada a la plantilla.

La verdad es que había aceptado el trabajo porque necesitaba un cambio de aires después de perder a mis padres. Ya había solicitado trabajar en el extranjero como médica para una misión en un programa de un país del tercer mundo, pero venir aquí primero fue un buen cambio de perspectiva para sacudirme la añoranza de mi madre y mi padre.

Además, este hospital tenía una gran reputación. Sin embargo, no me estaba ablandando ante el interés que estaba recibiendo. Quizá era otra parte de mi personalidad de niña buena o quizá simplemente tenía sentido común, pero no iba a caer presa de ningún médico guapo que intentara meterse en mis bragas.

Me habían educado mejor que eso.

Pero también me habían educado con una estricta brújula moral y la necesidad de ver que se hiciera justicia. Eso encajaba perfectamente

con mi curiosidad natural, también. Porque una vez que Fatima me dejó, no pude evitar caer en la tentación de seguir a Jack y al matón italiano.

Pero ¿por qué es tan amigable con ellos*?*

¿Qué está pasando?

Parecía algo más que una conversación casual. Mientras los seguía lentamente mientras hablaban, manteniéndome a distancia, recordé el principio del turno de hoy.

Jack se había mostrado muy reservado sobre los detalles relativos a cualquiera de los matones italianos. Les había dicho a todas las enfermeras y a los demás médicos que se remitieran a él en lo concerniente a sus casos. Siempre se agradecía que alguien se ofreciera voluntario para actuar como responsable de casos interconectados, pero esto parecía diferente.

¿Qué te traes entre manos, Jack?

No lo conocía lo suficiente como para tener la confianza de conocer su carácter. No me había convencido de que quisiera conocerlo tan bien.

¿Estás involucrado con ellos de alguna manera? ¿Con estos matones y criminales que ponen bombas en edificios y hieren a inocentes?

Antes de que pudiera apresurarme hacia las puertas dobles por las que habían pasado, como si Jack estuviera acompañando al italiano hacia la salida, me eché hacia atrás y casi me choco con la esquina de la pared.

Mis zapatos resbalaron, chirriando tan fuerte que habría sido obvio que alguien corría detrás de ellos. En un instante de pánico momentáneo, pegué la espalda a la pared, manteniéndome fuera de la vista mientras tanto Jack como el matón se giraban para mirar hacia atrás.

Las puertas se cerraron. Mi oportunidad de seguir con ellos había terminado.

Mientras exhalaba lentamente, cerré los ojos e hice una mueca.

¿Qué demonios estoy haciendo?

¿No me acaba de advertir Fatima que me ocupe de mis asuntos?

Haría bien en seguir su consejo general. Estaba aquí para trabajar, no para entrometerme en ninguna conexión entre el personal con el que se esperaba que trabajara y los malvados mafiosos que causaban tal destrucción y desastre en las calles.

No formo parte de ese mundo.

Nunca lo haré.

Estaba segura de mi lugar. De mi propósito.

Con un bufido irónico ante mi estúpida curiosidad, negué con la cabeza y me aparté de la pared para reanudar el trabajo con los pacientes que contaban conmigo para su recuperación.

Jack —y quienquiera que fuese— podía asociarse con criminales si quería.

Yo no lo haría.

Sonriendo ante la confianza que había detrás de esa convicción, volví a negar con la cabeza, divertida conmigo misma.

Nunca rebajaría mis principios para asociarme con nadie del lado criminal y sin ley de la sociedad.

5

MIKHAIL

Pasó una semana con Anya en mi casa. Siete días sin que saliera de su habitación.

Estaba enfurruñada y me evitaba, y a mí me parecía bien. Más fácil, además. Estaría aquí, a salvo y alimentada, y eso era todo lo que importaba. Martin organizó sus clases particulares y le proporcionó todo lo que necesitara: ropa y cosas por el estilo. Según me informó, era una bibliófila, una lectora voraz. También tocaba el piano, y esa era la única razón por la que salía de su habitación.

Oír música en directo era diferente. Bajaba a la planta inferior, donde estaba el salón de baile, y tocaba el piano de cola que, en su mayor parte, estaba allí solo de adorno. Martin contrató a alguien para que afinara el instrumento una vez que Anya demostró que era una ávida intérprete y pianista.

No intentó hablar conmigo y las pocas veces que me acerqué a saludarla mientras leía en la biblioteca o tocaba el piano, me encontré con el silencio.

Aun así, la dejé en paz. No iba a entrometerme. Si quería seguir con la ley del hielo, tarde o temprano cedería. Cualquier prisionero en una celda de aislamiento se derrumbaría después de tanto tiempo. Estaba seguro de que ella no sería diferente.

—La he invitado a comer —dijo Roman cuando se reunió conmigo para cenar. Andre y Sergei estaban por ahí, ocupados o prefiriendo sus propias residencias para pasar la noche.

Enarqué las cejas y sonreí con suficiencia. —¿Para qué molestarse?

Se encogió de hombros. —Imagino que si nadie más puede hacerla hablar, quizás yo sí.

Puse los ojos en blanco. Él solía ser el que camelaba y encantaba a las mujeres. Anya era inmune incluso a él. —No te comas la cabeza.

—Oh, no lo hago. —No levantó la vista de su filete mientras lo cortaba—. Pero sí me pregunto si no nos estaremos perdiendo información importante que ella podría tener.

—Lo dudo.

—¿No crees que los Volkov tuvieran secretos de los que pudiéramos beneficiarnos? —preguntó.

—No. Se jugaron el dinero. Gestionaron tan mal sus finanzas que acabaron en una ruina de la que no tuve ningún deseo de ayudarles a salir.

Resopló. —Sí que los ayudaste.

Asentí. Hacía años, le ofrecí a mi suegro una suma importante para aliviar sus preocupaciones. Solo lo hice para asegurarme de que no pidiera préstamos a uno de mis enemigos. Aceptó el dinero, pero, aun así, lo perdió todo y tuvo la audacia de pedir más, a lo que me negué.

—He estado dándole vueltas a todo el asunto —respondió con despreocupación—. Desde que ella vino y esos hombres intentaron entrar para secuestrarla.

—Eso no tiene nada de especial. —Realmente no lo tenía. Ninguno de ellos tenía una mujer de la que preocuparse. Ni descendencia. Roman sería la bala perdida, el que nos daría problemas en ese

sentido. Rezaba para que tuviera el sentido común de usar protección cuando se follaba a las mujeres que entraban y salían de su vida. Ni uno solo de nosotros era célibe, pero hasta ahora nos habíamos asegurado de evitar tener hijos.

Algún día tendríamos que asegurar el futuro. Yo lo había hecho con Andre. Mi hermano mayor, con Sergei y Roman. Sin embargo, algún día tendrían que tener hijos. Cuando eso ocurriera, nos enfrentaríamos a la creciente amenaza de que se llevaran a esos pequeños para usarlos como moneda de cambio. Igual que el intento que ya se había hecho con Anya.

Sencillamente, teníamos demasiados enemigos en el mundo como para librarnos de esa preocupación.

Con Anya aquí, era casi de esperar que alguien intentara llevársela y utilizarla como daño colateral.

—Los interrogamos —le recordé. Esos dos hombres que Sergei y yo habíamos detenido no nos habían dicho nada. Ahora estaban muertos, un espacio desperdiciado, ya que aguantaron todas las torturas y no soltaron prenda sobre quién los había enviado y contratado para capturar a Anya—. Así que eso demuestra que alguien la vigila, pero no me sorprende.

Roman asintió, comiendo un poco más. —No es sorprendente —convino al cabo de un momento—, pero es un fastidio.

—Por supuesto que es…

El sonido de un disparo lo interrumpió. Los dos pasamos a la acción de inmediato, echando mano a nuestras armas. La comida quedó olvidada. La cena se había acabado. Con la reacción innata a este sonido, nos pusimos en alerta máxima.

Roman salió corriendo antes que yo, con las armas en alto y disparando a los intrusos. Al igual que los dos hombres de la otra noche, iban enmascarados y no se les podía identificar. Y eran muchos.

Los guardias entraron en acción, devolviendo el fuego a los hombres que entraban en tropel tras romper las ventanas de esta planta. Otros levantaron barricadas, cubriéndome de un impacto directo.

Pero yo no gobernaba así. No era así como protegía a la familia. Podían intentar dispararme, pero era Anya la que no podría defenderse. Nunca había tenido que preocuparme por gente vulnerable en la casa. Mi hijo y mis sobrinos estaban entrenados para protegerse. Eran asesinos. Todos los soldados y guardias de aquí eran capaces de valerse por sí mismos.

Pero Anya no.

¡Joder!

Subí corriendo las escaleras hacia la planta donde estaba el salón de baile, desesperado por salvarla, por mantenerla a salvo.

No importaba si me odiaba. No importaba si me aborrecía y detestaba estar aquí.

Era de la familia. Cumpliría con mi deber y la protegería. Mi lealtad a la familia, a mi carne y mi sangre, nunca, jamás, flaquearía.

Al llegar al salón de baile, tres pisos más arriba, llegué justo a tiempo. Estaba tocando una pieza complicada, perdida en su mundo y ajena a los hombres que entraban corriendo por un lado de la sala. Sin duda, habían entrado por la parte trasera del edificio, pero ni de coña iban a llegar hasta ella.

Levantaron sus armas, apuntándole mientras avanzaban a toda prisa por el pulido suelo de mármol.

No lo dudé. No pensé. Levanté los brazos y empecé a disparar para eliminarlos.

La música se detuvo. Anya dejó de tocar, agachándose sobre el piano y gritando de miedo.

—¡Apártate! —le grité, corriendo hacia ella y bloqueándola. Se agachó, acomodándose en el hueco que había entre el taburete y el voluminoso instrumento. Fue una decisión inteligente. Un muro, un refugio, pero yo le cubría el frente y seguía disparando. Destrozaría a todos y cada uno de estos hijos de puta por atreverse a amenazar a esta mocosa mía.

Roman y Andre estaban allí. Mi hijo debía de acabar de llegar y, mientras se unía a la lucha, se acercaron a mí con otros guardias, formando un muro para proteger a la más vulnerable. Anya permaneció agachada, resguardada contra la pared del piano y detrás del taburete.

Disparamos a los hombres que vinieron a atacar, pero al final acabamos con todos. Ya no nos superaban en número, pues más guardias dieron la alarma y aseguraron el edificio; matamos a todos los que habían entrado para atacar a Anya.

—Todo despejado —anunció un soldado después de que cesaran los disparos.

Asentí, comprobando cómo estaban los demás.

Todos estábamos de pie, todavía protegiendo a Anya junto al piano, gracias a la rápida reacción para defender la fortaleza.

Andre siseó por un rasguño en la mejilla.

Roman se encorvó, recuperando el aliento.

Pero yo me tambaleé hacia atrás y me senté en el taburete.

—Espero… —El mareo me golpeó mientras intentaba girarme para ver si Anya estaba bien. Tenía que estarlo. Tuve el buen juicio de subir corriendo, sabiendo que ella sería la más vulnerable y el objetivo.

—¿Jefe? —Un guardia cercano ya estaba instando a Anya a salir de su escondite. Andre también se estaba inclinando para sacarla de su refugio.

—Padre. —Andre dejó de ayudarla y extendió la mano para sujetarme.

Me desplomé, palpando con lentitud el dardo tranquilizante que me habían disparado.

—Qué coño… —articulé con dificultad, tratando de mantenerme despierto y comprender que me habían alcanzado con un sedante.

—Mierda. Se nos va.

—Le han dado. Presionadle el hombro.

—¿Jefe?

—Está sangrando demasiado.

—Vamos. Tenemos que llevarlo para que lo atiendan.

El barullo de voces preocupadas se fundió en un borrón de sonido. Con el ritmo de mi corazón ralentizándose y la somnolencia tirando de mi mente, apenas podía distinguir lo que decían.

Tenía que saberlo.

Si Anya estaba viva. Cuántos guardias y soldados podrían haber sido heridos o asesinados. Si alguno de estos atacantes había sido capturado para ser interrogado.

Tantas preguntas bullían en mi mente, pero mientras Andre me sujetaba para que no cayera al suelo, cerré los ojos, indefenso ante el disparo que había recibido y la droga con la que me habían alcanzado.

6

CLAIRE

—Menudo subidón.

Le sonreí a la enfermera que acababa de ayudarme con una paciente que había llegado justo a tiempo para dar a luz a sus bebés. A pesar de la llamada a la planta de maternidad, no había esperanza de poder trasladar a la mujer a tiempo. La cabeza de su primera hija ya estaba coronando mientras la metían en la sala de urgencias y, por lo rápido que estaba descendiendo la pequeña, tuvo que dar a luz aquí abajo. El segundo gemelo tampoco estaba dispuesto a esperar, y la verdad es que fue un no parar.

La urgencia.

La emoción.

La experiencia de ver a unos padres orgullosos pero asustadísimos traer nuevas vidas al mundo.

A veces, era agradable ayudar en urgencias que no estuvieran llenas de sangre y fatalidad. De violencia y caos. A veces, era simplemente una cuestión de estar en el lugar adecuado en el momento adecuado. Si esa joven quisiera tener más hijos, tenía la fuerte corazonada de que prestaría más atención a su cuerpo y se daría cuenta de lo que era el parto activo más rápido que esta vez.

—Lo ha sido —asentí.

—Y apuesto a que asistirás muchos más partos cuando te vayas con ese programa de misionera. —Sonrió y me examinó—. Casi te envidio.

Eso no era algo que oyera a menudo, y menos sobre el trabajo de misionera. No era solo el altruismo lo que me había llevado a apuntarme y a tramitar ya la excedencia, a pesar de que acababa de empezar aquí. Era la necesidad desesperada de otra cosa. Algo nuevo y extraño porque, en alguna parte de mis delirios, pensaba que encontrar una nueva normalidad sin mis padres o una familia sería más fácil si lo compaginaba con la nueva normalidad de la vida después de una misión en los extremos del clima y la civilización.

—Me *encantaría* viajar así —suspiró la joven enfermera con nostalgia.

—No son unas vacaciones —repliqué.

—Lo sé. Pero, tía, ¡sería superemocionante!

Siempre podrías ser enfermera itinerante…

No tuve tiempo de aconsejarle sobre una alternativa profesional porque llegó alguien más.

—Necesitamos ayuda aquí —gritó un hombre.

A primera vista, me encogí.

¿Otra vez?

¿Más de estos mafiosos?

La cabeza amenazaba con darme vueltas ante la constante violencia de este lugar. Menudo extremo de la civilización. Al ritmo que iban esos mafiosos tiroteando la ciudad, habían reducido Nueva York a algo parecido a un infierno distópico.

—¿Es una broma? —mascullé mientras me apresuraba a ayudar a los dos hombres que traían a rastras a otro. Flanqueado por el par de hombres trajeados y de aspecto fuerte, el tipo de más edad iba con

la cabeza gacha. El pelo corto y rubio estaba apelmazado de sangre mientras lo arrastraban lánguidamente, claramente inconsciente.

—Lo han drogado y le han disparado —informó el hombre de la izquierda—. Disparo en el brazo derecho.

Asentí secamente, comprendiendo que el proceso de triaje se vería alterado en este caso. La recopilación de información acabaría siendo un proceso fragmentado y al revés, pero tendría que esperar.

Lo primero era estabilizar al paciente, y eso fue lo que priorizamos. Con la enfermera jefa de turno, hoy una mujer mayor en lugar de Fatima, ordené a un par de enfermeras y auxiliares que me ayudaran a llevar al hombre herido e inconsciente a un box.

Con el estetoscopio en la mano y dando órdenes a los que me rodeaban para equiparme mejor para evaluar a este hombre, trabajé con rapidez. Todos lo hicimos. En la ráfaga sistemática de movimientos que era habitual en este entorno, nos apresuramos a hacer un inventario de lo que teníamos entre manos.

—Aquí abajo hay mucha sangre —informó la enfermera, cortando el profundo desgarro de sus pantalones. Hecho jirones por algo que ya lo había cortado, la tela cedió y colaboramos en equipo para quitarle la ropa y evaluar mejor sus heridas.

—Uno de esos tipos me ha dado esto —dijo una auxiliar mientras se unía a los esfuerzos. Dejó una bolsita con un dardo tranquilizante. Se quedó en la encimera del pequeño espacio, y la miré con el ceño fruncido.

—Le han disparado un tranquilizante —dijo la auxiliar—. Parece de los que se usan para caballos.

Asentí, comprimiendo la herida abierta mientras me preparaba para desbridarla y limpiarla. Manteniendo las manos ocupadas para frenar la hemorragia, di órdenes para que hicieran análisis de sangre y de laboratorio. Un análisis toxicológico sería lo más preciso para decirnos qué le habían administrado, pero estaba de acuerdo con la

auxiliar. El dardo era de los que se usaban en caballos, y yo lo sabía por mi infancia, con las clases de equitación y por estar en los establos cerca de los veterinarios.

Durante dos horas, nos ocupamos del hombre. No se despertó ni una sola vez, pero cada vez estaba más segura de que se pondría bien. Sus constantes vitales iban por buen camino. Aunque parecía mayor, quizá de unos cuarenta y tantos, estaba en forma. Musculoso. Fornido. Toda esa piel tersa y esos tendones fibrosos demostraban que aquel desconocido se cuidaba.

Pero no tan bien como para evitar que le dispararan y lo drogaran.

Me guardé mi opinión para mí, extrañamente intrigada por este hombre. Aunque estaba inconsciente, emanaba un aura peligrosa. Como si, incluso dormido, siguiera siendo un hombre a tener en cuenta.

¿Por qué me da la sensación de que te he visto antes?

Fruncí el ceño, comprobando sus constantes vitales y leyendo los resultados del laboratorio que acababan de llegar. Una enfermera salió del box, dejándome a solas con el paciente mientras descansaba cómodamente. Cosido y físicamente preparado para recuperarse de lo que fuera que había sufrido para llegar hasta aquí, yacía inmóvil en la cama.

Su corazón latía con regularidad y sus ciclos respiratorios se habían estabilizado. Todo parecía estar bien en los análisis. No había ni una sola cosa que me preocupara en cuanto a la pérdida de sangre, cualquier signo de infección o cualquier otra cosa que pudiera ser un problema con una herida de bala en la parte superior del brazo y lo que parecía un rozamiento de bala en la cara interna del muslo.

Lo miré, observando de nuevo su rostro masculino, todas esas líneas tensas y ángulos afilados que lo hacían parecer esculpido en piedra.

Tienes suerte de que ese disparo no te diera un par de centímetros más allá…

Mis mejillas se encendieron con el pensamiento indecente. Hacer un chiste inapropiado y a la ligera para mis adentros sobre que no le hubieran herido *ese* apéndice no era propio de mí. Pero algo me atraía hacia este hombretón, este paciente peligroso y fuerte del que necesitaba más información.

Los dos hombres que lo habían traído se habían ido. Sin decir palabra. Sin ninguna información de contacto, era como si lo hubieran dejado y abandonado aquí.

Pero necesitábamos saber más. Su historial médico. Qué había pasado.

En el fondo, luchaba contra una curiosidad personal que me sorprendía. Quizá era solo porque le habían disparado un dardo tranquilizante y era vulnerable. Podría ser por eso que era reacia a apartarme de su lado. O quizá era porque parecía un gran enigma, un desconocido sin identificación alguna. El deseo de asegurarme de que no se sintiera solo cuando se despertara me irritaba.

¿Quién eres?

Bajé la tableta, satisfecha con los resultados de los análisis. Mirándolo fijamente, me esforcé por averiguar por qué me resultaba tan familiar.

¿Estuvo aquí la semana pasada después de la bomba?

¿Es que todos se parecen?

No sería prudente dar nada por sentado sobre un hombre como tú.

¿Por qué me importa?

Frunciendo el ceño, me inquieté por el motivo por el que me intrigaba tanto. Veía y conocía a mucha gente en mi trabajo. Tanta gente diferente entraba y salía de mi vida, pero este hombre jugaba en otra liga.

Atrapándome con esta… consciencia.

La puerta se abrió y me sobresalté. Sacada de esta especie de trance de fascinación por este hombre, me aparté de la cama y levanté la vista para ver entrar a Jack.

—Parece que me he perdido parte de la emoción esta mañana mientras estaba en mi reunión.

—Ah, sí. El parto de los gemelos —dije con una ligera sonrisa.

Se acercó al hombre misterioso y frunció el ceño. —No, me refería a *él*. —Sonriendo con suficiencia mientras miraba al paciente inconsciente, levantó la mano, como para hacerme retroceder—. Otro de esos putos Orlov.

—¿Sabe quién es este hombre? —pregunté, sorprendida por el tono seco y frío con el que había hablado.

—No es nadie con quien quiera meterse —replicó en un tono más cortante que antes.

—No me estoy *metiendo* con él. Le estaba salvando la vida. —¡Como se esperaba de mí! Sorprendida por la aversión instantánea de Jack, me aferré a mi postura. No iba a salir de este box. No iba a retroceder en absoluto.

—No estoy seguro de que merezca la pena salvarlo —replicó mientras cogía la tableta y ojeaba los resultados.

—¿Qué demonios? —Le quité la tableta y me acerqué, casi bloqueándole la visión del hombre—. Jack.

—Claire, no lo entiende. Un hombre como él… —Negó con la cabeza —. Él no es… Solo apártese. —Mientras sacaba su teléfono, me dedicó una mirada de desaprobación—. Llamaré a la policía ahora mismo para que lo arresten.

Me quedé boquiabierta. Resoplé indignada. —¡No hará tal cosa!

Frunció el ceño, mirándome fijamente. —Claire, usted no entiende quién es este hombre. Quién podría ser.

—No, no lo entiendo —dije, dándole la razón—. Hasta que despierte o esos otros hombres puedan responder por su identidad, no sé quién es. Pero estoy segura de que, sea quien sea, no se le debería arrestar en este estado. Necesita cuidados intensivos. Supervisión después de esas heridas. No ser sometido a un arresto y transportado en este momento tan frágil.

—¿Frágil? —Sonrió con malicia y soltó una carcajada—. La oigo llamar *frágil* a un miembro de la familia Orlov. Tiene gracia.

No tenía ni idea de quiénes eran los Orlov. No estaba segura de querer saberlo. Pero me negué a dejar que Jack ordenara que se trasladara a este hombre antes de que estuviera más estable para el transporte o cualquier otra cosa.

—Fuera —ordené.

Enarcó las cejas ante mi orden.

Señalé la puerta, haciéndole retroceder para que saliera conmigo. —Es *mi* paciente. Y hasta que yo le dé el alta, no hará nada que obstaculice su recuperación.

—Claire…

No me detuve, obligándole a retroceder para salir del box. —No. —Sacudiendo la cabeza, me pregunté si debería poner a seguridad a vigilar esta puerta.

Sin embargo, no parecía que fuera a ser necesario, porque los dos hombres que habían traído al paciente caminaban ahora por el pasillo como si lo estuvieran buscando.

No podían haberles dicho dónde estaba. Ninguna enfermera o empleado del vestíbulo habría divulgado esa información, y como mi paciente seguía durmiendo, no era como si alguien hubiera introducido sus datos personales en el proceso de registro.

Aunque me alarmaba que estos dos hombres se tomaran la libertad de pasearse por el servicio, me molestaba más la insistencia

inmediata de Jack en que este hombre era una especie de villano que debía ser puesto bajo custodia policial. Ahora no. Todavía no. ¡Ni siquiera se había despertado!

—Usted no va a llamar a nadie sobre mi paciente ni a discutir su información médica —le advertí a Jack, sorprendiéndome de lo natural que era defender al hombre inconsciente que yacía desnudo y recuperándose en ese box a mis espaldas.

—¿A quién piensa llamar, doctora? —preguntó el hombre más alto mientras se acercaban.

Jack retrocedió, endureciendo su expresión hacia ellos dos.

—¿Qué tal si damos un paseo y charlamos? —sugirió el otro hombre. Su sonrisa era encantadora, pero su tono era demasiado astuto. No le estaba pidiendo a Jack que hablara con ellos. Se lo estaba ordenando mientras lo conducían por el pasillo.

Los miré con el ceño fruncido, preocupada y desconcertada por esta situación.

Nerviosa por dejar al hombre desatendido —y ansiosa por saber quién era—, volví sobre mis pasos hasta que abrí la puerta y me deslicé de nuevo adentro para vigilarlo.

¿Quién eres?

Fruncí el ceño mientras lo veía dormir.

¿Y por qué no puedo mantenerme alejada?

7

MIKHAIL

Me desperté despacio, haciendo un repaso de mi cuerpo antes de abrir los ojos.

El dolor se me extendía por la parte alta de la espalda y a lo largo del brazo, recordándome que me habían disparado cuando defendía a mi hija en casa. Un nuevo calor de la inflamación me subía también por el muslo, lo que indicaba que me habían dado cuando entré corriendo en el salón de baile para protegerla.

Como líder de la familia, no podía permitirme ser temerario, ser estúpido y osado solo por la gloria de poder decir que defendería a mi familia pasara lo que pasara.

Pero en realidad no lo había sido. Había guardias. Roman estaba allí. Andre también apareció, recordaba eso antes de empezar a desmayarme.

Ese puto dardo…

Casi gemí al recordar que me habían sedado en contra de mi voluntad. Los enemigos siempre querrían atraparme, vivo o muerto, pero el uso de un tranquilizante como ese sugería que aquellos atacantes pretendían llevarse a alguien vivo. Para interrogarlo.

Seguramente iban a por ella.

Mi hija.

Mi carga y mi vulnerabilidad.

En lo más profundo de mi mente, reprimí la molestia inicial de tener que admitir ahora a una mujer en mi círculo más íntimo. Un miembro del sexo bello. El sexo débil.

A la mierda. Le pediré a Martin que organice unas clases. Tiene que saber usar una pistola. Necesita ir armada, que le enseñen a luchar.

Sus días de princesa consentida se habían acabado.

Todos los miembros de la organización Orlov serían fuertes e intrépidos. Era un dogma. Simplemente, nunca había tenido que contar con armar y entrenar a mi hija adolescente.

Mientras luchaba por no abrir los ojos, disfrutando de la paz de estar tumbado y sentir el tirón de los puntos en la piel, rastreé los sonidos y olores de la habitación.

El ambiente era demasiado frío, con aire acondicionado y seco, a diferencia de la comodidad de mi casa. Los diferentes olores y el fuerte aroma a medicamentos me dieron más pistas de que probablemente estaba en el hospital.

Debo de haberme desangrado demasiado.

Eso o el tranquilizante me había dejado inconsciente durante un largo período de tiempo que había preocupado a mi hijo y a mi sobrino.

Al darme cuenta por las pistas del contexto que estaba en un hospital, dejé que mis obligaciones y preocupaciones invadieran mi mente. Estaría a salvo aquí… por un tiempo. Nadie me traería aquí teniendo en cuenta la gran necesidad de seguridad. Si hubiera estado inconsciente, habría sido más vulnerable. Demasiados soldados y espías habían sido asesinados mientras recibían atención médica. No haría falta mucho para que la persona equivocada entrara en una habitación y asfixiara a alguien mientras dormía.

Pero no podía quedarme mucho tiempo. No lo haría. Si me quedaba por aquí demasiado, estaría aún más expuesto.

Lo que más importaba era volver a casa. Ver cómo estaba Anya. Ver si alguno de mis hombres había capturado a los atacantes y los había interrogado. El trabajo siempre estaba en primer plano en mi mente, y esto no era diferente.

Al abrir los ojos, observé la escena de una habitación de hospital. Me recibieron paredes blancas y aburridas. Mientras yacía tumbado, conectado a monitores que pitaban y registraban mis constantes vitales, me moví y comprobé lo rígido que estaba.

Me incorporé lentamente, apretando los dientes por el suplicio de forzar demasiado el movimiento tan pronto.

—No, espere —dijo una mujer.

Mientras se giraba hacia mí, con su bata blanca de médico ocultando su figura alta pero esbelta, me senté un poco más.

Nadie me decía a *mí* lo que tenía que hacer.

Ni siquiera esta hermosa doctora que fruncía el ceño de forma tan adorable al mirarme.

—Señor, tiene que recostarse y descansar. —Como un centinela, se puso de pie junto a la cama y levantó las manos para instarme a que me tumbara.

—No, gracias… —Ladeé la cabeza, buscando la placa laminada que llevaba—. Doctora Donovon.

—No es una sugerencia —replicó ella estiradamente, como si el hecho de ser médico en el hospital le diera autoridad sobre mí—. Ha sufrido una pérdida de sangre importante. Si no descansa, pondrá en peligro la resistencia de los puntos en el lugar de sus heridas.

Levantarme a toda prisa ya no parecía tan buena idea. No porque ella me ordenara que me lo tomara con calma, con ese tono estirado

y correcto, sino porque era lo último que esperaba.

Delicada y a la vez terca mientras me auscultaba los pulmones, apretando un estetoscopio frío contra mi pecho.

Imperturbable, a pesar de la mirada asesina que le lancé cuando se atrevió a desafiar mis deseos.

Y… misteriosa, con una fría profesionalidad que me incitaba a hacerla flaquear, a alterarla un poco y a verla de una forma menos clínica.

—Llámelo como quiera —respondí tranquilamente, echándome hacia atrás para observarla—. Pero usted no es mi jefa.

Ella enarcó una ceja fina, impávida mientras seguía auscultándome los pulmones. Mientras se inclinaba para presionar la pieza redonda del estetoscopio en el otro lado de mi pecho, mechones de su largo pelo castaño claro se escaparon de su moño. Las puntas de los sedosos mechones me hicieron cosquillas en la piel, pero fue su aroma —limpio y dulce, como si no perteneciera a la inmundicia de mi mundo— lo que me dejó atónito.

—¿Que no soy su jefa? —replicó ella mientras se erguía, presionando las yemas de los dedos alrededor de los puntos cerca de mi hombro donde me había curado—. No sé quién es usted para poder determinar eso. No sé nada de usted.

Empecé a sonreír, intrigado por su admisión de ignorancia. Porque si me permitía fantasear con ello, podría imaginar fácilmente que ella *quería* saber quién era yo.

—De lo que estoy segura —continuó con ese tono seco, de alguna manera cortés, pero a la vez tajante y británico— es de que usted es mi paciente. En mi hospital. Y eso decreta que yo *estoy* al mando en este momento. Le guste o no.

Ahora una sonrisa abierta asomó a mis labios. Imaginar a esta chica buena, a esta inocente, como una figura de autoridad era de risa.

Podría hablar como si estuviera al mando, pero para mí no era nada. No tenía el poder audaz que yo tenía para esperar de verdad que los demás acataran sus exigencias o deseos.

Era casi… mono. Adorable que se atreviera a decirme lo que tenía que hacer.

—Podemos estar de acuerdo en que no estamos de acuerdo —dije en lugar de decirle sin rodeos que se apartara de mi puto camino. Mientras me sentaba, ella frunció el ceño y apretó sus carnosos labios rosados. Con su piel clara y sus pómulos altos, me tentaba a recostarme y que se inclinara de nuevo sobre mí. Esta cercanía deformaba mis pensamientos. Su negativa a doblegarse automáticamente ante mí era diferente.

—No voy a estar de acuerdo ni en desacuerdo con usted sobre nada, señor… —Ladeó la cabeza—. ¿Señor…?

La miré fijamente, ya tropezando con lo singularmente diferente que sonaba. Su limpio acento británico no era nada nuevo, pero le confería un aire de exotismo. Un toque de algo desconocido en comparación con lo que estaba acostumbrado aquí.

—¿Señor…? —insistió de nuevo, con más persistencia, esperando una respuesta.

Suspiré, deseando poder darle la oportunidad de saber de mí. Mi nombre. Mi humor. Mis deseos, que se estaban despertando rápidamente y moldeándose en un interés particular por *ella*.

El ligero brillo verde de sus ojos no se desvaneció mientras me negaba a hablar. ¿Era confianza? ¿Molestia? Quise reírme de que me estuviera sonsacando información.

—No pregunto por ninguna otra razón que no sea completar mi evaluación sobre usted —explicó bruscamente.

Me senté, balanceando las piernas por el borde de la cama. En esta posición, ella estaba justo ahí, de pie entre mis rodillas, su cuerpo

tan cerca del mío mientras me acostumbraba a estar erguido. —¿Su evaluación? —Apoyé las manos en el borde de la cama y me incliné hacia delante—. ¿Y cómo va eso? ¿Qué ha observado de mí hasta ahora? —Provocándola mientras me inclinaba más cerca, caí en la tentación de mirar sus labios mientras se los lamía.

La idea de que se sintiera intimidada no debería haberme excitado, pero nunca antes había disfrutado tanto de un enfrentamiento con una mujer como este. Sin importarme su apariencia estirada y correcta, me estaba devolviendo los golpes con la misma intensidad. Y no me cansaba de ello. De buscarle las cosquillas y preguntarme si se rompería. Si perdería esa profesionalidad y dudaría.

—Terco —afirmó con una sonrisilla inexpresiva—. Quizás indicativo de la necesidad de una tomografía para descartar una lesión cerebral traumática o una conmoción.

Negué con la cabeza. —Me sale natural.

—Maravilloso.

—¿Qué más? —Me acerqué más para invadir su espacio—. ¿Qué más ha notado en su evaluación de mí, doctora Donovon?

Se lamió los labios mientras miraba detrás de mí. —Su ritmo cardíaco está aumentando.

—Quizá sea por su culpa.

Fijó su mirada esmeralda en mí y esperó.

—Quizá me está excitando.

Si no la hubiera estado observando tan de cerca, me habría perdido esa pequeña reacción de sorpresa. Cómo bajó la mirada por un instante con una sonrisilla pícara.

—No estoy aquí para excitarle.

Ahora sí que lo había hecho.

Había perdido su férreo control de la profesionalidad y de hecho bajó la mirada hacia mi regazo. Ser testigo de cómo el rosa se extendía por sus mejillas fue la mayor recompensa que había sentido que me había ganado en mucho tiempo.

Había desviado su atención hacia donde yo estaría demostrando lo excitado que una mujer despampanante como ella podía ponerme. Con una bata de hospital, nada menos. Afortunadamente, todavía estaba demasiado aletargado y volviendo al mundo de los vivos como para tener una erección. Pero apostaría a que si viera una erección marcándose bajo esta fina tela, perdería la compostura aún más.

Y yo quería que lo hiciera.

—Estoy aquí para orquestar su recuperación y velar por que se le preste la debida atención.

Asentí, sin querer hablar porque me estaba aficionando a escuchar su melódica voz. La tentación de que creyera que podía decirme lo que tenía que hacer era demasiado grande como para dejarla pasar.

Me divertía. Esta doctora joven y sexi era un pasatiempo al que no quería renunciar. —Tomado nota —repliqué—. Pero tengo cosas que hacer. Sitios a los que ir. Gente a la que… —Deslicé la mirada desde su ardiente mirada esmeralda, sobre sus pechos, y hasta donde su curvilínea cintura se escondía tras el volumen de su bata blanca de médico—. Gente a la que ver —terminé con retraso, deseando tener la oportunidad de quedarme aquí y caer bajo el hechizo de su compañía.

—También tiene una recuperación a la que adaptarse —replicó ella ingeniosamente.

—Aquí no. —Me levanté, invadiendo abruptamente su espacio. Sin llegar a tocarla, casi rocé su pecho. Sus generosos pechos subían y bajaban rápidamente mientras se le cortaba la respiración.

La había pillado con la guardia baja. La había sorprendido. Pero con su inmediato paso atrás, poniendo demasiada distancia entre nosotros, negó con la cabeza y se aclaró la garganta. Estaba a punto de conseguirlo. Si tuviera más tiempo, podría resquebrajar su coraza profesional.

Pero no tenía tiempo. Tenía que hablar con mis hombres, ver si mi hija estaba bien, y si podíamos averiguar quién se había atrevido a atacarnos en mi casa.

—Señor…

—Orlov —terminé por ella mientras me hacía a un lado. Al ver un montón de ropa doblada que sin duda Andre o Roman, o uno de los guardias, me habían traído, planeé cambiarme y largarme de allí—. Mikhail Orlov —le dije a la doctora, ya habiéndome percatado de lo ingenua e ignorante que debía de ser. Si tuviera la más remota idea de quién era yo, de qué clase de jefe criminal era famoso, no habría intentado imponer ni un ápice de autoridad sobre mí.

—Señor Orlov —dijo ella—. Por favor, comprenda la importancia de quedarse y descansar después de sus heridas. No puedo recalcar lo suficiente que si no le da a su cuerpo la oportunidad de sanar, se arriesga a sufrir más lesiones y a tener obstáculos a largo plazo para su salud.

Negué con la cabeza, cogiendo el montón de ropa del mostrador. El sedante me daba sueño, pero ya estaba despierto. El dolor en el muslo se desvanecería y apenas cojeaba. Este golpe en el hombro me molestaría un tiempo más, pero podía moverme. Estaba vivo. Y estaba listo para irme.

—Señor Orlov, su tratamiento aquí no ha terminado. Sin un historial médico ni ninguna otra información… —Me siguió hacia un lado de la habitación.

—Olvídalo. No estoy de humor para compartir mi información personal aquí.

—No estoy sonsacando información sobre usted por interés *propio*, sino para analizar mejor un plan de cuidados adecuado.

Me encogí de hombros, del que no tenía herido. —Ya me las apañaré.

—Necesita asistencia médica y un plan de tratamiento de recuperación sólido…

—Entonces escríbame uno. —Me quité la bata.

Su mirada volvió a caer en picado, clavándose en mi polla. Sus labios se abrieron en una sexi «o» de sorpresa, y así, sin más, mi mente se fue por otros derroteros. Sin ningún esfuerzo, imaginé sus labios rodeando mi polla así, bien abiertos y húmedos.

Joder. Me está volviendo loco.

Soltando un chillido de alarma, levantó la mano para taparse los ojos. Mirando a cualquier parte menos a mí, frunció el ceño y balbuceó, intentando articular algo más que sonidos y reacciones tipo «ehhh».

Sonreí, sin preocuparme demasiado por el pudor. Podía mirar todo lo que quisiera. Joder, *yo quería* que mirara, que se escandalizara. Ahora que sus mejillas rozaban el rojo, no el rosa, me preguntaba cuán joven sería para estar tan sorprendida.

—Mi médico personal ya no ejerce —dije con calma mientras empezaba a ponerme los pantalones. Haciendo una mueca por el dolor de mover el brazo y la pierna heridos, contuve la respiración ante el suplicio de darme prisa. *Tenía* razón. Probablemente debería haber estado descansando, pero lo haría en casa, con mis guardias, donde no estaría expuesto. Había demasiadas cámaras aquí. Demasiada gente podría estar escuchando. Demonios, algunos de esos Popov y Giovanni podrían estar aquí por el atentado de la semana pasada.

—Su personal…

Sí, de verdad que no tienes ni idea de quién soy. Todo el mundo en esta ciudad sabía que yo era miembro de la élite adinerada, el club de gente influyente que podía contratar a su propio personal para cualquier necesidad.

—Mi médico personal ya no ejerce —repetí. No era culpa mía que tuviera que matarlo a tiros por intentar vender información sobre mí y luego intentar drogarme para los Popov hace unos años. Algunos de los hombres habían sido entrenados para tratar heridas menores y huesos rotos, pero parecía que Andre y Roman habían pensado que era mejor que me vieran aquí.

Quizás tuvieran razón. Me había estado desangrando y me habían drogado.

Me subí los pantalones y cogí la camisa. —Pero es usted bienvenida a ocupar su lugar.

—¿Yo? —farfulló ella, bajando la mano de su pose protectora sobre los ojos.

—Usted, doctora Donovon, es bienvenida a tratar cualquier preocupación sobre mi plan de recuperación.

—Señor Orlov —protestó ella mientras me metía los pies en un par de zapatos—. No sé quién es usted, ni quién *cree* que es, ¡pero le recomiendo encarecidamente que no se vaya de este lugar! Necesita estar bajo observación.

—Lo que necesito es no estar tan expuesto aquí. —Miré a mi alrededor, preguntándome si esta maldita habitación podría tener micrófonos. No era paranoico. Simplemente, había sobrevivido a tres décadas de ser el objetivo de rivales despiadados para saber que nunca debía asumir que la seguridad era posible en ninguna situación.

—No está expuesto. Es mi paciente, y no permitiré que nadie interfiera.

—Qué amable. —Hice una pausa mientras me abotonaba la camisa, ocultando las muecas de dolor que eran naturales al mover demasiado el brazo—. Pero le garantizo que los que han venido a por mí estarán impacientes por irse. Igual que yo. —Alargando la mano hacia ella, le saqué un pequeño bloc de notas del bolsillo.

Una vez más, se estremeció y dio un paso atrás, sin esperar que fuera tan atrevido. Y una vez más, jadeó con ese sexi sonido de sorpresa.

Después de garabatear mi número personal para ella y entregarle el bloc de notas, dije: —Venga usted a verme. Mis citas de seguimiento pueden ocurrir bajo mis términos, doctora Donovon.

Me arrebató el bloc de la mano, fulminándome con la mirada como si fuera un idiota. Como si no quisiera aguantar a tontos, pero se estuviera dando cuenta rápidamente de que no iba a ganar este asalto. —Señor Orlov. Le recomiendo encarecidamente que se quede un tiempo.

Maldita sea. Sería exactamente el tipo de mujer enérgica que me interesaría lo suficiente como para querer algo más que unos momentos de discusión. Negué con la cabeza. —No. —Ahora no. Quizás nunca.

Mantener a las mujeres fuera de mi vida me había funcionado bien durante todo este tiempo. Con Anya en casa, esa estrategia ya se había ido al traste. ¿Pero dejar que esta despampanante doctora intentara coaccionarme para quedarme donde dudaba poder estar a salvo? Eso simplemente no iba a pasar.

—Pero gracias… —Volví a mirar su placa, viendo el nombre completo. —Claire.

Con esa última palabra y el sabor de su nombre en mis labios, pasé directamente a su lado y salí de la habitación.

8

CLAIRE

—Doctora Donovon.

Me detuve a medio paso en el pasillo. Oír a la empleada de registro llamarme —otra vez— me hizo dudar. También provocó que me volviera a invadir la ansiedad. Pero sabía que yo no tenía la culpa de nada.

Por favor, deja ya de molestarme con todo esto.

Respiré hondo en un intento de recuperar la compostura y me giré para encarar a la mujer mayor.

Frunció los labios; parecía fuera de lugar entre todos nosotros, con nuestras batas blancas y pijamas quirúrgicos. Un atuendo tan apropiado para la oficina como el elegante traje de chaqueta que llevaba no encajaba allí. Era demasiado pija, demasiado sofisticada, demasiado acostumbrada a hacer su trabajo en los confines de una oficina en alguna otra planta de este mega hospital que yo nunca había pisado.

—He estado intentando localizarla —dijo con ironía mientras se me acercaba—. Todos los días la llamo, le envío mensajes y correos.

Enarqué las cejas, pues no veía qué sentido tenía hablar cuando era evidente que estaba en racha.

—¿Y ahora tengo que recurrir a perseguirla por el pasillo? —Alzó los brazos, exasperada.

—Persígame todo lo que quiera. —Me encogí de hombros—. Tengo pacientes que ver. Que tenga un buen día, Dawn.

—Es Donna —me corrigió sin amabilidad—. Y me dan igual los formulismos o si sabe mi nombre. Sabe de sobra por qué he estado intentando localizarla. —Soltó un largo suspiro—. ¿Por qué está siendo *tan* difícil con la actualización de ese historial?

—No lo estoy siendo. —Me crucé de brazos, abrazando la tableta llena de historiales pendientes de revisar. Mis pacientes me esperaban. Sin embargo, estaba dolorosamente claro que esta empleada administrativa de facturación y registro me acosaría hasta que me hubiera ido a esa misión en el extranjero.

—No estoy siendo difícil con nada —repliqué.

—Sí, lo está siendo. Cuando no proporciona *ningún* detalle sobre ese paciente anónimo —ni siquiera un puñetero nombre—, hace que para *mí* sea un infierno hacer *mi* trabajo. —Señalándose el pecho con el dedo puso más énfasis del que necesitaba. Noté cada gota de frustración en su tono.

Negué con la cabeza. —Ese no es mi problema.

—¡Sí que lo es! —Volvió a levantar las manos solo para dejarlas caer de forma teatral—. Mi supervisor me está dando la lata para que complete ese registro. No puedo proceder con las reclamaciones al seguro, ni pasar nada a facturación, ni verificar nada para enviar a codificación. Nada. ¡Está paralizando todo este proceso al no dar un paso al frente y explicar quién era ese paciente!

Entrecerré los ojos, molesta por su actitud. No me merecía esto. No iba a aguantarle esta mierda ni a ella ni a nadie.

—Le di toda la información que sabía —respondí con una mirada glacial—. Tal como expliqué en mis notas, en mi resumen posterior a

la visita y con el presunto archivo de su alta voluntaria, no tengo ninguna explicación que darle sobre ese paciente. Entró, se le trató y se fue antes de que nadie pudiera aconsejarle lo contrario.

—Pero usted habló con él. Lo anotó en el expediente. ¿Habló con él y no pudo darle ninguna pista sobre cómo localizarlo?

En realidad, sí. Mikhail me había dado su número, pero no se lo había pasado a nadie. Utilizando el nombre que me había dado, resumí la breve visita y prometí sacármelo de la cabeza.

No lo había conseguido. No podía. Mikhail estaba grabado en mi psique como un misterio que no sería capaz de resolver.

—Le proporcioné todos los detalles que él me permitió tener. —Levanté la barbilla, desafiando a aquella mujer a que me presionara para hacer algo más. Ella estaba en administración. Yo me dedicaba a salvar vidas. No había zona gris entre nosotras, y yo había hecho todo lo que podía para que ella se encargara de su parte de este negocio.

Gruñó, negando con la cabeza y haciendo que las gafas se le deslizaran por la nariz. —¿Mikhail Orlov? ¿Sabe siquiera lo ridículo que es eso?

Me encogí de hombros.

—Está muerto. ¡Mikhail Orlov murió hace treinta años!

Negué con la cabeza. —Entonces ese es su problema. —Quizá me dio un nombre falso. No me sorprendería, con las ganas que tenía de salir del hospital la semana pasada. Pero, aunque lo hubiera hecho, no era culpa mía.

Acercándome, me cerní sobre ella y entrecerré los ojos. —El hecho de que sea una empleada nueva en este hospital no le da ningún derecho a darme órdenes. Usted haga su trabajo y yo haré el mío. Si no me dieron más información, pues es lo que hay.

Sin embargo, mientras hervía de rabia y pronunciaba esas palabras, una sensación de culpa me recorrió la espalda. Sí que tenía más información. Me había dado su número antes de largarse de aquí, y yo *debería* habérselo dado a esta mujer o a alguien de su departamento.

Pero algo me frenaba.

Cada vez que pensaba en sugerirles que lo llamaran a ese número para la facturación, recordaba lo preocupado que estaba por que lo «expusieran» aquí. La idea de que este hospital pudiera ser un lugar preocupante para él me irritaba y me desconcertaba. Pero recurrí al consejo de Fatima: no involucrarme.

Al alejarme de la mujer de facturación, vi a Fatima sonriéndome en el puesto de enfermeras; claramente, había oído lo que yo había dicho.

—Vaya, se está equivocando de persona —murmuró, hablando lo suficientemente bajo como para que solo yo la oyera.

—¿Por qué lo dices?

Sonrió como si tuviera que explicarle algo a una idiota. —Oh, Claire. No es que esos mafiosos hagan nunca las cosas según las normas. Se mantienen al margen de los registros. Evitan la ley. Por supuesto que no iba a quedarse esperando a que le dieran el alta oficialmente y firmara el acuerdo de pago por los servicios.

Asentí, pues ya lo sospechaba. Pero en realidad no debería importarme. Y no me importaba. Se esperaba de mí que cumpliera mi juramento y tratara a todo aquel que necesitara ayuda. A los sintecho, a los ricos. A los perdidos y a los estables. Cómo se gestionaban esas facturas no era asunto mío. Yo solo estaba aquí para practicar la medicina y mejorar el bienestar de mis pacientes.

—Aunque no hagan nada de la manera «correcta» y no rellenen formularios y documentos, supongo que lo compensan de otras formas.

La fruncí el ceño. —¿Cómo? ¿Donaciones?

Asintió. —Donaciones *muy grandes*. He oído que han anunciado una esta misma mañana. —Con una sonrisa pícara, señaló un enorme ramo de flores que también habían entregado antes—. Y grandes gestos de agradecimiento, también.

—Oh, para. No puedes demostrar que sea de él.

—No se me ocurre ningún otro paciente que hayas tenido últimamente que pudiera permitirse *eso*.

Puede que tuviera razón, pero no iba a dársela en un futuro próximo. Cuando aparecieron esas flores, dirigidas a mí con gratitud, pensé en Mikhail. Incluso si no hubiera enviado esas flores con una nota breve y críptica agradeciéndome mi profesionalidad y mis cuidados expertos, él había estado en mi mente igualmente. Era imposible borrar de mi cerebro todos los pensamientos sobre él. Cada vez se me daba mejor ignorar los recuerdos de él levantándose y dejando caer esa bata de hospital, revelando su grande y grueso…

Vale. ¡Para ya! Me llevé la mano a la cabeza y cerré los ojos. *Joder. Deja de pensar en ello. O en él. En ello. Argh…*

Durante el resto del día, como todos los demás días desde que había aparecido y desaparecido de mi ordenada vida aquí, estuvo en mis pensamientos. Y parecía que todo el mundo quería preguntarme qué pensaba del mafioso mayor, el sexi jefe de la peligrosa organización.

No tenía nada que decirles. De todos modos, cotillear no era algo en lo que me gustara participar, pero en lo que a Mikhail respectaba, quería, bueno, guardarme el misterio para mí.

—¿Por qué no ha venido Jack? —pregunté más tarde en el turno, cuando uno de sus pacientes entró en parada y falleció. No fue culpa suya, pero era imposible no pensar en el otro médico cuando sucedió.

Fatima se encogió de hombros. —Creo que se ha tomado unos días libres. —Sonrió—. ¿Por qué? ¿Te estás cansando de pensar en tu mafioso buenorro y necesitas incluir algunas fantasías sobre tu médico sexi?

—Oh, por favor. —Puse los ojos en blanco—. ¿*Mi* médico sexi? No va a pasar nada entre Jack y yo, por muy ligón que quiera ponerse.

Jamás caería en el drama constante y los líos de este lugar de trabajo.

Apoyó la punta del bolígrafo en el labio y la mordisqueó ligeramente, sonriendo con picardía. —Ajá.

Negué con la cabeza, molesta pero no ofendida por su burla. —Pero *sí* que me estaba preguntando por Jack. —Después de mirar a mi alrededor para asegurarme de que nadie escuchaba, le confié cómo reaccionó Jack al ver que Mikhail estaba en la habitación. Cómo había querido llamar a la policía para que lo arrestaran aunque todavía no se había despertado.

—Parecía tan extraño —dije a modo de conclusión, odiando que *yo* estuviera cotilleando ahora.

—A lo mejor solo estaba siendo sobreprotector contigo —sugirió Fatima encogiéndose de hombros—. Ha dejado claro que te ha echado el ojo y no quería preocuparse de que estuvieras en una habitación con un hombre peligroso.

Por el amor de Dios. Mikhail estaba inconsciente. No era un peligro para mí. Sin embargo, cuando se despertó, sí que me causó una gran impresión.

—¿En qué piensas? —preguntó mientras nos alejábamos juntas del puesto.

—Mmm… —Negué con la cabeza—. Estaba pensando que parecía muy en contra de que el señor Orlov fuera paciente mío, o de que estuviera en este hospital. —*Si es que ese era su verdadero nombre,*

ya que resultó coincidir con el de un muerto—. Y sin embargo, no le importaba que esos matones callejeros italianos estuvieran aquí. Parecía muy majo y natural con ellos, muy amigable.

Pero no con Mikhail.

Probablemente, todos ellos vivían vidas que nadie más podría imaginar. Desde luego, yo no podía, como hija de un juez. No podía ni empezar a imaginar lo que sería existir con tal anarquía, pensando que estaba por encima de la ley e inmune a las leyes y normas establecidas en la sociedad.

—Quizá Jack prefiere a esos italianos porque también hacen donaciones generosas a este lugar. —Fatima se encogió de hombros, restándole importancia.

Yo, sin embargo, no podía. Durante el resto de mi turno y hasta el siguiente, no pude quitarme de la cabeza el presentimiento de que Jack había sido excesivamente protector conmigo por estar cerca de Mikhail. Como si *él*, y no todos los demás mafiosos, fuera de alguna manera peor.

Cuando llegó mi día libre, no pude soportar más el suspense y las preguntas. Toda la semana me había preocupado por cómo estaría Mikhail. Si sus heridas se habían infectado. Si había buscado una enfermera privada. Si se estaba curando y no empeorando o desgarrándose las heridas.

No debería haberme importado. Me había abandonado. Se había marchado deliberada y arrogantemente en contra de mi consejo médico, como si no pudiera soportar que alguien le dijera lo que tenía que hacer.

Qué arrogancia.

Cuánta hostilidad obstinada.

Aunque esas primeras impresiones persistían, no podía mentirme a mí misma y olvidar cómo me había mirado con tanto interés

también.

—Oh… —gruñí, cogiendo el móvil de la mesa de centro del apartamento en el que ni siquiera iba a vivir mucho tiempo. En cuanto se concretaran los detalles de mi misión, me largaría de aquí, nómada y sin echar raíces mientras intentaba encontrarme a mí misma tras la pérdida de mi familia.

—Razón de más para ver cómo está. —Negué con la cabeza, dudando de mi propia cordura. Saqué la nota del bolso y marqué su número—. Razón de más para hacer lo correcto —me dije—. Para ver cómo está, una visita de seguimiento que querría hacer con cualquier otro paciente.

El teléfono sonó. Cerré los ojos mientras dudaba de mí misma.

No era un buen tipo. No podía serlo. Pero me sentía irremediablemente atraída por esta curiosidad y preocupación por él.

—Si espero demasiado, me habré ido y siempre me preguntaré si está bien —me convencí, desesperada por encontrar una excusa.

—Esto es puramente profesional —razoné mientras esperaba que contestaran la llamada.

—No es porque no pueda dejar de pensar en él.

—No es porque se haya quedado atrapado en mi mente y me ponga tan…

Pegué un brinco cuando alguien respondió. No era él. No me deleité con el timbre profundo y rico de la voz de Mikhail, sino con la de un mayordomo. Tomó mis datos rápidamente y, sin esperar a consultar ninguna agenda, me sugirió que fuera a hacer un seguimiento a su jefe en unas pocas horas.

—Muy bien —respondí después de agradecerle al hombre su eficiente programación.

Martin, el mayordomo, me dio instrucciones sobre adónde ir, y colgamos poco después.

Me quedé sentada en el sofá durante un tiempo indeterminado, odiando el hecho de que realmente estuviera haciendo esto.

Iba a ir a casa de este mafioso para tratarlo. Extraoficialmente. A escondidas. Un plan secreto.

Era surrealista que alguien tan respetuosa de la ley como yo siquiera considerara esto, pero no podía disipar esta imperiosa necesidad de verlo. De saber que estaba bien. De, con suerte, saciar esta estúpida atracción y curiosidad por él.

Un par de horas más tarde, cogí mi estetoscopio y un par de cosas más que podría necesitar para medir las constantes vitales de un paciente. Las metí en mi bolso de mano y salí del apartamento para dirigirme a la residencia de los Orlov.

Los nervios libraban una guerra en mi estómago. Entre una excitación vertiginosa que detestaba y un pavor natural por estar haciendo algo mal, yo era un manojo tenso de demasiadas emociones en el trayecto hacia el distrito financiero. Gran parte de esta ciudad todavía me resultaba extraña, pero reconocí que me dirigía hacia una zona muy cara y rica.

Donde vivían los poderosos.

Los peligrosos.

La élite.

Cuando el coche se detuvo en la acera de una manzana de edificios altos con una decoración vanguardista en las fachadas, hice todo lo posible por no quedarme boquiabierta y mirar fijamente, por caminar con la cabeza alta mientras observaba los magníficos e inmensos edificios.

Al bajar a la acera, sentí que dejaba un universo para entrar en otro. De la vida «normal» a algo más cinematográfico e inalcanzable.

—Vamos, Claire —me susurré a mí misma.

Había llegado hasta aquí.

Y lo llevaría hasta el final.

Porque si no lo hacía, me preguntaría para siempre por este hombre misterioso que se atrevió a desafiar mi consejo médico y a ignorar mis cuidados expertos.

A cada paso, mis convicciones se solidificaban.

Ya no había lugar para dudar de que Mikhail fuera un hombre rico y poderoso. El edificio y la seguridad a su alrededor demostraban que no era un simple complejo de apartamentos para neoyorquinos corrientes. Ver a los hombres de aspecto militar haciendo guardia era la prueba de que también estaba entrando en una zona peligrosa.

Fatima tenía razón. Y Jack también.

Mikhail Orlov, mi paciente, era sin duda un hombre peligroso, un individuo inmerso en el estilo de vida de la mafia.

Por muy serena, tranquila y compuesta que intentara parecer mientras decía quién era y por qué estaba allí, no pude evitar reconocer lo alterada que me sentía. Lo intimidante que era todo aquello.

—¿Doctora Donovon? —dijo el mayordomo, probablemente el mismo con el que había hablado antes por teléfono. Hizo una ligera reverencia justo al entrar en el enorme vestíbulo. Mientras se inclinaba, me indicó con el brazo que entrara.

—Por aquí, por favor —me guio, retrocediendo para darme espacio para entrar.

Tragué saliva y eché un último vistazo a los guardias armados y de rostro estoico que flanqueaban la puerta.

¿En qué demonios estoy pensando, viniendo aquí de esta manera?

Ignorando el sentido común que me dictaba que debería haber insistido en que Mikhail volviera al hospital para una cita de seguimiento, entré y recé para que este no fuera el mayor error de mi vida.

9

MIKHAIL

No debería haber hecho falta una experiencia cercana a la muerte para sacar a Anya de su habitación, pero eso fue lo que funcionó. Desde que la emboscaron en el salón de baile mientras tocaba el piano, la noche en que me abalancé para interponerme y mantenerla a salvo, se había rebelado contra mí.

Ser el blanco de un ataque de forma tan directa fue el detonante para que arremetiera contra mí y me condenara por ser una persona tan horrible, un padre terrible, como para que su vida corriera peligro de esa manera.

—Bienvenida al mundo real, hermanita —murmuró Andre a mi lado mientras Anya me gritaba e insultaba… otra vez.

—Este no es *mi* mundo —espetó ella, mirándolo con odio. Así, tan vehemente y cabreada, demostraba que era hija mía. De mi carne y de mi sangre. Fuerte, apasionada y sin miedo a decir lo que pensaba. Era una Orlov, sin duda.

Solo que habría estado bien que lo hubiera compensado, siendo la mitad del tiempo una mocosa adolescente, malhumorada y consentida, que daba la ilusión de paz y calma con su ley del hielo como protesta por vivir aquí. Y la otra mitad, actuando como una joven audaz, valiente y con carácter que protestaba a gritos por que le hubieran disparado.

—Y yo *no* soy tu hermana, gilipollas criminal.

Miré al techo, buscando en el cielo algo de paciencia. La mía se había agotado, pero estaba decidido a tomarme este «avance» con Anya como un nuevo comienzo. No estaba seguro de saber cómo tratar a una hija, a una mujer, en mi casa. O sería un objetivo o un futuro peón en un matrimonio concertado si alguna vez tenía que enfrentarme a esa posibilidad. Pero esperaba que también pudiera haber un término medio. Un terreno común en el que pudiéramos actuar como familiares de alguna clase.

Esto tiene que ser mejor que tenerla enfurruñada y encerrada en su cuarto.

Tiene que serlo.

Puedo trabajar con su rabia.

Estaba frustrada. Probablemente asustada y decidida a no demostrarlo.

Pero podía trabajar con ella en esto. Podía intentar enseñarle a ser más fuerte y formidable, porque Andre tenía razón. Este era el mundo real, *nuestro* mundo.

—Esta nunca será mi casa. Y tú nunca serás alguien a quien quiera cerca de mí. —Me señaló, casi escupiendo de rabia. Se le había soltado el pelo rubio de la coleta, lo que la hacía parecer más salvaje y desquiciada—. ¡Así que deja de fingir que te importo, que te importa una mierda mi vida!

—¿Preferirías que te dejara sin casa y sin dinero en Moscú? —le respondí con calma.

—¡Sí! —Cerró los puños y los bajó con fuerza hasta que los brazos se le quedaron rígidos a los costados—. ¡Mil veces sí!

—Entonces supongo que además de impertinente eres estúpida y suicida —bromeó Andre, despegándose de la pared del pasillo para marcharse.

—Andre… —le advertí. Nunca le dictaría sus actos o sus palabras, pero sabía por la simple experiencia de haber tenido un hermano que una crítica así no iba a ayudar.

—¡Menudo gilipollas de mierda! —le gritó a él mientras se alejaba sin mirar atrás—. ¡Los dos!

—Tiene razón —le dije, empezando a enfadarme.

—Ah, claro que te pondrías de su parte. Claro que estarías de acuerdo con él en que soy una chica estúpida…

—Es estúpido por tu parte pensar que te iría mejor sin mi dinero o mi protección —la interrumpí bruscamente.

Apretó los labios y me fulminó con la mirada, con fuego en los ojos.

—También habría sido un suicidio si no hubieras venido a vivir con nosotros. El ataque de la semana pasada demuestra que eres un objetivo.

—¡Solo soy un «objetivo» por tu culpa! —Hizo una mueca de asco y negó con la cabeza—. Porque insistes en tenerme aquí como a una prisionera. Eso es todo lo que soy aquí. ¡Así que haznos un favor a los dos y deja de fingir que te importa y que quieres ver cómo estoy después de casi morir!

—Y ahí es donde tiene razón en que te comportas como una mocosa impertinente —gruñí.

Estaba viva porque yo la había protegido. Si no podía admitirlo, no iba a ser cortés con su actitud. Nadie se atrevía a insultarme y vivir para contarlo.

—Me comportaré como me dé la gana —replicó—. No debería importar lo que haga o dónde esté porque no cambiará el hecho de que quieres tenerme atrapada aquí. ¡Porque eso es lo que hacen los gilipollas criminales como tú!

Me tragué las palabras de enfado que quería soltarle. No mejorarían la impresión que tenía de mí, y tenía que admitir que tenía razón. No era demasiado orgulloso para negar sus afirmaciones. Su valoración era acertada. Yo era un criminal según el régimen de ley y orden que el resto de la sociedad debía seguir. Podía ser un gilipollas cuando se desafiaba mi autoridad. Como ella intentaba hacer ahora.

Sin embargo, no podía ceder ante ella. No podía ablandarme ni justificar mi vida ante ella. Tampoco podía abandonarla ahora o renunciar a establecer una conexión con ella, ya que había dejado de actuar como una reclusa silenciosa.

¿Cómo coño se supone que debo hacer esto?

¿Qué demonios se supone que tengo que decir?

Nunca me cuestioné cómo ser un padre para Andre. Lo entendía. Él me entendía a mí. Formábamos un dúo perfecto, padre e hijo, y nada era tan confuso como esto.

Pero tenía que intentarlo. Tenía que esforzarme al máximo para convencer a Anya de que seguiría manteniéndola a salvo. De que sería bienvenida aquí, de alguna manera, a pesar de ese enorme rencor que albergaba.

Los hombres que habían atacado aquella noche no me habían dado ninguna pista sobre el incidente. Todos los que habían entrado en el edificio habían muerto. Uno se escapó, y mis hombres estaban buscando su rastro. Otro había sido capturado y había elegido suicidarse en lugar de ser interrogado.

Todavía no sabía si fue Niko Popov quien ordenó esa emboscada o Roberto Giovanni. O algún otro enemigo. Todos mis rivales y adversarios se estaban volviendo demasiado audaces e imprudentes al atacar y sabotear mis negocios y tratar de debilitar mi imperio.

Independientemente de todo, un hecho seguía siendo meridianamente claro.

Se avecinaba una guerra.

Siempre estaba al acecho, una amenaza grande y evidente de la realidad a flor de piel en cualquier momento.

Entrar en una batalla más grande no sería fácil con la distracción de mi asustada y enfadada hija de fondo.

—Anya, entiendo que estés frustrada, pero me gustaría pedirte que me des una oportunidad. —Medí mis palabras con cuidado y las pronuncié con frialdad. No iba a suplicar. No iba a exigir.

—Sométete a estar aquí y a seguir las reglas de mi casa —añadí—, y verás que eres bienvenida y que, dentro de lo razonable, no tienes por qué ser una prisionera.

—¡Que te jodan! —gritó.

Dándose la vuelta, se dirigió furiosa a su habitación y cerró la puerta de un portazo.

Me quedé allí y gemí, dejando caer la cabeza hacia atrás—. Joder.

En lugar de ir tras ella e intentar que se calmara un poco más, o de sugerirle que bajara más a menudo y se aclimatara a esta vida, me quedé quieto e intenté tragarme la rabia.

Esa puta mocosa.

Sabía que los Volkov la habían envenenado para que me odiara, pero ¿es que salvarle la vida no significaba nada?

Sacudiendo la cabeza, suspiré y me rendí a la conciencia de que alguien me estaba observando.

Me giré, buscando al recién llegado en el piso de abajo.

Allí, en el vestíbulo, de pie, sola, con las manos entrelazadas en las asas de un bolso grande que llevaba, estaba la mujer que aún no había podido borrar de mis recuerdos.

—Doctora Donovon.

Lo dije como un saludo y como una confirmación para mí mismo.

Parpadeé de nuevo, comprobando si me imaginaba que estuviera allí. En mi casa. Mirándome fijamente en el pasillo abierto del segundo piso después de una discusión a gritos con Anya.

Tenía los ojos muy abiertos; la sorpresa era evidente en su expresión.

Esos carnosos labios rosados permanecían abiertos por el asombro mientras me miraba.

Joder.

Tenía que haberlo oído todo.

Aunque solo pasé unos minutos en su compañía, fueron suficientes para darme a entender que era una mujer protegida. Correcta y formal. Demasiado buena para pertenecer a mi mundo descarnado y oscuro de poder y violencia. Demasiado dulce e ingenua para hacer caso omiso de las acaloradas palabras que había escuchado.

Poniendo las manos en la barandilla del pasillo, fijé mi mirada en ella y me pregunté por qué había aparecido ahora. O por qué había aparecido en absoluto. Cuando salí del hospital, pensé que sería la última vez que vería a esta despampanante criatura, tan alta y esbelta pero con curvas en los lugares precisos.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunté, deleitándome con la fresca curiosidad sobre ella que se apoderó de la irritación por mi hija.

Se estremeció, como si la hubiera sacado de su ensimismamiento—. Ah. Yo… ya me voy. No… Lo siento. No es necesario que la interrumpa y…

Antes de que pudiera decidirse a terminar una frase, se giró para huir.

—No —dije, recorriendo el pasillo y luego la gran escalera de caracol para perseguirla. Los guardias no la dejarían salir ahora. No sin mi permiso—. Espere.

Negó con la cabeza, deteniéndose en seco ante mi orden.

—Espere, Claire.

Frunciendo el ceño, se volvió lentamente hacia mí—. Doctora Donovon —corrigió.

—¿A qué vienen tantas formalidades ahora? —bromeé, llegando al vestíbulo y acercándome a ella mientras permanecía allí como un cervatillo deslumbrado por los faros de un coche, asustada y ansiosa por correr a ponerse a salvo—. Es una invitada en mi casa. No se requieren formalidades aquí.

—No soy una invitada. —Frunció el ceño—. ¿Un mayordomo, Marcus?

—Martin —corregí con un asentimiento.

—Él contestó al número que usted me dio.

Me crucé de brazos, o lo intenté, hasta que la punzada de dolor en el hombro me recordó que no debía hacerlo—. Ah. Me echaba de menos.

Entornó los ojos—. Llamé para programar una revisión de sus heridas. Él me dijo que viniera ahora. —Bajo mi mirada, ella desvió la vista y dejó que un poco de esa timidez se colara en sus ojos—. Pero no necesito quedarme. No es mi intención interferir con…

Levanté las cejas, divertido—. ¿Con qué? —Alcé una mano e hice un gesto hacia el vestíbulo vacío, el piso silencioso—. No estoy ocupado.

—Parecía que sí hace un momento.

Sí, lo ha oído todo.

—Y de verdad que no quiero interferir en nada entre usted y su… amante. —Frunció el ceño de nuevo, casi haciendo una mueca de dolor mientras miraba a todas partes menos a mí.

—¿Amante? —Solté una carcajada e incliné la cabeza hacia un lado, guiándola para que me siguiera a un salón—. No es mi amante. —Me senté en el sofá, contento de que los guardias apostados cerca de la entrada principal cerraran las puertas de esta sala. La privacidad con esta sonrojada y tímida doctora sería prudente.

Mientras empezaba a desabrocharme la camisa, su mirada se fijó en el movimiento de mis dedos.

—No tengo amante —añadí, curioso por saber si se alegraría de oírlo.

Negó con la cabeza, apartando la mirada de mi pecho al descubierto —. Eso no es lo que parecía.

—¿Qué parecía esa conversación privada, entonces? —pregunté, mientras seguía quitándome la camisa para que pudiera revisar la herida de mi hombro.

—No he venido a cotillear.

Me encogí de hombros—. Pero escuchó.

—Porque estaban gritando y chillando. Era imposible no oírlo. Me dejaron entrar y ustedes dos estaban discutiendo como lo haría una pareja.

—No, no lo estábamos. —Dejé caer la camisa y le hice señas para que se acercara, moviendo los dedos para dirigirla—. Estaba discutiendo con mi hija.

Volvió a fruncir el ceño, y me pregunté cómo una expresión tan simple y perpleja podía ser tan adorable. Tan intrigante. ¿Había algo que esta doctora pudiera hacer que no me hiciera desear despojarla de todas sus capas y saber quién era?

—Sí, mi hija.

Acercándose a mí, mantuvo ese ceño reservado y cauteloso en su rostro. Después de dejar su bolso grande en el suelo, sacó un estetoscopio—. No sabía que tenía una hija.

—No sabía que estabas tan ansiosa por saber quién soy.

Puso cara de póquer y me dedicó una sonrisita irónica mientras se acercaba y se colocaba entre mis piernas. Mientras me presionaba la campana del estetoscopio en el pecho, la observé y luché contra la fantasía de que me tocara allí con sus dedos. O con su boca.

—Parece lo suficientemente joven para ser su hija —dijo.

Me reí una vez—. No es que tú seas mucho mayor que ella.

—Soy lo suficientemente mayor para estar cualificada.

Incliné la cabeza hacia un lado mientras ella tocaba los bordes de mis puntos—. ¿Lo suficientemente mayor para cualificar como mi amante? —la provoqué.

El rosa de sus mejillas se tornó más rojo. Picar a esta mujer no debía ser tan excitante, pero no podía resistirme.

—¿*Su* amante? —replicó con ironía—. Mi edad no sería un factor cualificativo en eso.

Sonreí mientras se inclinaba para revisarme el hombro. Cada punto de presión de sus dedos frescos y suaves sobre mi piel me producía una descarga de consciencia. También lo hizo el calor de su concentración en mí.

—¿Esperas que te consideren mi amante?

Negó con la cabeza, retrocediendo un paso tan rápido que casi tropezó con sus propios pies. Alargué mi mano libre para sujetarla, y al final, la sostuve entre mis piernas, con mi mano en la parte baja de su espalda.

—No. —Su sonrojo sugería que estaba mintiendo. El nerviosismo y la timidez en sus ojos demostraban que sí. Estar cerca de mí la inquietaba, y no tenía que preguntarme por qué. Yo también lo sentía, esta extraña atracción. Este magnetismo único.

—Quería decir que estoy cualificada para ser su doctora, señor Orlov. —Mientras intentaba retroceder, la atraje más hacia mí, empujando su espalda hasta que quedó pegada a mí.

—Mikhail —corregí, bajando la voz a un susurro ronco—. No hacen falta formalidades en mi casa.

Tragó saliva con dificultad, mirándome—. Mikhail, estoy aquí para revisar tus heridas. Nada más.

—¿Eso es todo? —Extendí los dedos sobre su espalda, trazando un par de ellos sobre el inicio de la curva de su culo.

—Eso es todo —dijo, nerviosa mientras intentaba retroceder—. No tengo ningún interés en nada informal o íntimo con un mafioso como tú.

Sonreí, soltándola. Parecía que se había estado apoyando en mí, sin embargo, porque sin mi mano en su espalda, volvió a tropezar y cayó de lado.

Justo sobre mi muslo.

Se quedó sentada allí con una mirada de consternación, poniendo la mano en mi pecho para sujetarse.

La cubrí con la mía, manteniéndola cerca mientras me inclinaba—. Siento curiosidad por tu costumbre de mentir, Claire.

—No estoy mintiendo sobre nada —protestó.

—Entonces, ¿por qué se te acelera el corazón mientras estás sentada en mi regazo? —me burlé, mirando el punto de pulso en su cuello y preguntándome si sabría dulce allí.

—Porque usted… usted me ha asustado. Está tratando de intimidarme, de tomarme el pelo e insinuar que algo se está cociendo aquí cuando no puede haber nada.

—No pareces tan segura —la provoqué, acercando mi cabeza para ver si podía saborear algo de ella. Tal vez un toque de ese juicio en sus labios.

—*Estoy* segura. —Se levantó, inquieta por la cercanía de mi boca a la suya, nuestros rostros a centímetros de distancia—. Porque no soy como las putas y las mujeres fáciles por las que normalmente pasas, mandando como un jefe de la Mafia y actuando como si el mundo fuera tuyo.

Retrocediendo, me fulminó con la mirada a través de la inquietud que yo había fomentado en ella, esta sonrojada y nerviosa necesidad de retirarse—. Puede que quiera usted prescindir de las formalidades, señor Orlov, pero yo no lo haré. Haría bien en sacarse de la cabeza que estoy atrapada en su órbita por cualquier otra razón que no sea proporcionarle consejo médico.

Me recliné, apoyando mi brazo en el respaldo del sofá para poder relajarme—. ¿Y qué consejo me da, doctora Donovon? —pregunté con un deje sarcástico, jugando con ella y utilizando la formalidad en la que ella insistía de nuevo.

Agarró su bolso, terminando esta cita de forma demasiado breve para que contara como una legítima—. Mi consejo es que se quede en su mundo. Y yo me quedaré en el mío. —Con un giro apresurado, prácticamente salió corriendo de la habitación y dejó que las puertas se cerraran de golpe a su paso.

Sonriendo ante la urgencia de su huida, me quedé sentado y suspiré.

A la mierda con su certeza.

La deseaba más que nunca.

A diferencia de la última vez que uno de nosotros se fue corriendo tras un encuentro, sabía sin lugar a dudas que esta no sería la última vez que la vería.

Solo me preguntaba cómo podría hacer que se sometiera y me obedeciera la próxima vez.

Esto es solo el principio, mi dulce doctora…

Martin llamó a la puerta y le di permiso para entrar.

—¿Necesita algo después de su cita? —preguntó, siempre un paso por delante de lo que ocurría en este edificio.

Asentí—. Haz que uno de los espías averigüe exactamente quién es la doctora Claire Donovon.

Y cómo puedo encontrarla de nuevo.

10

CLAIRE

Hacia el final de mi turno, me quedé rezagada en el puesto de enfermería y repasé los historiales que tenía que revisar. Gran parte de mi trabajo estaba empantanado en tareas administrativas como esta. Revisar historiales, actualizar notas clínicas, solicitar análisis y pruebas diagnósticas. La tecnología ayudaba. No podía imaginarme teniendo que usar papel o no poder recurrir al dictado.

La mayoría de las veces, el tedio del papeleo me mantenía ocupada. Seguía concentrada y centrada en mi tarea, pero el piloto automático de los historiales me daba un respiro de estar completamente *activa*. Me daba la oportunidad de procesar todas las cosas más duras que me tocaban la fibra sensible durante el turno.

Como cuando tuve que decirle a una joven que su marido había muerto en el accidente de coche que había sufrido. O cuando le expliqué a una pareja mayor que su hijo adolescente tenía un tumor masivo e intratable que habíamos encontrado mientras estaban aquí por otra urgencia.

Casi me daba un momento de respiro para desconectar.

Sin embargo, en los días que habían pasado desde que estúpidamente fui a ver a Mikhail, era imposible sentirme realmente relajada o tranquila.

Aquel arrogante jefe de la mafia *seguía* en mi mente. A pesar de lo firmemente que había declarado que veníamos de dos mundos diferentes, una brecha tal que me impedía ser su médico privado o una posible amante, él estaba instalado en mis pensamientos. Era el catalizador de sueños y fantasías picantes que no tenía ningún derecho a albergar.

Para. Deja de pensar en él.

Podía repetírmelo constantemente, pero sencillamente no funcionaba. Vivía gratis en mi cabeza, a pesar de no verlo aquí ni en ningún otro sitio.

Nunca debería haber ido allí.

No había funcionado. No había conseguido nada en aquella visita aciaga a su lujosa casa.

No había saciado mi curiosidad sobre él; al contrario, tenía más ganas de pensar en él y de preguntarme cosas con una intensidad creciente. No había revisado sus heridas por completo como para convencerme de que había ido allí en calidad de profesional.

Se suponía que la vida debía volver a la normalidad. Se suponía que debía estar libre de él desde que me marché.

Ante el revuelo cerca de la zona de triaje, los gritos y el ruido siempre familiar de los pacientes que entraban en camillas para recibir atención de urgencia, me tensé ante la idea de que nada volvería a ser normal.

Existía un *antes de conocer a Mikhail* y un *después de que Mikhail casi me besara*. Así se dividiría mi vida en capítulos a partir de ahora.

Porque los hombres que entraban a toda prisa, ensangrentados, heridos y cojeando, eran los mismos guardias y soldados que había visto en la residencia de los Orlov.

Dos de los hombres eran los brutos rubios y musculosos que habían aparecido cuando Mikhail estaba inconsciente y desangrándose. Otros, con traje, tenían la misma apariencia de uniforme.

Joder.

—Ahí —un hombre más alto que guardaba cierto parecido con Mikhail me señaló con la barbilla—. La doctora Donovon.

Mierda.

Dejé la tableta encima del mostrador, bloqueando la pantalla del historial mientras me acercaba. No quería tener *nada* que ver con ellos. Tanto Fatima como Jack me habían dicho que me lo pensara dos veces antes de involucrarme con esa familia. Me habían educado para obedecer la ley, no para bordearla y buscar lagunas legales. En cualquier otra circunstancia, debería haber huido al ver a aquellos hombres sin ley.

Pero era una doctora de guardia. Había gente herida, y era mi trabajo, mi juramento, lo que me motivaba a correr *hacia* ellos.

—¿Y ahora qué? —mascullé, sin querer pararme a analizar por qué esos hombres de Orlov me habían señalado.

—Le han apuñalado —dijo el hombre alto, sujetando a otro que se apoyaba en él como si no tuviera fuerzas para mantenerse en pie.

Asentí, indicando a los técnicos y enfermeros que me ayudaran. Cuando los internos se acercaron corriendo, probablemente ansiosos por un caso «jugoso» y algo de acción, les advertí que se apartaran.

—No.

No necesitaban involucrarse. Eran demasiado jóvenes, estaban demasiado protegidos, eran demasiado inocentes.

Fatima mantuvo la cabeza gacha y trabajó con eficacia, al igual que yo, mientras subíamos al hombre a una camilla.

—Una puñalada en la espalda —dijo el hombre, haciendo una mueca de dolor al ver cómo se llevaban a su compañero de fechorías tumbado en la camilla.

—¿Tú también? —pregunté secamente.

—No —señaló a los otros que entraban a toda prisa—. A ellos les han disparado. —Otros dos también parecían estar en mal estado.

Joder. A la mierda con esto.

Fruncí el ceño ante el resultado de tanta violencia. Tanto peligro y descuido por el don de la vida y la salud del que todos abusaban. Como si fueran todopoderosos, jugando a ser Dios para determinar quién debía vivir o morir.

Antes de que pudiera alejarme mucho, el hombre me agarró de la muñeca.

—Doctora Donovon.

—Por favor, necesita ayuda —fruncí el ceño al ver que me retenía.

—Sin registros. Sin documentación —su mirada severa tenía toda la autoridad necesaria para dejarme helada.

Apreté los labios, disgustada, pero sin que me importara tampoco su mandato. Él no iba a decirme lo que tenía que hacer. Dawn o Donna o quienquiera que estuviera en facturación y admisiones podía encargarse de ese marrón. Mi papel era salvar la vida de ese hombre, no juzgar si merecía vivir por todos los crímenes que había cometido. No ser correcta y seguir el protocolo para asegurar que fuera registrado e introducido en el departamento de facturación del hospital.

Avancé, liberándome del agarre del hombre. Apartando de mi mente todos los pensamientos sobre su recordatorio de que tenía que infringir la ley y mentir sobre la presencia de ese hombre allí, me concentré al máximo y trabajé con el equipo para detener la

hemorragia, ayudar a curar sus heridas y determinar si su encontronazo con la violencia le había causado alguna herida crítica.

Pasaron horas mientras todos trabajábamos para mantener vivo al hombre. Durante todo ese tiempo, mi conciencia me fustigaba con el reconocimiento de que ya era cómplice. Tratar a alguien extraoficialmente en estas instalaciones estaba mal. Ir a la casa de un mafioso para una visita privada estaba peor.

Esta no soy yo.

No me criaron así.

Mis padres se estarían revolviendo en sus tumbas si supieran que estaba siendo cómplice de esta manera, partícipe de fraudes y mentiras.

Sin embargo, no dije nada. No intenté seguir el protocolo. El peso del silencio me asustaba. Me inquietaba no detenerme y hacer lo correcto alzando la voz.

Pero una vez que trasladaron al hombre a cirugía y salí de la sala donde lo habíamos estabilizado, vi a los guardias de Orlov en el pasillo.

Estos dos parecían más «normales», casi como si fueran vestidos de paisano, pero sus miradas serias y letales lo decían todo.

Fruncí el ceño y aparté la vista, aterrorizada incluso de hablar con esos criminales, de asociarme con esos matones, de albergar o facilitar una conexión más profunda con cualquiera de los miembros de la Bratva Orlov por lo mucho que su jefe me intimidaba y me dejaba tan inquieta.

Me quité el estetoscopio y, dejando caer los hombros, giré por otro pasillo y agaché la cabeza.

¿En qué estaba pensando?

¿Siquiera estoy pensando ya?

No hay nada *racional en mi comportamiento.*

Como si Mikhail fuera una fuerza de la naturaleza que me hace ignorar la ley y la corrección.

Como si él…

Me detuve en seco, casi chocando con alguien.

—Ojo.

El hombre que estaba frente a mí era otro de ellos. Ya me estaba familiarizando demasiado, reconociéndolos con facilidad.

Poniéndome tensa, le fruncí el ceño.

—No pasa nada.

No pude evitar soltar una risita.

Ya nada estaba bien. Ni por mi disposición a mirar para otro lado cuando aparecían. Ni por lo mucho que su jefe me cautivaba y todavía me tenía preguntándome cómo habría sido si me hubiera besado aquella tarde.

—No te pasará nada —dijo—. Mi tío se ha asegurado de ello.

Alcé las cejas, atando cabos rápidamente.

Mikhail había investigado sobre mí. Había estado pensando en mí. Dios mío, puede que incluso hubiera empezado a ver mi posición aquí como médico como una ventaja personal. Como si yo fuera una herramienta que usar y con la que contar.

Negué con la cabeza, intentando no entrar en pánico.

—Ha jurado que no te pasará nada. Tu trabajo estará a salvo. Estarás a salvo por ayudarnos.

—Joder —susurré, sin dejar de negar con la cabeza—. Yo no soy vuestra…, suya. No soy un recurso que vuestra organización pueda utilizar.

Esquivándolo, me alejé a paso rápido. Ni loca iba a echar a correr. Eso delataría demasiado mi miedo. Pero no podía soportar esto, esta revelación de que no era tan pura y buena como quería pensar que podía ser.

Un vistazo a mi reloj demostró que mi turno había terminado, sin embargo. *Podía* escapar ahora, aunque solo fuera por esa noche. Apresurándome a terminar mi turno y cerrando sesión en todos los programas e historiales que todavía tenía abiertos, me concentré en llegar a casa, a ese apartamento que no sentía como un hogar.

Con tal de no estar aquí. Con tal de poder esconderme del hecho de que había mentido durante el trabajo, ocultando que había ayudado a esos criminales extraoficialmente.

Voy a ir al infierno.

Antes de coger las llaves y la chaqueta de mi taquilla, me detuve al sonar la notificación de un correo electrónico en mi móvil. Preocupada por si el trabajo intentaba seguirme a casa, salí de la zona de personal como en una nube. Con la cabeza gacha y la mirada pegada a la pantalla, leí mi correo personal.

—Oh, gracias a Dios —exhalé aliviada al salir—. Oh, gracias. Gracias. Gracias.

Aliviada y más ligera, casi sonreí al leer el mensaje de correo que explicaba que los detalles de mi año sabático se habían concretado. Ahora sí que podía escapar. Podía irme a esa misión y estar realmente lejos de los Orlov o de cualquier otro miembro del crimen organizado de esta dura ciudad.

No estaría aquí para lidiar con Mikhail. No estaría cerca de ninguna posibilidad de volver a encontrarme con él o de arriesgarme a un encuentro con alguno de sus hombres que me recordara a él.

Estaría lejos de aquí y…

Mi cuerpo cayó hacia atrás cuando alguien me golpeó con las manos en los hombros. Levantando la cabeza de golpe y ahogando un grito de alarma, me estrellé contra la pared del aparcamiento del hospital. Las luces tenues se volvieron borrosas en el fondo. El zumbido lejano de la ciudad y los coches quedó en un segundo plano mientras luchaba por no tropezar con el subidón de adrenalina que inundaba mi sistema.

—¿Dónde está? ¿Dónde está el Orlov? —exigió un hombre de aspecto rudo. Me agarró al instante, clavando sus fuertes dedos en mi cuello mientras me empujaba contra la pared y me levantaba del suelo.

Ahogándome por la falta de oxígeno, arañé sus manos. Pateé y traté de zafarme para aflojar su agarre letal en mi garganta. El pánico se apoderó de mí mientras intentaba frenéticamente mantener el ritmo. Solo estaba caminando, saliendo del hospital y ocupándome de mis asuntos. Estaba perdida en mis pensamientos sobre salir de esta ciudad mugrienta y peligrosa. ¡Y al instante siguiente, estaba atrapada y sin poder respirar!

Sucedió tan rápido. Salió de la nada, acercándose a mí furtivamente desde las sombras. Su ceño amenazador hizo que se me saltaran las lágrimas. Su hedor —a sudor, colonia y humo— me dio náuseas mientras me esforzaba por no desmayarme.

—¿Dónde está ese cabrón de Sergei Orlov? ¿En qué habitación está, zorra? —no esperó, aumentando el terror al levantar una pistola y presionar el extremo del cañón contra mi sien.

¿Qué?

¿Qué estás…?

¿Pero qué coño?

¿Por qué…?

No podía pensar más allá del horror que me atravesó el cuerpo entero. Me envolvió, dejándome entumecida e incapaz de reaccionar. Incluso si hubiera sabido qué decir, físicamente no podía hablar. Sus dedos apretaban mi cuello, pero fue la fría presión del metal en mi cabeza lo que me hizo jadear más fuerte.

No. Ahora no. Es demasiado pronto. No es mi hora. No he terminado. Yo…

Cerré los ojos y luché contra el mareo provocado por la combinación de pánico y falta de oxígeno.

Por favor. Dios mío, por favor, no dejes que muera. No puedo morir todavía. No estoy preparada. ¡Por favor!

—¿En qué habitación está? —me empujó contra la pared con más fuerza, aumentando la presión en mi garganta—. ¿En qué puta habitación está Sergei Orlov? —Apretando la pistola contra mi cabeza, se inclinó para gruñir—: Porque ese hijo de puta no va a sobrevivir a la operación.

¡Por favor, por favor, no me mates!

Tan rápido como este hombre se me acercó sigilosamente para tenderme una emboscada y dejarme indefensa, sufrió la misma suerte.

Alguien más nos vio.

Alguien cercano corrió velozmente con el objetivo deliberado de apartar a este hombre de un golpe.

Caí al suelo, tosiendo y boqueando en busca de aire. El dolor agudo en mi garganta y pulmones ardía de una forma tan atroz que no pude reaccionar a la caída. Mis rodillas golpearon el pavimento. Mi mano libre se estrelló contra la superficie áspera, despellejándome la palma.

Mientras me llevaba los dedos a la garganta y me frotaba la carne magullada, levanté la cabeza con lentitud y a trompicones. A cuatro

patas, tenía una vista de niña de Mikhail mientras placaba al matón italiano.

Gruñeron y resoplaron, peleando como animales, pero en lo único en lo que podía concentrarme era en que él estaba aquí.

Después de maldecirlo por provocarme y jugar conmigo, después de odiarlo por la dependencia implícita que había depositado en mí como si fuera a ser *su* médico extraoficial para sus mafiosos, estaba aquí.

Justo cuando más necesitaba a alguien. Justo cuando lo necesitaba a *él*. Porque ningún miembro del equipo de seguridad del hospital se movería con esa velocidad y poder despiadados, golpeando a este hombre y estrellando su cabeza contra el pavimento para desarmarlo.

Él era el que había venido a salvarme.

Mikhail Orlov. Este jefe de la mafia estaba aquí para rescatarme.

—Jódete —gruñó el hombre, esforzándose por estirar el cuello y buscarme mientras Mikhail lo inmovilizaba. En el forcejeo, giró la mano para apuntarme de nuevo con la pistola.

¡No!

Me tiré al suelo, aplastándome contra el pavimento mientras sonaba el disparo.

Me había disparado.

Había intentado matarme.

Temblando por la detonación, no me atreví a levantar la vista. Antes de que pudiera intentarlo, se disparó otro tiro. Ahogado, pero aún potente, una segunda bala fue gastada.

—Claire —la voz de Mikhail era áspera y firme—. Claire. ¿Te ha dado?

Temblé, incapaz de hablar, incapaz de moverme y demasiado aterrorizada incluso para intentar correr.

¿Hacia dónde iría? ¿Cómo podría salir de este lío? Se suponía que no debía estar involucrada, pero ahora…

—Claire —Mikhail se puso de pie. Oí sus pasos. Hablaba con demasiada calma estando tan cerca una amenaza peligrosa. Tenía que significar que le había disparado. Que lo había matado después de que casi me dispararan a mí.

Sus manos me agarraron por la parte superior de los brazos. Con una mezcla de suave insistencia e impaciente necesidad, me levantó del suelo del garaje.

—¡Claire! —me levantó lo suficiente como para poder agacharse y mirarme a los ojos, clavando su mirada preocupada en mí. El tiempo se movía como si estuviera en una neblina, bajo el hechizo del aturdimiento. Todo lo que podía hacer era respirar, inhalando desesperadas bocanadas de aire. Todo lo que podía sentir era su fuerte agarre. Su ira era palpable mientras me animaba a ponerme de pie. Temblando y tiritando, mientras el shock físico se apoderaba de mí, miré más allá de él y vi a mi atacante con un agujero rojo entre los ojos.

Muerto.

Mikhail lo había matado…, por mí.

Cerré los ojos, horrorizada por la crudeza de la violencia tan de cerca.

—Vámonos.

Me rodeó los hombros con el brazo y me alejó de mi primera experiencia cercana a la muerte. Mientras me tambaleaba para seguirle el paso, demasiado entumecida para protestar o huir, no pude evitar imaginar que esta no sería mi última experiencia cercana a la muerte si me permitía estar cerca de él de nuevo.

MIKHAIL

En lugar de llevar a Claire al asiento trasero del coche que esperaba cerca, me dirigí con paso decidido hacia la puerta del conductor.

El conductor salió, al igual que el otro soldado que iba delante.

Un gesto con la cabeza hacia el asesino muerto de los Giovanni fue toda la instrucción que necesitaron. Ambos estaban aquí para cubrirme, pero yo podía poner a Claire a salvo por mi cuenta.

El conductor asintió.

—Deshazte de él —ordené. Mirando al otro hombre, dije—: Ve a ayudar a los demás a asegurar la habitación de Sergei. —Por eso había venido. Andre y Roman me habían informado de que se habían llevado a Sergei a quirófano y, al estar en una posición tan vulnerable, sentí que era necesario venir para asegurarme de que nadie intentara nada. Los Giovanni parecían tener un infiltrado en este hospital. Además, estaba más que deseoso de tener una excusa para toparme con Claire.

No había contado con encontrármela así, salvándola de uno de mis putos enemigos.

Mientras la metía en el asiento del copiloto, preocupado por lo rígida y conmocionada que parecía, contuve la ira de haberla visto

amenazada de esa manera. Nunca olvidaría el recuerdo de ella apresada contra la pared, con una pistola apretada contra su cabeza.

La rabia se reavivó de nuevo, pero mientras la guiaba hacia el interior del coche y cerraba la puerta, exhalé por la nariz e intenté recuperar el control.

La había salvado.

Estaba viva.

Y ahora, haría todo lo posible por protegerla.

Me subí para salir a toda velocidad, sabiendo que mis hombres obedecerían mis órdenes.

—¿Adónde vamos? ¿Qué está pasando? —Como si el hecho de salir del aparcamiento fuera todo lo que necesitaba para sacar a Claire de ese trance, se giró hacia mí con una expresión brusca y frenética—. ¿Qué…? Mikhail… —Hizo una mueca, paseando la mirada a su alrededor mientras veía las calles pasar borrosas tras los cristales tintados—. ¿Adónde me llevas?

—A un lugar seguro —respondí, concentrado en conducir y en asegurarme de que nadie me seguía.

—¿Me estás *secuestrando*? —espetó, dándome un manotazo en el brazo—. Déjame salir. Déjame…—

Alargué la mano para agarrarle la muñeca y sujetarla con firmeza, y negué con la cabeza. —¿Dejarte volver a ese garaje donde otro gilipollas podría estar esperando para amenazarte o matarte?

Eso la hizo callar. Se soltó de mi agarre con un tirón y resopló. Esta rebeldía podía manejarla. Esa insolencia y esa naturaleza rebelde eran buenas. Mientras no se quedara como una zombi después de ese susto, estaría bien.

—Ya te lo dije. Te lo *dije*, señor Orlov. —Bramó, echando humo mientras estaba sentada. La ira también estaba bien. Era una

gilipollez que se enfadara conmigo cuando yo le había salvado la vida, pero podía soportarlo. Se estaba desahogando, soltando su ira como podía, y yo la escucharía.

—Te dije que no habría nada entre nosotros.

—No sabía que hubiéramos empezado nada.

Entrecerró los ojos. —Salí de tu casa con la clara intención de no volver a tener nada que ver contigo. Eso incluía a tus… tus socios y a tu familia. Y, sin embargo, antes me pidieron que ayudara a mantener a tus soldados fuera de los registros. Y ese monstruo me preguntó dónde estaban.

—Gracias por no decírselo.

Se quedó con la boca abierta. —¿Cómo iba a decirle nada? —chilló —. No podía hablar. No podía respirar. Me estaba ahogando. Quería matarme por esto y… y… y…—

Sin apartar la vista de la carretera, puse mi mano para empujarla hacia delante. —Agacha la cabeza.

Empezó a agacharse, respirando agitadamente, pero se irguió de nuevo. —¿Por qué? ¿Por si alguien me dispara a través de la ventanilla ahora?

—Agacha la cabeza —repetí con severidad—. Entre las rodillas. Concéntrate. Respira.

No podía culparla por hiperventilar al recordar lo cerca que había estado de la muerte. Alguien tan bueno y puro como ella, una inocente, estaría alterada.

Es demasiado inocente. Demasiado buena.

Ella se dedicaba a salvar vidas mientras que yo me dedicaba a quitarlas. No podríamos ser más opuestos ni aunque lo intentáramos.

A pesar del contraste entre nosotros, no tenía reparos en llevarla a mi edificio, donde estaría protegida de cualquiera que se atreviera a ponerle un solo dedo encima.

Mientras ella controlaba su pánico con la respiración, mantuve mi mano sobre su espalda, tanto para presionarla hacia abajo como para ofrecerle algo a lo que aferrarse. Para recordarle que estaba viva y que no le habían disparado. Que no estaba sola, sino conmigo para apoyarse en mí… si se lo permitía.

Entré en el camino de acceso y unos hombres salieron de la entrada para abrir las puertas. No necesitarían mis indicaciones. Los que había dejado en el hospital habrían avisado de que estaba de camino a casa.

—¿Dónde…? —Claire levantó la cabeza lentamente, mirando a su alrededor, a mi camino de entrada.

—Vamos —la insté, antes de salir, rodear el coche y abrir la puerta.

Se quedó sentada, encogida y con un aspecto tan pequeño y asustado. —No. No, señor Orlov —repitió en un susurro. Negando con la cabeza, no hizo ningún movimiento para salir—. No quiero esto. No quiero formar parte de tu mundo, de nada de esto.

A la mierda.

Me incliné y la levanté del asiento, tomándola en mis brazos para llevarla. Protestó, se revolvió y luchó para liberarse, pero yo solo la sujeté con más fuerza.

—Lo que tú quieras ya no importa —gruñí—. Porque lo que *yo* quiero es asegurarme de que estés a salvo.

Se quedó quieta, mirándome sin ninguna confianza en sus ojos.

—Casi te matan, te atacaron por hacer tu trabajo.

—Eso es una gilipollez. No estaba simplemente haciendo mi trabajo. ¡Me dijeron que tratara a tu soldado extraoficialmente, y eso, entre

todo lo demás, me hace cómplice!

La dejé en el suelo del vestíbulo, satisfecho cuando Martin cerró las puertas detrás de nosotros.

Estaba dentro.

Estaba en mi casa y no se iría bajo mi vigilancia.

La había traído hasta aquí y sentí una retorcida sensación de emoción, preguntándome hasta qué punto me desafiaría. Cuánto lucharía. Porque presenciar el ardor de la ira y las llamas del desafío bailando en sus ojos era mejor que la manifestación del miedo en ellos. Oírla gritarme así, llena de ardor y terquedad, era muy superior a oírla gritar de dolor y terror por haber estado a punto de morir.

Una vez más, la rabia se reavivó en mi sangre. Estaba tenso e impaciente por desahogarme por el hecho de que la hubieran amenazado.

Era demasiado buena para eso. Demasiado inocente.

Sin embargo, estaba haciendo exactamente lo que nunca quise. Era culpable de haberla metido en mi círculo, tanto si a alguno de los dos nos gustaba como si no.

Tenía que mantenerla a salvo. Pero más que eso, *quería* mantenerla cerca, solo para poder prolongar este deleite y esta intriga de aprender todo lo que había que saber sobre ella.

—¿Y ahora crees que puedes salirte con la tuya secuestrándome y trayéndome aquí? —Retrocedió un paso, apartándose de mi cara para negar con la cabeza, incrédula.

—Te *quedarás* aquí —le dije, perdiendo la delicada ternura que había aflorado tras verla tan asustada—. Por tu protección.

Apretó los labios en una fina línea, fulminándome con la mirada. Luego, al mirar más allá de mí y ver a los guardias en las puertas,

pareció llegar a la conclusión de que yo sería el que mandaría aquí. Que se haría mi voluntad, no la suya.

No era mentira. La había traído aquí para mantenerla a salvo. Si no hubiera intervenido, estaría muerta o se la habrían llevado para torturarla, todo por hacer su trabajo. Si no hubiera aparecido cuando lo hice, podría haber intentado la estúpida ruta de ir a la policía, que eran todos más indulgentes con los Giovanni que con cualquier otra familia criminal.

Aquí estaba a salvo, pero esa no era la única razón por la que había actuado por el impulso precipitado de traerla.

Dame una oportunidad para perder mi puto interés en ti, doctora.

Estaba demasiado en mi mente. Me estaba consumiendo con sueños y fantasías demasiado vívidas. Cruzar la línea y romper mi regla de no tener mujeres en mi vida no iba a suceder. No podía. Ya estaba estresado por tener a Anya en mi vida y que fuera una carga y un daño colateral del que preocuparme.

No podía mantener a Claire aquí para siempre. Lo sabía. Pero si nos encontrábamos a medio camino y se quedaba el tiempo que me llevara garantizar su seguridad fuera de estos muros, estaba seguro de que me aburriría de ella. Mi curiosidad tendría que disminuir.

—Martin.

El mayordomo se adelantó mientras Claire y yo nos mirábamos fijamente, sin que ninguno de los dos parpadeara.

—Por favor, acompañe a la doctora Donovon a la suite de invitados del ala oeste.

Los ojos de Claire se entrecerraron aún más, como si pudiera afinar la precisión de las dagas que me lanzaba con la mirada.

—Proporciónele todo lo que necesite como nuestra nueva invitada.

—¿Invitada? —escupió—. Soy una cautiva. No una *invitada*.

—No te irás hasta que yo lo considere seguro. —Me di la vuelta para alejarme, impaciente por tomarme un respiro de ella cuando me hacía sentir tan furioso y vivo. Tenía que contactar con Andre y Roman para asegurarme de que nadie estuviera molestando a nadie más en el hospital.

—¡Tengo una vida, un trabajo! ¡No puedo quedarme aquí! —protestó a mi espalda.

No me detuve. No podía, porque si intentaba discutir y rebelarse, luchando por conseguir mi permiso para irse, dudaba que pudiera resistirme al encanto de hacerla someterse y rendirse a mis deseos.

12

CLAIRE

—Por aquí, por favor —dijo el mayordomo, haciéndome un gesto para que lo siguiera por la escalera.

Fruncí el ceño en la dirección por la que Mikhail se había marchado, dejándome allí para que siguiera sus órdenes, sin decir nada más.

Tras apartar mi mirada fulminante del camino que él había tomado, eché un vistazo a los guardias de la puerta.

No era tan estúpida como para intentar pasar entre ellos. No era tan tonta como para planear suplicarles que me dejaran salir de allí. No desafiarían a su jefe.

Derrotada, caminé con desgana tras el mayordomo hasta que me condujo a una elegante y lujosa suite de invitados. Me hizo un breve y monótono recorrido por la zona, me enseñó el baño adjunto y añadió que la ropa y todo lo que necesitara serían entregados en la suite.

Eso fue todo.

Me hizo entrar como si fuera una invitada y se marchó.

En cuanto cerró la puerta tras de sí, saqué el móvil del bolsillo y lo desbloqueé.

Esto era una locura. Estaba mal. No podía seguirle el juego y quedarme y…

Joder.

Mientras miraba la pantalla, dispuesta a hacer lo que dictaba el sentido común y llamar a la policía, detuve mi dedo. Se quedó suspendido sobre el teclado. No solo no había cobertura o señal para llamar desde este edificio, sino que también me di cuenta de que *no podía*.

¿Cómo iba a llamar a la policía si no podrían entrar aquí?

¿Cómo iba a alertar a alguien para que me salvara cuando Mikhail había sido quien de hecho me había rescatado de la muerte?

¿Cómo…?

Me desplomé en la cama y me cubrí la cara con las manos. Temblando de nuevo, dejé que la enormidad de la situación me calara de verdad.

Estaba aquí porque no me quedaba otra. Había cometido el error de involucrarme. ¡Y ahora que lo había hecho, tenía que quedarme con este mafioso solo para estar a salvo!

Los recuerdos de aquel momento inundaron mi mente. Imágenes de lo asustada que estaba. De sentir que iba a desmayarme. De temer que esa bala me perforara la piel. Sentada allí y abrazándome a mí misma, odié desear esa pequeña chispa de seguridad que había sentido cuando Mikhail me puso la mano en la espalda. Se suponía que él no debía ser una fuente de consuelo. Se suponía que no debía ser a quien yo acudiera en busca de protección. ¡Aquel matón italiano me había atacado *por culpa* de Mikhail!

Nerviosa e irritada, hice lo que pude para respirar y contener otro inicio de ataque de pánico. No podía quedarme sentada y dejar que las imágenes y los recuerdos se repitieran en bucle en mi mente. No podía sin más…

Me puse en pie de un salto y solté una brusca bocanada de aire. Tenía que hacer algo. Moverme. De lo contrario, solo me hundiría más en la espiral. Mientras tragaba saliva y sentía el dolor en el lugar donde aquel hombre casi me había estrangulado, pasé las yemas de los dedos por la piel. Estaría en carne viva y roja por la abrasión.

Girándome en dirección al baño, suspiré y me pregunté si asearme podría darme la ilusión de que podía lavar los recuerdos del incidente. Lo único que consiguió la ducha fue dejarme agotada. La montaña rusa de adrenalina y las secuelas del instinto de lucha o huida me dejaron también más somnolienta. Después de renunciar a que el baño caliente y lleno de vapor me hiciera sentir mejor, me puse un chándal que había en la cómoda y me metí en la cama.

Cerrando los ojos, calmé la respiración e intenté mantener la esperanza.

Mañana. Mañana puedo intentar averiguar cómo salir de este lío.

Para mi sorpresa, me desperté descansada. Los sueños con aquel hombre y las pesadillas con violencia armada me habían hecho dar vueltas en la cama toda la noche, pero estaba orgullosa de haberlo aguantado y no haber intentado buscar a nadie en esta casa. Acudir a Mikhail en busca de consuelo era lo contrario al sentido común.

Pero mientras me sentaba y sentía mi estómago rugir, me enfrenté a la realidad de que tenía que actuar ya.

Tras encontrar más ropa, me vestí para bajar a algún sitio y encontrar comida. La puerta no estaba cerrada con llave —lo había comprobado—, pero no me hacía ilusiones de poder ir a donde quisiera en este edificio. Fuera una invitada o una rehén cautiva, no se me permitiría campar a mis anchas por aquí.

Mikhail era el jefe.

Me estremecí mientras alargaba la mano hacia la puerta, detestando el poder y el control que tenía sobre mí.

Me estaba esperando abajo, en un enorme comedor. Seguir el aroma a café y desayuno fue toda la guía que necesité.

—¿Has dormido bien? —preguntó, levantando la vista del móvil, donde leía sentado como un rey a la cabeza de la gran mesa.

Lo fulminé con la mirada. —Debería haber dormido en casa, en mi propia cama.

—Puede que sí, puede que no. —Me hizo un gesto para que me sentara—. Quién sabe qué habría pasado si no hubiera aparecido cuando lo hice.

Apreté los dientes y me senté, furiosa por la razón que tenía.

—Para empezar, no estaría en esta situación si no fuera por usted.

Asintió. —Sí. —Sin mostrar ninguna emoción tras esa afirmación ni dar más explicaciones, juntó las manos y apoyó los dedos índices en la barbilla—. Me encargaré de mantener a mis enemigos lejos de ti.

—No puedo quedarme aquí —protesté—. No para siempre. Tengo un trabajo. Tengo una vida.

—Por ahora, lo que más te conviene es decir a tus superiores en el hospital que te vas a tomar una excedencia.

No estaba de humor para reiniciar esa pelea de que yo no pintaba nada aquí. Lo entendía. Él era el único capaz de mantenerme a salvo de esos hombres. —Bien. —Me tragué el orgullo por ceder—. *Maldito engreído.* —Por ahora —enfaticé.

Casi sonrió, pero no estableció contacto visual.

¡Hombre arrogante, engreído y mandón!

—Recibí los detalles sobre una excedencia ayer, algo que ya estaba en marcha. —Soltando un profundo suspiro, me encogí mentalmente por manipular a alguien así—. Contactaré con mi supervisor y le daré a entender que me voy por eso. —Pinche un trozo de comida,

dudando si comérmelo todavía—. Si no lo hago, la gente se preguntará por mi ausencia.

—Buena idea —dijo, y no supe si se estaba burlando de mí, si me estaba siguiendo la corriente o si de verdad quería elogiarme.

—Pero solo por ahora. Hasta que pueda… —Fruncí el ceño—. Hasta que pueda asegurarse de que nadie vendrá a por mí por haber tratado a uno de sus hombres.

Asintió, de nuevo sin mirarme. La tentación de mirarlo y obligarlo a que me mirara a la cara me incitaba a forzarlo a hacerlo.

—Aunque no puedo llamar ni contactar con nadie —añadí con sequedad.

—¿Ya estás intentando escapar? —Ahora sí levantó la vista, sonriendo con suficiencia. Como no relajé mi expresión ni reaccioné a su broma, dijo—: Contactaré con mi equipo para permitirte usar tu teléfono bajo un enrutador seguro, con supervisión.

Apreté en un puño la mano que descansaba en mi regazo.

Antes de que pudiera replicar a esa prepotencia, dos hombres entraron en la habitación.

Odié reconocer a ambos. Los dos me sonrieron, pareciendo sorprendidos de que estuviera aquí.

—Hola, doctora —dijo el más joven.

Intuyendo que el otro, que se parecía más a Mikhail, era el tipo serio, levanté la barbilla para demostrarle que no tenía miedo. —¿Su amigo se recuperó?

—Mi primo, en realidad —respondió, imperturbable, mientras tomaba asiento para unirse a nosotros—. La recuperación de Sergei va bien y está en casa desde que se completó la cirugía.

—Mi hermano es demasiado duro como para matarlo tan fácilmente —dijo el otro tipo mientras se sentaba también—. Pero, en cualquier

caso, gracias por su ayuda para mantenerlo vivo y que pueda luchar otro día.

Puse los ojos en blanco. —Como si hubiera tenido elección —mascullé.

—Este es Andre —presentó Mikhail, señalando al serio—. Mi hijo. Y este es Roman, mi sobrino. Sergei, el hombre cuya identidad te amenazaron con revelar, es su hermano.

Hice una mueca y me llevé una mano a la frente. —¿No es esta una de esas situaciones en las que cuanto menos sepa, mejor?

Andre soltó una risa seca. —Si ese fuera el caso, joder, desde luego no deberías estar aquí como nuestra invitada.

Alcé la cara para fulminar a Mikhail con la mirada.

Como. Si. Hubiera. Tenido. Elección.

El gilipollas solo sonrió, sin mirarme a los ojos, y siguió comiendo. Una vez que terminamos con la incómoda —aunque deliciosa— comida gourmet, Mikhail organizó todo para que pudiera contactar con el hospital y comunicar que me iba a tomar mi año sabático provisionalmente preacordado.

Parecía un crimen, una mentira demasiado sociable como para comprometerme con ella, pero no iba a discutir la necesidad de mantenerme viva y a salvo.

—Si me disculpan —dijo Mikhail después—, tengo una reunión a la que asistir.

Retrocedió, dejándome allí de pie en el pasillo. Me quedé boquiabierta, molesta y frustrada. —¿Qué demonios se supone que voy a hacer?

Se encogió de hombros, sin mirar atrás. —Martin puede enseñarte los alrededores.

Apreté los molares y detesté esa distancia.

Una invitada, y un cuerno.

—Soy una prisionera —mascullé mientras me cruzaba de brazos.

—Oh. ¿Tú también? —dijo una mujer.

Me giré, sorprendida de oír a otra mujer, y con tanta sorna en sus palabras. Una adolescente estaba de pie detrás de mí, cerca de las puertas cerradas de otra habitación.

—¿Quién eres?

—Otra prisionera —replicó ella irónicamente.

Ahora que hablaba más alto y con más descaro, pude identificarla. Era la que había oído gritarle a Mikhail cuando fui a ver cómo estaban sus heridas. No su jovencísima amante. Su hija.

—No puedo ni imaginar cómo debe de ser ser *su* hija —bromeé.

Dejó de intentar abrir la puerta y se encaró conmigo. Rubia, esbelta y con unos ojos azules similares, era una belleza. Pero tan joven.

—Es peor de lo que puedas imaginar —respondió, llena de desprecio. Se lamió los labios, acercándose a mí con cautela y midiéndome con la vista—. ¿Y tú por qué estás aquí?

Esa era una pregunta con segundas, y no estaba de humor para contestarla. Sostenerle la mirada funcionó. Se derrumbó bajo el silencio que se extendió entre nosotras, pero tuve que recordarme que no era una adulta a la que pudiera ver como una amenaza, sino una niña. No podía tener más de quince años.

—Me preguntaba cuánto tardaría en traer aquí un desfile de putas.

Te has pasado. Metiéndome en su espacio, pero con la suficiente distancia como para no tocarla, canalicé toda mi ira e irritación en la mirada más afilada que pude reunir.

—No asumas que me conoces. —Fue la única advertencia que pude articular, compartida en un tono bajo y firme. No esperé a que

reaccionara o respondiera. Girando rápidamente, me alejé en dirección a mi habitación de invitados.

Podía darle vueltas a eso. Podía pensar lo que quisiera de mí. No era ninguna puta. No era un juguete para su padre. La insinuación de que Mikhail tenía muchas amantes no debería haberme molestado, pero a medida que un día se convirtió en dos, luego en tres y cuatro, detesté la cantidad de tiempo que pasé preguntándome si eso era cierto. Si tenía muchas mujeres aquí. Si era un mujeriego y se acostaba con quien le placía.

No se me acercaba, solo observaba desde la distancia cuando estaba en el edificio. Nunca me sedujo, siguiendo cada uno de mis movimientos cuando comíamos juntos en silencio. Me ardía la lengua por la necesidad de preguntarle qué estaba pasando, si podía irme y qué me pasaría después de que me marchara.

No estaba aquí a menudo, y no vi ninguna evidencia de que ninguna mujer viniera a visitarlo. En mi tiempo libre, leía. Me relajaba. Echaba siestas e intentaba no hacer nada.

Sin embargo, fue inútil, y empecé a investigar más sobre la misión a la que esperaba partir. Busqué trabajo, ansiosa por salir de esta ciudad.

La inactividad no era lo mío. Mi curiosidad y mi necesidad de explorar y ver qué más había ahí fuera, sin embargo, se mantenían constantes.

Buscando a la hija de Mikhail, para tener a alguien con quien hablar, me aventuré demasiado hacia la parte trasera de la casa una noche.

Demasiado dentro del infame mundo de los mafiosos.

Después de empujar una puerta y suponer que acabaría en algún lugar cerca de la cocina, donde el personal de la casa preparaba las comidas, me detuve en seco ante la escena que tenía delante.

Un hombre estaba de rodillas. Con la cara roja, las manos esposadas a la espalda y el pelo agarrado por un guardia de los Orlov, el hombre capturado apretaba los dientes mientras le aplicaban en la carne un hierro al rojo vivo de la estufa.

Oh, joder.

¡Oh, joder!

Retrocedí tambaleándome, conmocionada por lo que sonaba y parecía una sesión de tortura. Las acusaciones de ser un traidor cayeron en mis oídos sordos. Retirándome para ahorrarme la visión de tal horror, de tal crimen, solo podía oír el zumbido de mi pulso en los oídos. Solo podía sentir el rápido chute de oxígeno que inhalaba.

Esto no estaba bien.

No se suponía que el mundo fuera así.

Estaba arraigado en mi alma, en mi cabeza y en mi corazón, ser la salvadora, *ayudar* a otros que sufrían, no ver a otros causar tanta miseria y dolor.

Parpadeé rápidamente, tan aturdida por haber entrado en medio de esta escena.

Mi codo se movió hacia atrás, empujando la puerta batiente. Cada paso que daba tras el anterior era tembloroso. Como si caminara sobre un terreno irregular, no sobre un suelo liso y pulido.

El mareo se apoderó de mi cabeza. Jadeé, encontrando muy difícil respirar.

Mientras caía hacia atrás, inusualmente débil con este impulso de desmayarme, tragué saliva y me apoyé en los fuertes brazos de quienquiera que estuviera cerca para sostenerme.

—Claire.

Cerré los ojos al oír *su* voz. La de Mikhail. Estaba allí, sosteniéndome para que no cayera al suelo. Estaba conmigo, apoyándome contra él.

—Todo irá bien —dijo, su voz ronca dura pero extrañamente tranquilizadora.

Como la yuxtaposición que había sido desde que lo conocí, este confuso oxímoron de ser un hombre horrible al mismo tiempo que era un héroe decente, me encogí.

¿Cómo había podido caer de lo que una vez fue tan real y normal a buscar consuelo en alguien como él?

13

MIKHAIL

Acompañé a Claire fuera de la habitación, frunciendo el ceño al ver que la había encontrado de nuevo tan asustada.

No había sido fácil esta semana, sabiendo que estaba aquí, a mi alcance, pero tan distante y lejana. Su aversión por lo que yo era no era algo que pudiera pasar por alto. Sentía su ira y frustración en la tensión que se palpaba entre nosotros. Veía su irritación instantánea por tener que estar en la casa de un señor del crimen.

Pero eso no se podía cambiar. Tenía razón. Éramos de dos mundos diferentes. Aun así, no podía convencerme de no mantenerla en el mío un poco más.

—Todo irá bien —le dije, guiándola desde ese pasillo de vuelta hacia la parte delantera del edificio.

—Aquí nada va bien, Mikhail —espetó—. Nada en esta vida que llevas va bien.

Me mordí la lengua para no caer en la obvia provocación de discutir con ella sobre ese punto. Nunca estaríamos de acuerdo. Nunca entendería por qué me encontraba en esta posición y por qué siempre mantendría este estilo de vida. Llevar el poder estaba en mi sangre. Era lo que era en el fondo de mi alma.

Su juicio no era necesario, además. La *estaba* manteniendo a salvo. Mis hombres estaban investigando a los Popov y a los Giovanni para determinar cuál de los dos, o si ambos, la habían puesto en el punto de mira. El asesino de los Giovanni que maté en el aparcamiento apuntaba a ellos. Pero Andre y Roman también descubrieron e interceptaron a un francotirador que esperaba para liquidarla en el edificio de su apartamento, y eso llevaba el nombre de Niko Popov escrito por todas partes.

—¡Nada va bien cuando se elige deliberadamente herir a la gente! ¡Matarla! ¡Torturarla!

La insté a subir las escaleras más deprisa, sin estar dispuesto a permitir que alcanzara un decibelio histérico de protesta aquí fuera, donde cualquiera podría oírla.

—A veces, las cosas no son tan blancas o negras como te gustaría que parecieran.

Se apartó de mí bruscamente, soltándose de mi agarre cuando llegamos al rellano, cerca de su suite de invitados. —¿¡Eso no es verdad! Hay una clara diferencia entre querer hacer el bien y hacer el mal.

—Si intentas convencerme de que me convierta en un santo, es una causa perdida, cariño.

Me abofeteó, lanzando la mano con el golpe.

Entrecerré los ojos mientras la hacía retroceder hacia su habitación.

—No te atrevas a llamarme *cariño*. Como si fuera un juguete que puedes guardar, una prisionera que encerrar aquí solo porque crees que eres mi jefe.

Ladeé la cabeza, sabiendo que nunca, jamás, me perdonaría si me reía de ella ahora. Estuve tentado de hacerlo. Porque yo *era* el jefe. Siempre sería el puto jefe aquí. Cuanto más la observaba, con los ojos brillantes de ira, los labios entreabiertos en un gesto de desdén,

más incapaz era de desear que esto se acabara. Estaba radiante, discutiendo conmigo y devolviéndome los golpes. No era tan ingenua y débil como pensé al principio. Protegida, sí. Pero jodidamente apasionada por sus creencias, también.

—Yo soy el jefe aquí, Claire —le recordé con dureza. En lugar de presionarla un poco más y quedarme a discutir, lo que pondría a prueba seriamente el control que tenía con ella a mi alcance, negué con la cabeza y retrocedí—. La próxima vez, no se te ocurra ir a husmear. Si no puedes soportar ver un poco el lado duro de la vida, quédate aquí dentro.

—No. —Me siguió, furiosa y encendida—. No quiero quedarme aquí, joder. Ya no.

La estudié, sabiendo que tenía que decirlo en serio hasta cierto punto. Se lo había oído expresar muchas veces.

Esa misma mañana, casi me tropiezo con mis propios pies al darme la vuelta de repente al verla hablar con Anya en la cocina. Mi enfadada hija todavía no me había dirigido la palabra. Así que, cuando las vi sentadas juntas y a ambas manteniendo una conversación, lo acepté como una especie de avance.

—No quiero estar aquí —dijo Anya con rigidez cuando Claire le preguntó si preferiría estar en el colegio en lugar de encerrada en este edificio todo el día—. No quiero estar aquí para nada —insistió como la mocosa malcriada en la que la familia de Olga la había convertido.

Claire no se asustó ni se apresuró a trazar un plan para salvar a mi hija, para liberarla. En lugar de eso, la miró con franqueza y dijo: «Yo tampoco». Enarcando una ceja, se inclinó para apoyar el codo en la encimera y la barbilla en la mano mientras preguntaba: —¿Cuál es *tu* historia?

Anya arrugó la cara. —Tú primero.

Claire se encogió de hombros. —Soy médico. Tu padre llegó a urgencias necesitando que le salvara la vida.

—Deberías habértelo pensado dos veces.

Claire negó con la cabeza y bajó la mirada hacia su tostada intacta en el plato. —No. Si empiezo a pensar así, no seré mejor que ninguno de ellos.

Me cabreó oír eso. No solo porque demostraba lo odiosa que seguía siendo Anya, sino también porque sonaba como si Claire supiera que era mejor y superior —al menos moralmente— que yo.

Y maldita sea si esa no era la razón más clara por la que debería renunciar a retener a esta doctora sexi o a imaginar el comienzo de algo con ella.

—Tengo que irme —dijo Claire, sacándome del recuerdo de esta mañana—. No puedo quedarme aquí, Mikhail. ¡Nunca debería haber venido!

—No. —Avancé hacia ella, obligado a contradecirla y a hacerle entender que todavía no era posible. Por su seguridad. Y por mi deseo.

—¡No puedes decirme lo que tengo que hacer! —Agitó los brazos, nerviosa, mientras retrocedía. No me detuve, haciéndola adentrarse más en la habitación—. Agradezco que me salvaras la vida esa noche. De verdad. Respeto de verdad que hicieras algo difícil y mataras a ese hombre antes de que él me matara a mí. Gracias. Pero no puedo quedarme aquí. Tengo que irme.

—Puedes quedarte aquí —mentí—. Y tienes que entender que no estoy ni de lejos preparado para dejarte marchar.

—Eso no depende de ti —gritó, empujándome el pecho mientras la parte de atrás de sus rodillas chocaba con la cama—. No puedes controlar mi vida. No puedes decidir cuándo soy testigo o cómplice de tus crímenes, maldita sea.

—Tampoco depende de ti escaparte. —Le sujeté la barbilla con el pulgar y el índice, inclinando su cara hacia arriba mientras invadía su espacio—. No dejaré que decidas cuándo puedes renunciar a esta atracción que hay entre nosotros.

Antes de que pudiera replicar cualquier otra cosa, deslicé la mano hacia arriba, acariciando rápidamente su mejilla para poder enmarcarle la cara. Sujetándola con fuerza, la empujé hacia mí.

Nuestros labios colisionaron. Encontrándose en el medio con un beso sórdido y brutal, la obligué a *sentir* la verdad de lo que ninguno de los dos quería decir.

Esta atracción que nos unía así no era solo química que nos negábamos a abordar.

Este profundo deseo que acechaba bajo la superficie no era el resultado del calor del momento.

Ambos estábamos alterados por la discusión, pero al ceder y probar sus labios, experimenté cómo la lujuria nos dominaba a los dos. Esta necesidad de desnudarla y arrancarle todas sus capas defensivas me roía el alma, dejándome miserable y anhelándola.

Ella era demasiado buena. Yo era demasiado capullo y criminal.

Tras la sorpresa inicial de mi boca dura sobre la suya, gimió de necesidad. Al levantar las manos y posarlas en mis hombros, inclinó su cuerpo hacia el mío.

—No puedes luchar contra esto —le advertí una vez que me separé de sus labios.

Frunció el ceño, mirándome con la boca entreabierta, su dulce aliento golpeándome la barbilla. En sus ojos, vi la sumisión, la cruda comprensión de que yo tenía razón en esto.

—Ya no quiero luchar contra esto. —Atrayéndola hacia mí hasta que su esbelta figura quedó pegada a mi cuerpo, me ahogué en la

potente dicha de besarla. De separar sus labios y deslizar mi lengua para explorar y saborear y devorar.

No había ni una puta posibilidad en el infierno de que pudiéramos negarnos esta conciencia y anhelo inexplicables que nos unían. Éramos opuestos, de eso no había duda, pero estábamos sincronizados en lo mucho que nos ansiábamos.

La conclusión de nuestra discusión solo llegó con chispas volando. Con sus manos recorriendo mi pelo para poder bajar mi cabeza. Con sus pechos aplastados contra mi pecho mientras intentaba trepar a mi abrazo.

Besos. Chupetones. Gemidos. Y jadeos, mirándome salvajemente cuando nos separamos para tomar aire.

Era joven, mucho más joven que yo, pero con sus besos y sus caricias hambrientas, demostró ser una amante madura, una mujer con necesidades y anhelos y deseos traviesos.

Me deseaba a *mí*. Y yo perdí la lucha por convencerme de no involucrarme con ella.

—No puedes alejarte de esto. —Tiré de la cremallera de su jersey, desnudándola en un instante. Al ver más de su piel suave y clara al descubierto, la levanté y acerqué mi cabeza.

Sin sujetador. Sin ataduras en sus pechos. Mientras la alzaba en el aire, pegué mi boca a su pezón, trazando la dura punta con mi lengua hasta que ella echó la cabeza hacia atrás y gritó. Sus piernas se enroscaron alrededor de mi cintura mientras la llevaba a la cama.

—No puedes alejarte de mí —declaré, ejerciendo toda mi dominación en este momento.

Cayó de espaldas sobre el colchón, rebotando ligeramente mientras yo agarraba la cinturilla de sus pantalones y bragas antes de quitárselos por completo de sus esbeltas piernas. Una vez más, antes de que pudiera protestar o mentir diciendo que no lo quería,

me arrodillé y le cogí los muslos. Forzándolos a separarse, me quedé mirando su coño, chorreando humedad y brillante por su excitación, expuesto y listo para ser tomado.

Me incliné, pasando mi lengua por sus pliegues y esparciendo sus jugos.

—Oh, joder, Mikhail. Tú….

Puse mi mano en su estómago para empujarla hacia abajo, obligándola a tumbarse mientras saboreaba y chupaba su dulce coño, tan maduro y jugoso. Luego su clítoris, tentando ese haz de nervios. Manteniendo mi mano en su estómago y obligándola a permanecer abajo mientras le daba placer, lo di todo. Me propuse mostrarle un mundo de deseo brutal y perverso que nunca podría haber esperado.

Comerle el coño me satisfizo por un rato, pero cuando agarró mi mano sobre su estómago, sujetando mis dedos como si necesitara aferrarse a algo para anclarse, redoblé mis esfuerzos. Lamiendo su clítoris, añadí mis dedos a su coño apretado y toqué sus suaves paredes hasta que gritó.

—¡Mikhail! Oh, Dios. Yo… yo… ¡Joder!

Se arqueó y tembló, respirando con tanta fuerza mientras llegaba a su primer orgasmo de la noche.

—No puedes alejarte de eso —le dije, arrogante y sonriendo con suficiencia mientras continuaba frotando su coño para que pudiera surfear las olas de placer de su clímax.

Casi como si se estuviera agitando en la cama, sacudió la cabeza rápidamente.

—Y tú no puedes pensar en alejarte cuando me vuelves loca de esta manera —dije, usando mi mano libre para desabrocharme los pantalones y bajármelos. Todavía con demasiada ropa, me incliné hacia la cama al mismo tiempo que la arrastraba más cerca.

Sus piernas se enroscaron alrededor de mi cintura.

Su sabor ácido y dulce se aferraba a mis labios.

Y su coño me succionó, enfundándome con fuerza, mientras alineaba mi polla con su entrada y me hundía hasta el fondo.

Gritando fuerte, arqueó la espalda y extendió las manos hacia mí.

—No puedes negar esto —le gruñí mientras comenzaba un rápido patrón de embestidas dentro de ella—. No puedes alejarte de lo que compartimos.

En este momento, la estaba follando sin pensar, pero esta lujuria que nos había impulsado a acercarnos era una conexión mutua de la que no podíamos escondernos.

—Joder. Mikhail. Oh, joder… —Se aferró a mis antebrazos mientras yo mantenía las manos en sus caderas, arremetiendo contra su apretado calor—. Voy a correrme otra vez —gimió, la tortura en su cara tan exquisita que quise grabar esta noche en mi mente para siempre.

Verla someterse. Verla deshacerse.

Era la recompensa que había estado anhelando. El subidón que había estado persiguiendo y del que me había estado convenciendo de no tomar durante días.

—Corre. Vas a tragarte esta polla como la niña buena que eres. —Apreté los dientes, embistiéndola y conteniéndome hasta que ella llegó antes que yo—. Córrete para mí, Claire. Chupa mi polla en ese puto coño y trágatela toda.

Gritó de nuevo, tratando de levantar las caderas para igualar mis embestidas. En la siguiente estocada, se puso rígida y luego se sacudió hacia mí. Gritando sonidos y palabras incoherentes, cayó hacia atrás con la misma rapidez. Sus muslos temblaron mientras apretaba las piernas alrededor de mi cintura. Torpe y desorientada, levantó los brazos para dejarlos caer en la cama.

Envuelto alrededor de mi polla, su coño me apretó y me empujó a soltarme por fin.

A ceder.

A derrumbarme y darme cuenta, mientras mi clímax me hacía rugir y agarrar sus caderas hasta el punto de hacerle moratones, que me engañaba al creer que nunca tendría otra mujer en mi vida.

La tenía a ella, ahora mismo, aquí mismo.

Y mientras me derrumbaba sobre ella, encajando mi polla profundamente en su interior e inundándola con mi semen, supe que esta no sería la primera y última vez que la necesitaría de esta manera.

14

CLAIRE

Cuando me desperté a la mañana siguiente, lo primero que noté fue el dolor entre las piernas. Mikhail me había hecho correrme dos veces la noche anterior. Ambas veces fueron orgasmos tan intensos que después no tuve fuerzas ni para levantarme.

Ahora, a solas en el dormitorio, me incorporé lentamente. La luz del sol se filtraba por las cortinas mientras yo bostezaba, tan descansada, pero a la vez tan alerta y completamente despierta. Me miré el cuerpo desnudo bajo las sábanas, recordándolo todo.

El miedo de haber presenciado cómo torturaban a alguien y la certeza de que Mikhail era un hombre peligroso.

La euforia de haberme corrido para él con tanta fuerza que me había dejado somnolienta y amodorrada.

Su tacto había quedado grabado en mi piel. El sabor de sus besos codiciosos perduraba en mis labios.

—¿Qué he hecho? —gemí en voz alta, tapándome la cara con las manos. Dejándome caer de nuevo sobre la cama, permití que las sábanas me cubrieran.

Necesitaba cafeína y comida para alimentar el análisis de por qué había cedido ante él anoche, perdiendo la compostura cuando discutimos sobre si debería estar aquí. *Sabía* que yo no pintaba nada

allí. Ni con él. Ni con un hombre fuerte, experimentado y letalmente poderoso veinte años mayor que yo.

Mientras me levantaba para ducharme y vestirme, intenté ignorar cómo me había arropado antes de irse. Cómo debía de haberme limpiado, porque no estaba pegajosa. Odiando haberme quedado dormida e inconsciente mientras él me cuidaba de esa manera, fruncí el ceño y salí a toda prisa de la habitación.

No podía ni empezar a analizar lo que había hecho. Había sido un momento de estupidez. Un desliz en mi dudoso juicio que no volvería a repetir.

Pero sabía de sobra lo que *él* había hecho.

Se había aprovechado de las emociones que estaban a flor de piel entre nosotros, se había valido de eso para seducirme. No había venido a por mí para consolarme, sino para restregarme cómo ambos habíamos estado evitando esta atracción desde que nos conocimos.

Al principio, solo era un enigma. Un extraño que captó mi atención. No se suponía que se convirtiera en mi amante. Mi aventura. Mi protector.

Y mientras entraba en el comedor, siguiendo una vez más el rastro de aromas que me hacían rugir las tripas, no se suponía que tuviera un aspecto tan jodidamente sexi e irresistible.

Respiré hondo, haciendo acopio de toda la confianza que creía poder tener para no desmayarme. Ni sonrojarme. El simple hecho de verlo sentado a la mesa, con su mirada curiosa elevándose hacia mí, me puso nerviosa. Sentirme bajo su escrutinio era diferente ahora. Tenía que serlo. Me había visto desnuda. Había tenido su cara y sus manos sobre mí, muy de cerca. Él… él…

—Buenos días —dijo secamente, con un atisbo de diversión acechando en su casi sonrisa.

Mierda.

Me senté rápidamente, esperando que mi movimiento le impidiera ver lo mucho que me estaba sonrojando.

—¿Has dormido bien? —preguntó un momento después, tras dejar que el silencio se alargara entre nosotros. Por mi parte, era tenso e incómodo, pero él estaba tranquilo. En calma. Como si fuera un día cualquiera y no la mañana siguiente a uno de los polvos más intensos posibles. Así era para *mí*.

Mi respuesta fue un encogimiento de hombros. *Había* dormido bien. Profundamente. El tipo de sueño reparador que suele venir después de un entrenamiento intenso y duro.

Apenas podía mirarlo a los ojos, y mucho menos decir nada más. Casi no lograba comer, mis dedos estaban torpes mientras él seguía observándome. Cuando se me cayó un bocado de huevos del tenedor tres veces seguidas, me rendí y dejé caer el cubierto, que tintineó en el plato. Necesitaba algo más fuerte, así que cogí la taza de café con ambas manos y me la llevé a los labios.

—No me digas que ahora te vas a volver tímida…

Levanté la cara bruscamente y entorné los ojos ante su provocación. Pero enfrentarme a él tan directamente fue como un puñetazo en el estómago.

¿Cómo? ¿Cómo puedes tener tan… buen aspecto? ¿Cómo puedes ser tan bueno y tan malo para mí?

La vergüenza me invadió al recordar cómo me había follado tan brutalmente la noche anterior. Me invadió más vergüenza al recordar lo mucho que lo había disfrutado. Horrorizada por haberme rendido a él tan fácilmente, luché con este deseo latente que me provocaba quererlo de nuevo.

—No soy tímida —respondí con toda la frialdad que pude. El café ayudó a disipar la somnolencia que me quedaba. Realmente me

había follado hasta dejarme tonta.

—Bien, porque espero que podamos hablar.

Ah, joder.

Yo no quería. Desde luego que no quería tener una conversación sobre lo de anoche. Sorprendida de que él quisiera dar más detalles sobre cómo me había follado, me pregunté si estaba hecho de otra pasta.

Bueno, ya sabes *que lo está.* Perdí la virginidad en la universidad y había tenido algunas aventuras esporádicas. No sabía si era por su edad y experiencia o qué, pero sabía, solo por lo de anoche, que este mafioso me arruinaría para cualquier otro hombre.

—¿Sobre lo pronto que puedo irme? —pregunté.

Sonrió de lado. —Eso no me lo trago.

—Oh —arqueé una ceja, sintiéndome segura con la ironía que llenaba mi cabeza—. ¿Crees que lo de anoche me ha cambiado?

Se limitó a sonreír. —No importa si te ha cambiado a ti. Me ha cambiado a mí. —Señaló mi cuello—. Porque creo que podría acostumbrarme muy fácilmente a ver mi marca en ti.

Por instinto, levanté la mano para presionar las yemas de mis dedos sobre la rozadura en mi piel. Recordar la presión caliente y hambrienta de sus labios allí me excitó de nuevo.

—Quiero hablar de ti. De tu pasado.

Fruncí el ceño. Todo rastro de seducción y deseo se desvaneció. —¿De mí? —resoplé—. ¿Qué podrías necesitar saber sobre *mí*?

—Necesito investigar a todo el que entra en mi círculo más cercano.

—Para el carro —levanté las manos—. Para, para, para. No. Yo no estoy en ningún círculo. Lo dijiste tú mismo. Solo soy una invitada,

¿verdad? Alguien a quien trajiste aquí por ese hombre que intentaba matarme para llegar a tu sobrino en el hospital.

—¿Crees que sigues siendo solo una invitada después de lo de anoche?

Me quedé boquiabierta. —¿Crees que por habernos follado puedes poseerme?

Su falta de respuesta fue escalofriante. ¡Realmente lo pensaba!

—Solo intento conocerte, Claire.

—Ya me conociste bastante anoche. —De nuevo, mis mejillas se arrebolaron con los recuerdos que afloraron.

—Sí, pero no puedo protegerte del todo si no sé a qué me enfrento. Con quién estoy tratando.

Volví a dejar el café y me crucé de brazos. A la defensiva y molesta, lo observé y volví a preguntarme si me había metido demasiado hondo. Demasiado lejos. Porque él tenía la habilidad única de cabrearme y excitarme al mismo tiempo. Solo con sus sonrisas de lado y su actitud dominante, quería quedarme y explorar esta conexión con él.

—No estás tratando con nadie. ¿Qué estás insinuando? ¿Que soy alguien especial en tu mundo? ¿Una agente o una espía? —me reí con amargura y negué con la cabeza—. Ni siquiera he estado aquí el tiempo suficiente para ser alguien. Acabo de mudarme a Estados Unidos hace menos de un mes. Acabo de empezar en ese hospital. Se supone que esto es una parada de camino a una misión en el extranjero. —Como él se limitaba a mirarme con calma, fruncí el ceño—. ¿Qué demonios crees que podría saber o representar?

Antes de que pudiera aclararlo, eché la silla hacia atrás, dispuesta a marcharme. Una cosa era que se colara en mi habitación anoche y me hiciera sentir tan bien. Esta invasión en mi vida ahora, con esta conversación, no era tan genial.

—No tengo contactos. No conozco a ninguno de vosotros, los mafiosos. Soy una extraña arrojada a vuestro retorcido mundo. Y por mucho que disfrutara anoche, no voy a quedarme aquí.

—¿Y qué hay de Jack? —preguntó, yendo al grano.

Mi impulso de abandonar la habitación se desvaneció. *¿Jack?* Tenía mi atención. —¿Qué?

—Jack Harroun.

—¿Mi compañero de trabajo?

Asintió. —¿Qué sabes de él?

—Nada —solté con incredulidad—. Eso es lo que intento decirte. No conozco a nadie. No tengo secretos ni noticias confidenciales para ti.

Sin embargo, una vez que respondí, me pregunté si estaba mintiendo.

No conocía a Jack tan bien, pero lo había observado en el hospital. Cerrándome en banda y esperando que Mikhail no pudiera detectar que me estaba guardando algo, recordé cómo Jack había estado hablando con aquellos italianos. Cómo Jack había querido que arrestaran a Mikhail antes de que recuperara la consciencia.

—Es un médico, como yo. Lleva un tiempo en ese hospital. Estaba allí la primera vez que vi a algunos de tus hombres.

Asintió lentamente, como si esperara a ver qué más compartía.

Me encogí de hombros, frunciendo el ceño mientras repasaba los recuerdos de aquel día en urgencias, mi primera experiencia con estas familias de la mafia y la violencia que representaban.

—El día que bombardearon ese restaurante —añadí.

De nuevo, asintió.

Frunciendo el ceño, reviví el miedo de caer al suelo después de que ese matón borracho chocara conmigo. Cómo casi me patea.

—Eras tú.

No respondió.

—Cuando ese tipo estaba a punto de patearme…

—Un Giovanni —dijo.

—Tú fuiste el que se acercó para detenerlo.

—Por mucho que quieras pintarme como el villano, Claire, no voy a quedarme de brazos cruzados viendo cómo te hacen daño. —Se levantó, dirigiéndose a la salida de la sala.

—No me conocías —protesté—. ¿Cómo podía importarte? ¿Cómo pudiste decidir entonces que yo era digna de tu protección?

—Pero te vi. Me fijé en ti en medio de todo ese alboroto. Profesional y rápida. Dispuesta a ayudar y a preocuparte por gilipollas que no merecen tu compasión.

Tragué saliva mientras él rodeaba la mesa, manteniéndose en el lado opuesto.

Al reconciliar a este peligroso señor del crimen con el héroe en mi mente, me sentí partida en dos, retorcida y muy confundida.

¿Cómo se suponía que iba a saber lo que era seguro o no a partir de ahora?

Bajo su tacto y dentro de la red de sus recursos, estaba a salvo. Estaba ilesa.

Estremeciéndome ante la idea de aceptar plenamente que este siniestro criminal pudiera ser mi héroe personal, bajé la mirada a la mesa mientras él salía de la habitación.

No. Para, Claire.

No es nada tuyo.

Mikhail era demasiado complicado para ser mío.

15

MIKHAIL

La noche que cedí a mi deseo por Claire, le dije que no negara cuánto nos deseábamos. En los dos días siguientes, parecía que ambos le estábamos dando rodeos al asunto.

Su insistencia en marcharse era una espina que tenía clavada en el costado, pero las miradas que no podía ocultar contradecían sus deseos de irse.

Mi exigencia de que se sometiera era demasiado pedirle, pero la forma en que suspiraba y se sonrojaba cuando nos rozábamos demostraba que yo no era tan fuerte como quería en esta guerra de resistencia.

Maldita sea si tenía que volver a perseguirla.

Tenía que someterse a mí. Podía luchar y soportar desearla de nuevo, pero debía tener paciencia y esperar a que ella viniera a mí, a que cediera primero e iniciara cualquier tipo de intimidad.

Me mataba no poder llevármela a un aparte y besarla hasta quedarnos sin aliento.

Me atormentaba verla en las comidas y en mi casa y saber que estaba manteniendo las distancias. Este juego de espera no podía durar para siempre, pero el terreno de juego era más fácil cuando estaba tan ocupado.

Entre los Popov intentando joder nuestros negocios y hacer ver a los Orlov como débiles, y los Giovanni tratando de usurpar nuestro monopolio en el tráfico de drogas de esta ciudad, no tenía tiempo libre para seducir a esta sexi doctora.

Aun así, era consciente de ella. La mantenía vigilada, ya fuera siguiéndola y escuchándola cuando estaba en casa o confiando en que Martin y otros miembros del personal me informaran.

Claire y Anya continuaban acostumbrándose la una a la otra poco a poco. Quizá no era más que el hecho de que ambas estaban en el mismo lugar y no tenían a nadie más con quien hablar. El teléfono de Claire seguía bloqueado para un uso normal, y el dispositivo permanecería así hasta que yo considerara seguro que se pusiera en contacto con alguien de fuera de estos muros.

Al principio pareció un conocimiento gradual, ambas cruzándose en los pasillos o en la cocina. Luego parecieron planear encontrarse. Las conversaciones triviales eran el tema principal entre ellas: comentarios sobre el tiempo o la comida. Detalles banales, sin importancia.

Pero después parecieron acercarse aún más. El día que hice traer un piano nuevo a una sala diferente, ahorrándole a Anya cualquier trauma relacionado con el momento en que le dispararon en el gran salón de baile, Claire encontró el instrumento y pulsó algunas teclas. Anya pasó por allí y bufó, diciéndole que estaba desafinado y que no merecía su tiempo.

Al día siguiente, lo hice afinar.

Al día siguiente, Claire preguntó si Anya tocaba. Se sentaron juntas en el banco mientras Anya le enseñaba lo básico. Esa tarde, Claire ayudó a Anya con algunos deberes de ciencias, material proporcionado por el tutor a distancia que había tenido cuando vivía en Moscú.

Verlas conectar ablandó mi opinión sobre la descarada doctora, pero no podía borrar el mayor obstáculo de todos. Claire nunca pertenecería a mi mundo cuando estaba tan decidida a permanecer en el otro lado, el de la sociedad normal.

Cuando podía, me ponía al día de cómo se llevaban. Comprobaba si compartían algún detalle que me conviniera saber. No lo hacían. Observaba si Anya sonreía o parecía más feliz. Puede que se acercara a ello.

Toda la buena fe que se estaba estableciendo entre Claire y Anya se paralizó la noche siguiente. Habían pasado casi dos semanas desde que traje a Claire aquí. Casi catorce días de lidiar con el misterio de tener no una, sino dos mujeres en mi vida.

—No me importa —me gritó Anya cuando la pillé intentando escabullirse por la puerta trasera para ir a la piscina.

—No he preguntado si a usted le importan mis reglas —le dije—. Si quiere salir a la piscina y al invernadero, asegúrese de que la acompañe un guardia.

—Porque solo soy una prisionera, ¿verdad? Atrapada como un animal enjaulado. —Se marchó furiosa, exagerando porque la había pillado intentando salir de casa sin avisar a nadie.

—¿Es necesario? —preguntó Claire, arqueando las cejas. Había oído la pelea a gritos. Todo el mundo en la planta la habría oído.

—Sí, es jodidamente necesario. —Me acerqué a ella furioso, deseando poder desahogar toda mi rabia y agotamiento en ella. *Con* ella. Esta tensión hervía demasiado caliente entre nosotros y la maldije por no ceder y venir a mí otra vez—. La noche que fui al hospital fue la noche que unos hombres vinieron a por ella. No voy a disculparme por hacer todo lo que pueda para mantenerla a salvo.

—Pero no es como si se fuera a ir. Toda la manzana está vigilada —señaló—. Lo único que quiere es algo de libre albedrío, la libertad de

elegir dónde estar y qué hacer sin que la vigilen con tanta vigilancia directa.

—No actúes como si supieras de lo que estás hablando. —Le di la espalda y me fui a mi habitación a dar vueltas y beber hasta poder quedarme dormido, solo para sufrir más sueños con ella.

A la mañana siguiente, me desperté con el recordatorio de que Claire probablemente tenía razón. Asfixiar a Anya no le haría bien a nadie. Sinceramente, si pudiera abrirse a mí y comunicarse hasta el punto de que yo pudiera confiar en que no se escaparía o haría alguna estupidez arriesgada, le daría todos los permisos que quisiera. Podría ir a la escuela. Podría ir de compras. Podría dedicarse a cualquier afición, deporte o pasatiempo que quisiera. Tener protección personal no era negociable. Tenía que aceptar la seguridad, pero yo no tenía el ancho de banda para vigilarla. No tenía la energía para averiguar cómo hacer que mi hija fuera más feliz de lo que había sido y al mismo tiempo estar seguro de que sobreviviría y no sería un objetivo.

Por eso, cuando bajé a desayunar y le pregunté a Martin si Anya ya había bajado, me extrañó que no lo hubiera hecho.

Antes de Claire, Anya hacía todas sus comidas en su habitación. Desde que Claire apareció, Anya había salido de su caparazón para al menos estar cerca de la doctora.

Pero hoy no.

Claire nos miró a Martin y a mí, frunciendo el ceño. —Tampoco la vi anoche. A veces viene a la biblioteca cuando estoy buscando un libro.

Joder.

Llamé a los guardias para que registraran la propiedad. Unos hombres corrieron hacia el ascensor mientras otros iban a las escaleras. Más de ellos se dirigieron a la sala de seguridad para revisar las grabaciones de vigilancia.

—Ha desaparecido —le dije a Andre mientras lo llamaba intentando no entrar en pánico.

—¿Cómo puede saberlo? —preguntó Claire, poniéndose de pie de un salto y siguiéndome fuera de la habitación.

Simplemente lo sé. La inquietud en mis entrañas era bastante reveladora. Me había despertado preocupado por la pelea de anoche con Anya, y esta era la razón.

—¿Ha desaparecido Claire? —adivinó Andre, probablemente pensando en ella primero porque le había encargado que investigara sus antecedentes y su vida.

—No. Anya. —Colgué, confiando en que él se encargaría y sabría qué hacer. Reuniría a los hombres para que la buscaran. Se haría cargo de dirigir a los hombres para que fueran eficientes y productivos en esta cacería.

Pero ya sentía el pavor abrumador de que se había ido.

—¿Mikhail? —Claire corrió conmigo hacia la habitación de Anya—. ¿Cómo puedes estar seguro de que se ha ido?

—Simplemente lo sé. Puedo notarlo. —Podía predecir que mi hija había desaparecido porque sentía su ausencia en mi corazón.

—¿Crees que se ha escapado? —preguntó Claire, pegada a mis talones mientras me apresuraba hacia la habitación en la que Anya se había atrincherado desde su llegada.

—No. —Un guardia ya estaba allí—. Parece que hubo un forcejeo. —Señaló los objetos rotos y las baratijas, como si la hubieran capturado y hubiera luchado por liberarse.

La rabia se apoderó de mí. Creció ardiente y veloz, la emoción aumentando hasta que lo vi todo rojo. Maldiciendo y deseando poder golpear algo, intenté mantener la calma y no ponerme frenético.

Entre llamar a los hombres a cargo de la seguridad y al personal de informática en la sala con todos los monitores que vigilaban este edificio y los demás, salí de la habitación sin hacer caso a Claire, que me seguía.

Estaba preocupada. Lo vi.

Pero yo estaba entrando en pánico bajo la superficie.

Esto era exactamente lo que temía cuando recibí aquella llamada de que Anya venía a vivir aquí. Sería mi carga protegerla. Mi obligación cuidarla. Con lo fría que había sido, no había sido fácil con su falta de cooperación.

No podía centrarme en Claire. No podía dedicarle nada de mi tiempo o atención mientras me concentraba en encontrar a Anya.

Mi primer paso fue la sala de seguridad.

—Se la ha llevado Lev —dijo un especialista. Estaba sentado ante una fila de muchos monitores, tecleando para mostrar una vista.

—¿Lev? —Me acerqué apresuradamente para ver la grabación de uno de mis antiguos lugartenientes colándose en la habitación de Anya, capturándola y luego sedándola cuando ella se resistió a que se la llevara. Llevó su cuerpo inerte fuera de la habitación, luego por el pasillo, por donde escapó a través de una escalera de incendios.

Golpeé con el puño el mostrador, haciendo saltar algunos teclados. Las pantallas se inclinaron. Pero mientras cerraba los ojos y apretaba los dientes, respirando para controlar la furia, temblé con la necesidad de dañar algo. De destruir todo a mi paso para llegar a ella.

Sergei entró como una tromba en la sala, sin duda ya al corriente de este descubrimiento, puesto que tenía el auricular en la oreja, concentrado y serio en recuperarla.

—Lev —le dije—. Ese hijo de puta se la ha llevado.

Él asintió una vez, secamente y sin ninguna emoción innecesaria, como un militar. —Siempre fue un cabo suelto.

—Debería haberlo matado, joder —dije, paseando de un lado a otro.

—Quizá —convino Sergei—. Pero cuando usted lo pilló espiando, votamos por mantenerlo con vida.

Frotándome la cara con la mano, apreté más los dientes y recordé cuando dejé ir al lugarteniente hacía unos años. Había sido demasiado codicioso, demasiado ansioso de poder, intentando espiar para Niko Popov. Se le había metido en la cabeza que podría ganarse el favor del otro jefe jodiéndonos a nosotros. La única razón por la que había sobrevivido era porque pensamos que aún podría ser útil como cebo algún día. O como chivo expiatorio.

—Claramente busca venganza —dijo Sergei.

—Y sin duda está intentando llevarle a mi hija a los putos Popov para que lo recluten. —Nunca lo harían, pero no se le pueden pedir peras al olmo.

—¿Está seguro de que esto es por los Popov? —preguntó otro hombre.

Gruñí, mi mente ya acelerada con ideas para buscar a mi hija. Trazaba a qué distritos enviar hombres, qué equipos podrían peinar qué edificios. Teníamos que movernos y actuar ahora. No más tarde. Cada segundo que ella estuviera fuera podía contar.

—Si esto no tiene nada que ver con Niko Popov, ya sabemos dónde más buscar, joder —respondí, refiriéndome a Roberto Giovanni.

Sergei tomó las riendas, ordenando a los supervisores que comenzaran la búsqueda. Mientras él se encargaba de la delegación inmediata, yo me encogí bajo la culpa de que esto sería por mi culpa. Si no hubiera estado tan obsesionado con mantener a Claire aquí, ¿habría sucedido esto? Si no me hubiera distraído para

centrarme en Giovanni, ¿habría predicho antes que Niko ordenaría la captura de mi hija?

—La encontraremos —dijo Sergei mientras salíamos de la sala de control.

—Pero ¿estaría siquiera desaparecida si yo hubiera estado prestando atención?

Mi sobrino me frunció el ceño. —¿Quiere decir porque ha estado usted centrado en investigar a Claire y a quién va tras ella?

Gruñí. No una mujer, sino dos. Cómo había caído de mantener mi vida simple solo con negocios.

—¿Cree que podría estar aquí a propósito? —preguntó—. ¿Para distraerlo?

Me detuve antes de subir a un coche con él, mirando hacia el edificio y viendo a Claire de pie en la puerta, con el ceño fruncido por la preocupación.

—No. —Quería descartarlo—. Claire no fue enviada aquí como espía.

Era demasiado inocente, de otro mundo donde la violencia no era la moneda que regía la vida.

Pero esconde algo.

No podía olvidar lo nerviosa que se ponía cuando mencionaba a su colega.

Una amenaza podría estar acechando demasiado cerca de ella para su tranquilidad, sin que ella siquiera lo supiera. Dudaba que esa asustadiza y preciosa doctora fuera culpable de algo malo, pero no podía rechazar la posibilidad de que pudiera saber algo.

—Ella no importa —afirmé fríamente mientras nos íbamos a buscar a mi hija—. No puede importar ahora mismo.

Ese era el problema. Claire sí importaba. Demasiado. Ya se me estaba metiendo bajo la piel y no estaba seguro de cómo manejar eso.

Pero primero, tenía que recuperar a mi hija y saber que no le estaba fallando a mi propia sangre.

16

CLAIRE

Mikhail se fue sin decir ni una palabra.

Después de ver el desorden en la habitación de Anya, salió hecho una furia y se vio rodeado por sus hombres. Al mando. Sobre la marcha. Listo para masacrar a todo enemigo que se interpusiera en su camino. No conocía a este jefe brutal desde hacía mucho..., pero no necesitaba más lecciones sobre cómo se puede matar con la mirada. La intención asesina estaba grabada en su expresión. Un aura oscura, letal y peligrosa emanaba de él mientras se marchaba a toda prisa.

A diferencia del horror que me invadió cuando encontré a aquel hombre siendo torturado en la cocina, me embargó una profunda y persistente sensación de pavor. Con el estómago revuelto por la preocupación, aterrorizada hasta el punto de sufrir un ataque de pánico, no sabía qué hacer. Ni cómo reaccionar. Ni si podía ayudar.

Porque eso es a lo que me dedicaba. Estaba entrenada para ayudar, evaluar y estabilizar. No era solo altruismo lo que corría por mis venas. Era simplemente quien era yo. Me importaba, joder, incluso en una situación como esta.

—¿Puedo ayudar en algo? —le pregunté a Martin cuando me aparté de la puerta, después de ver marcharse a Mikhail.

No iba a interponerme en su camino. No soportaría retenerlo ahora que iba a buscar a su hija. La relación entre ellos era tirante. De momento, Anya no quería darme detalles sobre por qué detestaba a su padre con tanta intensidad, pero yo sabía que aún podía haber esperanza para ellos.

A él le importaba. Sabía que tenía que importarle, en el fondo.

Pero yo era un manojo de impotencia sin saber cómo ayudar.

Porque me importa.

Mikhail era una fuerza complicada y descomunal en mi existencia. No sabía si hacía bien en temerle y despreciarle por ser un instigador de violencia y dolor, o si debía respetarle y desearle por ser una fuente de consuelo y generosidad..., aunque siempre según sus propias condiciones.

No quería que se estresara ni que se preocupara. Odiaba verlo tan consumido por la ira y el miedo de que se hubieran llevado a Anya. Así, no era un mafioso feroz, sino más bien como cualquier otro padre angustiado por su hija.

—¿Martin?

Se giró hacia mí con retraso, mientras daba órdenes a un par de hombres. Era una persona con autoridad por aquí. No como Mikhail, pero Martin se encargaba del buen funcionamiento del edificio Orlov y de la residencia de Mikhail. Él era en esta planta lo que Fátima, la jefa de enfermería del hospital, era para la gestión del servicio de urgencias.

—¿Sí? —preguntó, educado y formal, pero mostrando el desgaste de la distracción.

—¿Puedo hacer algo para ayudar?

Negó con la cabeza, sin que pareciera importarle mi ofrecimiento de ayuda. —Haré que alguien le avise cuando el almuerzo esté listo.

Hasta él me estaba despachando, mientras se alejaba para hablar con otros guardias.

Fruncí el ceño, de pie en el vestíbulo, sintiéndome tan desorientada y perdida como la primera vez que vine a este lugar.

—Me importa una puta mierda el horario de las comidas —mascullé entre dientes.

Estar de brazos cruzados iba en contra de mi naturaleza. Que me ignoraran en un momento de crisis me lo tomaba como un insulto personal.

En todo el día y toda la noche no vi a nadie de la organización Orlov. Mikhail se mantuvo alejado, buscando a su hija. Andre, Sergei y Roman también se habían ido, ocupados ayudando a su jefe. Apenas había guardias en el edificio, ya que todas las fuerzas parecían haber sido reasignadas y redistribuidas en esta emergencia para localizar a Anya.

Y yo me quedé aquí, sin respuestas ni novedades.

Sentada en el salón de baile, golpeé las teclas del piano nuevo con el que Anya había empezado a «enseñarme» para pasar el rato.

Luego, en la biblioteca, cerca del ala este del edificio, intenté buscar algo que leer mientras me asomaba con frecuencia a las ventanas para ver si Mikhail ya llegaba con el coche.

Las horas pasaron. La luz del día dio paso a un atardecer y luego a la oscuridad inminente.

Y seguía sin noticias. Con mi impaciencia y preocupación crecientes tuve que aceptar que todo estaba cambiando demasiado rápido.

Podía preocuparme por que alguien estuviera herido porque era médico. Eso tenía sentido.

Pero lo que no tenía tanto sentido era la profundidad y la gravedad de mi preocupación. Normalmente, en el hospital, incluso en una

misión si alguna vez llegaba a ir a una, mantenía una distancia profesional entre mis pacientes y yo. Me importaban. Por supuesto que me importaban. Tenía que ser así, y era instintivo querer que los demás estuvieran cómodos, felices y sanos. Sin embargo, nunca me había calado tan hondo en el corazón. No como esta ansiedad nauseabunda que me atenazaba el estómago y me controlaba mientras esperaba noticias de Anya.

Porque me importa.

Porque ella es importante.

Me froté la frente mientras me encogía, sabiendo lo inútil y estúpido que sería negarlo.

Anya era diferente. Esta preocupación por ella no era la misma que la preocupación general y genérica que sentía por mis pacientes.

Ella era… algo más. Igual que su padre.

Cuanto más reconocía mi miedo por Anya, más tenía que admitir que no me estaba comportando como una invitada. No me preocupaba en calidad de alguien que casualmente conocía a Mikhail.

Me preocupaba porque ella era más que una extraña en este mundo difícil en el que no encajaba. No exactamente como una amiga, pero sí algo más.

Como un... miembro de la familia.

A última hora de la tarde, mientras estaba sentada en el salón preguntándome cómo había llegado a alejarme tanto de lo que sentía que era mi vida anterior, Mikhail regresó.

Sin hombres flanqueándolo, sin nadie que le diera novedades, entró en la habitación.

Me levanté de un salto, poniéndome en pie y corriendo hacia él.

Correr *hacia* él no era prudente. Era un hombre furioso, lívido, y su rostro ceñudo todavía mostraba cada arruga y línea de su ira. Apresurarse hacia alguien tan enfadado no era inteligente. Sin embargo, nada podía impedir mi necesidad de ayudar. Mi necesidad de saber si podía hacer algo.

—¿Está ell…?

Levantó una mano, negando con la cabeza al verme. Se detuvo en medio de la habitación, se metió la mano libre en el bolsillo y pareció desplomarse en el sitio. Se le cayeron los hombros. Bajó la cabeza mientras se masajeaba la sien. Pero cuando volvió a levantar la vista, el agotamiento que brillaba en sus ojos oscuros me dolió.

Nunca fue bueno que un médico tuviera un corazón tan blando.

Pero, joder, el mío se desangraba por él. Ser testigo de su angustia me empujó más allá del debate interno sobre si era una buena persona o un villano.

Estaba sufriendo. Estaba rabiando.

—No la hemos encontrado.

Tragué saliva, sin siquiera considerar malgastar el aliento en tópicos estúpidos. Las condolencias no eran apropiadas. Unas palabras de ánimo empalagosas solo empeorarían su humor.

No estaba preparada para saber qué decir, así que, en lugar de eso, me quedé ahí de pie, haciéndole saber que podía apoyarse en mí. Si se atrevía. Si podía.

—¿Hay alguna pista prometedora? —le pregunté después de que se me quedara mirando, como si me escudriñara el rostro.

No quería detalles. Cuanto menos supiera, mejor. Si aquel tal Giovanni quería amenazarme de muerte hasta que le dijera dónde estaba Sergei en el hospital, podrían volver a atacarme por cualquier información adicional que tuviera.

Pero me importaba, y tenía que poner fin a ese horrible silencio entre nosotros. Sonaba a derrota. Apestaba a desesperación.

—Demasiadas —dijo, acercándose a mí—. Demasiadas putas direcciones en las que mirar y demasiadas sugerencias contradictorias sobre dónde podría habérsela llevado y a quién podría habérsela entregado.

Como se sentía atraído hacia mí, caminando lentamente como si una fuerza involuntaria lo empujara a cogerme la mano y no soltarla, cedí y me encontré con él a medio camino. Los detalles de por qué estaba aquí no importaban en este momento. *Estaba* aquí y no quería verlo sufrir. No era un amante que me dominaba y me intimidaba. No era un mafioso con la intención de declarar una guerra. Era un padre que se preocupaba por su hija.

Acorté la distancia y entré en su espacio. No sabría decir quién reaccionó primero, si él o yo. Mis brazos se enlazaron alrededor de su cuello y él rodeó mi espalda con los suyos. Abrazarlo así me pareció natural. Tocarnos en este abrazo básico calmó la inquietud de mi alma.

—No quería estar aquí. Protestó porque la envié a vivir conmigo.

Le pasé los dedos por la nuca, luchando contra todas las preguntas que me llenaban la mente, ansiosa por saber más.

Suspiró contra mí. —Yo tampoco la quería aquí. No estoy acostumbrado a la responsabilidad de tener a una joven en mi vida y tener que mantenerla a salvo.

La culpa sonó alta y clara en su confesión. Y aun así, me negué a cometer el error de ofrecerle tópicos vacíos que no ayudarían en nada.

—¿Y ahora? —bufó con amargura, abrazándome con fuerza.

—Ahora la buscas —cerré los ojos ante la agonía en su voz. Sin embargo, si los hubiera mantenido abiertos, habría estado preparada

para la entrada irrumpiendo de los guardias en la habitación. El sonido de sus pasos sobre el suelo de mármol me sobresaltó, y di un brinco.

Al abrir los ojos, me estremecí. Mikhail lo sintió, apretando sus brazos a mi alrededor y girándose como para protegerme. Estábamos en su edificio, tras muros protegidos. No tendría ninguna razón para necesitar bloquearme y protegerme. Pero así de tenso y nervioso estaba él, y así de asustadiza estaba yo con este día infernal de espera de noticias.

—La hemos encontrado —nos dijo uno, sin detener del todo su carrera. En cuanto pronunció esas palabras, retrocedió, reanudando su carrera, pero fuera de la habitación.

Mikhail me agarró la mano. Me soltó solo para guiarme con él.

Corriendo a su lado, arrastrada hacia el peligro, intenté seguirle el ritmo.

No le pregunté nada, no queriendo romper su concentración mientras los dos hombres de Orlov transmitían las noticias que habían llegado. No quise soltar mis dedos de su agarre, sin ningún interés en quedarme atrás.

Quizá no se daba cuenta de que me estaba arrastrando a este lío. Podría haberme agarrado solo porque estaba allí.

Pero después de meterme a toda prisa en un coche que esperaba en la entrada, me cogió la mano de nuevo. En su fuerte agarre, sentí su miedo. Percibí su necesidad de anclarse y aferrarse a la tierra.

Salimos disparados en una ráfaga de giros bruscos. Era demasiado, demasiado pronto, tanta acción, no muy diferente del ajetreo al que estaba acostumbrada en la sala de urgencias.

Todo lo que pude registrar fue que me querían allí, atraída a esto y dispuesta a seguir la corriente.

Hacia dónde, no tenía ni idea.

Hacia qué, me temía lo peor.

Mientras miraba a Mikhail sentado a mi lado, tenso y escuchando todo lo que decían el conductor y el otro soldado, como si todos estuvieran inmersos en una operación militar de alto secreto, tragué saliva y supe que había dado otro paso en falso.

Estaba involucrada. Otra vez.

Ver a Mikhail así, preparado para matar, era aterrador. Sentado en el borde de su asiento, estaba frío. Calculador. Despiadado. Con el rostro pétreo y la mandíbula apretada, parecía un guerrero, un demonio, listo para desatar el infierno para salvar a su hija.

Sin embargo, no me soltó la mano… lo que me hizo preguntarme si no podía hacerlo porque estaba desesperado por tener un vínculo con algo bueno en medio de la oscuridad.

MIKHAIL

El coche se detuvo junto al bordillo. Un alto almacén en el distrito de Popov se alzaba a la vista. Las ventanas estaban tapiadas, rotas o directamente no existían. Grafitis y agujeros de bala plagaban las paredes. Encajaba con la escena. Las pruebas de crímenes pasados se correspondían con el ambiente.

Porque estaba dispuesto a matarlos a todos.

Fue entonces, cuando eché mano a mi pistola, listo para salir y unirme a las fuerzas de los Orlov para rescatar a mi hija, que me di cuenta de que Claire estaba aquí. Estaba conmigo, no al margen de esta espantosa premonición del derramamiento de sangre que iba a causar. No estaba en mi casa, esperando desde la distancia. Preservar su inocencia se estaba convirtiendo en un autoengaño.

Ella no pintaba nada aquí, en este coche, antes de que la muerte se desatara. Tendría las manos manchadas de sangre, pero las suyas nunca. No de esta manera.

Sin embargo, su lugar *sí* que estaba conmigo. Sentir su firme agarre en mis dedos me anclaba a la realidad. Solo saber que no estaba solo en mi preocupación por Anya significaba mucho.

Había necesitado su abrazo. Ojalá pudiera volver a disfrutar del simple consuelo de tenerla abrazándome y acariciándome la nuca.

Como si pudiera arreglarme si yo aceptaba ceder a su dulzura.

Pero este no era lugar para ella. No había planeado conscientemente traerla a esta misión, pero me pareció natural mantenerla a mi lado.

—Protegedla —ordené a los hombres de delante.

El conductor asintió. El otro soldado también.

Mirando a Claire, negué con la cabeza. —No salgas de este coche.

—No lo haré. —Ella negó con la cabeza, delatando lo nerviosa que estaba por la arruga que se le formó en el entrecejo, justo encima de la nariz.

—Solo… —exhalé con brusquedad, sintiéndome dividido en dos. Estaba impaciente por salir corriendo y salvar a mi hija. Pero también sentía la necesidad de asegurarme de que Claire estaría bien. Ambas dependían de mí para su protección. Ambas eran mi responsabilidad, todo porque se atrevieron a relacionarse conmigo, con mi poder y mi ira.

—Ve. —Me soltó la mano—. Ten cuidado y… —Hizo una mueca, como si se diera cuenta de que me estaba animando a matar gente —. Ve y protégela. —Ese resumen funcionaba.

Asentí una vez y me giré para salir del coche a toda prisa. A paso ligero, me apresuré a correr hacia los hombres de Orlov que estaban preparados. Andre estaba allí, en la puerta a la que me habían indicado que fuera. De forma similar a la manzana que poseía, donde yo tenía mi edificio y mi hijo y sobrinos los suyos, estas estructuras ruinosas y de mierda estaban apretujadas unas contra otras. Sin embargo, carecían del túnel subterráneo de pasillos conectores que yo había construido, por lo que nos vimos obligados a entrar por una única entrada para colarnos hasta donde mi antiguo lugarteniente tenía atada a mi hija.

—Ya está muerto —anunció secamente mi hijo mientras me unía a ellos. Un guardia me lo abrochó, asegurándome con un chaleco

antibalas.

—Por supuesto que lo estará —repliqué.

—No. Lev *está* muerto —dijo Roman—. Le disparé cuando nos condujo al lugar. Lo siento. —Se encogió de hombros—. Bueno, no lo siento.

—Otros han sido retenidos para ser interrogados —dijo Sergei, el más rápido en darse cuenta de que yo esperaría respuestas a todo esto, no solo muertes.

—Al menos habéis esperado a que llegara, ¿eh? —pregunté. No estaba en esto por la gloria de ser el héroe de mi hija. Solo quería cobrarme cada ápice de venganza y represalia que pudiera.

—No podíamos entrar antes —dijo Andre—. Necesitábamos que otros equipos se prepararan para distraerlos de ella. —Frunció el ceño, mirando a su alrededor como si estuviera demasiado tenso para perder el tiempo aquí fuera—. Parece que hay siete hombres vigilándola.

—Pues vamos. —Ellos entrarían primero, armados y listos para matar. Yo no me quedaría muy atrás, ansioso por eliminar a todos los cabrones que encontrara.

Con precisión militar, nos precipitamos en el edificio y disparamos a toda persona con la que nos cruzamos. Sergei se habría asegurado de que se tomaran cautivos para interrogarlos más tarde. Así, teníamos vía libre para entrar, matarlos a todos y llegar hasta Anya.

Divididos en el laberinto de edificios abandonados y pasillos bloqueados llenos de escombros de los pisos superiores que se habían debilitado y derrumbado, acabé poniéndome en cabeza. Andre corría conmigo, cubriéndome las espaldas. Sergei y Roman se apresuraron hacia el punto de encuentro donde creían que Anya estaba atada. Los intercomunicadores en nuestros oídos nos mantenían a todos moviéndonos como un equipo, pero no fue hasta

que llegué a la habitación más interior, una oficina dilapidada con el techo hundido por una fuga de agua, que finalmente me relajé.

Estaba aquí.

Atada, amordazada y con los ojos muy abiertos y frenéticos, Anya estaba sentada en el sucio suelo. Tenía marcas rojas en la piel, y ver la sangre que le corría por los brazos me preocupó.

Pero estaba viva.

—¡Cierra los ojos! —gritó Andre.

Lo hizo, pero un segundo demasiado tarde.

Desatamos el infierno, disparando a los hombres que se esperaba que la bloquearan y la vigilaran. No tuvieron ninguna oportunidad bajo la avalancha de disparos que les propinamos. Estaban en inferioridad numérica, abatidos sin piedad con disparos directos a la cabeza y al pecho. Sangre y sesos explotaron y salpicaron por todas partes. Los cuerpos se desplomaron y cayeron, luego las armas resonaron en el suelo.

Sin esperar a que cayera el último hombre, corrí hacia el claro de la masacre. Resbalando en la sangre y parpadeando para ver a través del humo de los disparos y el levantamiento de partículas de polvo por el revuelo que habíamos provocado, corrí hacia ella.

Estábamos demasiado entrenados como para alcanzarla por accidente. Confiaba en que todos estos hombres no le dispararían en la refriega, pero no podía hablar por los cabrones que se la habían llevado.

Temblando como una hoja mecida por un fuerte viento, se estremecía tan violentamente que si no hubiera estado amordazada, le habrían castañeteado los dientes.

—Ya te tengo —le dije. Puede que no quisiera eso. Puede que todavía me odiara y gritara que no quería estar atrapada conmigo. Al cortar la mordaza, solo inspiró una profunda bocanada de aire.

Jadeando y resoplando, mantuvo los ojos cerrados con fuerza mientras me apresuraba a cortar las cuerdas que le ataban las muñecas y los tobillos—. Te tengo, Anya —repetí. Con naturalidad. Directo. Claro. Mantuve toda emoción fuera de mi voz para que no se sintiera provocada a arremeter contra *mí*.

No respondió. No abrió los ojos ni se apartó de mí. Sacudida hasta la médula, se encorvó como si estuviera demasiado traumatizada incluso para mantenerse alejada o erguirse.

Detrás de mí, se oyeron más disparos, pero a distancia. La neblina y la nube de polvo aún no se habían asentado en esta habitación, pero pude situar la conmoción como algo lejano. Los hombres gritaban, y con el sonido de las rápidas pisadas que se alejaban, Anya tembló con más fuerza.

Alzándola en mis brazos, busqué a mi hijo. Negó con la cabeza, observándome y tan alerta como siempre.

—Un equipo está persiguiendo a algunos de ellos —aclaró Sergei. Pulsó el intercomunicador que llevaba en la oreja—. Van tras ellos. Algunos se escondían en otra planta, advirtiéndonos de que esto no ha terminado.

Entrecerré los ojos. Esta guerra entre nosotros nunca terminaría. Pero esto sí. Prometería mi vida para mantener a mi familia a salvo. Nunca volverían a tocar a mi hija.

—¿Tenemos vía libre? —pregunté, llevándome a mi hija de donde estaba atada.

—Vamos. —Andre me dio una palmada en la espalda para que le precediera—. El camino por el que hemos entrado está despejado.

—¿Y qué puto camino es *ese*? —pregunté, levantando a Anya en mis brazos para poder correr con más facilidad.

Salimos sin dar tantos rodeos, con mis hombres apostados por todas partes. Con las muertes que dejábamos atrás, había menos

necesidad de esconderse y depender del sigilo.

En lo único que podía concentrarme mientras salía de allí a toda prisa era en la confirmación de que no le había fallado. Anya estaba viva, aunque asustada y en estado de shock en mis brazos. No la había perdido, a pesar de lo cerca que había estado de morir después de ese secuestro.

Salimos por la última puerta, llegando a la oscura y densa noche rota solo por las tenues farolas que parpadeaban en la distancia.

La puerta trasera estaba abierta, y no perdí un segundo en meter a Anya en el coche.

Claire se echó hacia atrás, pero no estaba retrocediendo por miedo o alarma. Estaba pasando a la acción al instante.

—Anya. Anya, estás a salvo. ¿Puedes oírme? —Se acercó para ayudarme a bajarla de mis brazos. Manteniéndola en mi regazo, intenté darle a Claire acceso para que la revisara. Sus manos estaban ocupadas, tocando su piel y determinando la peor de sus heridas.

Anya apenas se movió, temblando y acurrucándose en un ovillo mientras el coche se alejaba a toda velocidad.

Lo único que pude hacer mientras mi corazón se ralentizaba, finalmente más calmado ahora que veía a mi hija y sabía que estaba viva, fue quedarme sentado y dejar que Claire tomara el control. En este aspecto, *ella* era la jefa, preguntando a Anya dónde la habían golpeado y apresurándose a comprimir la hemorragia de sus brazos.

—Sujeta esto aquí —me indicó, quitándose la sudadera para dármela y luego mostrándome dónde presionar en la sien de Anya—. Las laceraciones en la cabeza son las que más sangran, pero es mejor que la reacción sea externa que interna. Anya, ¿puedes decirme con qué te golpeaste la cabeza? ¿Te caíste o te golpeó alguien?

Anya murmuró, su voz tan entrecortada que apenas pude entenderla. Si no estuviera en mi regazo como un animal asustado, no habría sentido su respuesta como una vibración entre nosotros para saber que había hablado.

—¿Contra la pared? Vale. Tranquila. Solo respira, Anya. Despacio y con calma. —La guio a través de ciclos de respiración, todavía con la mirada aguda y pendiente del caso mientras la examinaba.

Si necesitaba ir al hospital, no podía arriesgarme. No ahora. Tenía que confiar en la experiencia de Claire, asombrado de la rapidez con la que se puso en acción y quiso ayudar. Me conmovió su ayuda inmediata. Aunque le costaba estar cerca de mí todo el tiempo y aclimatarse a cómo funcionaba mi mundo, no había duda de que era una buena mujer, una doctora experimentada y hábil, una sanadora de corazón, dispuesta a cuidar y amar, sin importar qué.

—Te pondrás bien —insistió Claire mientras nos dirigíamos a casa a toda velocidad. Lo juró, como si el simple hecho de decirlo pudiera convertirlo en realidad.

Meciéndome con el impulso de la última curva para llegar a casa, exhalé otra vez profundamente. Quería creerla. Quería creer en su palabra, que con todo el peligro en nuestras vidas entrelazadas, estar cerca de su bondad nos ayudaría a tener esperanza. Su buena voluntad era solo una mitad de la situación de yin y yang en la que nos encontrábamos, y solo me animaba a querer mantenerla en mi vida, en mi hogar, para siempre.

CLAIRE

Llegamos a la residencia de los Orlov con la misma urgencia que sentía cuando las ambulancias llegaban a urgencias. Los frenos chirriaron. Varias personas salieron a toda prisa por la puerta principal, listas para ayudar. Anya estaba demasiado conmocionada y asustada para caminar por sí misma, así que Mikhail la llevó en brazos. Como una doctora de guardia, entré corriendo junto a ellos, lista para hacer aquello para lo que me habían entrenado.

—Llévala a su habitación —dije. Darle órdenes a este jefe de la mafia no era algo que fuera a ocurrir a menudo. No me escucharía a *mí* siendo él quien estaba al mando. Pero sobre esto no protestó. Confiaba en mí, al menos dentro de mi especialidad.

Juntos, nos metimos a toda prisa en el ascensor. Martin subió con nosotros, con el rostro estoico y tranquilo como siempre mientras Mikhail daba órdenes para asegurarse de que Andre se ocupara de todo en su lugar mientras él cuidaba de Anya. Luego, mirándome, preguntó:

—¿Qué más? ¿Qué necesitas? ¿Qué necesita ella?

No podía responder a eso hasta que no la hubiera evaluado de verdad, pero sabía lo que él quería oír. Equipo, material, recursos. Dependía de mí para dirigir sus cuidados.

—Aún no puedo decirlo, pero no creo que necesite un escáner ni nada —negué con la cabeza—. Si tienes un estetoscopio o algo… —Odiaba mi desesperación por asegurarme de que esta adolescente estaba bien sin ningún recurso para hacerlo.

—Cogeré lo que quede de las cosas del doctor Young —dijo Martin.

Las puertas se abrieron en la planta donde estaba la habitación de Anya, y Mikhail la sacó del ascensor. Martin nos dejó, caminando a paso ligero en la dirección opuesta.

—Nuestro antiguo médico —explicó Mikhail mientras avanzábamos.

Negué con la cabeza. No importaba. Recordé, vagamente, que había dicho que antes tenía su propio personal médico. No era el momento de entrar en detalles.

—¡Espera! —lo detuve en la puerta de la habitación de Anya y negué con la cabeza. Al fondo del pasillo, Martin volvió sobre sus pasos.

—¿Hay alguna habitación de invitados que pueda usar en lugar de esta? Por si el recuerdo de…

Mikhail soltó un profundo suspiro, como si se alegrara de que yo hubiera pensado en eso. Podría entrar en pánico al volver al dormitorio en el que estaba cuando la secuestraron. Asintió y la llevó por el pasillo, mientras Martin sugería otra habitación que usar.

Mikhail se agachó para depositar a Anya en la cama, y no me aparté. Apareció una sirvienta, preocupada pero seria, y le hice más peticiones. Gasas y toallas era lo que más me ayudaría por ahora. Mikhail dio un paso atrás, observando cómo yo instaba suavemente a Anya a recostarse y dejar que la examinara. Ella accedió, ya sin estar acurrucada en posición fetal. Quizás estar en su habitación le daba la ilusión de protección y no necesitaba encorvarse en una postura defensiva tan severa.

Mikhail no dijo nada, pero sentí cada segundo de su presencia detrás de nosotras. Martin apareció con un maletín de médico lleno de

instrumental básico. Detrás de él, un guardia entró con un carro de constantes vitales. Tras él iban un par de hombres de Orlov empujando un ecógrafo.

Si no hubiera estado tan concentrada en atender a Anya, me habría dejado llevar por la sorpresa. ¿Por qué tenían todo esto? ¿Qué le había pasado a ese antiguo médico? Las preguntas tendrían que esperar. O podrían olvidarse por completo. No era asunto mío, ¿verdad?

Durante una hora, limpié a la asustada chica. Lo primero fue comprimir sus heridas y, mientras palpaba suavemente los puntos donde ella indicaba que la habían golpeado, busqué cualquier signo de daño interno. Usando el ecógrafo, me aseguré de que no hubiera hemorragias internas ni inflamación. Basándome en su relato entrecortado y vacilante de cómo la habían herido en las últimas veinticuatro horas, tampoco me preocupaba una conmoción cerebral.

—Quizá podríamos asearte —dije finalmente, una vez que estuvo estable—. ¿Te gustaría ducharte o sentarte cerca de la bañera para lavarte?

Mikhail frunció el ceño detrás de mí. Mirando a las sirvientas, hizo un gesto con la mano, despidiéndolas a todas.

Arqueé las cejas hacia él, sugiriendo en silencio que él también le diera espacio.

—No te vayas —suplicó Anya, alargando la mano para coger la mía.

Negué con la cabeza y giré la muñeca para sujetar su mano. —No lo haré. Estaré aquí mismo. Lo que necesites.

Mikhail frunció el ceño, pero asintió. Mientras él retrocedía, me levanté y lo seguí para cerrar la puerta tras él.

—¿Ha sido…?

Negué con la cabeza, no queriendo que Anya lo oyera. A mí también me preocupaba que la hubieran agredido. La gravedad de su respuesta al trauma podía indicar cualquier cosa. —Se lo preguntaré. Veré qué me cuenta.

Me lanzó una mirada.

—Puedo examinarla, pero pedirle que lo permita si no es necesario no ayudará. Necesito que confíe en mí para poder ayudarla.

Estuvo a punto de alargar la mano para coger la mía, pero la bajó en el último momento, como si se lo estuviera pensando. —Confío en ti para que la ayudes.

Eso significó mucho. Significó más que el honor y la recompensa de que quisiera follársela. Asintiendo rápidamente, aparqué esta conversación para más tarde. Ayudar a Anya tenía menos que ver con él, con mi deseo de ayudarlo a él, que con mi instinto de hacerla sentir más segura y mejor.

Volví junto a ella y la ayudé a levantarse de la cama para ir al baño. En la puerta, llamé a la sirvienta que estaría esperando en el pasillo, pidiéndole que cambiara las sábanas ensangrentadas para que Anya pudiera descansar en unas limpias y secas después de asearse.

—No puedo mover el brazo lo suficiente para… para…

—Yo te ayudo —dije, sin esperar para ayudarla con la blusa.

—Me duele al levantarlo.

Asentí. —Te dolerá. Está hinchado, pero no dislocado.

Tragó saliva con fuerza, bajando las manos hacia los pantalones del pijama. —Tampoco puedo doblar bien. La rodilla.

La guié hacia la silla de su tocador. —Despacio. Con calma.

—No me… No me… —sorbió por la nariz, llorando suavemente—. Tenía tanto miedo de que me secuestraran para violarme. Eso es lo

que me decía mi familia. Que mi padre solo se relaciona con violadores horribles que venden mujeres.

Hice una mueca, incapaz de confirmar o negar aquello. Centrarme en ella parecía más inteligente. —¿Pero los hombres que te llevaron no te tocaron?

Negó con la cabeza, echándose hacia atrás mientras la ayudaba a bajarse los pantalones. —No. Dijeron, ellos… ellos…

—Sin prisas, Anya. Respira hondo, ¿vale? Inspira y espira. Inspira y espira.

Una vez que estuvo de pie de nuevo, se giró para darme la espalda y quitarse el sujetador y las bragas. Lo había visto todo. Hombres, mujeres, ancianos y bebés. El cuerpo humano desnudo no me afectaba con mi mentalidad clínica, y parecía que en su estado de *shock* y miedo, y también por el cansancio, no sentía demasiado pudor como para quitarse el resto de la ropa y meterse en la ducha. Sin embargo, me di la vuelta, dándole toda la privacidad posible, mientras ella se encargaba de las últimas prendas. No podía irme, sin embargo, no solo porque quería estar cerca para ayudarla si tropezaba o se caía, sino también porque no paraba de suplicarme que no la dejara.

Mientras estaba bajo el agua caliente, se limpió. La mayor parte del tiempo, se dejó caer contra la pared. Con los ojos cerrados, dejó que la presión masajeante le diera en la piel. A través de las puertas de cristal esmerilado, podía verla y asegurarme de que estaba de pie y a salvo.

—Dijeron que nadie podía tocarme. Porque si no me mataban, conseguirían un mejor precio por mí si era pura.

Apreté los dientes con tanta fuerza que me dolió la mandíbula.

¡Esos putos cabrones!

—Me alegro de que no te tocaran de esa manera —le dije, ciñéndome a los hechos y evitando demasiada emoción. Se estaba apoyando en mí en busca de guía, y mimarla y tratarla como a un bebé podría ser contraproducente.

—Me alegro de que le importara lo suficiente como para venir a por mí —rompió a llorar. Con miedo de que se cayera, pareciendo una niña aterrorizada y no la adolescente petulante que se acercaba a la edad adulta, me quité los vaqueros para meterme en la ducha con ella. Sosteniéndola y dejando que mi ropa se mojara, le di el apoyo que estaba demasiado traumatizada para pedir.

La sostuve y dejé que se apoyara en mí mientras lloraba a mares, admitiendo que pensaba que iba a morir. Que Mikhail la odiaba y no la quería allí. Que se alegraría de verla desaparecer. Que no le quedaba nadie ni nada en el mundo.

La calmé con arrullos y repitiendo el mantra de que ella importaba, que tenía mucho por lo que vivir, y me esforcé por conseguir que se tranquilizara, que respirara de forma constante.

Abrumada y traumatizada como estaba, se encontraba al borde del colapso.

Finalmente, asintió cuando le pregunté si estaba lista para salir. Salí primero y me sequé antes de coger una toalla para ella. Parecía tan débil y cansada que temí que una o ambas resbaláramos. Sin prisas, con cuidado de moverme despacio, la ayudé a salir de la ducha y la llevé de vuelta a su cama. De nuevo le di privacidad para que se pusiera un camisón.

—Me dijeron que querían venganza. Porque mi padre se llevó a mi madre —continuó divagando mientras se vestía, y yo asentí, quedándome cerca, para que supiera que la estaba escuchando. Tuve la impresión de que hablaba solo para evitar el silencio. Para llenar el vacío. No quería saber los detalles. Indagar en su historia no era algo que quisiera hacer. Pero escuché. Le di la tranquilidad de saber que a alguien le importaba escucharla mientras lo compartía.

Una vez que estuvo de nuevo en la cama, llamé a la sirvienta para que entrara con comida y agua, como me había avisado que haría.

Anya se recostó y cerró los ojos, sosteniendo mi mano mientras traían la bandeja.

—¿Puedes beber un poco de agua? —le pregunté.

Se incorporó para beber, y yo tracé mentalmente un plan de tratamiento más detallado. Para combatir cualquier efecto de la deshidratación y el hambre, me aseguraría de que tuviera comida y agua a su disposición. Pero en ese momento, mientras se reclinaba y suspiraba de nuevo, agarrando mi mano como si fuera un salvavidas, me di cuenta de que solo necesitaba dormir. Había estado despierta toda la noche, asustada, y la falta de sueño, además de las heridas y el terror, le estaba pasando factura.

Una vez que se durmió, respirando de manera constante, cogí el estetoscopio y le revisé el corazón y los pulmones de nuevo.

Unos suaves golpes sonaron en la puerta, y giré la cabeza para decir en voz lo más baja posible:

—¿Sí?

Mikhail asomó la cabeza. La preocupación surcaba su rostro, pero al entrar en la habitación y verla durmiendo plácidamente, sujetando mi mano, suspiró y dejó caer los hombros.

—Ahora está descansando —dije innecesariamente.

Asintió. —¿Puedes salir un momento para hablar? ¿O crees que sería mejor que esperaras aquí por si se despierta y busca a alguien?

Me conmovió cómo me miraba a mí, una extraña, como fuente de consuelo para su hija, eliminándose a sí mismo tan fácilmente de la lista de personas con las que ella podía contar.

Tantas capas de complicaciones y drama esperaban a ser abordadas entre ellos, pero entendí que solo estaba pidiendo un diagnóstico a

su doctora. A mí.

—Quizás una sirvienta pueda esperar aquí por si se mueve.

Asintió, chasqueando los dedos para indicar a una de ellas que entrara deprisa.

Salí de la habitación con él, deseando en contra de mi buen juicio que este padre y esta hija pudieran sanar juntos. No con esta distancia que se abría entre ellos.

MIKHAIL

Claire miró hacia la puerta cerrada del cuarto de invitados, dudando si irse. Verla tan comprometida con ayudar a mi hija me relajó. Anya estaba en buenas manos con Claire. Lo sabía. Pero era raro que yo confiara tanto en alguien. Y mucho menos en una mujer. Alguien que todavía era casi una desconocida para mí.

—¿Por qué estás mojada? —Su largo pelo castaño no estaba sedoso y suave. Estaba húmedo y se le pegaba a los hombros. Aunque sus vaqueros estaban secos, la camiseta se le adhería como una segunda piel.

—Anya necesitaba mi ayuda. —Volvió a caminar conmigo por el pasillo y se aclaró la garganta—. Casi se cae en la ducha y entré para ayudarla.

Enarqué las cejas, impresionado y conmovido de que sacrificara su propia comodidad para hacer algo así.

—¿Quieres cambiarte antes de que hablemos?

Ella asintió, mirándome. —Sí. ¿Dónde nos vemos?

Le dije que me buscara en mi despacho. Andre estaba allí, esperándome, y me dirigí hacia allí. No había avanzado mucho cuando sonó mi teléfono. Sergei me estaba poniendo al día de las novedades sobre la captura de Anya por parte de los Popov. Niko ya

estaba despotricando y cabreado porque había matado a tantos de sus hombres. Si quería perdonarles la vida, debería habérselo pensado dos veces antes de joder a mi familia. En cuanto colgué el teléfono, el aparato volvió a sonar.

—Joder. —Como si el día no hubiera sido ya suficientemente duro.

Esta vez respondí a Roman.

—Los capullos de Giovanni están presionando a nuestros camellos otra vez.

Gruñí, negando con la cabeza mientras escuchaba el informe de más problemas de nuestro otro mayor enemigo. Su llamada fue más detallada y no podía terminarla sin escucharlo hasta el final para tener una visión completa de la amenaza y enviar la cantidad adecuada de fuerza en respuesta.

Llegué a mi despacho y me encontré a Claire ya allí con Andre.

—Espera —le dije a mi sobrino por teléfono.

Odiaba sentirme dividido. Quería saber cómo sería la recuperación de Anya, si estaba herida y necesitaba más ayuda. Pero tenía a Andre para que me ayudara. Era leal y estaba dispuesto a sustituirme siempre que lo necesitara.

—Tengo que ocuparme de esto —les dije, mirando a Claire y dándome cuenta de que se había dejado el pelo largo suelto para que se secara—. Andre puede obtener de ti toda la información que necesitamos.

Adaptándose a los cambios, Andre asintió una vez y cogió su teléfono. No necesitaba instrucciones. Interrogaría a Claire. Y apostaría a que también lo grabaría todo. Tan minucioso como siempre.

De vuelta al teléfono con Roman, escuché las últimas amenazas y ataques. Roberto estaba jodiéndonos los cargamentos de droga, otra vez, pero estaba llevando esto demasiado lejos.

—Están matando a demasiados de nuestros hombres porque quiere llevar la delantera —gruñí.

—No es tan malo como que Popov se llevara a Anya.

Entrecerré los ojos, frunciendo el ceño distraídamente hacia el jardín mientras caminaba por la zona del patio trasero. Todo era malo. Cualquier amenaza o ataque contra cualquiera de nosotros era un pecado que no ignoraría.

Cuando terminé la llamada, fui a buscar a Claire y a Andre. Ella ya no estaba, pero mi hijo tenía una grabación para mí, tal y como sospechaba.

—Se acaba de ir. Quería ver cómo está.

Me senté y solté un suspiro.

—¿De qué iba eso? —me preguntó, entregándome su teléfono.

—Roman. Más gilipolleces con los Giovanni.

Él sonrió con suficiencia. —Algunos días, es un no parar.

Dejé el teléfono y suspiré. —Solo dime lo que dijo. —No tenía paciencia para escucharlo todo.

—Anya no pudo identificar a los Popov. Nunca los había visto antes. No la tocaron, no de *esa* manera. Es pura.

Gracias a Dios.

No me preocupaba que fuera virgen para casarla como tal. Solo quería evitar que la violaran.

Continuó, transmitiendo lo que Anya le había contado a Claire. Me impresionó, de nuevo, que Claire consiguiera que hablara. Estaba hecha un ovillo, temblando, atrapada en el shock. Y, sin embargo, Anya confiaba en esta doctora a la que no podía resistirme. Se abrió a ella y le contó todo lo que había oído, a dónde la habían

trasladado, las amenazas de los Popov y cómo sentía que no me importaba lo suficiente como para salvarla.

Parpadeé, abrumado por todo lo que había compartido.

—Claro que me importa, joder —gruñí.

—No deberías tener que explicárselo con todas las letras —dijo él, poniéndose de pie—. A mí nunca me lo explicaste. —Puso una mano en mi hombro—. Sé que te importo. Obviamente.

—Pero ella no se parece en nada a ti. —Me incliné hacia delante y hundí la cara entre las manos.

—No. En absoluto. —Se dirigió a la puerta—. Aunque Claire parece un buen comienzo. Está resultando ser muy fundamental para conseguir que hable. —Deteniéndose en la puerta y frotándose la barbilla, se encogió de hombros—. Y quizá Anya y yo no seamos tan diferentes después de todo. Ninguno de los dos tuvo una madre mientras crecía. Ninguno de los dos tiene ni idea de cómo conectar como lo harían otros hermanos. Pero eso no significa que no pueda cambiar.

Suspiré, reclinándome y viéndolo marchar.

Me dolía que Anya asumiera que no me importaba si vivía o moría. Su bienvenida había sido tensa, pero no la había privado de nada. Sería el primero en admitir que no sabía cómo ser padre de una hija, una que no había conocido en toda su vida. Pero estaba dispuesto a encontrar un punto intermedio con ella. Sin embargo, la batalla consistía en que ella ni siquiera quería estar cerca de mí.

Más tarde, Claire llamó a la puerta de mi despacho.

—Adelante —dije, dejando la copa que me había servido unos minutos antes.

—Está descansando otra vez. Y ha comido una cantidad decente. —Entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí—. Supongo que Andre te ha puesto al día.

—Lo ha hecho.

Ella enarcó las cejas. —¿Todo?

—¿Te refieres a si ha incluido la parte en la que da por hecho que no me importa si vive o muere? —resoplé y bebí un poco más—. Sí, me lo ha contado.

Ella asintió, sin hacer contacto visual mientras se sentaba frente a mí. —No soy quién para juzgar u ofrecer consejos de paternidad. Y me doy cuenta de que es una situación complicada. —Levantó ambas manos en señal de tregua—. No quiero saberlo. No soy alguien que necesite saberlo. Cuanto menos sepa, mejor. Pero… siento que hayas tenido que oír una verdad tan dura como esa.

—Esa no es ni de lejos mi puta mayor preocupación. —Me levanté, caminando de un lado a otro y desahogándome sobre todo lo que se estaba yendo a la mierda. Los Popov llevándose a Anya. Los Giovanni metiéndose con nuestros negocios. No podía evitar el humor de perros que tenía. Con ella como mi único público —a pesar de que admitió que operaba bajo la premisa de que cuanto menos supiera, mejor—, no podía callarme la puta boca. Desahogarme con ella me hacía sentir seguro. Como si fuera a ayudarme al escuchar todas estas quejas vagas que expresaba.

Me detuve para dejarme caer en la silla de nuevo, deseando sentirme más ligero con todo lo que había descargado sobre ella. Pero no fue así. Pensamientos oscuros y emociones furiosas se arremolinaban como una nube en mi cabeza y sobre ella.

—Por favor, Mikhail. Solo…

—¿Solo *qué*? —solté, curioso e irritado de que tuviera la audacia de sugerirme cómo arreglar el desastre actual de mi vida.

—Por favor, no te precipites a lo que parece ser tu forma de actuar. No derrames más sangre y salgas a matarlos a todos como dices que harás y…

—Para. —Levanté la mano, odiando cómo este abismo entre nuestros mundos se ensanchaba aún más—. Para ahí mismo.

—Solo digo que más muertes y violencia no siempre pueden ser la respuesta.

—Para ti. —Entrecerré los ojos, deseando que viera que no era un monstruo porque quisiera serlo. Lo era porque tenía que serlo. Estaba hecho para ser así de despiadado, y si quería jugar al mártir o engañarme con la santidad, todos mis hombres y miembros de mi familia serían asesinados. Era, en gran medida, un duro juego de matar o morir. No podía responder por ella, pero yo sabía de sobra de qué lado de esa ecuación quería acabar.

—Esta es la única vida que conozco. La única manera que conozco.

—No tiene por qué ser así.

Me levanté, caminando de nuevo. Negando con la cabeza ante su ingenua afirmación, deseé que abriera los putos ojos y renunciara a esa idea de que podía cambiarme. De convertirme en alguien que ella aprobara. —Soy poderoso por una razón, Claire.

—No lo niego. —Se levantó, frunciéndome el ceño.

—Y no deberías olvidar que también te mantengo a salvo a ti.

—Nunca te lo pedí.

Reprimí un gruñido. —¿Así que hubieras preferido que te dejara con ese Giovanni para que pudiera pegarte un tiro? ¿Eh?

—No, pero tiene que haber otra forma de…

—¿Cómo qué? ¿Ir a la policía? Los Popov tienen a la mitad de ellos en su puta nómina, Claire. Lo dije antes y lo diré de nuevo. No todo es tan blanco y negro como quieres que parezca.

—Ah, así que es eso. Naciste mafioso y ya está. Es el destino. —Se cruzó de brazos, casi como en un autoabrazo defensivo y altanero.

—¿A qué juegas?

Ella bajó los brazos. —¡No juego a nada, maldita sea! Tú me trajiste aquí. Tú me hiciste quedarme aquí. —Tragó saliva, mirando a un lado por un segundo. Su vacilación con sus duras palabras significaba algo, pero yo estaba de un humor demasiado oscuro como para relajarme y preguntarme qué era.

—Qué manera tan curiosa de agradecerme que te salvara la puta vida.

—Supongo que entonces estamos en paz, ¿no? —gruñó mientras retrocedía—. Yo te salvé la vida y tú me salvaste la mía.

No exactamente. También me había ayudado con Anya. También me había saciado en esa única noche prohibida que habíamos compartido. Llevar la cuenta con ella era una gilipollez y ella también lo sabía.

—Quiero irme, Mikhail.

La fulminé con la mirada, maldiciendo su incapacidad para encontrar un punto intermedio conmigo.

—Debería irme.

Expresarlo de forma tan similar pero diferente mostraba un contraste tremendo, como si tal vez no estuviera realmente interesada en irse, sino que se sintiera obligada a hacerlo.

—¿Ah, sí? —Saqué el teléfono del bolsillo y busqué el vídeo que había estado guardando, sin saber cuándo enseñárselo—. ¿Porque ahí fuera es muy seguro, eh?

Le entregué mi móvil para que viera la grabación de su apartamento siendo saqueado por los Popov.

Me miró boquiabierta, enfadada y atónita a la vez. —¿Tú… hiciste que tus hombres pusieran cámaras en mi casa para espiarme?

—Por el amor de… —Me aparté de ella, gruñendo—. ¿Eso es lo que te importa? ¿Ese es el detalle que quieres sacar a relucir? ¿Que me tomara la libertad de ordenar que se instalara seguridad allí?

Me miró con furia y me devolvió el teléfono.

—Hay hombres ahí fuera que te están buscando.

—Por tu culpa. —Me señaló—. Antes de conocerte, estaba bien. No era un objetivo. ¡No era una cómplice ni nada por el estilo!

Joder. ¡A la mierda con esto! Tenía razón y lo odiaba.

—Ya es demasiado tarde para darle para atrás, joder —gruñí—. No es como si yo estuviera despierto para elegir qué puta doctora me atendía esa noche.

Y no era justo por su parte que descartara todo lo demás. La intimidad. El deseo. La atracción de estar cerca el uno del otro como enemigos bajo el mismo techo.

—No puedo… —Levantó las manos mientras bajaba la mirada—. No puedo seguir con esto, Mikhail. No puedo dejar que me arrastres más y… simplemente no puedo.

Al verla prácticamente huir hacia la puerta, apreté el puño y resistí el impulso de golpear la pared.

—Nunca me he sentido tan perdida y confundida. —Levantó su mirada atormentada hacia mí mientras abría la puerta y salía al pasillo—. No puedo hacer esto.

20

CLAIRE

Corre.

Simplemente vete y no mires atrás.

Me esforcé por tragar, con la garganta oprimida por un cúmulo de emociones. Me consumían, me asfixiaban, mientras trazaba un plan para largarme de allí como fuera. Para recuperar la cordura y volver a actuar como la mujer con estudios y sentido común que era.

Ira. Frustración. Miedo. Culpa. Vergüenza.

No estaba preparada para afrontar todo aquello y dudaba que alguna vez fuera capaz de rebajar mis principios y obligarme a aceptar quedarme allí. Estar en el mundo de Mikhail nunca me sentaría bien mientras recordase cómo se suponía que la gente normal debía comportarse y vivir su vida. No era jugando a ser Dios y matando a quien quisieran. No era con corrupción y violencia.

Lárgate.

Corre, simplemente vete, joder.

Al acercarme a la verja de la parte trasera, levanté la mano hacia el guardia. Por supuesto, él sabría que no debía dejarme salir, pero tenía que intentarlo.

Al pensar en que estaba abandonando a Anya, me resistí al impulso de renunciar a mi idea y plegarme a lo que Mikhail ordenaba. Pero entonces recordé lo sorprendido y disgustado que se había quedado Andre cuando le conté que su hermana me había dicho entre lágrimas que a nadie le importaba si estaba viva o muerta. Quizá los hermanos se apoyarían mutuamente y la adolescente superaría que la abandonara.

Justo lo que le dije que no haría.

—Disculpe —dije con toda la firme autoridad que pude reunir—. Necesito pasar.

Negó con la cabeza, sin ceder en absoluto.

—Tengo que salir corriendo a por más suministros para Anya —mentí, añadiendo un matiz de urgencia a mi súplica.

—El jefe lo ordenaría.

—No. —Negué con la cabeza, con el corazón desbocado por el peligro de mentir e intentar escapar—. No para estas cosas. Mi coche no está lejos y sé que puedo conseguir los suministros y el equipo adecuados en el hospital. Por favor. ¡Está sufriendo!

Frunció el ceño.

—Voy a llamar para comprobarlo.

Pasé a su lado, retrocediendo.

—¡No hay tiempo, necesito salvarla!

Antes de que eligiera una de las dos opciones, llamar por radio a otro guardia para confirmar mi historia o perseguirme, salí disparada.

Me llamó, pero no aminoré la marcha ni una vez. Corriendo por las aceras, esquivé y zigzagueé para alejarme del edificio Orlov. Los rascacielos se cernían demasiado altos, elevándose sobre mí y provocándome claustrofobia. Los vendedores ambulantes me

observaban con demasiada atención mientras corría con el pánico pisándome los talones. Y las luces se difuminaban en la distancia, todos los letreros y el ruido de la ciudad que habían quedado amortiguados durante mi estancia con Mikhail en brazos del lujo en su ático.

Lo he hecho.

He huido. Estaba fuera. Lo he dejado todo atrás, pero no podía pensar lo bastante rápido como para saber adónde ir.

Mi apartamento ya no era una opción. Me creía las grabaciones que Mikhail me había estado ocultando. Aquellos matones habían entrado y destrozado el lugar, rajando cojines, rompiendo la cristalería y volcando todos los cajones. De todos modos, allí no quedaba nada importante. Nada que fuera a echar de menos.

Lo único que importaba ahora era la supervivencia. Sin mi móvil, ya que lo había dejado en casa de Mikhail, me abrí paso a toda prisa por la ciudad lo mejor que pude sin un mapa. Llegar al hospital era mi única opción. Tenía que ser un refugio seguro para conseguir ayuda de verdad y librarme de la influencia de Mikhail.

Llegué sin estar segura de en quién podía confiar ya. Alguien tenía que estar de mi parte. Mis compañeros de trabajo. Qué narices, ¡incluso el guardia de seguridad! ¡Alguien!

Fatima estaba en el puesto de enfermería y, en cuanto me vio entrar corriendo, dejó caer la tableta en la que estaba anotando algo.

—¿Claire? ¡Dios mío! ¡Doctora Donovon!

Debía de parecer aterrorizada, vestida de manera informal pero con el horror en los ojos y el pánico deformando mi expresión.

Corrió hacia mí y me puso las manos en los hombros.

—¿Qué haces aquí tan pronto? Pensaba que estabas en tu misión en África o algo así.

Negué con la cabeza, lamiéndome los labios y sintiéndome la boca seca por la carrera.

—No. Yo... No.

—¿Qué ha pasado? —Sus ojos se abrieron como platos, dándose cuenta de que estaba en pánico—. ¿Qué ocurre?

—Solo necesito… —Eché a andar, agradecida por su ayuda y su apoyo. Me temblaban las piernas mientras avanzaba por el familiar pasillo—. Solo necesito sentarme y pensar un momento. Agua.

Asintió, guiándome hacia una habitación. Antes de poder sentarme en una habitación de paciente vacía, me di la vuelta para buscar la sala de descanso del personal del departamento.

—Claire. Espera. No creo que quieras entrar ahí ahora mismo.

Fruncí el ceño, observándola sin seguirla. Claro, mi llegada inesperada la había desconcertado. Todo el mundo pensaba que estaba al otro lado del mundo en una misión. Pero su expresión tensa me heló la sangre. ¿Había algo *más* que no iba bien por aquí?

—Jack ha estado hablando con un par de tíos antes y estaba, eh, está... en la sala de descanso. —Hizo una mueca—. Ha tenido días mejores...

Jack. Me puse rígida al oír su nombre. Parecía que había pasado una eternidad desde que Mikhail me puso en un aprieto y me preguntó por él. Tenía que tener curiosidad por alguna razón. Y yo no quería meterme en medio de nada más peligroso. Jack podía convertirse en un objetivo. Yo no.

Sin embargo, algo me impulsó a, por lo menos, pasar rápidamente, coger un agua y quizá encontrar una sudadera con capucha o algo en alguna taquilla de la sala de descanso.

Le hice un gesto a Fatima para que no se preocupara y me dirigí a la sala. No intentó disuadirme de nuevo, pero me arrepentí de no haberla escuchado.

Abrí la puerta, entré y busqué a Jack. Me quedé sin aliento al verlo en una silla, encorvado y con todo tipo de moratones en la cara. Cerró los ojos e hizo una mueca, casi como si quisiera que la mesa fuera una almohada para su maltrecha cabeza.

¡Joder, qué putada!

Me di la vuelta y salí de allí antes de que pudiera abrir los ojos y verme.

¡Le habían dado una paliza!

Había estado hablando con más matones y lo habían dejado hecho un desastre.

Echando a correr de nuevo, salí disparada de urgencias. Los pensamientos se me arremolinaban. El corazón me galopaba en el pecho. El aire no me llenaba los pulmones lo bastante rápido.

Ningún lugar era seguro. No tenía dónde esconderme.

En la calle, reduje la marcha hasta caminar y me moví en un círculo vertiginoso, desesperada por que un buen samaritano me indicara el camino. Por una señal que me guiara hacia donde pudiera sobrevivir y salir de esta pesadilla.

Ningún lugar era seguro.

No tenía nada que me ayudara.

Pero mientras seguía caminando y vi un coche de policía aparcado en el bordillo, asentí para mis adentros y supe que tenía que dejar de pensar que no funcionaría. La policía estaba ahí para ayudar a los civiles, para ser héroes cotidianos.

—Ayuda. Por favor, ayuda. —Corrí hacia el agente que estaba fuera del coche.

—Eh, tranquila, señora. ¿Qué pasa? ¿Ocurre algo?

Parecía un hombre normal. Un agente de uniforme. Su compañero se acercó a nosotros mientras yo intentaba explicar que necesitaba ayuda. No queriendo meter el nombre de los Orlov en esto, intenté en cambio explicar que mi colega había sido golpeado por unos mafiosos. Que necesitábamos un detective. Una investigación. Algo. Esta anarquía no podía estar bien.

Uno tomó notas en una pequeña libreta. El otro me observaba de cerca, con el ceño fruncido.

—¿Ha dicho Harroun?

Asentí.

—El doctor Jack Harroun. Esos mafiosos le han dado una paliza y se está escondiendo en la sala de descanso del hospital. —Hice una mueca. No buscaba ayuda *para* él. Solo necesitaba hablar con la persona de mayor autoridad que pudiera sobre el destrozo de mi apartamento y sobre cómo unos hombres me estaban buscando. Implicar cualquier cosa que Mikhail hubiera dicho o hecho no era factible. Todavía quería protegerlo, pero exhalé aliviada cuando los policías me instaron a calmarme.

—Podemos llevarte a comisaría. Te ayudaremos —dijo uno.

—Gracias. Gracias, gracias, gracias. —Me subí al asiento trasero, ignorando lo traidora que me sentía por acudir a los miembros de las fuerzas del orden. Parecía que estaba desafiando a Mikhail, pero en el corto trayecto a la comisaría, me recordé a mí misma que él no era mi jefe. No era mi señor.

Cuando llegamos, los policías me abrieron la puerta y me hicieron salir. Justo antes de que llegáramos a las puertas del lateral, el segundo agente me puso una esposa.

—¡Eh! —Tiré para liberarme, sin éxito—. ¿Qué estás haciendo? ¿Pero qué coño…?

—Cállate, doctora —gruñó, empujándome por un pasillo. Pronto las celdas flanquearon el espacio y la ansiedad se encendió como un fuego dentro de mí.

¿Me estaban esposando?

¿Arrestándome?

¿No iban a *ayudarme*? Arrastrando los pies y protestando, intenté negar que había entrado en la dimensión desconocida.

—Ya va siendo hora de que dejes de ser la noviecita de ese puto Orlov, ¿eh? —se burló el primer policía.

¡Oh, joder!

Sabían quién era. Apuesto a que, en cuanto les di mi nombre, lo supieron. Porque de repente, y demasiado tarde, las amargas palabras de Mikhail volvieron a mí.

«Los Popov tienen a la mitad de ellos en su puta nómina, Claire».

No eran agentes de la ley normales y corrientes. Estaban con los enemigos. Con los enemigos de Mikhail, esos matones que me querían muerta cuando no les dije dónde estaba Sergei en la operación para que pudieran matarlo.

—¡Soltadme!

—No tan rápido —dijo el segundo—. Tenemos aquí un par de amigos que no están muy bien.

Me empujó a una celda donde dos matones rusos yacían en el suelo, sangrando y gimiendo de dolor.

—Arréglalos, doctora. —El segundo me pasó un botiquín de primeros auxilios por los barrotes de la celda.

—Yo... *¿Qué?* No. No puedo sin más…

—Arréglalos, doctora. Como un favor, ¿eh? —El primer policía se rio entre dientes mientras sacaba su teléfono—. Le diré al jefe que ya tenemos ayuda.

Me agarré a los barrotes de la celda, aturdida, pero reaccionando con la necesidad de luchar. Aquello era una locura. Era irónico hasta el punto más jodidamente absurdo que existía. ¿Cómo había podido huir de Mikhail para acabar en *esta* situación?

—¡No! No voy a ayudar a nadie así. No podéis obligarme a…

—Cóselos, zorra —dijo el segundo policía—. O si no…

Temblando, me alejé de la puerta cerrada. La esposa pesaba mucho en mi mano mientras miraba a los mafiosos caídos. No eran de los Orlov. No eran los guardias y soldados con los que estaba familiarizada en el edificio de Mikhail.

Los enemigos.

Caí de rodillas y rebusqué en la bolsa. Obligada a tratarlos y cautiva de una forma peor que con el hombre sexi del que me había atrevido a huir... Ordené a mis dedos que dejaran de temblar.

Coaccionada para prestar asistencia médica, retrocedí mentalmente ante el hecho de que ahora mis manos estaban más sucias. Estaba envuelta en la política de la mafia.

La ley no me ayudaría.

Mi lugar de trabajo no era seguro.

Creía que había hecho lo correcto al huir de Mikhail, asustada de profundizar mi asociación con él y su tipo de caos y violencia.

Pero ahora estaba atrapada aquí, como si yo fuera la villana, y utilizada en contra de mi voluntad para ayudar a aquellos que no merecían ni un ápice de mi compasión o mis habilidades.

MIKHAIL

Después de que Claire saliera de la habitación, me quedé en la silla, mirando la puerta cerrada. Ir tras ella no me serviría de nada. Quería hacerlo. Estaba demasiado lleno de rabia, mezclada con un inoportuno deseo por ella, como para no ir a buscarla. El recuerdo de lo bien que me sentía en sus brazos me tentaba a hacer que esa paz volviera.

Pero me quedé.

Me terminé la copa, meditabundo.

No lo sabía todo sobre esa mujer, pero podía darme cuenta de que tenía una mente clínica y analítica. Ambas cualidades la convertían en la doctora excelente y pragmática que era, pero probablemente significaban que necesitaba espacio para pensar, para relajarse después de un día como el de hoy.

Podía tener su espacio. Y, diablos, no me vendría mal diversificar mis preocupaciones.

Anya también me necesitaba.

Me levanté y me dirigí a la habitación de invitados donde se alojaba. Llamé a la puerta y una criada abrió lo suficiente para que viera que mi hija estaba durmiendo.

—¿Quiere que me vaya? —preguntó la criada.

Negué con la cabeza. —No —susurré—. Por favor, quédese con ella para que no esté sola.

Anya estaría mejor con una mujer que la cuidara y se asegurara de que no se sintiera abandonada. No me querría allí. Pero me di cuenta, de forma pasiva, de que esa joven sí me necesitaba. Necesitaba mi protección, para empezar. También necesitaba un padre. Un progenitor. Una familia. Los parientes de Olga le habían lavado el cerebro para que me odiara, pero eso no impediría que yo lo intentara.

Dejándome caer contra la pared del pasillo, me deslicé hasta sentarme en el suelo.

Estiré las piernas sobre la moqueta, apoyé la cabeza en la pared y suspiré. Otra copa habría sido una buena compañía. Porque mientras estaba ahí sentado y desconectado, sintiéndome extrañamente apático y sin saber dónde debía estar, mi mente se volvió demasiado ociosa. Demasiado vacía. Demasiado estéril, de modo que todas mis preocupaciones pudieron acumularse y cuajar más rápido.

Todas las mujeres que importaban en mi vida me apartaban.

Olga había tenido miedo de casarse conmigo, una novia de conveniencia en una boda que no fue más que una transacción que nos impusieron cuando mi padre se estaba muriendo. Esa fue la única razón por la que me casé con ella, por la presión política que él había dejado a su paso. Yo solo tenía dieciocho años, casi la edad de Anya, y era demasiado pronto para saber cómo ser un marido, y mucho menos cómo ser un marido cuando estaba asumiendo el liderazgo de la familia.

Mi esposa se resistía a estar cerca de mí, y solo estuvo a mi alcance dos veces. Ambas veces dieron como resultado a nuestros hijos, pero fue un matrimonio solo de nombre, con Olga en Moscú, escondiéndose de cualquier mención sobre mí, prefiriendo beber y

follar con quienquiera que estuviese cerca. Me había detestado, todo porque su familia quería que ella pudiera romper el compromiso que mi abuelo arregló cuando nací, un trato en el que mi padre insistió en su lecho de muerte. Antes de morir, podría haberlo cancelado. Su palabra habría cambiado todo el destino y los Volkov podrían haber enviado a Olga a Niko Popov en su lugar. Pero no lo hicieron. Mi padre cambió la historia al esperar que se cumpliera ese viejo compromiso.

Anya no era diferente, condicionada a verme como malvado y horrible. Desde el momento en que llegó, se había resistido, me había evitado y había negado cualquier conexión conmigo.

¿Y Claire? Tampoco tenía ninguna prisa por cambiar de opinión sobre estar conmigo. No era justo que ya tuviera que importarme tanto. Como mujer a la que deseaba. Como un útil modelo a seguir para Anya después de su secuestro. Y como una compañera que podría infundir una muy necesaria paz en mi vida cuando más necesitaba un respiro.

Es demasiado buena. Demasiado inocente.

Una y otra vez, intentaba razonar conmigo mismo en este debate sobre si ella podría quedarse alguna vez en mi vida. Como mía. Conmigo.

Cada vez que insistía con las excusas de por qué ella debería cambiar su vida para ajustarse a la mía, recordaba su dura admisión de que eso solo la pondría aún más en peligro.

«Antes de conocerte, estaba bien. No era un objetivo».

No podía negar eso. Ella había estado «bien» por su cuenta, antes de saber que yo existía. Y no me retractaría de lo que le había dicho, que yo no la había elegido para que me tratara esa noche en el hospital. No fue por mis actos por lo que me desperté bajo su cuidado.

Pero sí fue mi decisión dejarme intrigar por ella. Ansiarla. Desearla mucho más allá de cualquier vínculo que me etiquetara como su paciente y a ella como mi doctora.

Gimiendo ante el atisbo de un dolor de cabeza que florecía, cerré los ojos и me froté la frente.

No había una respuesta fácil para nada de esto. Y ni siquiera podía contar con una noche de tregua para recargarme y resolverlo al día siguiente.

Unos guardias corrieron por el pasillo, lo que me hizo levantar la cabeza.

—¿Y ahora qué? —gruñí mientras veía a Sergei acercarse a toda prisa con un par de hombres.

—Se ha ido.

No tuve que preguntar quién.

Me puse de pie de un empujón, buscando más pistas en el rostro de mi sobrino. —¿Ido? ¿Cómo? ¿Cómo coño se ha *ido*? —No había oído ninguna alarma. Si alguien se hubiera atrevido a entrar sin permiso, todo el edificio se habría cerrado.

Se fue. Esa era la única otra respuesta.

Agarré al guardia por la parte delantera de la chaqueta, furioso. —¿Cómo coño ha dejado alguien que se vaya?

—Mintió —respondió—. Dijo que iba a buscar provisiones para Anya.

La urgencia de rugir mi frustración permaneció embotellada en mi interior. Una ira al rojo vivo me consumió, haciendo que mi corazón se acelerara de nuevo.

—Antes de que pudiera comprobarlo, se escapó corriendo. La perseguimos, pero la perdimos —dijo el guardia.

—Pero dio la alarma, y yo estaba en la sala de control para ver adónde corrió —dijo Sergei—. Ordené a uno de los hombres que están infiltrados cerca del hospital que la buscara. —Me indicó que lo siguiera, y lo hice.

—¿Fue al hospital? —fruncí el ceño—. Pero no necesitaba ninguna puta provisión. —Tenía todo lo que necesitábamos aquí. Excepto a *ella*.

—Era mentira —dijo Sergei—. Parecía asustada y solo quería escapar.

—Claro. Claro que sí —gruñí, dándome cuenta de que cuando me dijo que debía irse después de que le mostrara cómo habían entrado en su apartamento, tenía la intención de hacerlo de verdad. Le había estado dando espacio, pero no me habría molestado si hubiera sabido que cumpliría su amenaza de irse.

—Corrió hacia el hospital, pero no se quedó mucho tiempo —dijo Sergei—. Nuestros hombres la siguieron, pero estaban demasiado atrás en la manzana para impedir que fuera a la policía.

Me detuve en seco, mirándolo alarmado.

—La llevaron a la comisaría y no se la ha visto desde entonces. —Sergei se aclaró la garganta.

—¿Se la llevaron?

—Parece que un par de socios de Popov se la llevaron. —Negó con la cabeza, luciendo más enfadado por momentos—. Le pedí a uno de los espías que entrara, haciéndose pasar por un borracho. Se acercó lo suficiente para ver que la habían obligado a tratar a un par de hombres de Popov que tenían bajo custodia. No bajo custodia, pero probablemente era lo mejor que podían hacer para detenerlos después de una pelea cerca del hospital, una escaramuza entre unos espías de Popov y los Giovanni.

—¿La obligaron a ayudarlos? —grité, lívido de que intentaran usarla así. Yo no la había usado. Le había dado todo lo que necesitaba y quería, incluyéndome a mí mismo.

Sergei asintió. —La vieron cosiéndoles las heridas mientras la provocaban y amenazaban con violarla.

—Llévame allí. ¡Ahora!

Levantó las manos, atreviéndose a desafiarme. —Podemos ir para allá ahora, pero ya he llamado a los abogados para que vayan a sacarla.

—¡Quítate de mi camino! —¡Una mierda si Niko intentaba usarla! ¡Quitarla de mi lado! Someterla a esos putos gilipollas acosándola era un crimen demasiado grande para tolerarlo. No estaba permitido que le pasara nada malo.

—No puedes simplemente entrar ahí —discutió Sergei, caminando más rápido para cortarme el paso y guiarme a un coche que esperaba fuera—. Son los dueños de ese puto infierno. Se abalanzarán sobre la oportunidad de detenerte.

—Que lo intenten, joder. —Nadie me impediría mantener a salvo a esa doctora inocente, a esta mujer que quería para siempre.

—No. Para. Sé racional.

—Quítate de mi puto camino. —Lo empujé para llegar más rápido al coche. Sin embargo, no se rindió y, sin miedo, se unió a mí. No podía ser racional en lo que concernía a Claire, y eso era preocupante. ¿Cómo podría liderar si esta simple mujer podía retorcerme de miedo e ira de esta manera?

—La vamos a sacar, tío —dijo Sergei con severidad—. Para cuando lleguemos a la comisaría, ya la habrán liberado.

Apreté los dientes, ralentizando mi respiración y forzando sus palabras a encajar en mi mente. Tenía sentido. Tenía razón. No podía entrar directamente en una de las comisarías más corruptas

de la ciudad. Era bien sabido que Niko pagaba a esos cabrones de allí. Podría ser una trampa para atraerme, y tenía que admitir que Sergei tenía razón.

Pero mientras nos dirigíamos a toda velocidad al lugar y luego nos quedábamos en el coche parados en el bordillo, estaba tenso e impaciente por verla. No podía llevar fuera más de una o two horas, pero era una pausa demasiado larga. Una distancia demasiado grande. Saber que estaba cerca de los Popov y controlada por ellos de cualquier manera era suficiente para volverme loco.

—Ahí está —dijo Sergei, sentado a mi lado. Se movió para salir, indicándome que me quedara quieto aquí. Detrás de los cristales tintados, estaba oculto, escondido, pero tenía una vista completa de ella saliendo. Uno de los mejores abogados que teníamos en nómina caminaba a su lado, con aspecto cabreado y molesto. La había sacado, eso sí. Siempre lo hacían. Pagaba por los mejores y siempre me salía con la mía.

Sin embargo, mientras guiaban a Claire hacia el coche, ella se movía con una extraña vacuidad. Anestesiada. Rígida. Sin parpadear y con los hombros encogidos.

—Joder. —Apreté los dientes, odiando que hubiera tenido que tratar con esos gilipollas. —Joder con esta mierda. —La espera a que mi sobrino y los guardias la trajeran al coche pareció una eternidad de miseria y suspense. Estaba alterada. Conmocionada. En shock. Igual que el día en que le disparé a ese Giovanni que intentaba matarla en el aparcamiento, parecía estar a un milímetro de un ataque de nervios.

Si no se hubiera quejado de irse, esto не avrebbe successo.

Si me hubiera escuchado y se hubiera quedado, si hubiera entendido que la estaba manteniendo a salvo, nunca se habría encontrado en esta situación.

Decirle *te lo dije* no serviría de nada ahora. Abrieron la puerta y la instaron a subir al asiento trasero, y reprimí el impulso de regañarla. Si le dijera que no debería haber huido, protestaría más.

Aunque quizá eso ayudaría.

Parecía apagada y perdida mientras se deslizaba en el asiento trasero. Tiré de ella para acercarla, rodeando sus hombros con mi brazo. Así, estaba encerrada en su mente y asustada. Si la empujaba a pelear conmigo, podría sacarla de ese estado.

—¿En qué coño estabas pensando? —pregunté, incapaz de mantener la ira fuera de mi tono. Con la esperanza de que mi brazo a su alrededor fuera el contradictorio consuelo que necesitaba, le levanté la barbilla hasta que me miró. Para que pudiera ver la furia en mis ojos—. ¿En qué coño estabas pensando, Claire?

Ella bajó los párpados, reacia a mantener el contacto visual.

¡Joder!

Apreté los dientes mientras Sergei entraba. Con una rápida mirada, vi que él también se había dado cuenta de su estado de shock.

Negó ligeramente con la cabeza, atreviéndose de nuevo a decirme lo que tenía que hacer.

Que la dejara en paz.

Que no la presionara.

Todo lo que podía leer en ella era miedo. Esta apatía significaba que estaba perdiendo su moralidad, hundiéndose en el shock y sin defenderse.

Se suponía que esto no devait se produire de cette manière.

Se suponía que debía querer quedarse conmigo. Estar conmigo. Apoyarse en mí y recompensarme dejándome tener su bondad en mi vida para iluminarla.

—En marcha —le ordené al conductor.

CLAIRE

De todo lo que Mikhail podría haberme dicho, aquello fue lo que más me dolió.

¿En qué estaba pensando?

No estaba pensando.

Vivir en su casa y presenciar la brutalidad de su mundo me empujó a la supervivencia. A no pensar, a no ser inteligente al respecto. Me fui antes sin otro objetivo que escapar. Largarme de allí era mi único motivo.

Sin embargo, el coche se detuvo de nuevo en la entrada de su edificio y me sentí aliviada y deprimida al mismo tiempo.

Estaba de vuelta. Era como si nunca me hubiera ido, el tiempo había pasado muy deprisa. Mi intento de dejarlo había fracasado y estaba de nuevo en el punto de partida.

Esta vez, mientras me ayudaban a salir del asiento trasero, tenía que cargar con mucho más equipaje.

Terribles pesadillas se repetían en mi mente. Solo había estado fuera unas horas, pero en ellas se me habían aparecido demasiadas atrocidades e imágenes espantosas.

El policía me había zarandeado cuando me negué a tratar a aquellos criminales. Luego se habían burlado de mí y me habían provocado, advirtiéndome de que me violarían y me compartirían como un juguete nuevo y reluciente en cuanto salieran. Uno me manoseó, haciéndome sentir tan sucia y asqueada por haber sido expuesta a un trato tan burdo, entre los barrotes de una celda.

Yo era médico. Provenía de una buena familia.

Toda mi vida había seguido las normas y obedecido la ley, siempre dispuesta a hacer lo correcto, a ser buena y a no caer en ninguna tentación. Así me habían criado mis padres. Así había superado mis estudios y había ganado tantos premios en mi carrera de medicina.

Ser reducida a la inmundicia y el terror en un calabozo de Nueva York con mafiosos heridos no se suponía que tuviera sentido. Se suponía que otras personas eran víctimas así. Yo no.

Y no podía comprender cómo cambiar este rumbo al infierno al que mi vida estaba abocada. Este rumbo no era el mío. No podía serlo. Sin embargo, mientras me conducían de vuelta al edificio de Mikhail, con la cabeza gacha, no sabía cómo seguir adelante. Qué hacer. Adónde ir. Qué decir. Porque ya nada parecía correcto. Absolutamente nada.

—Ve a asearte —me dijo con severidad, actuando como el jefe—. Ve a asearte y me ocuparé de esto.

¿Esto? Ni siquiera quería saber cómo llamaba a mi fallido intento de fuga. Tenía que estar enfadado, lívido y furioso por haberle desafiado y haberme escapado.

Pero no iba a tentar a la suerte. Mientras luchaba por manejar esta violencia constante, me dirigí a mi habitación y me concentré en poner un pie delante del otro. Que me despachara, como si fuera una cosa a la que dar órdenes y no una persona que necesitaba cuidados, era horrible. Pero agradecí la oportunidad de ducharme. Frotarme la piel no borraba el recuerdo del hombre que me había

manoseado, pero me alegré de que no me hubiera tocado por todas partes. Estar de pie en la ducha de vapor no me relajó hasta que me sentí lo bastante segura como para bajar la guardia, pero me reconfortó tener esta oportunidad de reponerme.

Porque nada había cambiado. Las pesadillas en mi mente me advertían de que no podía rendirme. No podía quedarme aquí. No estaba hecha para formar parte de esta vida mafiosa. Me repugnaba que me llevaran y me dijeran lo que tenía que hacer. Me enfurecía que me utilizaran como un peón en contra de mi voluntad. Y me confundía cómo cualquiera de estos hombres despiadados pensaba que jugar a la guerra era la forma de resolver algo.

Cuando salí del baño, Mikhail estaba allí esperando. Estaba sentado en una silla, con las yemas de los dedos juntas y apoyadas en la barbilla.

—¿Qué hicieron? —preguntó. Su tono no admitía réplica. Ni siquiera me dio la oportunidad de salir del todo del baño, tan impaciente estaba por obtener respuestas.

—Fui a la policía a pedir ayuda, ya que es lo que haría una persona racional.

Él gruñó, molesto.

Yo no estaba de humor. Caminé hacia la mesita donde esperaba una botella de licor y me serví una copa doble.

—Sigue —me dijo, observándome como un halcón a su presa.

Saboreando el ardor del alcohol en mi garganta, respiré hondo. —Me metieron en una celda y me dijeron que ayudara a un par de enemigos tuyos. Hombres de la familia Popov. —Me dolía el alma al admitirlo. Que no era solo una espectadora al margen de su mundo. Había participado.

—¿Te hicieron daño?

Negué con la cabeza y me serví otra copa. El alcohol ya me estaba mareando. Con el estómago vacío, no tardaría en emborracharme. Eso tampoco era racional, pero bajo la presión de estar cerca de este hombre volátil, necesitaba algo para calmar los nervios.

De la manera más clínica y distante que pude, le detallé cómo había cosido a los hombres, cómo afirmaron que me cogerían y me tendrían como una mascota para compartir, y cómo habían intentado manosearme. Omití que los policías me habían maltratado. No quería incitar a más muertes. Porque cuando lo miré, observándolo echar humo y rabiar, con las fosas nasales dilatadas ante mi relato, ya sabía que se pondría en pie de guerra para matar a los Popov por obligarme a ayudarlos. Por que sus policías corruptos me hubieran capturado así. Si no hubiera sido por el abogado de Mikhail, que exigió mi liberación, me habría quedado atrapada allí.

Agradecía su rescate, pero se me revolvía el estómago por lo que aquello significaría. Este peligroso criminal solo sabía rescatar con demasiada fuerza.

—Por favor —dije, buscando las palabras.

—¿Por favor, qué? —exigió él, levantándose y acercándose a mí.

Parpadeé, mareada y deseando no haber bebido tanto tan deprisa. Sentía demasiado calor. Relajada, pero frenética en mi interior.

—Por favor, no vayas a matarlos por esto.

Dejó el vaso con brusquedad sobre la mesa y resopló. —¿No matarlos por usarte? ¿Por hacerte daño? ¿Por asustarte? —Antes de que pudiera reaccionar, lanzó la mano para tocarme. Agarrándome la nuca, me atrajo hacia él hasta pegarme a su cuerpo y me obligó a levantar la cabeza para que lo mirara a los ojos.

—Esto no puede ser así.

—Es la única forma de vivir que conozco —gruñó. La ira y la frustración brillaban como diamantes en la oscuridad de sus ojos—.

Nadie te hará daño y no pagará por ello.

—Entonces, abandónalo. —Tragué saliva, incapaz de evitar mirar sus labios fruncidos—. Abandona esta vida. Por mí.

—No tienes ni puta idea de lo que me estás pidiendo.

Negué con la cabeza lo mejor que pude mientras me sujetaba. —No te lo estoy pidiendo. Te lo estoy diciendo. Abandona esta vida de violencia constante o me iré de nuevo.

—No me des un puto ultimátum, Claire. No tienes ese poder.

Ahí estaba. Tenía la respuesta que no me había dado cuenta de que estaba buscando. No tenía ningún poder sobre él. En el fondo, me había estado preguntando si de verdad le importaba. Si podría quererme y desear retenerme.

—Te deseo —admití, avergonzada de hasta qué punto esa verdad era mi perdición—. Te necesito, Mikhail. —Las lágrimas me quemaban en los ojos, pero me negué a dejarlas caer. Siempre había sido una borracha sensiblera, pero no dejaría que me viera llorar por él, por el hecho cruel de que nunca seríamos compatibles, de que éramos de dos mundos diferentes. Más que nunca, él parecía ser mi única opción para seguir con vida. Tenía el poder, los medios. Era tan rico y temible que podría estar a salvo con él… si renunciaba a todo lo que era para ser suya. Si sacrificaba mi moral, mi ética, mi conciencia.

Y no podía.

No cuando solo estaba aquí para que me follara y me usara como su médico particular.

No cuando él no podía admitir que yo ejerciera sobre él ningún tipo de poder a través del amor.

—No puedo —dijo, bajando la voz mientras me pasaba el pulgar por la mejilla—. No puedo cambiar sin más. No así. No por ti.

Retrocedí, pero él me sujetó. Mi corazón se hizo añicos mientras me traspasaba con aquella intensa mirada, como si viera a través de mí y torturara no solo mi corazón, sino también mi alma.

—No puedo cambiar por ti, Claire. No lo haré. —Frunció el ceño, lamiéndose el labio mientras se inclinaba hacia mí—. Y nada cambiará lo mucho que necesito que te quedes conmigo. Por mí.

Antes de que pudiera presionar su boca contra la mía, cerré los ojos y me zafé de su agarre, apartándolo de un empujón.

MIKHAIL

—No. —Claire se apartó de mí, bajando la cabeza para evitar mi beso.

No esperé para seguirla. Antes, había pensado que lo más sensato sería darle espacio. Ahora, me daba cuenta de que ese había sido mi error.

—No puedo…

Apreté los dientes, molesto porque intentara volver a usar esa excusa conmigo.

—¿No puedes o no quieres? —gruñí mientras la agarraba. Cogiéndola del brazo, la obligué a mirarme de nuevo. Al girar, chocó contra mí. Subió las manos y las plantó en mi pecho. Sus pechos se aplastaron entre nosotros mientras la envolvía en un fuerte abrazo. Con su repentina inhalación, la sorpresa clara en sus ojos brillantes, entreabrió los labios.

No esperé. No podía. Sentirla cálida y flexible mientras jadeaba cuando mi boca cubría la suya disipó el pánico, la furia y la preocupación con los que había luchado desde que se atrevió a marcharse. Cada segundo que estuvo fuera fue una agonía, y estaba impaciente por encontrar el camino de vuelta a ella.

Su protesta quedó ahogada cuando sellé mis labios con los suyos. O quizá intentaba responder a la dura pregunta que le había hecho.

Empujándome una vez más, rompió el beso. Echándose hacia atrás, me fulminó con la mirada, llena de ardor e irritación. —He dicho que no, Mikhail. No puedo…

Gruñí, cogiéndola por la nuca para atraerla de nuevo. Adicto al mordisco de sus dientes, a la succión de sus labios, me zambullí para hundir mi lengua en su boca otra vez.

Me mordisqueó el labio y yo me eché hacia atrás, excitado por su descaro y su lucha. El toque de alcohol permanecía en su boca, añadiendo otra capa de misticismo a este beso. Aún no estaba borracha. Estaba achispada, pero lo bastante lúcida para saber lo que hacía.

—He dicho que ya no puedo más con esto —argumentó, con una mirada tan feroz y terca como la única vez que me había abofeteado.

—¿Que no puedes más con esto? —gruñí, atrayéndola de nuevo y besándola mientras bajaba la mano hasta su vientre. Y luego más abajo, deslizando los dedos por debajo de la cinturilla de su pequeño pantalón de pijama.

Cuando llegué a la cálida y ya húmeda abertura de su coño, jadeó. Su boca se entreabrió de nuevo, y yo no desperdicié la invitación para batirme en duelo con su lengua otra vez. Entre el deseo que nos unía y el probable ardor del licor que la hacía cambiar de opinión, se ablandó. Luego se rindió. Y se apretó contra mí, buscando más fricción de mis dedos rozándola, pero sin hundirse aún en su humedad.

—¿No puedes dejar que te haga sentir bien? —exigí.

Gruñó, un sexy sonidito de protesta como si estuviera entre la espada y la pared, obligada a rendirse. Deslizó las manos por mi pecho, se aferró a mí y me devolvió el beso con más fuerza.

Así me gusta.

Podía intentar luchar contra mí, luchar contra esto, pero ninguno de los dos era lo bastante fuerte para alejarse. De esta lujuria ardiente que nunca amainaba.

—¿O es que simplemente no quieres admitirlo? —dije cuando nos separamos para respirar. Le bajé los pantalones, contento de que no se hubiera molestado en ponerse bragas.

—No quiero desearte —confesó, quitándose la camiseta por la cabeza.

—Pero me deseas. —Me desabroché la camisa, observándola y demasiado adicto a sentirla como para quitármela una vez que colgó abierta. Sentir el ardor de su mirada sobre mí, ligeramente embriagada como estaba, me excitaba demasiado para tomármelo con calma. O para ser delicado.

Me deseaba tanto como yo a ella. El anhelo reticente en su mirada lo demostraba.

—Quieres mis manos sobre ti. —Le ahuequé los pechos, rozando sus duros pezones con los pulgares mientras admiraba el rosa oscuro de su sensible carne.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y gimió mientras yo me apresuraba a desabrocharme y bajarme los pantalones.

—Quieres mi boca en tu coño. —La tiré en la cama y me incliné para pasar la lengua por sus jugosos pliegues, resbaladizos por su excitación.

—No —protestó débilmente mientras ponía las manos en mi cabeza, ansiosa por empujar mi boca de vuelta a donde goteaba por mí.

Sin embargo, no estaba de humor juguetón, ya cansado de darle todo lo que podía. Agarrándola del pelo, la levanté y la insté a ponerse de rodillas en el suelo.

—Quieres mi polla en tu boca —dije, manteniendo la mano en su pelo mientras alineaba mi polla con sus labios.

No protestó. Ya me miraba boquiabierta, probablemente furiosa por cómo la estaba mandando. En el segundo en que deslicé la punta de mi erección en su boca, sus párpados se agitaron. Bajó la mirada mientras llevaba las manos a mi polla, acariciando lo que no podía meterse dentro. Una y otra vez, me la chupó y gimió como si estuviera hambrienta de mí.

Le solté la cabeza y le puse las manos en los hombros mientras follaba su boca estrecha y ardiente. —Quieres que me corra.

Gimió, sin bajar el ritmo ni un instante.

—Quieres que te eche mi corrida por la garganta.

Aceleró, como si la idea de tragárseme la excitara.

Antes de que pudiera acercarse lo suficiente, justo antes de perder el control, la aparté de mí y la empujé al suelo. Siguiéndola mientras caía parcialmente de lado, me arrastré detrás de ella y la sujeté.

—Quieres que te folle este coñito hasta que esté en carne viva.

Se reclinó contra mí, delirante. Cogí sus manos con las mías, rodeando sus delgadas muñecas con mis dedos mientras alineaba mi polla para penetrarla. De una sola embestida, entré hasta el fondo. Arrastré mi polla por las paredes de su coño, tan resbaladizas y apretadas. Tiré de sus manos hacia abajo contra su vientre, como si pudiera usar sus propios brazos para sostenerla frente a mí.

De rodillas, con mi polla hundida en su interior, gritó. Echándose hacia delante, casi se cae a la alfombra. Si no le hubiera sujetado las manos, casi abrazándola contra mi pecho, no se habría mantenido en pie.

—Quieres que te folle, Claire.

Sacudió la cabeza. —No. Quiero…

Me retiré mientras la empujaba hacia delante. Una vez que estuvo a cuatro patas, me incliné y volví a embestirla.

Sus dulces gemidos llenaron el aire.

—Tú quieres esto —le dije, apretando los dientes contra la presión de correrme.

Levantó el culo hacia mí, balanceándose hacia atrás para conseguir toda la fricción posible.

Sujetándola por las caderas, la agarré con fuerza y la follé hasta que le temblaron los muslos, hasta que bajó la cabeza y jadeó, tratando de respirar a través de su orgasmo inminente.

—Quieres esto, ¿verdad? —rugí, necesitando que lo admitiera de una puta vez.

Era una mentirosa, hablando como si pudiera marcharse sin mirar atrás. Como si fuera más fuerte que esta conexión profunda que me atraía a quererla cerca y la obligaba a responder así.

Lasciva. Voraz. Empapada y haciendo sonidos como un animal en celo.

—Me deseas, Claire. Intenta mentir y decirme que no. —Cerré los ojos, conteniendo la urgencia de derramarme dentro de ella. Golpeando su coño tan fuerte como podía, saboreé cada respiración entrecortada, cada pequeño y sexy gemido de necesidad.

—¡Dímelo! —exigí, follándola hasta el olvido.

No lo decía. Su admisión no llegaba. No verbalmente. Porque *ella* se corrió. Gritando fuerte y levantando el culo más alto en el aire, se desplomó. Sus brazos cedieron mientras caía, sollozando bajo la presión de necesitar romperse. La tensión se desvaneció para ella, y mientras sus gritos y sonidos se mezclaban con bajos gemidos de placer, se desplomó y suspiró.

No podía mentir y alejarse de esto. De nosotros. No tenía ni idea de cómo definir qué coño estaba haciendo con ella cuando no podía aceptar por completo tener una mujer en mi vida. Había estado sin pareja durante tanto tiempo, solo satisfaciendo una necesidad con rollos de una noche y putas, sin ataduras, durante demasiados años.

La amenaza de dejar entrar a Claire y que importara de esta manera me intimidaba.

Porque mientras la follaba hasta correrme, persiguiendo ese éxtasis justo después de ella, no podía mentirme a mí mismo.

Ella no encajaba aquí.

No podía quedarse conmigo si no quería ser un objetivo.

Ya estaba demasiado metida, demasiado adentro, identificada como alguien asociada con la organización Orlov.

Mientras el alivio me recorría, cerré los ojos y apreté los dientes, ansioso por prolongar cada segundo de tenerla enfundándome y ordeñándome. Tenía que saborear cada instante de este orgasmo mientras inundaba su vientre.

Ella quería quedarse, pero no podía. Era yo quien tenía que ceder. No ella.

Porque por muy atrevida que hubiera sido al decirme que renunciara a mi vida, que pusiera fin a esta rutina de derramamiento de sangre y violencia solo para que ella pudiera estar conmigo, yo no tenía forma de cambiar de verdad de esa manera.

Yo era el jefe de la Familia Orlov. Nunca podría ostentar otro título. Estaba grabado a fuego. No sabía hacer otra cosa que gobernar y mantener a mi familia a salvo entre los demás habitantes de las familias del crimen organizado.

Mientras la veía respirar acompasadamente, casi dormida en el suelo con mi polla encerrada en su resbaladizo coño, negué con la cabeza y odié que tuviera razón.

No sabía cómo cambiar o ser otra cosa.

Ni siquiera su amante, su pareja. Su hombre.

No sabía cómo bajar la guardia y ser verdaderamente un padre para mi hija.

No había sabido adaptarme y hacer que Olga quisiera ser mi esposa a pesar de nuestra unión forzada.

No era quien yo era, joder.

Mientras me retiraba de Claire, mirando su espalda mientras yacía allí adormilada, entrecerré los ojos al ver mi corrida goteando de su cuerpo. Alejándome de ella y deseando poder encontrar un punto intermedio, levanté los dedos para volver a introducir la sustancia cremosa en ella.

Pertenecía a su interior, un símbolo de la posesión que quería ejercer sobre ella.

Ella me pertenecía, haciéndome sentir pleno y completo como nunca antes.

Cómo hacer que eso sucediera se me escapaba.

Desnudo y agotado, me senté en el suelo y apoyé la espalda en la cama mientras la miraba. Era un misterio, una conquista inalcanzable.

Si se quedara, tendría que perdonarme a mí mismo por esperar que siempre fuera un objetivo.

Pero si pudiera dejarte ir…

Agaché la cabeza y me pregunté qué haría falta. Tendría que irse, para siempre, ya que ambos estábamos demasiado tentados a volver a caer el uno con el otro. Tendría que mudarse lejos, empezar una nueva vida, tomar un nuevo nombre.

Y olvidarse por completo de mí.

Suspiré y supe que era demasiado tarde para intentarlo. Se me había metido bajo la piel y se había colado en mi corazón. Quería que cediera y se doblegara a *mi* voluntad. Estaba desesperado por que fuera la primera mujer en mi vida en desearme y elegirme, aunque reconocía que tendría que renunciar a quien era antes de que nos conociéramos.

CLAIRE

Un dolor agudo y punzante en el omóplato me sacó del sueño. Haciendo una mueca mientras volvía en mí, intenté levantarme del suelo. Me había desmayado después de que Mikhail se corriera dentro de mí, con la polla temblándole mientras me llenaba con su semen. Ya era la segunda vez que me dejaba inconsciente, jodiéndome hasta que perdía el conocimiento.

—Ay… —susurré con un gemido sordo mientras giraba la cabeza para ver si se había ido.

El dormitorio estaba vacío, como sospechaba.

—Claro que no está aquí —mascullé para mis adentros antes de sisear de nuevo por el dolor.

Quedarme dormida en el suelo no era la postura más cómoda. Yacer con los brazos en alto, tal y como habían caído después de que me desplomara como una puta sucia y lasciva a cuatro patas para ese criminal autoritario, no era una forma ideal de relajarse.

Sin embargo, no pretendía desmayarme. Tampoco había pretendido ceder ante él y este estúpido deseo que avivaba en mí.

—Claro que no está aquí —volví a mascullar, cabreada conmigo misma por el hecho de que me hubieran traicionado de nuevo.

No por él. No. Mikhail Orlov era consistente, si algo era. Cuando me dijo que no cambiaría, que no consideraría otra forma de gobernar como el líder que era, lo decía en serio.

Cuando me dijo que yo lo deseaba, echándome en cara mis mentiras, lo decía en serio.

Sonrojada por la vergüenza y moviéndome con rigidez por lo duro que me había tomado, me odiaba a mí misma por ser tan débil como para desearle siquiera.

No quería seguir analizando y descifrando qué coño me pasaba. Lo deseaba solo a él. Era una temeridad fingir que no me excitaba como un fruto prohibido que no debería anhelar.

No quería admitir la rapidez con que mi cuerpo me traicionaba sexualmente de esa manera, cediendo y sometiéndome a sus exigencias cuando era muy consciente de lo bien que me haría sentir.

—Claro —mascullé mientras cojeaba hacia el baño para ducharme. No mejoraría las quemaduras de la alfombra en mis rodillas, pero quería borrar las pruebas de que había vuelto a ceder ante él.

—Claro que lo hice. —Hablar sola no me ayudaba a sentirme mejor, pero no soportaba el silencio mientras abría el grifo y me duchaba—. Claro que cedí.

Era demasiado sexi, demasiado tentador, demasiado irresistible. Era peligrosamente hábil, un maestro en hacerme explotar de euforia.

Pero no volvería a ocurrir. Debilitarme bajo sus miradas intensas y sus besos siniestros se acabaría ahora.

Porque no le importo. No me quiere.

Si ni siquiera podía imaginarse cambiando por mí, si no estaba dispuesto en absoluto a adaptar su vida por mí, todo por no convertirme en un objetivo para sus enemigos, entonces esa era toda la respuesta que necesitaba.

Me quería aquí como un activo. Un recurso. Una herramienta. Una cosa.

Un juguete sexual.

Resoplé ante el dolor de mi corazón.

No quería luchar por mí por amor. No estaba decidido a mantenerme aquí y a poseerme porque se imaginara un futuro en el que me quisiera. En el que se casara conmigo. En el que formara una familia conmigo.

Aquellos sueños habían permanecido latentes en mí durante mucho tiempo mientras me centraba en mis estudios y en mi carrera. A mis veintiocho años, sin embargo, quería encontrar las condiciones para cambiar ese equilibrio e ir a por el amor y la familia que siempre había imaginado tener.

¿Con él?

Sí, claro.

¿Aquí, entre toda esta violencia?

Ni hablar.

No habría futuro entre nosotros si él no podía ni siquiera plantearse cambiar su estilo de vida por mí.

Mientras me secaba y me vestía, ya decidida, suspiré y deseé que esto no tuviera que acabar así. Conmigo abriendo *mi* corazón para preocuparme por él e iniciar este doloroso proceso de darme cuenta de que le quería mientras él no hacía lo mismo. Conmigo preocupada por si viviría o moriría si decidía estar cerca de él o de su familia y sus soldados.

Estaba demasiado metida. Estaba atrapada en un ciclo de desamor.

Y me enorgullecía y me quería demasiado como para conformarme con eso.

Una punzada de dolor me golpeó la cabeza, y me encogí ante el comienzo de algo parecido a una resaca. Nunca bebía. Nunca bebía así, rápido y desesperadamente, y ahora me arrepentía. Pero salí de la habitación y supe que no podía permitirme arrepentirme de marcharme.

Pero antes tenía que ver cómo estaba Anya. Esa adolescente también me llegaba al corazón, una compañera «prisionera» aquí en el edificio. No éramos íntimas, no a propósito, ya que quería evitar involucrarme con esta familia y con su naturaleza rebelde de ser sarcástica y distante con todo el mundo. Sin embargo, nos habíamos acercado. Se apoyó en mí cuando estaba asustada y herida. Yo acudí a ella con preocupación e inquietud por el trauma que había sufrido.

Anya no era más que una niña. Una cría. En el fondo, a veces se comportaba como una pesada madura, pero dudaba que hubiera una adolescente en este planeta que no sucumbiera a actitudes como esa. Ella estaba más a prueba que ninguna, apostaría, con su madre muerta, sus parientes amargados y un complicado y asesino jefe de la mafia como padre. Incluso Andre era distante con ella, un hermano al que nunca había conocido.

Sacudiendo la cabeza ante todos los pensamientos sobre la adolescente, continué hacia su habitación. Estaría durmiendo, pero tenía que verla al menos una última vez y despedirme.

En el fondo, *era* mi paciente, y nunca, nunca, quise abandonar a una persona que había estado bajo mi cuidado. Sin embargo, Anya tampoco era mi paciente, solo alguien más que estaba atrapado en este ciclo de cautiverio y libertad a la vez. De protección y asfixia.

Abrí la puerta con el mayor sigilo posible y entré. Una criada seguía sentada en una silla, vigilándola. Sonriendo con ironía al ver a la criada dormitando, con la cabeza colgando a un lado, incapaz también de permanecer despierta en mitad de la noche, me acerqué a Anya.

Sus moratones desaparecerían. Los cortes de su piel sanarían sin dejar apenas cicatriz. Pero el daño estaba dentro. Estaba traumatizada por su secuestro. Tenía el corazón roto y estaba perdida, sin una familia que la apoyara.

Pero no es mi lucha.

Ya tenía bastante con luchar para sobrevivir después de haberme cruzado con su padre.

Priorizar su cuidado no podía ser mi misión. Me importaba. Quería estar aquí para verla sonreír y reconciliarse con Mikhail y Andre y con todos en este edificio. Simplemente no podía hacerlo sin sacrificar mi vida y mi felicidad.

No es mi lugar.

Alargando la mano para apartarle el pelo suelto de la cara, suspiré e intenté contener las emociones que me provocaba observarla. Ya estaba comprometida. Hacer de médico para ella no era la parte más difícil. Eso me salía de forma natural. Las otras partes me desafiaban.

¿Cómo se suponía que iba a hacerme amiga suya con conversaciones triviales y aprender a tocar el piano con ella mientras pasábamos el tiempo sin acercarnos demasiado y sin preocuparme de que fuera feliz?

¿Cómo se podía esperar que la abrazara cuando lloraba y se lamentaba de que no tenía a nadie ni a una familia que la quisiera sin preguntarme si *yo* podría ocupar esos roles?

No sabía cómo mantenerme cerca y permitirme encariñarme más con esta adolescente problemática mientras mantenía las distancias. Se estaba volviendo imposible, igual que ahora era absolutamente inviable para mí quedarme aquí bajo los deseos de Mikhail, sacrificar mi brújula moral porque él no cedería en la suya.

—Pórtate bien, Anya —susurré tan bajo que no la despertaría ni a ella ni a la criada que fracasaba ligeramente en su labor de enfermera—. Pórtate bien y sé feliz.

Inclinándome para darle un suave beso en la frente, me moví con la mayor lentitud y delicadeza posible. Si la despertaba, tendría que quedarme y darle la falsa impresión de que no me iba, de que no la abandonaba. Necesitaba a *alguien*, pero no podía ser yo. No cuando me estaba entregando a un hombre que no me quería ni me querría.

Salí de su habitación tan sigilosamente como había entrado. Volviendo por el pasillo, me tranquilicé pensando que había anotado toda la información para que otra persona pudiera continuar su cuidado donde yo lo había dejado. No tenía huesos rotos, ni infecciones, ni lesiones internas. Dudaba mucho que hubiera sufrido una lesión en la cabeza. Estaba segura de que tampoco había sufrido una conmoción cerebral. De todos modos, antes, cuando estaba durmiendo la siesta en su habitación, había escrito mis notas y sugerencias para análisis de seguimiento. Por si acaso.

Cuando volví a mi habitación, me acerqué al escritorio en busca de papel y bolígrafo de nuevo.

Anotar cualquier otra cosa sobre Anya sería excesivo. Realmente se curaría —físicamente, al menos— con descanso, hidratación y volviendo a moverse poco a poco con los dolores esperados de las articulaciones distendidas y la sensibilidad muscular por los golpes.

Esta vez, mientras me sentaba para poner el bolígrafo sobre el papel, esperaba dejar un tipo diferente de mensaje.

Una advertencia.

Un reproche.

Pero no una disculpa. No podía disculparme por querer irme y tener un futuro mejor para mí que cualquier otra cosa que pudiera encontrar aquí.

El sexo no lo era todo en la vida.

Satisfacer mi curiosidad sobre hombres oscuros y peligrosos no era todo lo que debía desear.

Tenía que irme. Y para que eso sucediera, Mikhail tenía que *dejarme* ir.

Mikhail:

No puedo en conciencia aceptar tu generosidad ni un momento más. Somos demasiado diferentes, de mundos distintos, y no puedo imaginar cómo podríamos encontrarnos a medio camino y ser verdaderamente compatibles.

Por favor, no vengas a buscarme. Por favor, no envíes a tus hombres tras de mí.

Frunciendo el ceño y deteniendo mi nota de despedida, me di unos golpecitos en la boca con el bolígrafo. Me había vuelto a encontrar, pero aún no sabía por qué ni cómo. Cuando estuve en esa celda de la comisaría, alguien de la organización Orlov debió de ser notificado de dónde estaba. ¿De qué otro modo su elegante abogado se habría presentado y me habría representado, exigiendo mi liberación cuando no me habían retenido con ninguna detención o acusación oficial?

El poder de Mikhail no residía únicamente en su fuerza física y su hábil dominio de las armas y el combate. Era un luchador. Lo había presenciado cuando me salvó en el pasillo del hospital y también en su aparcamiento. Sabía cómo usar su cuerpo en todos los sentidos que importaban en un enfrentamiento violento. Pero también tenía muchísimos recursos. Tenía dinero y equipos legales. Tenía un ejército.

Si huía, me encontraría de nuevo.

No era mucho, pero esperaba que al escribir esta nota, tuviera que atender mis deseos de que no me encontrara.

Por favor, déjame ir. Tus secretos están a salvo conmigo y haré todo lo posible para evitar que tus enemigos me capturen de ahora en adelante. Planeo volver a mi casa, en el Reino Unido, para evitar mejor los problemas en los que me he metido desde que te convertiste en mi paciente. No soy tu adversaria con mi marcha de tu vida, pero no puedo ser el activo en el que quieres moldearme.

Atentamente,

Dra. Claire Donovan

Releí la nota tres veces, preguntándome qué podría revisar, añadir o quitar. No había una manera sencilla de decir adiós, ninguna forma fácil en la que pudiera decirle a la vez que se fuera a la mierda y que me quisiera. Esos sentimientos no marcarían ninguna diferencia, de todos modos.

Con las lágrimas escociéndome de nuevo en los ojos, respiré hondo y me levanté.

Dando un último golpecito con el bolígrafo sobre la nota en el escritorio, tragué saliva y me di la vuelta para irme. Necesitaba un reinicio en mi vida, y esperaba poder ser lo suficientemente fuerte para lograrlo y escapar de este hombre al que quería amar, pero al que temía obedecer.

25

MIKHAIL

Me desperté solo, en mi cama, y solté un profundo suspiro de arrepentimiento. Dejé a Claire en su habitación para que durmiera y tuviera algo de espacio. Podía darle espacio cuando era necesario, y supuse que cuando se despertara y se diera cuenta de que había vuelto a ceder ante mí, estaría molesta.

Sin embargo, eso no impidió que quisiera estar cerca de ella, que deseara poder abrazarla y hacerle sentir lo profundamente que me comprometería con ella. No solo para follármela, sino para estar ahí con ella. Para abrazarla y compartir una compañía que no viniera con ninguna expectativa.

Cogí el móvil, renunciando al impulso de quedarme más tiempo en la cama. Por el flujo constante de mensajes que ya estaban llegando de los hombres a los que había puesto al mando, supe que en el momento en que me levantara, no pararía.

Apagando fuegos. Cancelando reuniones o insistiendo en otras.

Peor aún, estaría reuniendo informes sobre todas las demás amenazas. No paraban de llegar ataques de los Popov y los Giovanni. Incluso el Cártel intentaba jodernos. Nuestros negocios estaban siendo saboteados. Los empleados de nuestros bares y clubes fueron acosados durante la noche. Un tiroteo causó un alboroto en uno de nuestros puntos de envío de droga. Y un par de

nuestras putas habían desaparecido de nuestro puticlub cuando los enemigos pensaron que podían desobedecer nuestras normas.

Algunos días era un no parar. Pero no era frecuente que estuviera harto de todo antes siquiera de salir de mi habitación.

Mientras caminaba por el pasillo para ver cómo estaba mi hija, me advertí a mí mismo que no me hiciera ilusiones con ver a Claire. Era un punto tan luminoso en mi vida, un rayo de sol, bondad y esperanza, que era difícil no anhelar la paz y la alegría que ella representaba. No era efusiva ni vivaz. No era demasiado entusiasta con sus sonrisas. Sin embargo, era la bondad de su corazón con la que yo quería que el mío se descongelara.

Anya estaba durmiendo y la doncella que estaba sentada en la silla me sonrió.

—Ha estado descansando tranquilamente toda la noche.

—Bien —dije, saliendo de la habitación, listo para ir a ver a Claire.

Imaginarla compartiendo la cama conmigo, simplemente estando en mi habitación, parecía un sueño demasiado grande por el momento, pero me sentía satisfecho sabiendo que estaría en mi edificio.

Pero no lo estaba. Encontré su dormitorio vacío, su cama intacta. Sobre el escritorio de su cuarto de invitados, sin embargo, había una nota.

La cogí de un manotazo y fruncí el ceño al leerla. Y otra vez al leerla más despacio.

La ira surgió rápidamente ante su nota de despedida dirigida a mí. La decepción me invadió en cuanto superé la furia inicial. La audacia de esa mujer. El descaro que tenía. No solo de decirme una y otra vez que debía irse, que quería irse, sino de marcharse de verdad.

Dos veces en menos de veinticuatro horas se había escapado de mi casa.

Dos veces en una puta noche se había atrevido a desafiarme e ignorar la protección que le ofrecía para ir por su cuenta.

¿Un activo?

Entrecerré los ojos, furioso con ese insulto. No estaba intentando convertirla en un activo. No estaba intentando que hiciera nada que no quisiera hacer. Ella me deseaba, igual que yo a ella. *Era* doctora y aquí estaba ayudando a Anya.

No la había forzado a hacer nada ni una sola vez, no como los gilipollas de esa comisaría. La habían coaccionado para que atendiera a esos hombres heridos, a mis enemigos.

Yo no. No la había castigado con nada.

Dejé caer la nota y me di la vuelta para salir de la habitación.

Nadie me decía lo que tenía que hacer. Pero ella no lo había hecho. Con sus palabras, probablemente escogidas con cuidado, me había escrito una súplica. Que la dejara ir. Que no la siguiera. Que renunciara a mis esfuerzos por mantenerla a salvo.

Salí de la habitación de invitados y fui directamente a mi despacho. Dar órdenes a Andre, Sergei y Roman me mantuvo ocupado un rato. Pero una vez que hube avanzado en mis planes de seguir con los negocios como de costumbre, ordenando a las fuerzas de los Orlov que mataran a cualquier Giovanni que se atreviera a acosar a alguien bajo nuestra protección y mandando a todos los espías que capturaran y torturaran a cualquier Popov que molestara a alguien en nuestros negocios, sentí una culpabilidad que nunca antes había aflorado.

Estaba haciendo exactamente lo que ella no quería.

Me había suplicado que cambiara. Que me alejara de una vida de delincuencia. Y yo no podía. No lo estaba haciendo. No tenía planes de seguir siendo este líder de una manera diferente. Redoblando la venganza a medida que llegaban las noticias de los ataques, ignoré

el recuerdo de Claire pidiéndome que abandonara esta tendencia a la violencia.

No, no me lo había pedido. Me había dado un ultimátum, *esperando* que cambiara quién era por ella.

Simplemente no entendía que no podía.

En el almuerzo, Andre se aclaró la garganta y me miró. Pude leer en su expresión que quería sacar un tema que yo no quería oír, así que me le adelanté.

—Ha sido una mañana larga, pero creo que vamos por buen camino para darles una lección a todos esos hijos de puta. Estoy harto de que intenten quitarnos nuestro territorio e interrumpir nuestro flujo de droga.

Sergei y Roman asintieron desde el otro lado de la mesa. No solíamos comer juntos, pero todos estaban allí al mismo tiempo, manejando lo que parecía una marea de problemas.

—No te preocupes —dijo Roman, siempre el más despreocupado—. Los hombres están apoyando todas las órdenes. Como de costumbre.

Como de costumbre.

Se derramaba sangre, como de costumbre. Le recordábamos al mundo que no éramos enemigos que quisieran tener, como de costumbre. Así, con poder y fuerza y sin mencionar la piedad, seguiríamos un paso por delante de todos ellos, *como de costumbre*. Lo inusual era que seguía sin poder dejar de pensar en Claire.

Si estaba bien.

Si alguien la estaba persiguiendo.

Si ya había cruzado el océano.

Si me echa de menos.

—Me he dado cuenta de que Claire no está en su habitación —dijo Andre.

No levanté la cabeza, concentrándome en comer.

—Se ha ido.

—¿La has dejado ir? —preguntó Sergei.

—No estaba aquí encerrada bajo llave —gruñí.

Había dado en la parte más sensible de todo el asunto. La había dejado ir porque me importaba. Porque la quería demasiado como para aprisionarla en una vida que no deseaba.

—Fui a ver cómo estaba después de pasar a hablar con Anya —dijo Andre.

Levanté la vista entonces, sorprendido.

—Quería hacerle saber que podía conseguirle cualquier cosa que necesitara. Le di mi número —dijo Andre sin nada de su sarcasmo habitual—. Dijo que quería a Claire.

Maldita sea.

Anya notaría la ausencia de Claire. Lo sabía y me aterraba.

—Así que, imagínate mi sorpresa cuando fui a buscarla —bajó la mirada por un momento—. Vi su nota.

—Entonces sabes que no ordenaremos que ningún equipo de seguridad la siga —mi voz era tensa. Beber agua no ayudó, pero me esforcé más en enmascarar mi dolor—. Quiere irse y no tener ninguna relación con nosotros, y respetaré sus deseos.

—¿Y si la secuestran? —preguntó Roman.

Entonces me pondré furioso.

Querré quemar el mundo por ella, para recuperarla.

Masacraré a cualquiera que siquiera piense en tocarle un pelo de la cabeza.

Apreté el puño y respiré hondo para controlar la rabia al rojo vivo que me llenaba con la idea de que sufriera lo más mínimo. Pero ese era el problema. Ella no aceptaba mi tipo de venganza y seguridad.

—Entonces esa es su elección. No la mía. Dejé claro que la mantendría a salvo. No puedo obligarla a querer estar aquí.

La frialdad en mi tono pareció ser suficiente para callarlos.

Sergei miró alrededor de la mesa, con las cejas arqueadas, y luego se aclaró la garganta. Cambió de tema, volviendo a un ataque planeado que yo había estado considerando en uno de los almacenes de los Popov.

Agradecido de que ya no me estuvieran observando, me hundí de nuevo en la miseria privada de mi cabeza. Consumido por la preocupación y la ansiedad por la doctora altruista y de buen corazón que no tenía derecho a desear, luché con la frustración de que ella estuviera fuera de mi alcance simplemente porque teníamos orígenes diferentes, diferentes puntos de vista sobre lo que era correcto y justo en el mundo, un contraste que sería la cuña final que nos separaría para siempre.

CLAIRE

Volver a mi apartamento no era una opción. Ni siquiera se me pasó por la cabeza. De todos modos, allí no quedaba nada sin lo que no pudiera vivir.

Lo único que tenía al salir del edificio Orlov, tras detenerme solo para decirle al guardia que me iba, así de simple, era mi móvil. Mi bolso. Y la ropa que me había puesto esa mañana.

Mi pasaporte era digital, gracias a Dios, pero necesitaba comprar un billete para cruzar el océano de vuelta al pueblecito de las afueras de Londres donde me había criado.

Dejar atrás los rascacielos de Nueva York me parecía lo correcto. Pero mientras me dirigía a la zona cercana al hospital donde vine a trabajar, me costaba asimilar la enormidad de lo que suponía dejar a Mikhail. De abandonar a Anya. Porque eso era lo que estaba haciendo. No había otra forma de verlo. La dejaba como mi «paciente», incapaz de arriesgarme a quedarme e involucrarme más.

Ya era cómplice y, mientras me desviaba para parar en un hotel, registrándome rápidamente solo para tener un lugar donde detenerme, sentarme y pensar antes de planificar un billete para salir de este país y alejarme del hombre del que me estaba enamorando, me preguntaba si estaba a salvo.

La última vez que había abandonado su seguridad, me había topado de bruces con los problemas. Vi las pruebas de la violencia en el hospital, donde habían visto a Jack hablando con esos mafiosos y le habían dado una paliza por ello.

No estaría a salvo si paraba allí, pero mientras estaba sentada en la cama de la habitación del hotel, supe que tenía que atar los cabos sueltos.

Mi carrera era lo único que me quedaba por delante. Era lo único que tenía a mi favor. Tras la tormenta que Mikhail había provocado en mi vida, tenía que tener algo a lo que aferrarme. Volcarme en mi trabajo tendría que ser la causa con la que me comprometiera… de nuevo.

El amor, y cualquier futuro sólido con un hombre, tendría que volver a pasar a un segundo plano.

Gimiendo en voz alta, me dejé caer de espaldas en la cama y cerré los ojos.

El plan era moverme y ampliar mis horizontes tras la muerte de mis padres. Me había marchado del Reino Unido para cambiar de aires. Mis colegas de allí aplaudieron mi traslado a Estados Unidos. Y aún más me elogiaron por apuntarme a la misión a la que nunca tuve la oportunidad de ir.

Joder.

Tenía que ponerme en contacto con alguien de allí y explicarle por qué no me había presentado. Me partía el corazón fallarles y dejarlos en la estacada. Contaba con aportar mi granito de arena y ayudar a los demás mientras decidía dónde quería estar. Pero al acabar con Mikhail como lo había hecho, seguía sin tener un camino que seguir.

Pero no puedo quedarme con él.

Eso estaba meridianamente claro.

Volver a casa me parecía una retirada en toda regla, pero tenía que ser la opción más segura. Ya había perdido la oportunidad de ir a esa misión. Había empezado la semana pasada. Probablemente me estaba arriesgando a tener muchos problemas en el hospital por mentir sobre mi año sabático y por no estar localizable. No podía usar mi móvil en el edificio Orlov. Lo aprendí por las malas. Ahora que no estaba bajo su paraguas informático, mi móvil recibía innumerables correos electrónicos, mensajes de texto y mensajes de voz. Lo dejé en silencio, demasiado abrumada para volver a ser un miembro de la sociedad.

Sin embargo, tenía que ir al hospital. Podría apañármelas para dar una explicación sobre dónde estaba y por qué no había ido a esa misión. Por mucho que odiara mentir y aprovecharme de nadie, apostaría a que podría contar con compasión y comprensión si les decía que el dolor por la reciente pérdida de mis padres estaba afectando a mi salud mental. Creíble, y falso. Pero era una excusa que podía usar.

Vale, lo primero es ir a dimitir oficialmente.

Tenía que hacer lo correcto. También sería necesario para poder buscar empleo cerca de Londres.

Ir allí era lo que más sentido tenía. Aquí, donde todas estas familias mafiosas gobernaban, no tenía recursos ni un sistema de apoyo.

No, eso no es verdad.

Tenía a Mikhail y toda su ayuda, pero con su ayuda, se esperaba que arriesgara mi vida. No podía aceptar eso.

A continuación, reservar un vuelo.

Tendría que pasar por el banco.

Y luego, largarme de aquí.

Me senté, suspirando ante la magnitud de esta mudanza. No dispuesta a dejar que este plan se quedara en mi cabeza y se

convirtiera en algo abrumador mientras lo posponía, me levanté y me puse en marcha.

En cuanto salí del hotel, la paranoia se apoderó de mí. Fuera por donde fuera, me ponía nerviosa pensando que la gente me observaba. En el metro, estaba convencida de que dos hombres diferentes *me* estaban acosando. Estaban demasiado interesados en mantenerme en su campo de visión, y solo apartaban la mirada cuando creían que estaba a punto de pillarlos espiándome.

¿Son espías de Orlov?

¿Esos italianos, los Giovanni?

¿Hombres de Popov, como los que se llevaron a Anya?

Preocupada de que tanta gente me siguiera, entré en pánico e intenté que no se me notara. En lugar de eso, conté las paradas que quedaban hasta que me bajara y entrara en el hospital para presentar mi dimisión.

Durante el camino, estuve más convencida de que múltiples ojos me observaban. Había gente siguiéndome. Asesinos y criminales me pisaban los talones. Con una claridad nauseabunda, me di cuenta de que Mikhail debía pensar que era una idiota por descartar y rechazar su protección.

Ya estaba marcada, conocida como suya por el tiempo que había pasado con él, pero me negué a detenerme ahora. Estaba demasiado decidida a recuperar mi vida normal, a volver a mi tierra natal, donde volvería a ser una completa desconocida.

Conteniendo el aliento, crucé la intersección para llegar al último tramo de acera antes de entrar al hospital. Sin embargo, unas obras servían de desvío, y fruncí el ceño cuando me desviaron de esa entrada. No era la que solía usar para ir a trabajar a urgencias en mis turnos, sino la que me llevaría a la zona de administración, a los superiores a los que tenía que notificar que me iba.

Al acercarme a la entrada que usaba normalmente, la que cogía para trabajar, me puse tensa e intenté no parecer nerviosa, como si estuviera inspeccionando los alrededores. Esto me acercaba a donde ese hombre me atacó en el aparcamiento. Estaba más cerca de donde corrí y encontré a Jack apaleado en la sala de descanso.

Al doblar otra esquina, me estremecí de los nervios y tuve que detenerme para recuperar el aliento. Estaba muy asustadiza, temblando por el subidón de adrenalina de estar tan cerca de donde me habían capturado antes.

Respira.

Inspira y espira.

Tómatelo con calma. Una respiración cada vez.

Agachada, luché contra el miedo y la ansiedad que amenazaban con hacerme desmayar. Normalmente no era tan débil ni me asustaba con tanta facilidad. No era esa clase de loca aterrorizada. Pero llevaba días en vilo, sin saber nunca cuándo llegaría el siguiente golpe.

Levanté la vista al oír unas voces cercanas. Unos hombres hablaban y reían, como si estuvieran doblando una esquina.

¿Jack?

No conocía al encantador doctor desde hacía mucho, pero lo vi de refilón. Su reflejo se veía en la ventanilla de un coche aparcado cerca.

Oh, mierda.

Tenía que mantenerme alejada de él. No había olvidado sus prejuicios contra Mikhail y los Orlov. No había descartado su amabilidad con los Giovanni. Tampoco podía borrar la imagen mental de él, apaleado y escondido en la sala de descanso.

Tragando saliva, intenté escuchar a escondidas. El reflejo mostraba que ahora estaba hablando y sonriendo con uno de ellos. Un miembro de los Giovanni, reconocible por su pelo engominado y ese traje específico.

No. No puedo entrar ahí.

Tenía que recurrir a otra opción. Obligando a mis dedos temblorosos a funcionar en mi móvil, abrí mis correos electrónicos y tomé la salida cobarde. Le enviaría un correo electrónico al jefe de departamento diciéndole que me iba. Tenía que contar como una dimisión oficial. Hasta ahí podía llegar.

Mientras tecleaba las palabras, desesperada por permanecer pegada a la pared y fuera de la vista, oí a Jack y al mafioso bromear sobre alguien que necesitaba que le dieran una lección. O que lo follaran hasta la muerte. Algo tan vulgar y grosero que no pude entender mientras me apresuraba a escribir mi correo.

Antes de que pudiera asegurar que el correo electrónico se había enviado, pues el circulito seguía girando mientras mi móvil intentaba conectarse a cualquier red wifi que hubiera por aquí, él gritó:

—¡Eh! ¿Nos estás espiando?

Levanté la cabeza de golpe, dándome cuenta demasiado tarde de que el matón italiano me había visto a *mí* en el reflejo de esa misma ventanilla. No había estado tan oculta como suponía. Había intentado no moverme para no llamar la atención. Si no, habría echado a correr. Pero me habían visto.

—Joder. Nos está escuchando —dijo Jack, doblando la esquina y persiguiéndome—. ¿Claire?

Entré en pánico, me metí el móvil en el bolsillo y me di la vuelta para correr.

Moviendo los brazos tan rápido como pude, eché a correr de inmediato. Sus pasos resonaban tras de mí mientras me lanzaba

contra el tráfico de peatones frente al hospital. La gente pasaba. Los coches tocaban el claxon y frenaban bruscamente. Era hora punta y tanto la carretera como las aceras estaban atascadas, pero no importaba en qué dirección corriera.

Aparecieron más Giovanni. Parecía que habían estado por la zona, y ahora que el que había estado hablando con Jack gritó para que me atraparan, gemí y me encogí, sin saber cómo salir corriendo de esa situación con ellos rodeándome.

Dos corrían tras de mí por detrás. Otro se abalanzaba sobre mí desde la derecha. El matón trajeado que corría hacia mí de frente curvó los labios en una sonrisa siniestra.

Oh, mierda.

Joder.

¡Joder!

En un último y desesperado intento de escapar, giré sobre mis talones y me detuve en seco para correr a través de la calle congestionada. Arriesgando mi vida, literalmente, para mantenerme alejada de estos enemigos que solo habían querido hacerme daño porque me atreví a caer bajo el hechizo de amar a Mikhail Orlov, el jefe de la mafia que ahora nunca querría que volviera.

MIKHAIL

Andre se involucró más con Anya a lo largo del día. Era mi hombre de confianza para asegurarse de que sus necesidades estuvieran cubiertas, pero cada vez que me informaba entre reuniones y demás, insinuaba que ella no acababa de intimar con él. Lo que no me sorprendió. Tenía que acostumbrarse a tener un hermano antes de poder adaptarse a que un hermano la cuidara.

Estaba agradecido de que interviniera así. Como hacía con tantas otras cosas, era mi mano derecha, el hijo en el que podía confiar pasara lo que pasara. Criarlo había sido un placer. Sin embargo, yo seguía sin saber cómo conectar con ella, sobre todo después de que me viera como la razón principal por la que estaba aquí. La razón por la que alguna vez se convirtió en un objetivo.

Si no movía yo ficha para arreglar esta desconexión entre nosotros, no sabía qué más podía hacer ahora mismo para llegar a ella. Esto acentuaba lo mucho que había contado con Claire en ese aspecto. Había contado con ella para dar el primer y crucial paso en la recuperación de mi hija.

¿Acaso lo tuvo en cuenta?

¿Cómo pudo dejarla tirada también a ella?

Dejar que mi hijo se ocupara de Anya me pareció una excusa cobarde. Como si me mostrara demasiado displicente para hacer

más por ayudarla. O como si la estuviera evitando.

No era eso. Simplemente, estaba atrapado en todo el infierno de los acontecimientos de ese día. Entre los Popov y los Giovanni, parecía que nos habían declarado la puta guerra. Tenía que ser una táctica de hacer leña del árbol caído, una batalla que nos llegaba desde demasiados frentes.

La situación no cambió en todo el día y la noche. Desistí de intentar dormir, me quedé en mi despacho y repasé los archivos y las grabaciones de todo lo que necesitaba supervisar para que este imperio funcionara eficientemente. Debido a lo avanzado de la hora, me volqué en el trabajo y en asegurar todos los planes de venganza contra mis enemigos, esforzándome mucho más para derrotarlos en los negocios, para cortarles cualquier beneficio de todos sus ingresos. Hablar con los hombres de negocios e inversores al otro lado del mundo era algo que podía gestionar en mitad de la noche, pero al final, caí rendido.

Al despertarme por la mañana con la cabeza sobre mis brazos cruzados y tortícolis por haberme quedado desplomado sobre el escritorio, gemí.

—¿Te has quedado aquí toda la noche?

Sergei llamó a la puerta abierta al entrar.

—Eso parece —admití, incorporándome y haciendo una mueca por la incómoda postura.

—¿No supiste cuándo parar? —preguntó mientras se sentaba en la silla frente a mí.

—Yo nunca abandono —gruñí. Nadie se saldría con la suya con esa acusación, ni en broma. Esta familia había alcanzado la grandeza gracias a mi compromiso implacable e incansable con ella.

—Pareciste rendirte con Claire bastante rápido.

Entrecerré los ojos, odiando el interrogatorio. Viniendo de él, no era un ataque. Sergei siempre había sido el más frío de todos, brutal y trabajador, sin entregarse a menudo a los placeres o vicios de la vida.

—No me rendí con ella.

—¿Significa eso que ella importaba más que ser simplemente una doctora que ayudara aquí?

Solté un largo suspiro. —Podría haber sido algo más si hubiera estado dispuesta a quedarse y aceptar nuestro mundo. No lo estaba. Fin de la historia.

—Dudo mucho que ese sea el fin de la historia. No con la forma en que has estado tratando de mantenerte preocupado y ocupado.

—*Estoy* ocupado —repliqué.

—Pero noto que ahora es diferente. No querías que se fuera, ¿verdad?

Me froté la cara y gemí, sin importarme mostrarme vulnerable frente a él. —No, no quería que se fuera, joder. Pero cuando me preguntó si podía cambiar por ella y alejarme de la violencia, ¿qué coño se suponía que hiciera? —Extendí las manos en un gesto de «¿y qué se le va a hacer?».

Negó con la cabeza. —¿No crees que al final habría entrado en razón y se habría adaptado con un poco más de tiempo? —Se pasó la mano por el pelo y suspiró—. Quiero decir, para alguien que lo ve desde fuera, tiene que ser un gran cambio.

Me encogí de hombros. Le habría dado tiempo. Me negaba a pensar que había presionado demasiado rápido para que se sometiera y la había asustado. Ella lo había disfrutado. Sabía que sí.

—Su padre era juez. Su madre era una catedrática muy laureada. No es que fuera una don nadie de clase media de por ahí.

Probablemente la criaron con altas exigencias y expectativas, obediente y respetuosa con la ley.

—Lo sé. —Había pedido que la investigaran cuando sentí curiosidad por ella por primera vez—. No puedo retroceder en el tiempo y cambiar nada de eso. Ella es quien es. Igual que yo soy el jefe del apellido Orlov.

Soltó un profundo suspiro. —Pero…

—Ningún *pero*, Sergei. Ella se marchó, y no voy a desvivirme para obligarla a cambiar de opinión sobre mí, sobre esta familia.

—¿No merece la pena? ¿Convencerla de que cambie y se quede, si eso es lo que te hace feliz?

Qué egoísta por su parte decir eso.

—Merece la pena, pero no creo que fuera feliz con ella tan disgustada y protestando por irse. —Negué con la cabeza, odiando la lección de que amarla significaba dejarla ir.

Frunció el ceño. —Supongo que cambiarás de opinión. Has estado obsesionado con mantenerla cerca e incluso nuestros enemigos se han enterado de que ella te importa. Ahora irán a por ella como sabuesos para llegar hasta ti.

Apreté los dientes, odiando que me hubiera pedido que me mantuviera al margen y que yo estuviera dispuesto a darle lo que quería. —No voy a…

—¿Dónde está Roman?

Tanto Sergei como yo giramos bruscamente la cabeza hacia la puerta. Andre estaba allí, respirando con dificultad como si acabara de correr para llegar hasta nosotros.

—¿Qué? —Fruncí el ceño, confundido por qué pensaría que lo sabríamos y por qué importaría. Sin embargo, no había nacido ayer y supe por la urgencia de su tono que algo iba mal.

—Anya pidió ir a la peluquería —dijo, con el ceño fruncido—. Pensé que sería una forma de contentarla, de darle algo por lo que sonreír después de todo lo que había pasado y… —Sacudió la cabeza—. Le dije que podía ir, con guardias. Roman se ofreció a llevarla y a conocerla más. Pero no consigo localizarlo. No está conectado y su teléfono no está siendo rastreado.

¡Joder!

Me puse de pie de un salto, alarmado. —¿Estaba con Anya?

Asintió. —Lo vi salir con ella y unos cuantos guardias. Pero cuando recibí noticias de uno de los espías cerca de los muelles, oí que los Giovanni están conspirando para llevársela. Están cabreados porque los Popov lo intentaron antes que ellos y se les adelantaron. Pero van a por ella, quieren atraparla y matarla para debilitarte y distraerte. —Volvió a fruncir el ceño—. Están así de desesperados por forzarte la mano y conseguir que abandones la competición por el tráfico de drogas.

Sergei se unió a mí en la puerta, listo para entrar en acción también. —¿Ha oído todo eso, justo hoy? ¡Si a Anya la recuperamos ayer!

Andre nos indicó que nos diéramos prisa en salir de esa planta con él. —Llevaba un tiempo escuchándolos y siguiéndoles la pista. Parece que han estado insinuando que se la llevarían desde que llegó.

—¿Estás seguro de que dijeron Anya? —pregunté, frenético por salvarla de nuevo. Cabreado porque hubiera sido un objetivo, otra vez. Andre no podía tener la culpa de dejarla salir de casa. Roman y otros guardias estaban con ella. Permitirle a Anya algo de libertad tenía un precio, pero no era como si estuviera sola ahí fuera.

Como Claire.

—Eso es lo que dijeron —respondió Andre.

Pedimos refuerzos, y los tres nos separamos para buscar a Anya. La peluquería específica a la que se suponía que iban a ir estaba en mi territorio. Formaba parte del territorio Orlov, lo que implicaba que debería estar a salvo pasara lo que pasara, tratada con respeto y vista como de la realeza por cualquier empleado de mi organización.

Roman seguía sin contestar al teléfono, pero a Sergei no le preocupaba demasiado. Fue conmigo en el coche, escéptico. —A veces, la cobertura allí es una mierda.

Asentí. —Lo es. —Sin embargo, no estaba dispuesto a bajar la guardia. Acabábamos de recuperar a Anya y no estaba dispuesto a revivir la sensación de culpa por no haberla mantenido a salvo.

Llegamos y frenamos en seco con la urgencia de entrar. De manera ordenada pero rápida, los hombres salieron de los coches y entraron corriendo en la peluquería. Armas en alto. Sentidos agudizados.

Anya estaba allí, sentada en una silla mientras una estilista le cortaba el pelo. Con los ojos muy abiertos por la alarma, mi hija nos miró a todos y se quedó con la boca abierta. La estilista gritó, agachándose para esconder la cara mientras se ponía de rodillas.

—Joder —dijo Andre, caminando hacia ella.

—Está justo ahí —afirmé.

—¿Qué coño pasa? —preguntó Roman, levantándose de otra silla donde parecía que se había acomodado para charlar con Anya mientras le cortaban el pelo o para flirtear con otra estilista.

—Han llegado informes de que los Giovanni se la habían llevado. —Andre tragó saliva y bajó la cabeza, con un claro alivio en los ojos.

—No he recibido ninguna novedad —dijo Roman.

—¿No has oído tu puto teléfono para nada? —ladré, mirando de nuevo a Anya, que todavía parecía ligeramente preocupada.

—No. —Roman hizo una mueca, sacando su teléfono—. Algo se ha estropeado con las obras de la calle y casi todo está caído por aquí. La cobertura es una mierda.

Exhalé un largo suspiro y puse las manos en las caderas.

—¿Está… todo bien? —preguntó Anya.

Levanté la vista y vi que le preguntaba a Andre.

Él asintió. —Solo hemos oído un rumor y he llegado a la conclusión de que podrías haber estado en peligro.

Ella tragó saliva y me miró. —¿Y por eso ha entrado la, um, la caballería?

—Siempre entrará corriendo cuando haya una señal de alarma —declaré, dándome la vuelta para irme. Podría haber sido prudente quedarme e intentar hablar más con ella, pero no podía. Todavía preocupado y sin ver esto como una coincidencia, salí y le hice un gesto a Andre para que me siguiera.

—¿Qué coño ha sido eso? —le pregunté.

—No lo sé… —Se frotó la mandíbula, frunciendo el ceño—. Sé lo que oí.

—Pero ¿qué oyeron tus informadores? —pregunté—. Si no estaban hablando de Anya, entonces podrían haberse estado refiriendo a llevarse a…

Andre me sostuvo la mirada, encogiéndose. —Joder.

—¿Podrían haber estado conspirando para llevarse a Claire?

Ya se había visto envuelta en la mierda de los Popov cuando esos policías corruptos la llevaron a la comisaría para tratar a los soldados heridos.

Pero no sería descabellado que Roberto Giovanni también le hubiera echado el ojo. Ni siquiera para herirla o matarla, sino solo para

poder burlarse de mí diciendo que tenían a mi mujer.

Mi mujer.

Menuda broma.

A ella no le interesaba ese papel, abandonándonos a mí y a Anya.

—Haz que un equipo investigue para localizarla —ordené, dirigiéndome al coche para volver al edificio.

Me había pedido que no la siguiera, pero ese juego se había acabado. Si se la habían llevado antes de que pudiera volar más lejos, tenía que hacer todo lo posible para compensar la desdicha, desdicha que no habría sufrido si tan solo se hubiera quedado.

CLAIRE

Aquellos hombres me lanzaron a la parte trasera de la furgoneta sin importarles lo más mínimo si me hacía moratones. Al caer de golpe en el suelo de la furgoneta de carga, rodé hasta quedar boca arriba y grité con todas mis fuerzas. El sonido no llegaría muy lejos. La gruesa mordaza que me habían puesto en la boca garantizaba mi silencio.

Se abrió otra puerta del vehículo y respiré con dificultad por la nariz, obligándome a no desmayarme del miedo. Había sucedido de repente, demasiado rápido como para asimilar que me habían capturado. Aquellos hombres me habían rodeado, pero era Jack quien estaba más cerca de mí cuando me metí en el tráfico para escapar. Sus dedos se aferraron a mi manga y me arrastró de vuelta a la acera antes de que pudiera atropellarme un motorista o un coche que pasaba a toda velocidad.

—¿Qué te pasa? —exigió, respirando con dificultad tras haberme perseguido y atrapado justo a tiempo. Sujetándome con fuerza mientras me sacudía, lo vi gruñir—. ¿Qué coño te pasa?

Ojalá le hubiera podido gritar lo mismo. Pero no lo había hecho. No había podido decir ni una sola palabra ni preguntarle por qué era amigo de criminales. Los mafiosos italianos nos alcanzaron y él me entregó. De un empujón, me lanzó a los brazos de uno de los

hombres corpulentos, un matón callejero igual que el que casi me patea en el hospital hacía unas semanas.

Y eso fue todo. Me apartaron de los peatones y de la calle. Me ataron, con las manos juntas a la espalda con brusquedad. La inconfundible presión del cañón de una pistola me encañonó la espalda y el hombre apestoso me ordenó que me moviera.

—Como grites, estás muerta, doctora. —Me empujó con la pistola una vez más y obedecí.

Era surrealista que hacía solo diez minutos estuviera de pie, libre y corriendo hacia un lugar más seguro de vuelta a casa. Ahora, me habían arrojado a esta furgoneta inmunda.

Se balanceó cuando otra puerta se abrió y se cerró. La furgoneta dio un bandazo y se sacudió por el peso de alguien más dentro, así que estiré el cuello para ver quién acababa de entrar.

—Te dije que no te metieras en líos —susurró Jack, girándose desde el asiento del copiloto para mirarme con desprecio.

¡Pues tú también! ¡Estás metido en este puto lío!

Resultaba la peor de las ironías estar atada y maniatada de esta forma, indefensa y a punto de ser transportada como si fuera un paquete mientras él se sentaba en el asiento delantero. Estaba compinchado, no solo era amigo de los Giovanni, sino que los ayudaba. No solo los conocía, sino que era un participante activo, sentado ahí delante sin intentar ayudarme a escapar.

Darme cuenta de que tenía un motivo oculto y un doble juego me dejó atónita, pero no dejé que la conmoción me paralizara. Aferrándome a la rabia y dejando que esa emoción candente me sirviera de combustible para mantenerme alerta, entrecerré los ojos y observé cómo el Giovanni alto, que me había empujado con la pistola, se sentaba en el asiento del conductor.

Me lanzó una mirada cruel a través del reflejo en el espejo. Luego, soltó una risa seca y arrancó el motor.

—Vamos allá, doctora —bromeó.

Jack tuvo el descaro de reírse con él, como si se tratara de un número de comedia que les pareciera absolutamente desternillante.

Rodé por el suelo cuando el conductor giró y aceleró, pero hice todo lo posible por meter la cabeza y encoger los hombros para no sufrir una conmoción cerebral. Evitar lesiones era un objetivo fundamental en todo esto, y temía que fuera mucho más difícil lograrlo una vez que se detuvieran y me dejaran salir.

Esto no era un paseo. No me habían capturado a plena luz del día por pura diversión, como si fuera una broma. Si hubiera tenido la lucidez de reflexionar sobre ello, me habría sorprendido admitir que la idea de que estar rodeada de gente te protege era una mentira.

Toda esa gente, caminando, corriendo, saliendo del trabajo y ocupándose de sus asuntos. ¿Y ninguno se había dado cuenta de cómo me habían apartado a la fuerza?

¿Qué más podría haber hecho?

¿Qué otras opciones había?

Me habría disparado —a mí o a otra persona— si yo hubiera gritado. No podría haber echado a correr ni haberme librado de su férreo agarre en mi brazo.

Ningún sitio era seguro. Había ido al hospital solo para presentar mi dimisión y me habían secuestrado justo en la puerta.

Antes había acudido deprisa a la policía, y eso me había salido el tiro por la culata cuando demostraron ser corruptos y estar a sueldo de los Popov.

Ya nada era lo que parecía. Mientras permanecía alerta y escuchaba los ruidos de la furgoneta por las calles, deseché esa estúpida

reflexión de que venir aquí y aterrizar en Nueva York me había abocado a vivir en un mundo de ensueño surrealista donde los criminales gobernaban y las leyes no importaban.

Cuando la furgoneta se detuvo, me puse en tensión y esperé lo que fuera que viniera a continuación. El conductor Giovanni salió y, a través de las paredes del espacio de carga, capté los sonidos indistintos y amortiguados de él hablando y riendo con otros.

Jack se quedó dentro, mirándome como si estuviera decepcionado conmigo. —¡Te dije que no te metieras en líos!

Fruncí el ceño, respirando con dificultad con la mordaza en la boca mientras le sostenía la mirada. Ya era la segunda vez que recalcaba que me lo había advertido. Dos veces quería llevarse el mérito de haberme dicho que no me entrometiera en los asuntos de la mafia. Me costaba entender por qué, de entre todas las cosas, quería insistir en ese hecho.

¿Era esta su forma de decirme «te lo dije»?

¿Quería una palmadita en la espalda y que le reconociera que había velado por mí?

Siendo tan amigo de los Giovanni, dudaba que alguna vez hubiera velado por mí. Al igual que cuando miró fríamente a Mikhail aquella noche en que lo atendí en urgencias, la verdadera naturaleza de Jack se mostraba con claridad. No había velado por mí cuando me dijo que evitara involucrarme con la mafia. Fátima lo decía en serio cuando me sugirió que hiciera mi trabajo y me ocupara de mis asuntos. ¿Pero Jack? No me lo tragaba. No estaba convencida de que le importara una mierda lo que me pasara.

¿A no ser que esté aquí para intentar salvarme todavía?

¿Y si puede ser mi héroe? ¿Y si les está siguiendo el juego para quedarse a mi lado y salvarme al final?

Eso no parecía probable, y de todos modos, pronto tuve mi respuesta.

Las puertas traseras se abrieron de un tirón. Los fuertes y chirriantes crujidos de las bisagras sin engrasar resonaron, pero ninguna luz entró.

Habían aparcado dentro de una especie de garaje largo y oscuro. Las paredes estrechas amenazaban con provocar claustrofobia. La falta de luces hacía que cada sombra fuera más siniestra. Pero lo que más me asustó fue ver acercarse a los corpulentos hombres de los Giovanni.

Dos hombres me sacaron de la furgoneta y me dejaron caer al suelo rugoso. El pavimento agrietado no me ofreció ningún tipo de amortiguación. Hice una mueca de dolor y siseé cuando me agarraron por los tobillos y me arrastraron. Como si fuera un animal, un saco de basura inerte, me arrastraron por el suelo a través de aquel espacio con forma de túnel.

Cuando llegaron a una habitación grande con una sola luz, me soltaron los tobillos. Sin estar preparada para la parada brusca, no pude prepararme para el impacto. Mis piernas cayeron y me tensé al golpear mis talones contra el suelo de hormigón.

Hablaban detrás de mí, recurriendo al italiano y solo a unas pocas palabras en inglés. Lo único que pude entender fueron las palabrotas cuando ralentizaban sus conversaciones.

Tumbada allí, respirando con dificultad por el terror, esperé lo que vendría a continuación.

Sufrí un horror similar cuando estuve en aquella celda de la comisaría, preocupada por lo que me pasaría si no trataba a aquellos hombres de los Popov y les cosía las heridas.

Ahora, esta vez, temblaba ante las incógnitas que se cernían sobre mí.

¿Iban a pegarme y a exigirme que les hablara de los Orlov?

No sabía nada. Había tenido cuidado de no curiosear en el edificio de Mikhail y, de todos modos, nadie había compartido nada incriminatorio conmigo.

¿Iban a turnarse para abusar de mí, violándome uno por uno?

No quería ni siquiera permitir que esa idea entrara en mi mente. Era demasiado terrible de imaginar, y deseaba poder cerrar los ojos y despertar de esta pesadilla de una vez por todas.

¿Cómo puede estar pasándome esto a mí? ¿A mí*?*

Nunca busqué problemas. Siempre había actuado dentro de la ley. Siempre. Pero ahora, me veía sometida a este cautiverio y a esta terrible ansiedad ante lo desconocido.

¿Qué me van a hacer?

¿Es este el final?

¿Se acabó todo?

No iba a llorar. No podía dejar que me vieran derrumbarme.

Pero cuando Jack entró en mi campo de visión, con un Giovanni a su lado, me heló la sangre su falta de compasión. Todo lo que podía ver en sus ojos y en sus rostros burlones era malicia.

—Creo que la doctora no va a ir a ninguna parte durante un tiempo —supuso Jack.

El otro hombre asintió, sonriendo con malicia mientras hacía restallar un látigo en sus manos. —No, desde luego que no.

Temblando y rezando para que el dolor terminara lo más rápido posible, parpadeé para quitarme la suciedad de los ojos.

—Estará aquí mismo con nosotros hasta que averigüemos todo lo que puede hacer por nosotros. —El bruto sonrió, mostrando unos

dientes blancos que parecían antinaturales en un alma tan fea y malvada.

¿Lo que puedo hacer por vosotros?

No quería saber qué significaba eso.

Era una mujer. Podían violarme.

Era médico. Podían convertirme en su esclava para que ayudara a sus heridos.

Había estado bajo la vigilancia y custodia de su enemigo. Podían explotarme y usarme como moneda de cambio con Mikhail o matarme para usarme como cebo para él.

¿Qué he hecho?

La agonía y el arrepentimiento se unieron en mi corazón mientras yacía allí, temiendo el abuso y la tortura —o la muerte— que ahora parecían inevitables.

Ojalá pudiera hacer lo que Mikhail había bromeado irónicamente una vez.

Encontrar un botón para rebobinar y hacer retroceder el tiempo.

Porque recé y deseé con todo mi corazón poder cambiar mi destino.

No debería haber huido de él. Fui una tonta por ser orgullosa y moralista, engañada al creer que podía estar al mando de mi vida y mi seguridad.

Mikhail era el único que podía mantenerme viva y protegida, el único que parecía preocuparse por si yo vivía y prosperaba.

Y ahora, dudaba que volviera a verlo.

No en esta vida.

Sorbí por la nariz con fuerza e intenté no llorar.

Nunca tuve la oportunidad de decirle que lo amaba.

MIKHAIL

—¿Habéis revisado su teléfono? —preguntó Andre.

Dejé de pasearme de un lado a otro del almacén donde nos habíamos reunido. Desde que nos dimos cuenta de que se habían llevado a Claire, no había dejado de buscarla. Fulminé a mi hijo con la mirada por una pregunta tan estúpida y deseé poder gritar.

Cada segundo que Claire seguía desaparecida y en paradero desconocido era otro golpe infernal para mí. Me iba a volver loco preocupándome por ella. Nunca me perdonaría haberla dejado salir de mi vida, pero primero tenía que encontrarla y ver con mis propios ojos que estaba viva y sana para poder marcharse de nuevo.

Andre puso los ojos en blanco, tan molesto conmigo como yo con él. —Ya sé que lo revisamos antes. Cuando nos dimos cuenta de que los Giovanni nos estaban jodiendo y que su conversación era una distracción mientras se llevaban a Anya.

—¿Quieres decir si alguien ha revisado su teléfono recientemente? —preguntó Sergei, recorriendo lentamente el perímetro de la habitación vacía.

—Sí —asintió Andre—. ¿La han movido?

—No. —Roman levantó su teléfono para mirar el mapa—. No se ha movido.

—¿Así que se supone que debemos creer que sigue en el puto océano? ¿En el agua? —espetó Andre. Negó con la cabeza.

—Eso o está en un barco —dijo Sergei.

—Si estuviera en un puto barco, la señal se movería un poco —replicó Roman.

—Entonces quizá sea solo un puto señuelo o algo así —dijo Andre, exasperado.

Mientras discutían y consultaban entre ellos, gruñí y contuve el impulso de rugir de frustración. Todo esto pasaba por mi culpa.

No. No es así.

Ella eligió marcharse. Igual que con el puto formulario de alta voluntaria que siempre ofrecían en el hospital, ella había firmado su salida. Decidió marcharse y renunciar a la protección que yo le ofrecía. Si se hubiera quedado en mi edificio y hubiera considerado estar conmigo, comprometerse *conmigo*, no se la habrían llevado. Jamás.

—Probablemente sea un señuelo. Una trampa —mascullé, volviendo a pasearme de un lado a otro y deseando poder fumarme un cigarrillo. Lo dejé el día que nació Andre y nunca había sentido las ganas de esa calmante calada de nicotina como ahora. En treinta años no había necesitado nada que me ayudara a superar este tipo de estrés.

—Otro callejón sin salida —convino Andre.

Sergei recibió una llamada y se apartó para atenderla. Por mucho que estuviera decidido a encontrar a Claire y estuviera invirtiendo todos los hombres que podía en su búsqueda, todavía teníamos otros problemas que resolver. Seguían molestando a nuestros negocios y tenía que asegurarme de que nadie se atreviera a

empezar una pelea y a enfrentarse a ningún Orlov en una guerra territorial no autorizada mientras yo estaba entregado a encontrar a la mujer que quería llamar mía.

Todo era parte de la trampa. Parte del juego mental. Cuando se llevaron a Anya, intentaban despistarme. Ahora, con Claire, volvían a joderme.

Tiene que estar viva.

No puede haberse ido.

No puede estar muerta.

Si apenas nos acabamos de conocer, joder.

Ayer le dije a mi sobrino que nunca me he considerado un hombre que se rinde, y no iba a empezar a serlo ahora. Costara lo que costara, sin importar a cuántos soldados y espías interrogara y matara por el camino, no abandonaría su búsqueda.

Ella importaba demasiado. La doctora Donovon importaba lo suficiente como para haberla dejado marchar, joder.

—Pues empecemos de nuevo desde el principio. Cerca del hospital —sugirió Andre.

Negué con la cabeza, saliendo del almacén con él. —Vosotros dos id a la propiedad de Roberto pasando la frontera.

Sergei y Roman asintieron, formando equipo para ver si podían acercarse a encontrar una pista sobre Claire. Sin embargo, había demasiadas propiedades que registrar. Al igual que nosotros, tanto los Popov como los Giovanni ocultaban la titularidad de innumerables edificios donde podían esconder a alguien. Nosotros también lo hacíamos. También como nosotros, tenían numerosas propiedades y terrenos fuera de la ciudad. No habría costado mucho sacar a Claire de Nueva York. Después de todo, la última vez que la vimos en una grabación de vigilancia que mi experto en seguridad hackeó fue cuando la metieron en una furgoneta de carga.

—La encontraremos —dijo Andre una vez que subimos al coche.

—¿Viva o muerta? —pregunté, odiando la posibilidad de llegar demasiado tarde.

—Viva. —Asintió, entrecerrando los ojos mientras se concentraba y el conductor arrancaba. Nos movíamos con un mínimo de respaldo, listos para buscar por cielo y tierra a la mujer que no debería haberse ido.

—Creo que esto tiene que ver con mi madre —añadió—. El hecho de que de verdad tengas una mujer que *quieres* en tu vida es una tentación demasiado grande para que la resistan.

Arrugué la cara. —¿En qué gilipolleces estás pensando ahora? ¿Tu madre? ¿Olga? ¿Qué coño tendría que ver ella con esto?

—Fue la última mujer en tu vida —respondió.

Resoplé y volví a negar con la cabeza, molesto por la tangente que quisiera tomar. —Ella nunca estuvo *en* mi vida.

No volvió a hablar, pero lo conocía demasiado bien. Todavía tenía sus ideas sobre la captura de Claire, y tenía que dejarle las cosas claras.

—Tu madre fue contratada para casarse conmigo y lo odió. Me odió. Consumó el matrimonio y se escapó para vivir en su casa, para que fuera un matrimonio solo de nombre. Así es como naciste.

—Lo sé. Conozco la historia.

—Pues déjame terminarla de todos modos y verás por qué es estúpido siquiera pensar que Claire tiene algo que ver con esas viejas historias. Tu madre nunca me vio, nunca te vio a ti y le importaba una mierda tener un hijo o un marido. Cuando su padre la obligó a visitarme, se emborrachó como una cuba, me confundió con un guardia y yo la confundí a ella con una bailarina del club. Así fue como Anya llegó a mí. Luego la zorra se suicidó y tampoco fue una madre para ella. —Hice una mueca, odiando el regusto que me

dejaba incluso pensar en Olga—. Así que, ¿qué coño tiene que ver todo eso con Claire?

—Porque ella es tu nueva mujer.

—Si fuera mía, ¿crees que se habría marchado? —gruñí—. No es *mía*.

—Actuaste como si pudiera serlo. No escatimaste en gastos ni en molestias para tratarla como si quisieras que fuera tu pareja.

—Estás muy equivocado, hijo. Se fue. Eso es todo.

—No, eso no es todo. —Me dedicó una sonrisa de superioridad, como si yo fuera el tonto—. No es como las putas y las mujeres que has recogido y follado todo este tiempo. Ella importaba, y tú querías que eligiera quedarse contigo. Con la familia.

—¿Y qué? —Me encogí de hombros, sintiéndome en carne viva, con demasiadas capas de defensas arrancadas. Estaba dando demasiado en el clavo.

—Pues que, o te la quedas y te aseguras de que esto no vuelva a pasar o la mandas lejos para que no sea un obstáculo para el negocio como ahora. —Suspiró—. Aclárate y encárgate de esto sin arriesgarnos a que nos saquen de nuestras obligaciones para encontrarla y salvarla.

—Lo dices como si fuera fácil. —Lo fulminé con la mirada—. ¿Que me aclare?

—Sí. Aclárate —sugirió con sarcasmo, aunque lo decía en serio—. Dile cómo van a ser las cosas. Dale un incentivo para que se quede.

—¿Crees que no lo hice?

—No. —Puso los ojos en blanco—. Probablemente te la follaste y asumiste que con eso bastaba. Con alguien criada para ser una niña buena como ella, tienes que convencerla de que no está perdiendo su moralidad por estar contigo.

—¿Y dónde coño te has sacado el título de psicología, listillo?

Resopló y casi sonrió. —Es solo sentido común, padre.

Y una mierda.

—Anya también está preocupada —añadió.

—No tengo ningún control sobre lo que Claire quiere hacer.

Golpeó el reposabrazos. —¿Te oyes? ¿No eres el jefe de la familia más poderosa de por aquí? ¿El jefe de los Orlov? ¿Que no tienes control sobre lo que ella quiere hacer? ¡Y una mierda que no!

—No tengo control sobre si me ama —dije, odiando que me hubiera forzado a decirlo—. No puedo obligarla a amarme ni a desearme.

Me observó, frunciendo el ceño. —Claire no es como mi madre.

Suspiré, mirando por la ventanilla por un segundo.

Se estaba acercando demasiado a la puta verdad.

—Claire no es como Olga Volkov, que solo se preocupaba por sí misma. Que fue tan egoísta como para no querer saber nada de sus propios hijos.

Tragué saliva, odiando lo espesas que sentía las emociones en mi garganta, obstruyéndola.

—Esto no es como antes.

Reí con ironía. —Como si tú lo supieras. Ni siquiera habías nacido.

—Me lo han contado. He estado contigo toda mi vida y no necesité presenciarlo para entenderlo. Sé que siempre has luchado con la falta de sentirte deseado. Con que tu propia esposa te evitara.

—Fue un matrimonio por contrato, Andre. Por supuesto que no quería estar casada conmigo.

—Pero ese no es el caso ahora. —Se meció con la brusca parada del coche—. Claire puede elegir querer una vida contigo.

—No si estos cabrones la matan primero —gruñí, escaneando los alrededores—. ¿Qué está pasando?

El conductor se giró ligeramente, pareciendo dividir su atención entre lo que le decían por el comunicador y el mapa de navegación del salpicadero. —La están rastreando.

—¿Se está moviendo? —pregunté.

El conductor asintió. El otro soldado, sentado a su lado, se giró más para mirarnos. —Está en movimiento y estamos esperando que el otro equipo responda hacia dónde se dirigen.

—No. —Negué con la cabeza, agarrando la parte posterior del reposacabezas—. No hay tiempo para una estrategia. Ve. Joder, *ve*. Llévame con ella.

No iba a quedarme de brazos cruzados y malgastar ni un segundo más de su cautiverio. Era arriesgado ponerme en primera línea de fuego con esto, pero quedarme atrás no era una opción.

No cuando sentía que mi corazón nunca se calmaría sin tenerla a salvo de nuevo.

No cuando mi propio hijo me animaba a dejar de estar tan ciego y a admitir que tenía que arriesgarme a que Claire pudiera amarme y quisiera una vida conmigo a pesar de los desafíos que afrontaríamos.

—¡Ve! —ordené, ansioso por correr hacia ella y acabar con la vida de cada uno de los gilipollas que se habían atrevido a hacerle daño y asustarla.

Nunca más.

Mientras el coche aceleraba de nuevo, juré que nunca, jamás, volvería a tomarme su rechazo tan a la ligera.

Decidiera lo que decidiera, tendría que estar a salvo y lejos de mis enemigos.

Pero, con suerte, no lejos de *mí*. Desde el principio, quise creer que podíamos construir algo juntos.

30

CLAIRE

Jack no se quedó mucho tiempo. Tras mi llegada inicial a esta habitación, se unió a los mafiosos para burlarse de mí. Se cernieron sobre mí después de atar las cuerdas a un gancho anclado en el suelo, asegurándose de que ni siquiera pudiera ponerme de pie con los brazos a la espalda. Tenía la cara pegada al suelo mugriento y, con cada exhalación fuerte por la nariz, una nube de polvo se levantaba para irritarme los ojos.

Me amenazaron con azotarme y golpearme, pero no me pusieron ni un dedo encima.

Entendí rápidamente que para ellos esto no era más que un juego. No me cabía duda de que me habían secuestrado con un gran propósito. Detrás de su secuestro se escondía un motivo, algo por lo que querían ser recompensados y pagados. Pero hasta que cumplieran sus amenazas, querían jugar conmigo.

Era la peor clase de guerra psicológica.

Me estremecía cada vez que se acercaban. Me encogía ante los insultos groseros, despectivos y amenazantes que soltaban arrastrando las palabras.

Las piedras y los palos podían hacerme daño, pero me negaba a que sus palabras me afectaran.

Sus látigos y porras, puños y patadas podían magullarme, pero no me acobardaría mentalmente.

Verles el farol no era prudente, así que, en lugar de eso, soporté la espera de lo que estaba por venir.

Después de que Jack se metiera un par de rayas de cocaína con los mafiosos, riendo y bromeando todo el tiempo, se fue sin decir palabra. Definitivamente, no estaba aquí para sorprenderme como un aliado.

Los demás también salieron de la habitación. Dejarme sola en este oscuro, húmedo e inmundo almacén era la siguiente fase de la tortura. Incógnitas retumbaban en mi cabeza como monstruos de los que no podía escapar. Aquí no entraba la luz. Nadie venía a darme comida ni agua.

Solo los sonidos de las ratas correteando y escabulléndose por el suelo me hacían compañía. Eso y la inminente fatalidad de que podía morir muy pronto.

¿Por qué dejé a Mikhail?

¿Por qué no pude ser más práctica y sugerir que podíamos hablar de un futuro?

¿Por qué no pude pararme a pensar mejor las cosas?

El arrepentimiento me consumía. Cada vez que pensaba en lo bien que estaba con él, en lo segura y mimada que me sentía, me ahogaba en la culpa de haber decidido marcharme.

Pero ese era el problema.

Pensar con él cerca no era tan fácil.

Me dejaba llevar demasiado rápido por los sentimientos. Me veía arrastrada por la sensación de ser cuidada, de ser querida y deseada. De recibir placer. Mikhail Orlov era una fuerza arrolladora y

no era una simple cuestión de ser racional. Me había parecido imposible pensar en nada con la tentación de su presencia.

Me dolía el estómago. Tiritando para conservar el calor, reconocí que debía de estar en el sótano de algún edificio asqueroso. Cautiva y como rehén por quién sabe qué cantidad. Mikhail tenía dinero, pero ¿pagaría un rescate para liberarme?

Lo dudaba.

Dondequiera que estuviera, fuera cual fuera la trampa, dudaba que nadie me encontrara. Menos aún, Mikhail Orlov.

¿Por qué iba a buscarme? Me había marchado a pesar de sus argumentos para que me quedara. Dejé una nota pidiéndole explícitamente que no se preocupara por mí ni me buscara.

Me había condenado con esa nota. Porque él era todo lo que tenía. Nadie más me estaría buscando. Fatima era la única otra persona que conocía aquí en Estados Unidos, y era solo una compañera de trabajo lo suficientemente inteligente como para no involucrarse con la mafia. Jack, claramente, no era de ninguna ayuda; de hecho, ayudaba activamente a estos hombres.

Mikhail habría sido mi única esperanza, y lo había abandonado.

El tiempo pasaba con una lentitud agónica mientras mi mente no paraba. A la vez, transcurría a toda velocidad, cada segundo se difuminaba demasiado rápido en esta nada en la que estaba aislada. El suspense sobre cuándo podrían volver estos mafiosos me carcomía. Pasaron las horas y yo seguía atrapada en este pavor de lo que sucedería cuando regresaran.

Sin embargo, no me habían abandonado. Aunque no había nadie en la habitación, oía los sonidos lejanos y ahogados de un hombre fuera de este espacio. Habrían dejado un guardia para asegurarse de que seguía aquí, probablemente vigilando fuera de la puerta. Pero no importaba. Con esta mordaza en la boca, no podía gritar pidiendo

ayuda. Con esta cuerda atándome al suelo, no era más que un animal con correa.

Atrapada en esta habitación durante tanto tiempo, no podía saber si era de día o de noche. Solo por las punzadas de hambre en mi estómago sabía que el tiempo había pasado. Con el dolor de cabeza cada vez más intenso, sabía que llevaba encerrada aquí más que un ratito.

Aislada y sin nada con lo que guiarme en la oscuridad, me acerqué al borde de la locura. La ansiedad era todo lo que podía sentir. El miedo era omnipresente. Y, por debajo de todo, tenía que soportar el hecho de que solo podía culparme a mí misma.

Si no me hubiera alejado de Mikhail, porque él no me amaba, nunca me habrían secuestrado así. Podría haber sido inteligente y haber planeado un vuelo a Londres mientras todavía estaba bajo su protección. Podría haberle pedido a uno de los guardias que me aconsejara cómo escapar. Podría haber intentado ser paciente y hablar con Mikhail de lo incómoda que me sentía con su vida de violencia.

Había tantas cosas que podría haber intentado cambiar, pero ya era demasiado tarde.

Cuando la puerta se abrió, trayendo una ráfaga de aire húmedo, jadeé y casi me asfixio con la mordaza. Sobresaltada de la somnolencia confusa contra la que no dejaba de luchar, me di cuenta de lo mal que me estaba sentando la falta de sueño. Era el mayor lío mental de todos, pero al instante estaba alerta y despierta.

Había llegado el momento.

Dos hombres irrumpieron, sus expresiones llenas de malicia y planes nefastos. Sonriendo con suficiencia y desprecio, se acercaron más y más. Sin previo aviso, de repente estuvieron allí. El peligro real y presente me hizo temblar de nuevo.

—Es hora de darte una paliza, zorrita —se burló uno.

—Hora de joderte viva —dijo el otro, riéndose mientras se llevaba la mano a la cremallera de los pantalones.

¡No!

¡No! ¡No, no, no!

Me arrastré hacia atrás, sujeta por las cuerdas atadas al suelo. No serviría de nada, pero mi instinto de lucha o huida afloró. No podía quedarme ahí tirada. ¡Ser una víctima no se suponía que fuera parte de mi vida!

—Hora de joderle ese coñito antes de que le destrocemos la cara —. El primero le sonrió a su amigo—. ¿Quieres ir primero?

—Tú le das por el culo y yo le joderé la boca —respondió.

Asintieron, de acuerdo en cómo profanarme, pero antes de que pudiera volver a gritar en silencio, alguien más entró corriendo detrás de ellos. Una sombra borrosa en la oscuridad, pero lo vi aparecer justo a tiempo.

Un brazo se lanzó, ahogando al hombre más bajo que dictaba mi violación. Unos largos dedos le agarraron la barbilla y le echaron la cabeza hacia atrás antes de que la otra mano subiera rápidamente. Deslizando una larga cuchilla de izquierda a derecha, le cortó el cuello al mafioso.

Un chorro carmesí brotó. La sangre manó al instante con la yugular seccionada. A pesar de la sangre, del espantoso sangrado que normalmente no me habría hecho retroceder con mi experiencia en medicina, me quedé mirando con horror cómo el hombre se desplomaba hacia atrás. Apoyado sobre su asesino, me devolvió la mirada, una expresión vacía que ya se apoderaba de su rostro y de sus ojos.

El asesino lo dejó caer. Había aparecido tan rápido y había acabado con la vida de ese hombre con tal celeridad que era difícil creer que

hubiera sucedido, que esto no fuera ficción, sino que estuviera ocurriendo de verdad.

Mikhail respiró hondo mientras retiraba los brazos, dejando que el hombre muerto cayera al suelo.

Haciendo contacto visual conmigo, entrecerró los ojos. La ira encendió el fuego en ellos. La rabia y la urgencia salvaje de la violencia cruzaron su rostro, pero no iban dirigidas a mí.

Se giró con el impulso fluido de haber dejado caer al primer hombre. Extendiendo el brazo, apuntó con su pistola al segundo hombre antes de que este pudiera reaccionar. Con la mano todavía en la cremallera, el mafioso fue demasiado lento para sacar su arma.

Mikhail no se demoró. Le disparó a quemarropa a la cabeza. Cinco veces, hundió las balas en la cara de mi aspirante a violador.

La sangre y la materia cerebral salpicaron hacia atrás. Restos más espantosos pintaron la pared y el suelo. Él también cayó, muerto antes de que pudiera pronunciar una palabra o defenderse.

—Aquí dentro —dijo Mikhail, como si le estuviera informando a alguien que tenía detrás. Llevaba un comunicador en la oreja, pero con su solemne mirada fija en mí, parecía dirigirse a mí con sus ojos.

Miedo. Ira. Preocupación. Dolor.

Temblé, abrumada por el alivio de que estuviera aquí.

Me había equivocado, estaba completamente equivocada con él.

Sí vino a buscarme. Me había encontrado.

Gritos y disparos provenían de la otra habitación, pero no pude pararme a catalogar si eran Andre o sus primos los que estaban ahí fuera u otros hombres de Orlov respaldando a su jefe en mi rescate.

No importaba.

Estaban *aquí*.

Iba a vivir.

Mikhail apretó los labios en una línea firme mientras se acercaba. Pasando por encima de los muertos, llegó hasta mí y se agachó para ayudarme.

La sangre manchaba su traje. Goteaba sobre la punta de sus zapatos. La imagen fue un momento de déjà vu, de cuando me había salvado de aquel borracho que me pateaba en el hospital y yo había estado en el suelo, a la altura de sus zapatos sucios.

Temblé y me concentré en respirar mientras él se inclinaba, agachándose con el mismo cuchillo que había usado para matar a mi secuestrador. Unos cuantos tajos de la hoja hicieron que mis brazos se movieran, encendiendo una línea de dolor por la postura que había destrozado mis músculos y tendones. Una vez que me liberó del suelo, usó una mano para ayudarme a levantarme mientras me quitaba la mordaza de la boca.

No cruzamos palabras, pero no las necesitaba.

Tan pronto como tuve los brazos libres y pude incorporarme lentamente, me lancé sobre él.

Ignorando la sangre.

Haciendo caso omiso de la distancia entre nosotros por mi decisión de irme.

Lo abracé y sollocé, aferrándome a él con toda la gratitud y el alivio que no podía intentar ocultar.

No se apartó ni me sermoneó. Sin intentar alejarme de él, me rodeó con sus brazos y me levantó hasta que pudo sacarme en brazos de la pesadilla que nunca podría borrar de mi mente. Escondí la cabeza contra su camisa, agarrándome a él como si no quisiera soltarlo nunca.

Y en ese momento, recé para que todavía tuviera un lugar para mí en su vida. No como un jefe criminal que dictaría lo que podía hacer

y a dónde debía ir, sino como mi héroe. El hombre que me había salvado. El hombre que amaba.

MIKHAIL

Claire se agarró a la parte delantera de mi camisa y se aferró a mí mientras la sacaba de la habitación donde la habían tenido atada. Sus dedos se curvaron con fuerza, pero su puño temblaba salvajemente. Ligera y temblorosa, como si nunca fuera a poder calmarse, era un pequeño bulto en mis brazos.

Ni una sola vez levantó la cabeza. Escondió la cara contra mi pecho, que se le agitaba con fuertes sollozos.

—Acaba con todos —le ordené a Sergei cuando pasé a su lado en el pasillo. Todos los guardias de los Giovanni con los que nos habíamos topado estaban muertos, pero con mi orden, mi sobrino se encargaría de que encontraran y eliminaran a todos los que hubieran podido salir corriendo o esconderse.

Una orden así debería haber provocado una respuesta de la chica buena que llevaba en brazos. La dulce, altruista y generosa doctora que había intentado preguntarme si podía ser menos criminal. Este era el punto de discordia entre nosotros: mi vida de violencia y destrucción frente a su correcta existencia para hacer el bien y salvar vidas, pasara lo que pasara.

Por eso se fue, porque yo era el maestro en orquestar la muerte y la destrucción.

Debería haberse encogido, levantado la cabeza para fulminarme con la mirada y pedir paz y amor, no guerra y odio.

Pero no lo hizo. No podía. Demasiado atrapada en el trauma de haber sido secuestrada, de haber sido atada de esa manera, no se inmutó en absoluto.

Mientras la llevaba a través del edificio y luego hasta mi coche, no sabría decir si siquiera me había oído. Lo único que hacía era llorar y aferrarse a mí como si yo fuera el salvavidas que había estado esperando.

Te lo dije no iba a suceder. No así. Quizá nunca. No necesitaba que le explicara que lo que yo había predicho se estaba haciendo realidad. Aunque era demasiado dulce y tenía un corazón demasiado bueno, bondadoso y de oro, no era estúpida. Esta era una lección que nunca olvidaría.

Suspiré profundamente mientras me sentaba con ella en el asiento trasero del coche. Andre seguía en el edificio y se quedaría hasta que él, Sergei y Roman pudieran confirmar que se habían encargado de todos los Giovanni. Encargado, es decir, que estaban muertos.

El conductor me miró por el retrovisor y yo asentí con la cabeza.

No necesitaba que le dijeran adónde ir. No necesitaba mi orden para sacar a Claire de allí cagando leches.

En el trayecto de vuelta a mi edificio, la sostuve en mi regazo y le acaricié la espalda con la mano. Le aparté el pelo de la cara, pero, principalmente, solo podía concentrarme en mantenerla cerca. Abrazarla me calmaba el alma, pero a medida que nos acercábamos a mi edificio, no estaba relajado. Necesitaba más tiempo para bajar del subidón de rabia que me había provocado matar a los hombres que la habían amenazado. No sería capaz de aliviar esta tensión hasta que pasara más tiempo; hasta que pudiera ver con mis propios ojos que estaba ilesa y que podía superar este trauma.

Llegamos y no me lo pensé dos veces antes de meterla en brazos. Martin estaba allí, en la entrada, con un séquito de personal para ayudar. Andre seguramente lo había llamado para avisarle de que yo estaba en camino con Claire.

No habló, esperando mi orden.

Negué con la cabeza, rechazando su ofrecimiento de ayuda. Claire era mi responsabilidad. Era a mí a quien le correspondía ayudarla. Al subirla por las escaleras hasta mi habitación, asumí el deber de darle todo lo que necesitara para respirar y darse cuenta de que estaba viva. De que la habían salvado.

A ambos se nos había pegado la sangre a la piel por las formas morbosas en que había matado a aquellos dos hombres. También teníamos la ropa manchada. Normalmente, nos quitábamos la ropa sucia que podía servir de prueba en la primera planta, en una habitación donde se podían destruir las pruebas, pero ahora mismo ni siquiera me preocupaba eso.

Martin haría que alguien recogiera nuestras prendas y se encargara de todo.

Dejé a Claire en el cuarto de baño. Se encorvó y solo levantó la cara para mirarme. Tenía los ojos vacíos y aquella mirada perdida me destrozó. Le temblaba la barbilla y su miedo me rajaba el alma.

Mi enfado por su marcha se desvaneció al aceptar que siempre me enfurecería más que ella sufriera o saliera herida. Por dentro o por fuera. Su bienestar era una prioridad innegociable.

Mientras ella se sentaba en el borde del mueble del lavabo, empecé a desnudarme. Abrí el agua de la ducha y luego volví a su lado para quitarle la ropa con suavidad, pero con eficacia. Ahora estaba de pie, aunque sobre piernas temblorosas, y me siguió hasta la ducha, humeante por el agua caliente que caía en cascada.

No hacían falta palabras. El silencio entre nosotros era necesario.

Luego, mientras permanecíamos juntos, en un abrazo tierno pero no sexual, empecé a limpiarle la suciedad, la mugre y la sangre del pelo y la piel.

—Tienes dos opciones, Claire.

Dejó escapar un suspiro entrecortado y me miró fijamente mientras la limpiaba.

—Puedes marcharte y no volver a verme nunca más. Puedes irte con las medidas adecuadas planeadas. Eso incluirá cambiar tu identidad para que mis enemigos no puedan localizarte. Requerirá que aceptes mi financiación para reubicarte lejos de aquí. Y significará empezar de cero en un lugar nuevo, con una nueva vida, sin permitir que quede ningún fragmento de tu pasado.

Agachó la cabeza y apoyó la frente en mi pecho.

—Significará no volver a vernos nunca más ni a mí ni a mis hombres. Ni segundas oportunidades, ni visitas, ni expectativas de que vuelva a acudir corriendo después de haber hecho un esfuerzo exhaustivo y cuidadoso por ayudarte a escapar para que no te encuentren.

Se aclaró la garganta y me miró. —¿Cuál es la otra opción?

Solté un profundo suspiro, deteniendo mis manos y terminando de limpiarla. Mirándola a sus vulnerables ojos, le dije: —O puedes quedarte conmigo y saber que este es el mundo del que siempre formarás parte.

Al verla mirarme sin pestañear, me preparé para su rechazo inmediato. Sabía de sobra que elegiría irse. Era precisamente en lo que había insistido todo este tiempo que la había tenido aquí como mi invitada.

Sin embargo, algo en su mirada me hizo dudar. No me estaba diciendo su decisión y puede que no fuera capaz de hacerlo pronto. Una mirada atormentada ardía en sus ojos, y me entristeció y me

rompió el corazón que todavía no pudiera verme como alguien a quien pudiera desear, alguien con quien pudiera aprender a vivir.

A diferencia de Olga, ella estaba decidida a evitarme y distanciarse de mí porque quería. No porque se esperara de ella que lo hiciera.

Me limpié, poco dispuesto a presionarla para que respondiera ahora. Darle tiempo para que lo pensara era más que justo porque, en cierto modo, era como preguntarle si quería un reinicio en la vida o atreverse a un futuro con esta, conmigo.

Después de cerrar el grifo del agua y conseguirnos toallas a los dos, la conduje de vuelta a mi dormitorio. No protestó, moviéndose entumecida como si apenas pudiera mantenerse en pie. Mientras la guiaba hasta mi cama y la arropaba, cerró los ojos y se acurrucó de lado.

Según mis cálculos, había estado cautiva casi dos días. Comida y agua serían una buena idea. Pero mientras su respiración se regularizaba, consideré que quizá necesitaba dormir en su lugar. Cuando la lavé, no vi cortes, moratones ni zonas sensibles, lo que me convenció de que podría haberse librado de los malos tratos físicos. Esperaba que así fuera.

La dejé en mi cama y fui a vestirme. De nuevo, tuve cuidado de darle su espacio. Regresé y la encontré profundamente dormida. La observé un momento, esperando que alguna apariencia de paz calmara mi alma.

No llegó.

No podía estar en paz cuando ahora estaba atrapado en un juego de espera a que me dijera que aceptaría la primera opción que le había ofrecido.

Derrotado y odiando no poder ser un villano lo suficientemente bueno, un héroe gris para ella, salí de mi habitación para reunirme con los demás.

Sergei y Roman habían vuelto y, tras comprobar mi teléfono, vi que Andre llegaría en cualquier momento. Hice tiempo en mi despacho hasta que todos estuvieron allí para esperar mis siguientes órdenes.

Llegaron y tomaron asiento, preguntando por Claire. Les di las respuestas más breves y sencillas que pude: que estaba viva y descansando.

—También le he dicho que puede aceptar quedarse aquí para siempre y aceptar que así es como vivimos, o irse. Si decide marcharse, tendrá que empezar de cero por completo.

Me rompió el corazón decirlo en voz alta. Así de adicto me había vuelto a la posibilidad de que ella estuviera siempre aquí, de que fuera mía.

No preguntaron qué significaba eso. Sabían que esperaría su ayuda para conseguirle un nuevo nombre y establecerla lejos.

—Pero antes de que pueda irse y empezar de nuevo en otro sitio, tenemos que encontrar a su colega.

Andre asintió. —A ese puto doctor que se ha puesto del lado de los Giovanni.

—Espera. —Roman frunció el ceño—. ¿Jack Harroun? Pensaba que era uno de los Popov.

Sergei negó con la cabeza. —No, creo que está trabajando para los Giovanni como un segundo trabajo, moviendo drogas para ellos en el hospital. —Me miró—. En cualquier caso, habrá que encontrarlo.

—Con la forma en que se la entregó a esos hijos de puta, tiene que estar fuera de juego. —No iba a dejar que Claire se fuera y viviera una vida sin mí cuando la amenaza más prominente y directa para ella seguiría acechando ahí fuera, dispuesta a capturarla de nuevo.

Antes de marcharse, Andre se metió las manos en los bolsillos y me miró. —Quizá quiera quedarse —sugirió.

Negué con la cabeza y le despedí con una mirada fría. No iba a jugar a ese juego de «y si...».

Odiando la inevitable mala noticia de que estaría deseando marcharse, di la vuelta a mi silla y me quedé mirando el paisaje nocturno, la ciudad extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista.

CLAIRE

Unas sábanas suaves y satinadas me acariciaron la mejilla cuando me di la vuelta en la mullida cama. Me estiré sin abrir los ojos y me fui despertando poco a poco.

Los dolores y las molestias me espabilaron del todo. Después de haber estado tumbada en el suelo como lo había hecho, era inevitable que estuviera dolorida y sufriera algunas punzadas de incomodidad.

Pero mientras yacía en la cama de Mikhail, sola y libre para simplemente existir y respirar, supe que esos oscuros recuerdos solo pertenecerían al pasado. Se habían acabado. Terminado. Los había dejado atrás y no volverían a atormentarme en el futuro.

Suspiré profundamente, deleitándome en la pacífica dicha de la oscuridad con los ojos cerrados. Después de lo cerca que había estado de que me violaran, abusaran de mí o me mataran, me parecía natural saborear y recrearme en lo bueno con lo que ahora había sido bendecida.

Estaba protegida de nuevo. Lo sabía por la calidez y el confort de esta cama.

Estaba segura otra vez. Lo sentía en lo más profundo de mis cansados huesos y mi alma maltrecha por la quietud de esta habitación en este lujoso edificio.

En un egoísta intento de absorber cada segundo de paz, descansé un poco más y prolongué la inevitabilidad de abrir los ojos. Tenía que hacerlo. Era inminente. No podía evitar enfrentarme a toda la realidad para siempre.

Y cuando lo hice, sentándome con cuidado y frotándome los ojos para quitarme el sueño, respiré hondo otra vez y me miré las manos.

Dudando, intentando convencerme de qué era lo correcto, de qué sería lo mejor y lo correcto a partir de ahora, me humedecí los labios y lo sopesé todo de nuevo.

A pesar del pánico y la conmoción absolutos que se apoderaron de mí anoche, había estado despierta, consciente y lúcida en todo momento. Lo recordé con claridad. Ningún atisbo de estrés postraumático me estaba provocando amnesia ni memoria selectiva.

Sentí a Mikhail llevándome a «casa». Lo oí exponerme mis opciones en la ducha.

Creía que me estaba dando dos opciones, un par de alternativas.

Pero, en el fondo de mi corazón, sabía que solo había una que pudiera funcionar. Solo un resultado factible para cómo quería que fuera el resto de mi vida.

Me incorporé un poco más y me abracé las rodillas. Inspeccioné su dormitorio. Nunca había estado aquí antes, pero supuse que eso iba a cambiar.

Porque no hay manera de que pueda vivir sin tenerte en mi vida de nuevo, Mikhail.

Simplemente no era posible. Sacrificarlo me costaría demasiado. Y no era una cuestión de conformarme con él. No era como si estuviera eligiendo una vida con él y quedarme aquí solo por la recompensa y el beneficio de que me protegieran y cuidaran.

Era porque lo amaba demasiado como para sacarlo de mi vida.

A pesar de toda la oscuridad y la violencia, había florecido un amor real y verdadero. Ardía en mi corazón, crecía en mi alma. Temía que él nunca llegara a amarme, pero el hecho de que pudiera darme la oportunidad de marcharme sin esperar que volviera demostraba que tenía que importarle hasta cierto punto.

Al oír rugir mi estómago, me levanté y busqué una bata. Quedarme sentada aquí o dormir más solo aumentaría mi ansiedad.

En lugar de darle yo un ultimátum, él me lo había dado a mí. Me había dado opciones y estaría esperando mi respuesta. Cuanto más tardara en decírsela, más me estresaría por tener que enfrentarme a él y rendirme, someterme a él para siempre.

Pero primero tenía que comer. Salí de su habitación, preguntándome dónde estaría a estas horas de la tarde, con todo lo que había dormido. Después de ir a la habitación de invitados que había tenido antes y vestirme rápidamente, fui a ver cómo estaba Anya.

Ella también era importante en esta ecuación. Era una parte importante de mi decisión de quedarme.

Llamé a su puerta y, una vez que me dijo que entrara, pasé.

—¡Claire!

Corrió hacia mí y me envolvió en un abrazo. Sonreí, apretando mi mejilla contra la suya, y suspiré feliz.

—¡Me preocupé tanto por ti cuando me enteré de que te habían secuestrado!

—Oye, de eso sabes tú un rato, ¿eh? —le dije, enarcando una ceja.

Puso una mueca. —Eso es muy siniestro y, o sea, no tiene gracia. No mola.

Me encogí de hombros mientras nos soltábamos. Mientras sonreía lentamente, cogiéndome de la mano para llevarme más adentro de su habitación, me instó a sentarme, a decirle si estaba bien, qué me

había pasado y si las mismas personas que la secuestraron a ella eran las que me habían llevado a mí.

Compartí lo que pude, eludiendo los detalles de por qué me había ido en primer lugar. Cuando le expliqué que había vuelto a casa, a mi lugar de origen, y que necesitaba pensar en mi carrera, aceptó sin problemas esas respuestas. Decirle que amaba a su padre parecía una capa extra de complicaciones, así que esperaría a ver cómo se desarrollaba todo.

De todos modos, tenía que decírselo primero a él.

Llamó y pidió que le trajeran una bandeja extra, y almorzamos juntas. Me dio la oportunidad de ver cómo estaba, haciendo de doctora, y me alegró comprobar que se estaba recuperando bien. Me alegró oír que Andre se estaba involucrando más en su cuidado, pero también sentí una pizca de culpa, ya que Mikhail podría haber contado con su hijo para que le ayudara con Anya mientras estaba estresado por mí y por mi marcha.

Durante la comida, me contó lo preocupada que estaba porque me había ido y luego me habían secuestrado. Me dijo que todos los demás también estaban preocupados. Mikhail había estado hecho un desastre, según ella, y aproveché la ocasión.

—¿Así que estás hablando con él? —le pregunté, contenta de que, si mi secuestro había servido para algo, podría ser el lado bueno, como que ellos estrecharan lazos.

—No. —Frunció el ceño—. Estaba obsesionado con encontrarte.

—Oye, no. —Negué con la cabeza, odiando que pudiera pensar que yo era más importante que ella—. No es así.

—No. *Sí* que es así. —Sonrió lentamente—. Estaba que se subía por las paredes por ti, y aunque no lo conozco tan bien, es bastante obvio que eso significa que le importas. Mucho.

Cerré la boca y le dediqué una sonrisa tímida.

—Vine aquí pensando que solo sería un mujeriego con putas baratas por todas partes, orgías y todo eso. —Hizo una mueca—. Eso es lo que me dijeron que esperara. Pero aparte de que tú estés aquí… —Soltó una risita—. No ha sido así en absoluto.

—Eso es… bueno. —No estaba segura de qué más podía decir. Era un hombre guapo, rico y poderoso. Era imposible que hubiera sido célibe toda su vida. Pero me tranquilizaba no ser una más en una larga lista de sustitutas.

—Mi padre y yo tendremos un largo camino por delante para averiguar cómo podemos tener una relación de padre e hija. No se lo he puesto fácil desde que estoy aquí, pero trabajaremos en ello cuando y como podamos.

Le di una palmadita en la rodilla. —Bien. Eso es un progreso. —Tenía que serlo. Que reconociera el problema era un buen comienzo—. Y me alegro de que tu hermano también esté ayudando.

—¿Ayudando en qué? —dijo Andre, sorprendiéndome al entrar.

—En la recuperación de Anya —dije, levantándome para encararlo.

Sonrió. —No pensaba encontrarte aquí, haciendo un seguimiento personal de su recuperación.

Enarqué las cejas. —¿Porque me había ido? —No sabía si estaba intentando sacarme información sobre si me quedaría o me iría.

—No. Porque has estado durmiendo mucho tiempo para recuperarte de *tu* calvario con nuestros enemigos. Porque estarías demasiado cansada para hacer de doctora para ella tan pronto.

Apoyé la mano en su hombro. —¿Doctora? Qué va. Solo estábamos… poniéndonos al día. Charla de chicas.

Me sonrió radiante, dándome más esperanzas de que podría aceptar este papel aquí. De que podría aceptar mi lugar y sentir que pertenezco.

—Quizá puedas ponerme al día a mí también —sugirió, indicándome que lo siguiera fuera de la habitación. Sin embargo, se detuvo para lanzarle un puñado de revistas a Anya. Cayeron en la silla que yo había dejado vacía, y sonreí al ver también los libros de partituras para piano—. Tu pedido —le dijo.

—Gracias —respondió ella, recogiendo los papeles.

Me uní a Andre en el pasillo, alejándome de la habitación de Anya. Le había prometido que también cenaría con ella, pero me preguntaba si seríamos solo ella y yo, u otros también. No pospondría mucho más el comunicarle mi decisión a Mikhail.

—¿Dónde está Mikhail?

—Durmiendo la siesta. No durmió bien, si es que durmió algo, después de traerte de… vuelta.

Sonreí, mirando la alfombra mientras caminábamos. —¿Quieres decir «cuando me trajiste a casa»? —Levanté la vista a tiempo para verlo sonreír también.

—¿A casa?

Asentí.

—No me sorprende.

Solté una carcajada por su arrogancia.

—A mí tampoco me sorprende que estés tan comprometida con él como él lo está contigo.

Ya veremos eso.

—Mi padre habló de los planes para ayudarte a empezar una nueva vida. No escatimaríamos en gastos después de que le salvaras la vida. Pero yo, y mis primos, estábamos bastante seguros de que te quedarías.

—¿Tan predecible soy?

—Ni de coña. —Soltó un gruñido—. Y por eso me alegro de que estés dispuesta a darle una oportunidad a mi padre. Necesita una compañera que lo mantenga alerta.

De nuevo, ya veremos eso.

—Sin embargo, hay un asunto en el que necesito tu ayuda. Independientemente de si querías irte o quedarte, planeamos eliminar la amenaza de tu antiguo colega.

Fruncí el ceño. —¿El doctor Harroun?

Asintió.

—¿No lo encontraron con los, um, los otros hombres en ese edificio? —Me encogí al pensar en Jack por ahí, capaz de sorprenderme de nuevo en la calle y entregarme al enemigo.

—No. Ha desaparecido, y sería de gran ayuda que me contaras más sobre él.

Se había detenido en la biblioteca de esta planta.

Le hice un gesto para que entrara por la puerta. —Adelante.

Mi plan era hablar con Mikhail, pero hasta entonces, lo dejaría descansar. Mientras tanto, sería todo oídos para las preguntas de Andre. Durante la siguiente hora, me senté con él y le conté todo lo que pude sobre el médico que no había compartido exactamente mi misma ética.

Quizás yo no era mejor que él. Él se había puesto del lado de los Giovanni. Yo estaba con los Orlov. Era una mujer cambiada, ahora involucrada voluntariamente con la mafia.

Sin embargo, si alguna vez dependiera de mí hacer daño a alguien que huyera para ponerse a salvo, una inocente como lo había sido yo, no habría hecho lo que él hizo.

Y si alguien me preguntara alguna vez, no estaba eligiendo una vida de crimen por estar aquí con esta gente.

Simplemente había encontrado mi lugar con el hombre complicado al que adoraba.

MIKHAIL

Roman hizo una mueca y negó con la cabeza. —Lo siento.

Acababa de despertarme de otra siesta de mala muerte en mi despacho. —¿Qué quieres decir con que nadie puede encontrarlo?

—Se está escondiendo —respondió—. Lo hemos buscado por todas partes. Hemos interrogado a gente del hospital, a amigos, a vecinos. Jack Harroun se está escondiendo.

Porque tiene que saber que han matado a sus amigos. Que yo los he matado. Y que estaré en pie de guerra para hacerle pagar a él también.

—¿Habéis mirado en los negocios de los Giovanni? —pregunté.

—Por supuesto. —Se encogió de hombros—. Nuestros espías no lo han visto. Y si lo están escondiendo, no van a filtrar esa información.

Me levanté, estirándome. —Bueno, a ese cabrón le queda poco tiempo. —Moriría por orden mía. No permitiría otra cosa. Claire merecía estar a salvo, conmigo o lejos de mí.

—Andre también ha estado hablando con Claire antes —añadió Roman.

—¿Está despierta? —pregunté, mirando la hora.

—Sí. Y le ha estado preguntando por Harroun para que tengamos toda la información posible para darle caza.

Ante la noticia de que Claire estaba despierta, quise preguntar si le había dicho a alguien su decisión. Si se había decidido. Era posible que quisiera pensárselo bien. Siendo tan analítica y fría como podía ser, no me extrañaría que quisiera hacer preguntas sobre cómo podría empezar de cero una nueva vida en otro lugar.

Pero me contuve de preguntarle a mi sobrino si le había dado una respuesta. Si le había dado a alguien alguna pista de si querría quedarse o irse.

Me dirigí a mi habitación para cambiarme antes de ir a buscarla. Aunque todavía estuviera pensando en mi oferta, decidiendo entre las dos opciones, no pude evitar el impulso de ir a ver cómo estaba, de verla y asegurarme de que estaba sobrellevando bien el trauma.

Impaciente por encontrarla en su habitación, entré deprisa en mi suite. Entré y cerré la puerta detrás de mí casi de un portazo, demasiado apurado para pararme a cerrarla con normalidad.

El portazo fue fuerte, pero fue el movimiento en mi habitación lo que más me llamó la atención.

Estaba aquí.

Claire estaba sentada en una silla en *mi* habitación, como si me hubiera estado esperando. El portazo, y quizá la prisa con la que había entrado, la sobresaltaron y dio un brinco.

—Joder —susurró, llevándose la mano al pecho—. Me has asustado.

Mierda. Tenía que recordar que ella no era tan dura como nosotros. Como yo. —Lo siento. No debería haber hecho eso. —Me acerqué a ella, receloso y esperanzado—. No después de todo por lo que has pasado.

Ella suspiró y bajó la mano mientras me observaba con atención. —No empieces ahora a actuar como si fuera una tonta frágil y

delicada.

—*Eres* delicada.

—Si lo dices en el sentido de que soy algo que atesorar, de acuerdo. Pero si lo que quieres decir es que soy una gallina asustadiza, no lo hagas. Nunca me he considerado demasiado nerviosa.

Me acerqué más, sin detenerme hasta que estuvo a mi alcance. La proximidad pareció ser el detonante para que me respondiera, para que me diera la respuesta que estaba esperando.

—Y no empieces tú tampoco a hacer el tonto —advirtió, casi con naturalidad pero en tono juguetón.

—¿Yo soy un tonto? —Con ella, me sentía como tal. Hasta ese punto me importaba.

—Sí. Un tonto. Porque solo a un estúpido se le ocurriría sugerir que me aleje de ti sin la posibilidad de volver a verte jamás.

Parpadeé una vez, demasiado atónito con su respuesta para creérmela sin más.

—¿Qué?

—Te quiero, Mikhail. —Tragó saliva, haciendo que su esbelto cuello se flexionara con el movimiento—. Te… quiero demasiado como para renunciar a lo que sea que podamos tener juntos.

—¿*Qué*?

Frunció el ceño. —Sé que me oyes.

—Pero no puedo creerte. No puedo creerlo. Que puedas quererme y, aun así, haber querido marcharte. Que quieras decirme que me quieres…

Se puso delante de mí y negó con la cabeza. —No quiero decírtelo, Mikhail. —Colocó la mano en mi pecho, con las yemas de los dedos

rozando la piel desnuda donde se abría mi bata—. Voy a demostrártelo también.

Apartando lentamente la tela, deslizó la mano hacia arriba hasta rodearme el cuello. Luego, aún más despacio, mientras me miraba fijamente a los ojos, me incitó a bajar hasta su cara.

Hostia puta…

El júbilo me recorrió por completo. Su anhelo por besarme era toda la prueba que necesitaba, toda la esperanza con la que podría haber soñado.

Agarrándola por los costados, la atraje hacia mí y acorté la distancia entre nosotros. Estampé mi boca contra la suya, tragándome su chillido de necesidad.

Me devolvió el beso con avidez, tirando de mí hacia abajo sin soltarme. El contacto de sus labios bajo los míos hizo que la lujuria se apoderara de mí. La presión de sus pechos contra mi pecho me incitaba a abrazarla cada vez más fuerte y a no soltarla nunca.

De vuelta en mis brazos, estaba conmigo. Completamente *conmigo*. No solo aquí e indecisa.

—Te quiero —repitió cuando nos separamos para tomar aire. Me miró con sincera confianza y franqueza, mostrándome la firmeza con la que lo decía. Mientras apartaba mi bata, abriendo más la tela para poder alcanzar la cinturilla de mi pantalón, mi polla se endureció. El corazón me latía tan deprisa en el pecho por su contacto y las palabras que pronunciaba. Este compromiso… uno que nunca antes había oído. Uno que no me había dado cuenta de que había estado esperando.

Me *quería*. A pesar de sus dudas sobre mi vida y la violencia que la rodeaba. A pesar de la frustración y de que no deberíamos ser compatibles con su bondad y mi oscuridad.

Me eligió a mí. Me deseaba y quería quererme.

Haciéndola retroceder hasta la pared, le sujeté la nuca y la mantuve pegada a mí para otro beso embriagador y alucinante.

Lamió. Mordisqueó. Y con los gemidos más sexis, batalló con mi lengua y la succionó hasta que juré que me correría en los pantalones.

Empujándola contra la pared de cristal, la extensión de ventanas que iba del suelo al techo y se curvaba por ese lado del ático, disfruté de su gruñido de sorpresa. La inmovilicé allí, apresurándome a quitarle las capas de ropa. A liberarle los pechos. En cuanto se quedó con el torso desnudo, la levanté contra el cristal para chupar y lamer sus pezones hasta que se convirtieron en picos aún más duros. Le bajé los pantalones, deslizando la tela hasta que pude levantarla con las manos en el culo y alzarla.

—¿Entiendes que eres mía? —pregunté, con la voz ronca y apresurada mientras la besaba con fuerza, emocionado por la fricción de su cuerpo rozando el mío. La turgencia de sus tetas, el calor resbaladizo de su coño, la prieta fuerza de sus brazos y piernas enroscados en los míos, pero, sobre todo, el dulce roce de su boca en la mía.

—Sí —respondió—. Soy tuya, Mikhail, y no quiero perderte nunca.

Me detuve, mirándola mientras la mantenía encajada contra las ventanas. —¿Significaría eso perderte a ti misma?

Negó con la cabeza, sonriendo lentamente. —No cuando estar contigo me completa.

Sonreí, bajándola para que se pusiera de pie y se girara. Ahora, detrás de ella, me agaché un poco para alinear mi polla con su coño empapado. Empecé a deslizarme dentro, masajeando las paredes de su vagina, y la mantuve de pie para que el mundo la viera. Nadie podía. Nadie estaba tan alto como para verla follar contra las paredes, pero la picardía de celebrar su sumisión de una manera tan expuesta hizo que todo fuera aún más potente.

—Eres mía, Claire.

Apoyó la cabeza hacia atrás mientras yo me metía de una embestida hasta el fondo en ella. Sus escalofríos de placer me tentaron a darme prisa. Sin embargo, clavado en lo más profundo de su ser, me detuve para marcar este momento como un recuerdo que atesoraría y me llevaría a la tumba. Después de deslizar mis manos desde sus caderas, por sus costados, a lo largo de sus pechos aplastados contra el cristal, y luego subiendo por sus brazos, le indiqué que los levantara, acabé entrelazando mis dedos con los suyos y elevando sus brazos rectos y pegados a la pared.

—Serás mía, y no hay vuelta atrás.

Una y otra vez, salí y embestí en su dulce coño.

—El mundo sabrá que eres *mía*, y siempre te protegeré. —Le ladeé la cabeza para besarle la mandíbula hasta que mis labios estuvieron más cerca de su oreja. Sin dejar de embestirla, susurré—: Mía para amarte.

Gritó al correrse, como si mis palabras fueran el gatillo que había que apretar, como un interruptor, para empujarla a una sumisión en espiral. Una liberación tierna. Gritando de nuevo y dejándose caer contra mí, todavía empujaba su culo hacia mí para que yo pudiera seguirla.

—Tuya, Mikhail. Solo tuya —admitió, sin aliento.

La rodeé con mis brazos, abrazándola contra mí mientras me rendía. El último y fino hilo de mi autocontrol se rompió, y disparé mi semen en lo más profundo de ella, llenándola y sabiendo que sería la primera y la última mujer a la que le haría el amor.

En la oscuridad de todos los obstáculos que se nos oponían, habíamos encontrado el camino de vuelta el uno al otro; nuestro camino hacia el amor redentor.

CLAIRE

Mikhail todavía estaba cansado por la mala noche que había pasado. Después de ducharnos juntos y cenar en su habitación, nos dejamos caer de nuevo en su cama. Abrazándolo, le froté la espalda y por fin me relajé.

Me había encontrado y estaba a salvo.

Había aceptado que sería una persona mejor y que me quedaría voluntariamente en esta vida violenta con él.

Con esas dos ideas bien presentes, parecía que todo iba bien. O todo lo bien que podía esperar.

Todo irá bien. Lo creía porque no tenía otra opción. Ver a Jack como socio de los Giovanni fue la pieza final de información que necesitaba para darme cuenta de que Mikhail tenía razón.

No todo era blanco o negro. No todo era lo que parecía.

Jack debería haber sido como yo, un médico que había jurado ayudar a los demás y salvar vidas, no colaborar con criminales. Siguiendo esa misma lógica, Mikhail debería haber sido como cualquier otro líder de la mafia: despiadado e incapaz de hacer el bien.

La bondad no era fácil de medir. Una buena acción no excusaba toda una vida de maldad, pero, del mismo modo, una mala acción no podía perdonarse con toda una vida de servidumbre.

No había una única forma de juzgar a nadie y, después de haber sido una víctima como yo y de ver que Mikhail tenía un buen corazón bajo ese exterior rudo, supe que seguiría aceptando un acuerdo factible en lo que respecta a mi ética moral.

Lo abracé mientras dormía, en paz solo por estar con él. Durante toda la noche, descansamos y nos acurrucamos, ambos necesitados de ese simple contacto humano y consuelo.

Por la mañana, me despertó y me preguntó si me apetecía desayunar o si quería seguir durmiendo un poco más. Todavía me estaba recuperando y volviendo a comer bien, así que bajé con él.

Ahora, a la luz de saber que era suya, no me sentí tímida al cogerle la mano mientras recorríamos el edificio. La posesión que ejercíamos el uno sobre el otro parecía más natural ahora. No era algo que hubiera que analizar o decidir.

Él era mío y yo era suya.

Los guardias no se inmutaron ni se quedaron mirando. Andre, Sergei y Roman no hicieron ningún comentario al pasar. Anya probablemente se habría quedado durmiendo, así que no era de extrañar que no anduviera por el edificio.

Y yo había hecho las paces con estar aquí. No como una invitada entre todos estos peligrosos asesinos. No como un juguete entre los soldados armados y los espías. Y no como una prisionera, retenida aquí para ser utilizada.

Mikhail me echó un vistazo mientras estábamos sentados a la mesa y, solo con esa sonrisita, ese atisbo de sonrisa, hizo que me sonrojara como si acabáramos de conocernos.

Elegí a este hombre sexi y fuerte, no porque tuviera que hacerlo, sino porque por fin había abierto los ojos y me había dado cuenta de las ganas que tenía de elegirlo.

Entraban y salían hombres de la sala para informarle y recibir sus órdenes. Me ocupé de mis asuntos mientras comía y tomaba el café, preguntándome por qué pensaba que volver aquí sería diferente ahora.

Era lo de siempre. Y también era algo completamente nuevo.

Durante el resto del día, Mikhail y yo pasamos tiempo juntos. La intimidad nos abrió el camino para hablar de verdad, para tener una oportunidad de conocernos mejor. Aunque empezó como un interrogatorio, cuando me preguntó qué me había pasado cuando me secuestraron, no me eché atrás ni me contuve. Le conté toda la historia de todo lo que había presenciado y soportado desde que llegué a Estados Unidos y trabajé en ese hospital. Eso me llevó a contarle cómo era mi vida antes de llegar aquí, cómo había perdido a mis padres y de qué tipo de entorno procedía.

—Pero, por supuesto, todo eso ya lo sabes —dije con ironía.

—Así es. —Me besó suavemente—. Tengo que investigar a todo el que dejo entrar en mi casa, en mi vida. Pero te agradezco que me lo hayas contado todo lo relacionado con Harroun.

Asentí.

—¿Significa esto que alguna vez tendré la oportunidad de saber más de ti?

Sonrió, inclinándose sobre mí para hacer el amor. Aunque era exactamente lo que yo quería y necesitaba, una pizca de decepción también se cernía sobre mi cabeza. Para mí no se trataba solo de sexo. Para establecer una relación duradera, teníamos que abordar y fomentar también las conexiones no sexuales.

Dale tiempo.

Sin embargo, cuando me metió en la ducha, soltó un profundo suspiro y me sonrió con picardía. El agua le caía por el pecho y cerró un ojo para evitar que le entrara en la cara mientras me conducía a la cabina con él.

—Tendrás que concederme un poco de indulgencia y margen de error, Claire.

—¿Para qué?

—Para aprender a tener —y mantener— a una mujer en mi vida.

Sonreí, eufórica y muy contenta de que, después de todo, no se estuviera cerrando a mí. Durante la ducha y después, mientras nos acurrucábamos de nuevo en la cama en este raro día «libre», me puso al día sobre su pasado. De cómo Olga había sido una esposa por contrato que no quería saber nada de él.

—Los matrimonios concertados son habituales para vosotros, ¿no?

—Sí y no —respondió—. Es algo anticuado, pero algunas familias dependen mucho de esa práctica. Yo no. Y no lo haré.

—¿Así que Andre y tus sobrinos pueden elegir a sus novias?

Asintió.

—Anya también.

Sonreí, apoyando la cabeza contra él mientras me acariciaba con los dedos la parte superior del brazo, casi arrullándome hasta dormirme.

Continuó, contándome que Olga nunca estaba aquí, salvo para concebir a sus hijos. Luego me explicó más sobre cómo lo odiaba, cómo su familia, los Volkov, le lavaron el cerebro a Anya en su contra. Puede que mi opinión fuera parcial, pero la mujer no me importaba en absoluto, me disgustaba lo egoísta que era por no querer ser madre y por acostarse con otros cuando no estaba drogada.

—Eh, espera. —Me incorporé cuando empezó a explicar más sobre la bancarrota de la familia Volkov y cómo enviaron a Anya a vivir con él —. No necesito… —Fruncí el ceño, mirándolo fijamente—. No necesito saberlo todo.

Él sonrió, apartándome el pelo de la cara.

—No lo sabrás.

Le devolví la sonrisa. Parecía que mi enfoque de *cuanto menos sepa, mejor* iba a mantenerse.

—Pero tengo la intención de abrirme a ti, Claire. —Me besó suavemente—. Porque te quiero. Y no quiero que llegues a pensar que no eres deseada y querida aquí.

Seguimos hablando sin entrar en demasiados detalles sobre cómo sería la vida. Cubrir los aspectos básicos de nuestro pasado era importante, pero al final me giré para quedar frente a él, con las manos apoyadas en su pecho y la barbilla sobre ellas.

—¿Qué pasará ahora?

Me pasó la mano por el culo y lo apretó.

—¿Ahora mismo?

Sonreí y me arrastré hacia él para besarlo.

—Eso no. Quiero decir… en general. Intento averiguar cómo será mi vida a partir de ahora.

—No estoy seguro de que me parezca bien que vuelvas a trabajar en ese hospital.

Negué con la cabeza y le expliqué que ya había presentado mi renuncia.

—Pero me gustaría mantenerme ocupada. No estudié medicina para nada. No puedo reprimir mi necesidad de ayudar a los demás.

—Quizá puedas ofrecer opciones de telemedicina.

—O… ¿simplemente ayudar por aquí? —sugerí.

—Si quieres. No quiero que pienses que te retengo para usarte.

—Creo que sé para qué me retienes. —Bajé la mano para acariciar su creciente erección bajo mí mientras lo besaba lentamente.

Nos hizo rodar hasta quedar él sobre mí, dejando besos ardientes en mi cuello.

—Te retengo para poder quererte.

Sonreí.

—Para poder casarme contigo algún día.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué?

—¿Te gustaría?

Lo miré boquiabierta.

—¿Es una proposición?

—Todavía no. —Sonrió, besándome de nuevo—. No me importaría llamarte mi mujer, la madre de mis futuros hijos.

Me aferré a él mientras empezaba a frotarme y a comprobar lo húmeda que estaba de nuevo.

—Me encantaría formar una familia —admití, plenamente consciente de que todas las veces que habíamos tenido sexo, no habíamos usado protección.

—Cuando sea más seguro —asintió mientras introducía su dura longitud en mí, robándome el aliento—. Cuando sea más seguro celebrar y disfrutar de nuestro futuro, nada me impedirá darte el mundo, Claire.

MIKHAIL

La primera semana desde que Claire volvió a vivir en el edificio, esta primera semana en la que de verdad éramos una pareja comprometida, ha pasado como un sueño. Ya no tenía que preguntarme cómo adaptarme a tener una mujer en mi vida. Simplemente estaba aquí, conmigo. No como una carga, no como una contratista que prestaba un servicio. Solo como la mujer con la que quería pasar el resto de mi vida.

Para que el resto de mi vida pudiera empezar, tenía que atar los cabos sueltos. Poner en marcha una campaña de venganza contra los Giovanni que se la habían llevado era el primer paso. Vengarla con un ataque tan brutal como este requería un esfuerzo estratégico.

Durante días, mis hombres espiaron, se prepararon y tomaron posiciones para devolver el golpe. Roberto Giovanni no se lo vería venir, pero si fue lo bastante estúpido como para llevársela, tenía que saber que se estaba buscando un lío.

Él, y los hombres a los que encargó capturar a Claire, serían los primeros en experimentar mi ira de esta manera.

Hasta ahora, nunca había priorizado tener una mujer en mi vida.

Esto era personal.

Tras una cuidadosa deliberación, estábamos listos para desatar el infierno y asestar un ataque despiadado a Roberto Giovanni. No incluí a Claire en los detalles de la misión, pero tampoco oculté el hecho de que estaba tomando represalias por lo que le había sucedido.

—Haced que esos hijos de puta paguen —ordené a mis hombres—. Por cada segundo que estuvo en ese suelo atada, haced que lo paguen con creces.

Nunca le mentiría si me hiciera alguna pregunta al respecto. Pero, por ahora, teníamos un sistema provisional que funcionaba, en el que ella no preguntaba aunque supiera a grandes rasgos lo que estaba pasando. Lo único que podía hacer era darle la información más general posible.

Por todo el edificio, crecía una sensación de urgencia mientras los hombres se preparaban para salir y atacar con fuerza. Cuando llegó el día, me alegré de que Claire tuviera a Anya para pasar el rato. Yo estaba demasiado concentrado, observando desde la sala de control cómo salían los equipos.

Como estaba ocupado orquestando la misión desde lejos, Andre y Sergei fueron los que más se implicaron en dirigir a los hombres mientras tendían una emboscada en el club de los Giovanni donde se esconderían los objetivos. Roman serviría de refuerzo desde la distancia, listo para intervenir si era necesario.

Así, consolidaría el poder y el reinado de los Orlov, recordando al mundo una vez más lo que pasaría si alguien se atrevía a meterse con nosotros. Devolver el golpe con tanta fuerza sería el primer paso para enseñar al mundo lo que pasaría si algún enemigo mío quería molestar a la mujer que había elegido como mía.

Atacar a mi hija estaba fuera de lugar.

Llevarse a Claire era la mayor estupidez que se le podía ocurrir a alguien.

No estaba atacando y matando a mis enemigos por gusto.

Lo hacía por ellas.

La tensión era palpable hasta que todos regresaron al edificio. Andre y Sergei volvieron primero con sus soldados después de matar a cada uno de sus objetivos. Trajeron informes de victorias. Y me alegré de que todos los implicados directamente en la captura de Claire estuvieran ahora muertos.

Bueno, no todos.

Uno se nos escapó.

Roman seguía ahí fuera, siguiendo a los informadores que parecían tener más probabilidades de llevarlo al paradero de Jack Harroun.

—¿Aún nada? —preguntó Andre mientras cenaba tarde después de la misión. Ya se había limpiado la sangre que había derramado.

Negué con la cabeza. —Todavía no lo hemos localizado. —No descansaríamos tranquilos hasta que el antiguo colega de Claire estuviera fuera de juego. Entonces, y solo entonces, dedicaría mi tiempo a empezar el resto de nuestras vidas juntos.

Esta vez, esperaría mi boda con ilusión. Me haría ilusión tener una esposa, una de verdad, que estuviera presente y me aceptara por todo lo bueno y lo malo de lo que tenía que responsabilizarme.

Esperé a que Roman y el resto de los hombres volvieran antes de abandonar la sala de control desde donde había estado observando el desarrollo de la acción.

Cuando llegó, negó con la cabeza. —Ese idiota, ese traidor de mierda. —Se dejó caer en una silla y sonrió con suficiencia. Aunque no había estado en la línea de combate y no estaba manchado de sangre, parecía exasperado.

—Resulta que Harroun trabajaba tanto para los Giovanni *como para* los Popov.

—Joder —dijo Andre.

—Entonces, ¿ahora qué? —dijo Sergei—. ¿Lo esconden los Popov?

Roman se encogió de hombros. —Eso es lo que empecé a pensar, pero no está en ningún lugar al que podamos llegar ahora, esté donde esté. Sospecho que los Popov no son tan indulgentes como los Giovanni. Ahora le pisan los talones ellos dos, y además nosotros. Es un hombre muerto vaya donde vaya. Es lo que puede esperar después de traficar con drogas para ambos.

—Probablemente por eso Claire lo encontró apalizado en el hospital —dijo Andre—. Seguramente jodió a los Popov y lo pillaron con las manos en la masa sirviendo a los Giovanni.

Miré a Roman. —Entonces, ¿está confirmado? ¿Les ayudaba con su distribución de drogas?

Asintió. —Desde luego, eso parece.

Andre se levantó y se hizo crujir el cuello para quitarse la tensión. —Seguiré con ello. —Señaló a sus primos—. Vosotros podéis seguir trabajando en el ángulo de los Popov y yo investigaré quién podría ser su infiltrado con los Giovanni.

Podían delegarlo como quisieran.

Lo único que me importaba era que lo hicieran. —Lo quiero muerto.

—Entendido —dijo Andre.

—Y a cualquiera que pudiera estar relacionado con la captura de Claire. Los quiero muertos. Sin hacer preguntas.

Roman sonrió. —Joder. Nunca pensé que vería este día.

Lo fulminé con la mirada. Siempre era el más propenso a bromear y a tomar el pelo, pero la verdad es que no estaba de humor. Los éxitos y victorias del día mejoraron mi carácter, pero nada relacionado con la seguridad de Claire era motivo de risa.

—Estás… —Se levantó y se acercó a mí para darme una palmada en la espalda—. Estás obsesionado con ella.

—Tú espera —respondí secamente—. Ya verás lo que es algún día.

Soltó una carcajada profunda, negando con la cabeza. —No. Yo no.

—Sí, él no —dijo Andre, sonriendo más y relajándose—. Es demasiado mujeriego.

—Eso no es verdad —protestó Roman.

—Bueno, sé que yo no seré el siguiente. —Sergei puso los ojos en blanco—. No me mires como si fuera a ser el próximo en enamorarme perdidamente de alguien como te ha pasado a ti con Claire. —Sus palabras casi parecían una burla, pero el fantasma de una sonrisa en sus labios suavizó el golpe.

—Ya basta. —Andre se rio entre dientes—. Una cosa a la vez. No es que ninguno de nosotros tenga que cambiar porque él lo haga.

Me encogí de hombros, imaginando más mujeres por aquí. Equilibraría las cosas.

Lo que realmente me dio que pensar fue el hecho de que ya no era un quebradero de cabeza. Claro, nos había llevado mucho tiempo y recursos llevar a cabo el golpe de hoy… un golpe coordinado porque se habían llevado a mi mujer. Pero ya no era una preocupación instantánea. No tenía que preguntarme qué podrían hacer Anya —o Claire— en mi mundo de hombres fuertes que ostentan el poder. Simplemente encajaban. Pertenecían a él.

Salí de la habitación poco después, pero mientras caminaba por el pasillo para buscar a Claire, sonreí para mis adentros, divertido porque la parte difícil ya había pasado.

Conseguir que Claire quisiera quedarse fue el mayor obstáculo para mi felicidad.

Ahora estaba aquí, y se quedaría. Su disposición a ceder y a encajar en cómo tenía que vivir mi vida como el depredador alfa de esta ciudad era solo la fase inicial de lo que había estado esperando toda mi vida.

Asegurar su lugar a mi lado sería más fácil cuando eliminara a Jack. Estaba demasiado implicado en esa captura.

Pero una vez que supiera que había desaparecido, nada se interpondría en mi camino para casarme con ella, para urdir un plan para que fuéramos compañeros, para que empezáramos una familia. Probablemente a Andre no le importaría tener más hermanos. Quizá estaba sobrestimando si a Anya le haría ilusión tener un hermano o una hermana. Pero eso no importaría. Acabarían aceptándolo o aprenderían a vivir con ello.

Cincuenta años parecía una edad demasiado avanzada para estar tan ilusionado por el resto de mi vida, o para sentir que mi vida no hacía más que empezar. No importaba la edad que tuviera yo ni lo mucho más joven que fuera Claire.

Estábamos juntos en esto.

CLAIRE

Anya se detuvo en mitad de la canción que estaba tocando en el piano. Sus dedos se deslizaban por las teclas como por arte de magia de una forma que yo nunca sería capaz de aprender.

Levanté la cabeza para sonreírle, preguntándome por qué se había detenido.

Este salón de baile era suyo, o eso parecía. Cuando tocaba, la música se adueñaba de todo el gran espacio.

—¿Cómo era tu madre? —preguntó, pillándome desprevenida.

Suspiré. —Era increíble.

Cada día aprendíamos un poco más la una de la otra. Yo le preguntaba por sus aficiones, la ayudaba con las clases particulares o ella intentaba enseñarme a tocar trozos de canciones. Los días que no teníamos nada que hacer, los días que no tenía que entregar ningún trabajo, simplemente pasábamos el rato juntas. Era demasiado joven para ser una amiga, pero demasiado mayor para ejercer de madre e intentar criarla.

Mi objetivo no era sobrepasar los límites y actuar como una madre. Pero no podía evitar darme cuenta de que quizá empezaba a verme como una sustituta.

—Era una mujer muy sabia y práctica —le dije, recordando las pocas veces que se había sentido decepcionada conmigo o cuando me había echado la bronca por haber tomado una mala decisión.

Si estuviera viva, ni de coña habría aprobado que estuviera con Mikhail o que me relacionara con los Orlov.

Habría sido aún más difícil convencer a mi padre de que lo aceptara. Si es que alguna vez hubiera sido posible.

Me agradaba hablarle a Anya de mi madre, pero cuanto más hablaba de ella, más me daba cuenta de que me habría enfrentado a más dificultades para elegir el amor si aún estuviera viva. Su decepción y su conmoción habrían sido fuerzas más prominentes en mi contra para estar con este hombre fuerte que me había salvado. Y me entristecía que su rígido sentido de la moralidad, que en su día pudo parecer una luz que me guiaba en la vida, también habría sido un enorme freno para mi felicidad.

—¿Era más estricta que tu padre? —preguntó Anya más tarde, haciendo una pausa mientras tocaba suavemente las teclas.

—Oh, no. —Negué con la cabeza—. Era un hombre muy severo y serio.

—¿Le habría caído bien mi padre? —preguntó ella.

Hice una mueca. —En absoluto. Para él solo había dos tipos de personas en el mundo: buenas o malas. Y no era frecuente que se le pudiera convencer de que alguien podía ser ambas cosas. O ninguna.

Mierda. Con estas preguntas me estás poniendo en un aprieto.

Sospechaba que no me hacía estas preguntas por curiosear o por ser cotilla. Ya no éramos unas desconocidas, y ella era consciente de que mi familia ya no estaba, y yo era igualmente consciente de que su «antigua» familia tampoco estaba ya.

Parecía que me preguntaba como una forma de comparar su propia visión de su padre. Con suerte, con el interés de acercarse a él.

Yo no la presioné. Nunca llegué al extremo de sugerirle que intentara hablar con él. Era algo que tendría que resolver a su propio ritmo.

Sin embargo, ayudaría en todo lo que pudiera. Porque, aunque Mikhail no era el hombre más expresivo con sus emociones, quizá por mantenerlas a raya debido a su papel, sí que le importaba. Veía lo mucho que su familia significaba para él, incluso Anya con la distancia que había entre ellos.

—No —respondí sin rodeos, segura de mi papel aquí, así que podía responder con toda la honestidad posible—. *Sé* que a mi padre no le habría caído bien el tuyo. Tampoco le habría gustado que yo fuera su novia.

Siguió tocando, asintiendo a lo que yo decía para indicar que estaba escuchando. Apostaría a que no quería hacer contacto visual directo porque hablar de Mikhail le resultaba muy difícil.

—Mi padre se habría cabreado —admití—. Habría despotricado y protestado diciendo que me había educado mejor. Que debía de haberme vuelto loca para querer salir y vivir con un hombre que casi me doblaba la edad, un jefe de la mafia, alguien que se había endurecido por una vida de crímenes.

Dejó de tocar y se giró hacia mí. —¿Y eso no te impidió quedarte?

—Bueno, intenté irme. Pensé que podría salir de la situación y volar de vuelta a casa para alejarme de *todos* estos mafiosos. —Negué con la cabeza—. Pero eso solo era el miedo que me dominaba, la intimidación que no podía quitarme de encima ante lo desconocido. —Cogiéndole la mano, intenté ser tan delicada y sincera como pude —. Siempre habrá maldad en este mundo, Anya, gente mala haciendo cosas malas. Es simplemente parte de la naturaleza humana. Pero no es justo clasificar a alguien como *solo* malo o

irredimible. Cuando me capturaron, aprendí esa cruel lección, especialmente cuando los policías eran igual de corruptos e incapaces de ayudarme, y me atraparon. Aprendí aún más cuando otro médico, alguien como yo que había hecho un juramento para ayudar a la gente, se desvió hacia tal maldad.

—¿Y eso fue lo que te convenció de que mi padre no puede ser peor que los demás?

Negué con la cabeza. —No. Me convenció para que aprendiera a adaptarme y a no ser tan rígida con lo que creía de pequeña. —Darle más ejemplos de cómo su padre no era *solo* un hombre malo pareció darle más en qué pensar. Al final, solo podía compartir lo que pensaba y sentía. Aun así, como alguien de fuera, podía ser más objetiva—. Así que no, mi padre no habría aprobado a Mikhail. Pero también era el tipo de persona de mente cerrada que nunca pensaría que un agente de policía pudiera ser capaz de hacer algo malo, que otro médico o cualquier otro profesional pudiera ser tan turbio y terrible como los hombres de cualquier familia de la mafia.

Soltó un profundo suspiro, pensativa y dejando caer los hombros.

—Lo que más importa es que yo no habría escuchado a mi padre. Quiero a Mikhail y me encanta la oportunidad de estar aquí y ayudarle con su familia en todo lo que pueda.

—Ah, ¿entonces no te dice que pases tiempo conmigo?

—No. —Negué con la cabeza—. No lo ha hecho. Le dije desde el principio que él no es mi jefe. Es el jefe por aquí, pero es muy consciente de que quiero estar al mando de mi vida tanto como pueda.

—Me gusta esa perspectiva. Nunca he tenido voz ni voto en lo que quiero.

Me levanté, estirándome de la postura rígida que suponía estar sentada en ese banco del piano durante demasiado tiempo. —Entonces explora y aprende a encontrar tu voz. Encuentra tu lugar.

Eso es lo que estoy haciendo yo. —Abrí las manos en un amplio encogimiento de hombros—. Tú y yo nos parecemos en eso, Anya. No tengo ni idea de muchas cosas de este mundo, y parece que tu visión de él también estaba distorsionada. Podemos resolverlo y seguir adelante juntas.

Se puso de pie. —Me alegro mucho de que estés aquí.

La abracé, cerrando los ojos ante el calor que sentí en el corazón por su abrazo. —Yo también me alegro de estar aquí. Y no pienso irme nunca.

Salimos juntas de la sala. —¿Significa eso que te casarás con mi padre?

—¿Te gustaría?

Asintió y apoyó la cabeza en mí. —¿Por qué no? ¡Eres lo más parecido que he tenido a una madre!

—No la sustituiría —le advertí.

—No hay nada que sustituir. Nunca estuvo ahí para mí.

Me entristecía que le hubiera faltado el amor de sus padres durante tanto tiempo. Cada día estábamos más unidas. Nuestro vínculo me daba cada vez más confianza en que pertenecía a esta familia. Sin embargo, no quería asumir demasiado ni pasarme de la raya.

—Lo que sí te digo es que quiero a tu padre y que me encantaría formar una familia con él.

—O ampliar la que tenemos —dijo ella, sonriendo con naturalidad.

—Aunque siempre me he preguntado si sería capaz de hacerlo y cuándo —admití—. Con mis estudios, luego con mi carrera, durante mucho tiempo pareció tan imposible encontrar tiempo para eso.

—Tampoco es que te hayas retirado de verdad. Ayer estabas ayudando a los chicos en la cocina.

Tenía razón. Había intervenido para darles unos puntos por una pequeña pelea en la que se habían metido. Aquello no parecía trabajo. Fue solo mi instinto de ayudar. Esa parte de mí nunca moriría.

Una vez que nos separamos, ella para irse a leer y estudiar para un trabajo y yo para empezar a guardar más ropa de la que me habían traído, más regalos de Mikhail, no pude dejar de pensar en todo lo que habíamos compartido.

No tener que ocuparme de una carrera profesional parecía una forma pésima de plantearlo, pero era cierto. Tener un trabajo a menudo mermaba el deseo y la capacidad de una mujer para centrarse en una familia.

No todas las mujeres tienen que pensar así en lo que respecta a la *familia.*

Sonreí para mis adentros mientras doblaba más ropa para guardarla. La alegría de compartir un vestidor con Mikhail nunca dejaría de hacerme sentir pletórica.

Pero soy su mujer, me recordé felizmente.

Por primera vez desde que perdí a mis padres, mi futuro ya no era un gran interrogante.

Este era mi hogar, y esta gente, toda ella, era mi nueva familia, a la que ayudaría a proteger.

MIKHAIL

La búsqueda de Jack Harroun continuaba.

Todos los callejones sin salida que aparecían me cabreaban y no retiré a ninguno de mis hombres de la caza. No era como si tuviera que dividir mis intereses, de todas formas. Niko Popov parecía tener cuidado y estar observándome, esperando para hacer un movimiento y sabotear mis negocios como de costumbre. Sin duda, Roberto Giovanni estaba limpiando el desastre y recogiendo los pedazos de la destrucción después de que yo le devolviera el golpe y matara a sus hombres la semana pasada.

En el frente doméstico, todavía me contenía y me frenaba a la hora de centrarme por completo en Claire. Era reacio a poner toda mi energía y concentración en pedirle matrimonio y casarme con ella. Una luna de miel sería la mayor recompensa del año, pero quería vivirla cuando no tuviera a nadie relacionado con ella acechando suelto como una amenaza.

Conocer a Claire era como un sueño. Acostarme con ella y aprender sus peculiaridades me encantaba. Su sumisión no había disminuido y estábamos explorando todas las diferentes formas de hacer el amor que estaba dispuesta a probar conmigo.

Con la excepción de Jack suelto, la vida era casi perfecta.

Casi.

Porque todavía tenía que ser considerado a la hora de acercarme a Anya.

Claire me animaba a acercarme a ella, a hablarle, pero yo dudaba. No quería repetir el error de rogarle que pasara tiempo conmigo. No tenía prisa por exponerme para que ella se mostrara hosca y me rechazara de nuevo.

Como ella era una representante de Olga, de la mujer que había huido de mí porque yo era un monstruo indeseado e incapaz de ser amado, era más difícil dar ese primer paso. No podía reunir el valor para tomar la iniciativa en lo que a ella concernía.

Sin embargo, después de presenciar lo bien que se llevaban Claire y Anya, me sentí inspirado a dedicarle de verdad algo de atención a mi hija. Oírlas hablar sobre los padres fue revelador para mí. Cuando Anya le preguntó a Claire si su padre me habría aprobado, me conmovió sinceramente lo honesta que fue Claire.

Ella venía de un mundo diferente y nunca deberíamos haber congeniado tan bien como lo habíamos hecho, pero aquí estábamos, luchando para que el amor durara.

También podía luchar con o por Anya. Recordando lo arriesgado, pero liberador que fue ofrecerle a Claire la oportunidad de dejarme, me pregunté si podría darle a mi hija el mismo respeto.

En lugar de insistir en que Anya viniera a cenar, «usé» a Andre. No me preguntó por qué necesitaba que le pidiera a Anya que se uniera a él para la cena familiar. Nunca tenía que dar rodeos para explicarle nada.

Pero cuando Anya llegó, miró a Claire y se sentó cerca de ella.

Comimos y hablamos, como de costumbre. Sin embargo, cuando la comida llegaba a su fin, me aclaré la garganta y la miré.

—Anya, me gustaría ofrecerte algo que debería haber considerado desde el momento en que te mudaste aquí.

Ella frunció el ceño, sin responder. Había sacado ese rasgo de mí, igual que Andre. De alguna manera, como nosotros, sabía que, si alguien quería que supiera algo, solo tenía que esperar a que hablara.

—Me he estado centrando en darte una opción segura para que vivas libremente.

—¿Libremente? —levantó ella las cejas.

—No es una prisionera —la reprendió Claire.

—No. Pero, cuando llegó, esa fue su interpretación de lo que era vivir aquí. —Cuando Claire abrió la boca para hablar de nuevo, levanté la mano para interrumpirla—. No te culpo por tener esa perspectiva —le dije a mi hija—. Era muy consciente de los prejuicios de tus parientes. Me odiaban desde que mi padre tuvo la audacia de morir y ordenar en su lecho de muerte que yo cumpliera un viejo acuerdo matrimonial. Me esperaba todo eso.

—Las interpretaciones pueden cambiar —dijo ella, mirando a Claire brevemente.

—Pueden. Pero me doy cuenta de lo inútil que es competir con toda una vida de juicios en mi contra. No es justo para ninguno de los dos si de verdad eres desdichada aquí. —Me aclaré la garganta—. No te obligaré a actuar como una hija cariñosa. No te coaccionaré para que hagas nada que no quieras.

—¿Adónde quieres llegar, padre? —preguntó Andre.

—Anya —le dije—, puedes abandonar este edificio y esta vida. Puedes despojarte del título de ser mi hija y renunciar a este antagonismo que se ha criado en tu mente durante años. Si quieres, te buscaré un tutor en el que pueda confiar. No alguien de la familia de tu madre, si es que queda alguno. Puedo encontrar un tutor adecuado no afiliado a ninguna familia de la mafia. Puedes empezar de cero y comenzar una nueva vida sin la mancha de tenerme como padre.

Me miró fijamente, sin palabras. Claire me cogió la mano y la sujetó.

—Te proporcionaré todos los recursos económicos y materiales que puedas necesitar —añadí.

—¿Cuál es la otra opción? —preguntó Andre, interesado en la vida de su hermana.

—O puedes quedarte y entender que puedo ser paciente y darte todo el espacio y el margen que necesites.

Presentar estas opciones me resultó inquietantemente similar a cuando le di a Claire su ultimátum. O irse y no mirar atrás nunca, o quedarse y tratar de descifrar esta cosa llamada vida conmigo.

Era un riesgo. Era una apuesta, pero era una que sabía que tenía que arriesgarme a hacer.

Me había convencido a mí mismo de que darle a Claire el permiso para marcharse era una señal de amor. Que la amaba lo suficiente como para querer que fuera feliz, en cualquier formato que eso supusiera.

Ahora, estaba aplicando la misma generosidad a mi hija. Quería que fuera feliz y era muy obvio que aquí no lo era.

Todo este tiempo que había estado pensando en empezar una familia con Claire, emocionado por casarme con ella y reclamarla como mía, me di cuenta de lo poco que me había esforzado con mi familia actual, con mi hija actual. Andre no era una preocupación, pero tenía que entender cómo avanzar con mi hija.

Sentada allí en silencio, se desconectó y se quedó mirando su plato.

Claire hizo una mueca, apretándome la mano y volviéndose para mirarme con gesto de dolor. Le devolví el apretón.

Tenía que tener fe en que este era el paso correcto. Darle a Anya el poder de decidir algo así era un gran desafío que tenía que aceptar.

—¿Me estás preguntando si quiero quedarme o irme? —preguntó Anya después de varios largos y tensos momentos.

Asentí, seguro de que este era el día que ella había estado esperando. El día en que por fin obtendría mi permiso para irse.

—¿Lo dices en serio? —preguntó con incredulidad.

Asentí de nuevo. No podía culparla por ser escéptica.

—¡No! —frunció el ceño, formando una pequeña V sobre su nariz—. No, no quiero irme.

Parpadeé rápidamente, tratando de recuperarme de la conmoción. —¿No?

—No. No quiero irme. Quiero ser parte de una familia.

Andre bufó. —Ya lo eres.

Ella giró la cabeza para mirarlo. —¿Entonces debería quedarme, verdad?

—Deberías hacer lo que sea que te haga feliz —sugirió él.

Bingo. Eso era precisamente de lo que me estaba dando cuenta.

—Entonces quiero quedarme —dijo, sonriéndole a Claire con una media sonrisa, como si no pudiera creer que le estuvieran ofreciendo esto.

—¿De verdad? —tuve que preguntar. Por lo mucho que se había opuesto a estar aquí, tenía que comprobarlo. Lo último que quería era centrarme en empezar una familia con Claire, pero verme frenado por intentar forjar una relación con Anya. Una que no incluyera que ella me odiase a muerte y que nunca quisiera hablar conmigo.

—Sí. Quiero quedarme y pertenecer y… —frunció el ceño, como si estuviera decepcionada de sí misma—. Quiero la oportunidad de tener la mente abierta y cambiar mi interpretación de quién eres.

Claire sonrió radiante, apretándome la mano. —Bien —dijo, como si eso lo resolviera todo.

Esto era bueno, pero totalmente inesperado.

Mientras reanudábamos la cena, no pude evitar sentir como si me hubieran quitado un peso de encima. Anya quería darme la oportunidad de ser su padre. Y todo era gracias a esta mujer. Mi dulce doctora.

Gracias a ella, gracias a su paciencia y a la generosidad de su gran corazón, Anya no se oponía rotundamente a vivir conmigo.

Atrayendo a Claire hacia mí hasta que pude besarle la mejilla, me atreví a preguntarme si todo podría estar encajando por fin.

Mi hijo *y* mi hija conmigo.

Mi futura prometida siendo el pegamento que no me había dado cuenta de que necesitábamos.

Y esta calidez de amor creciendo en mi corazón, convenciéndome finalmente de que me había equivocado todo este tiempo al pensar que nunca sería querido y redimido.

38

CLAIRE

El día después de lo que yo consideraba la «gran» cena familiar, me sacaron de golpe de la idea casi idílica de que las cosas podían estar tranquilas y calmadas por aquí.

Era como esa superstición que dice que si mencionas que todo está en calma, es gafe y ocurre justo lo contrario.

Anya y yo acabábamos de comentar lo tranquilo y pacífico que estaba todo en el patio trasero después de comer cuando se oyó un gran alboroto procedente de la planta principal.

—¿Qué está pasando? —preguntó Anya, poniéndose en pie de un salto.

Me levanté rápidamente yo también. Alarmada al instante, extendí el brazo para protegerla. Escudriñé el patio y luego entrecerré los ojos para ver el interior, buscando frenéticamente el origen del peligro.

Se suponía que aquí no había peligro. Había demasiados guardias por todas partes, patrullando y manteniendo a raya a los intrusos. Pero ahora que era plenamente consciente de cómo se habían llevado a Anya de este mismo lugar, sabía que no debía dar por sentado que lo imposible no podía ocurrir.

—No lo sé. —La hice retroceder hacia la puerta que le daría la ruta más clara y rápida hacia su habitación—. Pero tienes que irte. Ve a

tu cuarto y escóndete. Espera a que Mikhail o yo vayamos a decirte que no hay moros en la costa y...

—¿Qué? —preguntó boquiabierta, asustada ahora.

Yo era la adulta. Tenía que ser yo quien tomara las riendas, y mantenerla a salvo era primordial.

—¡Tienes que venir a esconderte conmigo!

Negué con la cabeza y la insté a que retrocediera y se fuera. Yo le cubriría las espaldas.

Sin embargo, en cuanto entramos en el gran espacio abierto de esa planta, Sergei frunció el ceño al acercarse a nosotras. —¿Qué pasa?

Anya y yo intercambiamos una mirada. —Eso es lo que queremos saber nosotras —dije.

Al menos él parece tranquilo...

—Estábamos sentadas ahí fuera —dijo Anya, señalando.

El miedo en su voz me partió el corazón. Quizá había llegado el momento de sugerirle a Mikhail que las dos recibiéramos algo de entrenamiento para aprender a defendernos o a disparar.

—Y entonces hemos oído todos esos gritos y todo lo demás —añadí, examinando la habitación. Cuando volví a centrar mi atención en él, fruncí el ceño—. Estás sangrando.

Él puso los ojos en blanco. —Sí.

Puso los ojos en blanco. Sabía que estos hombres eran duros, pero... —¡Sergei! —lo guié hacia el sofá más cercano—. Te estás desangrando.

—Espero que no —admitió con franqueza—. Anya, ¿crees que podrías ir a por uno de los botiquines que esta maravillosa doctora ha insistido en tener por toda la casa?

Le lancé una mirada severa. —¿Qué ha pasado?

Anya no se movió. —¿Es... seguro?

Sergei asintió, moviéndose conmigo para quitarse la manga de la chaqueta y luego la camisa. Parecía que el corte en la tela coincidía con la herida. —Sí, no pasa nada.

Se oyeron más gritos a lo lejos, contradiciéndolo.

—Hemos tenido un pequeño altercado —admitió. Ahora, en lugar de poner los ojos en blanco por estar herido, casi sonrió. Como si estuviera orgulloso.

Hice una mueca, esforzándome por aclimatarme y no juzgar.

No quiero saberlo. No quiero saberlo...

Sin embargo, lo de meter la cabeza en la arena, proverbialmante, se estaba quedando anticuado. Cuanto más me enfrentaba a mi miedo a la violencia y ayudaba, más rápida y mejor era razonando conmigo misma que las cosas eran así y punto.

—Nadie está intentando entrar —añadió con una mirada hacia mí.

—Anya, necesita puntos —le dije, evaluando la profunda herida. Presionar sobre ella el cojín blanco puro que casualmente había en este sofá no era la compresión más higiénica. Ni lo más correcto. Esta piececita probablemente costaba una fortuna, pero era todo lo que tenía a mano—. ¿Puedes coger el botiquín más cercano, por favor? —Ella sabría dónde estaban. Cuando le dije a Mikhail que quería estar preparada para cualquier emergencia, me dio fondos ilimitados para abastecer el edificio. Anya había hecho un proyecto conmigo para encontrar sitio para todos los botiquines.

Se fue corriendo, pareciendo confiar en mi suposición de que Sergei tenía razón, que estábamos a salvo.

—Claire, antes de que se me olvide y ya que no es frecuente que pueda hablar contigo en privado —dijo Sergei una vez que Anya

estuvo fuera del alcance del oído—, quería preguntarte algo.

—Vale.

—¿Se lo has sugerido tú a mi tío?

Lo miré con el ceño fruncido. —¿Sugerirle qué?

—Sugerirle que le dé a Anya la oportunidad de tener una vida diferente en otro lugar o de quedarse. Como te ofreció a ti.

Negué con la cabeza. —Le atribuyes demasiada confianza a mi capacidad para decirle a tu tío que haga algo.

Excepto... quizá cómo me gustaría que me hiciera el amor. Mikhail siempre era complaciente en *ese* aspecto. Escondí una sonrisa pícara ante los pensamientos traviesos.

—Discrepo. —Se inclinó para susurrar, teatralmente—. Haría cualquier cosa que le pidieras.

Me tocó a mí poner los ojos en blanco. —Ja.

—Lo tienes comiendo de tu mano, Claire.

Así me sentía yo. Estaba así de ansiosa por contentarlo y complacerlo. Pero quizá era mutuo.

—No, no se lo he sugerido. Y me conmueve mucho que pueda ser tan desinteresado en lo que a ella respecta.

Asintió.

—Ahora, esto —dije, señalando su herida mientras comprobaba si el cojín decorativo estaba ayudando a contener la hemorragia—. ¿Qué ha pasado *esta* vez?

Se encogió de hombros. —Me acerqué demasiado a uno de esos cabrones de los Popov. Y tuvo suerte con un cuchillo.

Suspiré, haciendo todo lo posible por aparcar la frustración, el pavor y la preocupación por sus violentos estilos de vida.

Es lo que hay. No le des demasiadas vueltas.

—Pero ha merecido la pena —dijo mientras Anya regresaba.

Le dirigí una mirada socarrona.

—De verdad. No ha sido una pelea estúpida y sin sentido —insistió —. Porque lo hemos cogido.

—¿Cogido a quién? —preguntó Anya.

Enmascaré mi reacción al hecho de que preguntara algo. Tenía arraigado no pedir detalles, pero ella todavía estaba aprendiendo. Su curiosidad resultaba en menos filtros.

—Tu viejo amigo —dijo Sergei, inclinando la barbilla hacia mí mientras empezaba a limpiar la herida.

—¿Mi qué? —Al instante, mi mente retrocedió a toda la gente que solía conocer en casa, en la zona en la que me había criado a las afueras de Londres.

—Jack Harroun —respondió—. Lo hemos encontrado. De ahí parte de los gritos y el alboroto. Lo estábamos bajando para, ehm... —Miró a Anya—. Al sótano —concluyó—. Y ha intentado escapar.

—¿Jack está aquí? —pregunté. No necesitaba que me aclarara a qué se refería con «sótano». Lo sabía. Mikhail me advirtió que nunca bajara allí sin él, al nivel más bajo donde podían interrogar a los enemigos.

Interrogados y... asesinados.

—Sí —respondió, siseando un poco cuando empecé a coserle. El sofá se habría mojado si no hubiera extendido el paño protector sobre nuestros regazos.

—Ah. —Fruncí el ceño mientras me concentraba en ayudarlo. Era mucho más fácil en estos momentos en los que podía practicar la adaptación de mis habilidades. Estar aquí y no ayudar era un

desperdicio, así que a menudo era así, emergencias improvisadas en las que los hombres contaban con mi pericia y habilidad.

Ayudarlos era una extraña forma de hacer las paces con su anarquía, pero me parecía lo correcto.

Cuanto más tiempo me quedaba, más sentido tenía todo. Ya no dudaba tan rápido de mi papel.

Como amante de Mikhail. Como modelo de figura materna para Anya. Y como la doctora de guardia. No ayudar a los hombres de Orlov me habría parecido un crimen.

—Creo que mi tío estará esperando para ver si te gustaría hablar con él —dijo Sergei mientras yo me esforzaba por no revivir la última vez que había visto a Jack, cuando me había sacado de la calle y me había entregado alegremente a aquellos hombres que me ataron y me dejaron en aquella miserable habitación de aislamiento.

—¿Cree que querría hablar con Jack? —pregunté. Negando con la cabeza, pero sin apartar la vista del brazo de Sergei, suspiré—. No tengo ningún interés en hablar con nadie de ese nivel.

—¿Ni siquiera para cerrar el capítulo? —preguntó Anya. Se sentó a mi lado, tendiéndome un paquete de gasas para que lo cogiera cuando estuviera lista. Ya estaba asumiendo el papel de mi ayudante. Me había ayudado con suficientes de estas emergencias improvisadas porque siempre andaba conmigo durante el día.

Le habían informado de que Jack trabajaba conmigo en el hospital y de cómo había ayudado a que me capturaran. Ocultarle información me parecía cruel y, como no era una niña sino casi una adulta, no me preocupaba demasiado que fuera demasiado delicada o inmadura para oír algunos hechos edulcorados.

—¿Cerrar el capítulo? —pregunté, sorprendida por su elección de palabras—. No. No necesito cerrar ningún capítulo. —Si algo se había cerrado, era todo lo que había experimentado antes de decirle a Mikhail que lo amaba. Terminé el capítulo de mi trabajo aquí

cuando dimití. Cerré el asunto de las amenazas de Jack cuando me salvaron de esa habitación oscura.

—Pero podría ayudar —dijo Mikhail, apareciendo detrás de nosotros en el sofá. Entró con aire despreocupado, las manos metidas en los bolsillos y el rostro prácticamente inexpresivo. Pero a medida que se acercaba, vi la tensión en su mandíbula, la ira latente en sus ojos que chispeaba y ardía también con impaciencia.

—No necesito cerrar ningún capítulo —le dije mientras mantenía la mirada en el brazo de Sergei. Casi había terminado de coser el corte y volví a negar con la cabeza—. Ni siquiera necesito saber que está aquí.

—Dame el gusto —sugirió Mikhail—. Fue alguien implicado en las amenazas a tu vida y podría ayudarte ver que nunca más volverá a ser una amenaza.

Hice una mueca, anudando el hilo y mirándolo. —Estoy haciendo lo que puedo, pero, ehm... no necesito presenciar ningún «cierre de capítulo» en primera persona.

—Ven conmigo —dijo, inclinando la cabeza hacia un lado.

No era una orden, pero tampoco una petición. Suspiré, preguntándome si tendría razón. Si me sentiría mejor sabiendo que Jack había sido capturado y que pronto encontraría su destino a manos de mi hombre.

—¿Puedes aplicar un poco de pomada y luego vendar esto sin apretar? —le pregunté a Anya.

Asintió, apresurándose a ocupar mi lugar como si estuviera encantada de que le pidieran hacer algo. Tenía que encontrar más formas de hacerla sentir incluida.

Me levanté y fui hacia Mikhail. Antes de llevarme, me enmarcó el rostro y me besó con dulzura. —Te quiero.

—Es un sentimiento un poco raro para compartir antes de llevarme a las mazmorras de tortura, ¿no? —pregunté, arrugando la nariz.

—No. Nunca será raro decirte que te quiero —respondió, tomándome de la mano y caminando conmigo.

No dije nada más mientras nos dirigíamos al ascensor. Una vez que estuvimos en la cabina y descendiendo, suspiró y me observó de cerca.

—Admiro lo bien que te estás adaptando.

Asentí. —Puedo aprender, cambiar y crecer.

—Lo sé. Y por eso creo que podría ayudarte ver, presenciar sin lugar a dudas que *siempre* mantendré mi palabra y me aseguraré de que estés a salvo.

Sonreí y lo abracé. —Ya lo sé. —Cuando la cabina del ascensor se detuvo y dimos un pequeño bote, exhalé y lo miré—. Pero quizá tengas razón.

—Mmm.

—O quizá Anya tenga razón —dije mientras me guiaba por un pasillo. Parecía un corredor de servicio, hecho de bloques de hormigón y con una iluminación simple e insulsa que marcaba la ruta.

—No tendré que preguntarme si sigue ahí fuera.

—Mmm-hmm —asintió él.

—Y no me preocuparé de si volverá alguna vez.

Asintió mientras llegábamos a una puerta sin ventanas.

Tiré de su mano antes de que la abriera, deteniéndolo. —Pero quizá podrías dejarme salir de la habitación antes de que, ya sabes, lo hagas.

Me besó la frente y asintió.

Entramos, e inmediatamente contuve la respiración. Había esperado un baño de sangre. Su cara destrozada y sangrando. Su boca sin dientes. Cortes abiertos y ángulos nauseabundos de huesos rotos.

En cambio, vi algo mucho peor.

Estaba bien, ileso y solo con un aspecto ligeramente desaliñado.

Sentado en una silla con los brazos atados, parecía casi... normal. Pero esa era la ilusión que tenía que superar. Nada de lo que antes era normal lo era en realidad. Los policías y los médicos no eran los héroes que necesitaba. Este jefe de la mafia sí lo era.

Fue la siniestra mirada de desprecio y puro odio que Jack me dirigió lo que me heló hasta los huesos. Al entrar, de la mano de Mikhail, se burló y rio maniáticamente.

—Puta patética de mierda.

Apreté el puño libre ante su insulto.

El miedo que me infundía su sonrisa infernal desapareció. En su lugar surgieron la ira y la furia.

Andre negó con la cabeza y le dio una fuerte bofetada. Su cabeza se giró bruscamente hacia la derecha, pero no perdió esa expresión de suficiencia.

—Lo eres. Eso es todo lo que es, una puta de mierda, abriendo las piernas para los hombres equivocados.

—Él no es el hombre equivocado para mí —declaré, orgullosa de sostener la mano de Mikhail y saber que nunca me defraudaría. No como lo había hecho Jack. No como otros lo habían hecho.

—Lo son. Joder, ¿no puedes abrir los ojos y ver? —gritó—. Te estás jodiendo la vida poniéndote del lado de estos imbéciles, Claire. Estás cometiendo el mayor puto error de tu patética vida si siquiera

piensas que a alguno de estos cabrones de los Orlov le importas una mierda.

Cuando Andre levantó la mano para golpearlo de nuevo, negué con la cabeza.

No me iba a quedar mucho tiempo. Pero ya que había venido, quería decir lo que pensaba e irme. Estaría bien que lo oyera por encima del zumbido en los oídos que le causarían los duros golpes de Andre.

—¡Te estás jodiendo la puta vida! —Jack se esforzó por liberarse de sus ataduras, como si verme allí abajo, tranquila, serena y libre, fuera suficiente para llevarlo al límite.

Verme aliada con Mikhail era su ejemplo más claro de que había perdido.

Estaba capturado y a punto de morir.

—Al menos yo tengo una vida que vivir —le espeté con frialdad.

—Que te jodan, estúpida zorra. Solo te están utilizando. ¡Te abandonará! Le importas una puta mierda. Intenté advertirte. Te lo *dije*, joder. Te dije que no querías tener nada que ver con estos monstruos.

—¿*Estos* monstruos? —pregunté con una risa áspera—. ¿Qué hay de los monstruos con los que *tú* te aliaste?

—Cállate la puta boca. —Bajó la cabeza y apretó los dientes, como si pudiera convertirse en Hulk y soltarse de las ataduras.

—No. No creo que lo haga. —Me abracé a mí misma mientras Mikhail sacaba su pistola, con la mirada dura como el sílex mientras se situaba a mi lado como el apoyo que yo quería, y miré fijamente al hombre que casi había conseguido que me violaran y mataran.

—¿Con quién trabajabas cuando me secuestraste en la calle? —pregunté, dándome cuenta de que no tenía que ser solo una doctora

para Mikhail. También podía poner de mi parte para hacer hablar a este idiota.

—No te voy a decir una mierda —gritó.

Casi deseé que lo hiciera. Preferiría mil veces que Mikhail matara a los responsables, no a cualquiera.

—¿Qué hacías, trabajar para los Giovanni? —pregunté, decidida a obtener una respuesta para estos hombres trabajadores que solo querían salvarme.

Jack negó con la cabeza.

—¿Qué hacías para los Popov? —pregunté a continuación, cada vez más irritada por su falta de respuestas.

—Que te jodan, Claire. No actúes como si de verdad quisieras ayudarlos. Solo te arruinará la vida.

—Mi vida —dije mientras retrocedía—, en lo que a mí respecta, no ha hecho más que empezar.

No era una experta en interrogatorios. Ese no era mi punto fuerte. Pero había visto suficiente. Era demasiado pronto para determinar si ver a Jack así me daría realmente alguna sensación de cierre, pero conocía mi límite. Me esforcé hasta donde pude.

Encontrando la mirada de Mikhail, asentí una vez.

Él inclinó la barbilla hacia mí en señal de reconocimiento, extendió la mano hacia la mía y la apretó una vez.

—Te veo arriba —le susurré, dejándolo para que hiciera su trabajo y cumpliera su promesa de mantenerme siempre a salvo.

Un guardia me escoltó fuera de la habitación, pero rechacé su compañía en el ascensor de subida. Me acerqué a las puertas cerradas, esperando a que se abrieran. El corazón se me aceleró un poco por el subidón de adrenalina de ver a mi enemigo, pero cuando

sonó el primer disparo detrás de mí en esa habitación, apenas me inmuté.

Cerrando los ojos y calmando la respiración, esperé la distancia que me mantendría cuerda.

Nada es nunca tan blanco y negro como parece.

Ahora lo sabía. Podía contar con esa verdad.

Cuando el ascensor llegó y las puertas se abrieron, exhalé una última respiración profunda y abrí los ojos.

No gastaría demasiada energía en pensar en lo que estaba pasando ahí abajo. En el ascensor, subiendo, levanté la cara y me tranquilicé con el recordatorio de que había dicho la verdad.

Mi vida realmente parecía estar empezando ahora, y todo era gracias a ese asesino de fuerte voluntad que había dejado en el sótano.

MIKHAIL

Matar al doctor Jack Harroun debería haberme hecho sentir mejor. La victoria de acabar con la vida de alguien que había puesto en peligro a Claire era algo que debería haberme aliviado de esta extraña inquietud que se había apoderado de mí.

Después de que Claire saliera de la sala de detención adonde Andre había llevado a ese médico corrupto y mentiroso, yo mismo le pegué un tiro a ese estúpido gilipollas. No tenía paciencia para aguantar a los necios. Ya había perdido demasiado tiempo escuchando las viles sandeces que le salían por la boca.

Sin embargo, una vez hecho el trabajo, no me sentía mejor. No me sentía victorioso como de costumbre.

Con Claire subiendo de nuevo, dudé y me cuestioné a mí mismo.

¿Llegará a aceptarme de verdad alguna vez?

Andre les hizo un gesto a un par de hombres para que se llevaran el cadáver de Jack. Él y Sergei habían dirigido al equipo que finalmente había atrapado al antiguo compañero de trabajo de Claire. El hombre se había estado escondiendo entre los Popov, pero no pudo seguir esquivándonos.

Mi hijo rodeó la sangre y ladeó la cabeza hacia mí.

—¿Por qué la has traído aquí abajo? —preguntó. Cuando me había informado de que Jack estaba capturado, le dije que me esperara para ir a la sala y encargarme de él yo mismo.

Me encogí de hombros y me di la vuelta para salir de la sala. No le estaba dando la espalda y él lo sabía. Se puso a caminar a mi lado, pues su trabajo aquí había terminado por el momento.

—Pensé que así le mostraría otra faceta de mí —admití.

—¿Y qué faceta era esa? —preguntó mientras caminábamos por el pasillo hasta el ascensor—. ¿La que no permite que nadie se salga con la suya si se mete con nosotros?

—La del verdugo —respondí.

Soltó una risa irónica, quizá divertido de que ahora me pusiera tan filosófico sobre lo que hacíamos día sí y día también. —¿Te está saliendo ahora la conciencia? —bromeó.

Le fruncí el ceño.

—Vamos. ¿Qué te puede preocupar? Ya te ha visto matar a otros antes.

Sí, me había visto. Era muy consciente de cada vez que Claire me había visto matar a alguien. Aquel hombre que casi le dispara en el aparcamiento antes de que la trajera aquí por primera vez. Luego los hombres que la habían secuestrado. Ahora, Jack. Su visión de mí en términos de vida o muerte siempre sería el mayor punto de contraste. Ella salvaba vidas mientras yo las quitaba.

—Pero la muerte de él habría sido diferente.

—¿Cómo? ¿Porque no fue una muerte en defensa propia directa?

Asentí. Era exactamente eso. —Siempre me preocupará si ella puede aceptar de verdad las partes más oscuras de lo que soy. Nunca dudaré en quitarle la vida a alguien para mantenerla a salvo. Pero

¿hasta qué punto tendrá la mente abierta? ¿Cómo se dirá a sí misma que no es malo o perverso actuar como juez *y* verdugo?

Subimos y él me sonrió levemente. —No lo sé. Pero seguro que puedes preguntárselo y guiarla en el proceso.

Tenía razón, pero aun así, mientras subía y dudaba si ir a buscar a Claire para ver cómo estaba, me pregunté si ni siquiera mi guía la ayudaría. Sería irónico que le diera consejos sobre cómo superar el dilema moral de aceptar que mataría a nuestros enemigos. En lugar de buscarla y abrumarla más, fui al salón de la planta principal y me senté cerca de las ventanas para contemplar el cielo nublado y tormentoso.

¿Habrá siempre una parte de ti que me vea como un monstruo?

Era un destino demasiado similar a lo que Olga había creído.

No, eso no es verdad. Olga estaba demasiado influenciada por sus padres.

Esa situación también se aplicaba a Claire. Fue criada por padres estrictos y cumplidores de la ley.

Pero Claire no es Olga. Es una persona con entidad propia. No es una novia joven y estúpida obligada a nada. Le di la oportunidad de marcharse en condiciones y mantenerse a salvo lejos de aquí.

Bebí un sorbo y me quedé quieto, reflexionando sobre que Claire también era joven. Era influenciable, pero no era lo mismo que había afrontado con Olga. Cuando mi padre murió y dio su visto bueno —y su expectativa— a que me casara con Olga, yo solo tenía dieciocho años. Ella también.

En retrospectiva, ninguno de los dos estaba preparado para casarse o formar una familia. No era el caso ahora. Yo era mayor, más sabio, y estaba plenamente seguro y confiado en mi papel, el papel de jefe que se me acababa de conceder cuando mi padre y mi hermano murieron. Ahora era más listo y más capaz.

Claire tampoco era una joven tímida que había sido protegida y mimada como Olga. A lo largo de sus años de estudio y trabajo, Claire había experimentado y presenciado el lado más duro de la vida. Pasó por la muerte de pacientes que no pudo salvar y soportó las pruebas de un trabajo exigente y difícil donde había mucho en juego.

Simplemente… ten paciencia. Ten fe.

Matar a Jack era el último obstáculo en el camino para sentir que podía seguir adelante plenamente con Claire. Estaba hecho, pero yo dudaba, incluso estaba un poco nervioso, sobre cómo reaccionaría ella ahora.

Después de todo, con él muerto, podría cambiar de opinión y querer irse de nuevo.

Lo único que la ataba a mí y hacía que se quedara era este amor que decía sentir por mí. Pero ¿podría realmente quererme pasara lo que pasara?

—¿Está muerto?

Me di la vuelta rápidamente, tan perdido en mis pensamientos que no me había dado cuenta de que alguien se acercaba. Siempre había gente moviéndose por el edificio. Guardias y personal doméstico iban y venían, haciendo su trabajo. Pero yo había estado tan preocupado por mis pensamientos sobre Claire que no había prestado atención a nadie que me buscara.

Y menos que nadie, a ella.

Anya estaba detrás de mí, con las manos en los bolsillos y el rostro tenso.

Podía contar con una mano las veces que había querido hablar conmigo. Hasta ahora, la mayoría de esas ocasiones la habían incluido gritándome y juzgándome.

—¿Está muerto ese médico? —preguntó.

Asentí, superando la sorpresa de que quisiera preguntarme eso. O hablar conmigo, para empezar. Esperaba que, con el tiempo, se abriera cada vez más a mí. Quizá tendría que ser un progreso gradual. Ya que eligió quedarse aquí y no vivir en otro lugar, eso implicaba que ella también quería cambiar.

—Bien. —Frunció el ceño y bajó la vista al suelo—. No me gusta pensar así, que *esté* bien que esté muerto. Pero me alegro de que ya no pueda ser una amenaza para Claire.

Asentí y me aclaré la garganta. —Siempre mantendré a mi familia a salvo.

Incluso a ti.

Asintió y volvió a hacer contacto visual, con timidez. —Gracias.

—No hay de qué darlas.

—Quiero decir, gracias por mantenerla a salvo —explicó—. Realmente me gusta poder pasar tiempo con ella.

Esbocé una sonrisa. —A mí también.

—Y… ya que estoy en ello y aún no se me ha acabado el valor, gracias por salvarme a mí también.

—¿Te he salvado? —pregunté. Los juegos mentales no eran mi objetivo, pero me preguntaba si seguía bajo la impresión de que estaba peor viviendo conmigo que sin mí.

—Me refería a cuando me secuestraron. —Se aclaró la garganta—. Y, supongo, que por lo demás, también. Yo… —Soltó un profundo suspiro—. Ha sido difícil entender cómo me contaron tantas cosas sobre ti y esperaba lo peor aquí, cuando esa no es la realidad que he llegado a ver y experimentar.

—La familia de tu madre estaba muy resentida —admití—. Nunca presioné para traerte aquí porque durante mucho tiempo pensé que estabas mejor sin mí mientras yo aprendía a ser el líder que soy. —Y

no rehuiría el orgullo que realmente sentía por ello—. Pero ahora, veo que no estabas mejor con ellos.

Negó con la cabeza. —Creo que todavía estoy intentando entender cuál es mi lugar y cómo podría ser más feliz.

—Yo también estoy intentando entenderlo todo, Anya. Ninguna familia es perfecta.

Retrocedió un paso, dedicándome una pequeña sonrisa. —Lo sé. Solo… me alegro de que tengamos la oportunidad de intentarlo.

Sin decir una palabra más, se retiró y salió de la habitación.

A raíz de lo que parecía un avance providencial, sonreí. Realmente había dado un salto de fe al venir a hablar conmigo. Lo que había dicho era importante, y me lo tomé muy a pecho. Con su gratitud y honestidad, me sentí más preparado para salir de mi cabeza y ver cómo estaba Claire.

La encontré arriba, en mi habitación. No. En *nuestra* habitación. Parecía que acababa de terminar una sesión de entrenamiento y una ducha, pero al pasar junto a su ropa de deporte en el suelo, me pregunté si había elegido hacer un segundo entrenamiento hoy porque necesitaba desahogarse después de ver a Jack. Después de saber que había vuelto a matar por ella.

—¡Oh! —Se detuvo en seco al salir del vestidor—. No te he oído entrar.

—Siento haberte asustado.

Negó con la cabeza y vino a abrazarme, tranquila y sonriente. Como si verme le trajera alegría, no culpa ni pavor.

Solo podía esperar que siempre fuera así.

Cogiéndola en mis brazos, la levanté y la abracé más fuerte. Apreté mi cara contra la suya, aspirando profundamente su aroma.

—No estaba segura de si estabas ocupado con algo o evitándome —dijo una vez que la llevé a una silla y me senté con ella en mi regazo.

—Estaba pensando —admití, sin saber cómo empezar la conversación que quería tener con ella.

—Yo también. —Frunció el ceño y suspiró—. Odio que dijera eso.

—¿El qué? —No quería equivocarme al adivinar.

—Cuando Jack no paraba de decir que estaba arruinando mi vida por estar a tu lado. —Se lamió los labios y me miró con tanta franqueza y amor que me sentí un necio por dudar de ella. Cuando levantó las manos para enmarcar mi rostro, el contacto de sus suaves dedos sobre mí calmó mi alma inquieta.

—Mi vida no está arruinada por tu culpa —dijo con confianza.

—¿No lo está? —Le aparté el pelo, maravillado ante el milagro de que pudiera ser mía. De que pudiera ser tan firme al elegirme.

—No. —Negó con la cabeza antes de inclinarse para besarme con ternura—. Me salvaste, Mikhail.

—¿Así que quieres quedarte por gratitud? —pregunté, un poco en broma.

—No. Me *quedo* porque te quiero. —Me besó de nuevo, pero esta vez, mientras sentía la sonrisa de sus labios contra los míos, pasó la pierna por encima para poder sentarse a horcajadas sobre mí—. Y estoy deseando demostrártelo cada día.

Excitado solo por su beso, observé el brillo de emoción y lujuria en sus ojos mientras le quitaba el albornoz de los hombros, revelando toda su piel desnuda y suculenta que no podía esperar a saborear.

—Nunca podré escapar de todos mis pecados —le dije.

—No tienes por qué —prometió—. Porque este… —Presionó su mano sobre el lugar donde latía mi corazón mientras levantaba la mía para

apoyarla sobre la suya—, este amor nos redime.

Deslicé mis dedos hacia arriba desde donde su pulso latía más rápido. Agarrándola por la nuca, la insté a inclinarse y besarme de nuevo.

Ella era mi salvación. Tenerla a ella —y a mi hija— en mi vida contribuía en gran medida a hacerme sentir íntegro, completo como nunca antes lo había estado.

—Te quiero, Mikhail —prometió mientras empezaba a desabrocharme la camisa, besándome a lo largo de la mandíbula—. Y siempre te querré.

Sonriendo, en paz a pesar de la lujuria que recorría mi cuerpo con su tacto, la abracé con fuerza. —Yo también te quiero —juré con todo mi corazón y toda mi alma.

40

CLAIRE

D*os semanas después…*

—¿Claire? —llamó Martin desde el vestíbulo.

Me detuve mientras pasaba desde la cocina, donde Mikhail y Anya todavía estaban terminando de almorzar.

—¿Sí? —Me desvié para volver con el mayordomo. Cada día que pasaba parecía menos un empleado y más un amigo. Vivir aquí era un proceso de adaptación. Acostumbrarse al personal, a la riqueza, al lujo y a la presencia de guardias armados no era un cambio sencillo.

Pero, por ahora, iba bien.

—¿Dónde le gustaría que pusiera estas? —Se hizo a un lado para señalar las cajas que habían llegado.

—Oh. —Fruncí el ceño, sin saber dónde poner el exceso de material.

Desde que decidí quedarme con Mikhail, me había convertido en la médico de facto de la propiedad. No era ni un peón ni una proveedora de servicios. Solo era una mente ociosa y una médico cualificada con necesidad de pacientes.

No me gustaba el *motivo* por el que los hombres de Orlov necesitaban asistencia médica, pero nunca rehuía la oportunidad de

ayudar.

—No lo sé. ¿Dónde podrían ir? —le pregunté, ya que él era quien mejor conocía la distribución del edificio—. Esas cajas son suministros de reserva.

No iba a designar una habitación o una planta como si fuera una clínica de urgencias. Aquí no se harían cirugías, o al menos nada complejo. Con un ecógrafo, me sentía equipada para evaluar a cualquiera que se hubiera hecho daño. Pero me negaba en rotundo a intentar operar sin las herramientas adecuadas, o a hacer radiografías sin preparar una sala apropiada para ese tipo de exposición.

—Pueden ir al almacén, entonces —dijo refiriéndose a las cajas de gasas, vendas, férulas e incluso material para escayolar. Lo que yo no podía tratar, lo «externalizábamos» a otro hospital. No a aquel en el que yo trabajaba. Aun así, una vez tuviera las pruebas o los diagnósticos correctos, podía escayolar aquí a quien lo necesitara.

Sin embargo, ver todo aquel material me hizo detenerme un instante más. Martin pidió a unos hombres que movieran las cajas y me miró. —¿Desea algo más con esta entrega?

—Oh, no. —Negué con la cabeza, saliendo de mis pensamientos. Era extraño verlo todo y recordar que, en cierto modo, estaba trabajando. No de manera oficial, pero sí me mantenía ocupada.

Pero pronto estaré aún más ocupada.

—¿Hay algo más que le gustaría que preparara para su despacho? —preguntó.

Sonreí con dulzura. *Quizá… ¿dejar todo eso en suspenso?* —No. Así está bien.

Mikhail me había explicado unos días antes que quería que me sintiera libre de hacer lo que quisiera en mi tiempo libre, que a veces podía ser mucho cuando él estaba ocupado. Como le preocupaba

que me arrepintiera de haber renunciado a mi carrera, se había mostrado dispuesto a ayudarme a crear un servicio de telemedicina, una consulta privada dirigida por mí. Justo cuando creía que no podía quererlo más, va y hace algo así, se pasa de la raya para demostrarme que me valoraba y que no iba a ignorar *mis* objetivos.

Seguí adelante con los planes de empezar un negocio aquí, de ofrecer asesoramiento médico virtual. No sería lo mismo que contribuir en persona, en una caótica planta de urgencias con todo el personal, pero, por otro lado, aquí tenía experiencia práctica curando a los hombres de Orlov.

No se reparó en gastos. Tenía un despacho. Tenía ordenadores y equipo tecnológico nuevo. El equipo legal de Mikhail me estaba ayudando con todos los documentos y trámites que necesitaría para ejercer. Era un gran proyecto, uno que llevaría tiempo, pero me preguntaba si realmente seguía queriéndolo.

Si tendría tiempo para hacer malabares con mi propio negocio cuando otro «proyecto» mucho más grande se cernía en mi futuro.

Me apreté la mano contra mi vientre plano y sonreí mientras volvía a la cocina, donde había dejado a Mikhail y a Anya, al darme cuenta de que me había dejado allí el agua.

Justo anoche, cedí y me hice una prueba de embarazo. Todo este tiempo habíamos jugado con la posibilidad de que estuviera embarazada. Y, efectivamente, la falta de mi período no había sido una casualidad. La prueba de embarazo dio positivo, y me pregunté cómo reaccionarían todos.

De pie en el umbral, observando a Mikhail y Anya hablar en la mesa, me crucé de brazos y sonreí. Poco a poco se estaban abriendo el uno al otro, actuando más como padre e hija que como enemigos en la misma casa.

Si Anya hubiera llegado aquí de niña, seguro que no habría sido tan difícil ganársela. Como adolescente, ya rebelde y con sus propias

opiniones —y asustada—, era un hueso más duro de roer.

Notaba el impacto de mi influencia en ella cuando me acompañaba, me hacía preguntas y me invitaba a pasar tiempo juntas. Ya no éramos solo amigas, sino más bien familia. Y me reconfortaba ver la evidencia de que tanto Mikhail como Anya estaban encontrando un terreno común para estrechar lazos.

Pero ¿cómo reaccionaréis ante un nuevo miembro en la familia?

Podría hacer descarrilar el progreso que habían conseguido. Tal vez Anya se sintiera resentida por tener un bebé aquí que le quitara toda la atención. Quizá Mikhail entraría en pánico y no sabría cómo repartir y compartir aún más su amor.

No, eso son tonterías. A Anya le encantaría tener un niño en la familia. Tenía un instinto maternal muy oculto, probablemente porque había estado mucho tiempo sin madre.

Mikhail dijo que quería ampliar nuestra familia. Lo había admitido en voz alta, y yo veía cada día cómo incluía a su familia y a los miembros de su organización en su círculo de afecto.

Pero ¿cómo reaccionarán? Esto lo cambiará todo justo cuando las cosas parecen normales y tranquilas.

Delaté mi presencia con un fuerte suspiro.

Era adorable ver a esos dos actuar más como una familia, pero tenía que disipar la preocupación de que yo era una intrusa, de que un bebé en camino podría ser un problema.

—¿Qué haces ahí escondida? —dijo Anya. Dio una palmada en la mesa, indicándome que me uniera a ella de nuevo.

—Solo estaba pensando —admití, deseando tener al menos una idea de cómo decirles a ambos que no sería la última en entrar en esta familia. Mikhail se levantó y llevó más platos al fregadero, dejándome una silla libre.

—Yo también —admitió Anya—. He estado pensando más en si quiero seguir con un tutor o si me gustaría ir a un colegio de verdad por una vez.

—Voto por que lo pruebes y que luego decidas después de un período de prueba —le dije—. Llevaban un par de días debatiéndolo —. Haz lo que te haga feliz —le aconsejé.

Porque ese era mi nuevo mantra. Al diablo con la preocupación sobre lo que está bien o mal. Olvida las etiquetas de lo que es bueno o malo en la vida. Mientras tuviéramos como objetivo ser la mejor versión de nosotros mismos que pudiéramos, todo iría bien.

—¿Tú lo harás? —preguntó ella.

Arqueé las cejas. —¿Eh?

—¿Harás lo que te haga feliz? —volvió a preguntar.

—¿Te refieres a si voy a empezar con lo de la telemedicina? —Me encogí de hombros. Ahora, a la luz de saber que estaba embarazada, no estaba segura—. Ese era el plan —respondí, ya que técnicamente era cierto.

¡Aunque ahora los planes están cambiando!

Anya sonrió más ampliamente, casi de forma enigmática.

—Soy feliz —le dije. Elegir a Mikhail y aceptar nuestro amor prohibido me había mostrado el camino más claro hacia la felicidad.

—¿Y ahora? —preguntó Mikhail a mi espalda.

Me giré en el taburete, confundida al no verlo allí. Estaba, pero demasiado bajo.

Bajé la mirada y lo encontré de rodillas, sosteniendo una caja con un anillo. Me quedé sin aliento por la sorpresa.

—¿Es esto… una pedida de mano? —pregunté mientras una alegría vertiginosa y la sorpresa me recorrían. Ya se lo había preguntado

antes, pero esta vez, sentía que era una pregunta innecesaria.

—Lo es —respondió—. No quería pedírtelo hasta consultarlo con Anya y tener su aprobación.

Le devolví la sonrisa mientras ponía mi mano en el hombro de Mikhail. Ella me sonrió radiante, apoyando la barbilla en las manos y los codos en la mesa.

—Doctora Donovon, ¿quieres casarte conmigo? ¿Quieres completar esta familia y ser mi esposa?

Solté una risa de alegría, secretamente divertida por sus palabras. ¿Completar esta familia? Poco sabía él que la estaba haciendo crecer, no cerrándola.

—¡Sí! —Me dejé caer hacia él y aterricé en su abrazo, casi tirándole la caja del anillo de la mano. El anillo no importaba. Los quilates del diamante no me persuadirían. Su amor era todo lo que necesitaba para saber que era su compañera, pero poder llamarlo mi marido sería un extra maravilloso.

Mientras nos besábamos y Anya nos felicitaba, caí bajo el hechizo de ser tan esencialmente feliz que lágrimas de alegría se escaparon de mis ojos. Mikhail me ayudó a levantarme y no tardó en deslizar el anillo en mi dedo. Extendí el brazo para animar a Anya a acercarse para un abrazo lateral, y mi alma se llenó de calidez cuando la vi sonreírle también a Mikhail.

—Con mucho gusto seré tu esposa —le dije mientras admiraba el anillo, apoyada en él.

—¿Y… mi madre? —preguntó Anya.

—¡Sí! Y… bueno, seré *una* madre —dije.

Ver cómo los ojos de Mikhail se abrían de par en par por la sorpresa fue un momento que nunca olvidaré. Cogí su mano y la puse sobre mi vientre, deleitándome con la belleza de mi nuevo anillo brillando

en mi dedo mientras mantenía mi mano sobre la suya—. Porque no estamos completando esta familia…

Una sonrisa se apoderó lentamente de su rostro sexi mientras yo aclaraba la bomba que les estaba soltando a ambos.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo? —preguntó.

Asentí.

Sí. Mi vida empieza oficialmente ahora.

Y no podría estar más feliz por la aventura que sería con este jefe de la mafia que me completaba.

TAMBIÉN POR SCARLETT SHELTON

El Imperio Orlov Serie

Su Salvación Reluctante

Reclamada para Navidad Serie

Navidad con el diablo irlandés || El Bebé Navideño de la Mafia || La Reclamación Navideña del Mafioso

El Sindicato Ivanov Serie

La Cautiva de la Bratva || El Acuerdo Brutal || El Tránsfuga Enemigo || La herencia disputada

Eruditos Pecadores Serie

Devoción Cruel || Tentación Imprudente || Entrega Malvada